



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XIII, Vol. LXXVIII, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1954).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 005
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XIII

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1954

INDICE

Pág. 3

**30 años sirviendo
a México**



MEXICANA DE AVIACION

... se enorgullece de contar con los pilotos más experimentados en las rutas que sirve. Cada piloto ha recorrido su ruta miles de veces y la conoce como la palma de su mano. Los pilotos de Mexicana son hombres conscientes de su responsabilidad. Mexicana mantiene a sus pilotos informados de todos los adelantos de la aviación y ellos conocen a la perfección el funcionamiento de los aviones confiados a su mando.



MEXICANA DE AVIACION

Agentes de

PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS



800

Células

DE UN ORGANISMO GIGANTESCO

Desde la más pequeña estación,
anclada en la soledad del cam-
po, hasta la gran estación de
tráfico complicado

LAS 800 ESTACIONES DE TODO EL SISTEMA

son antecelas de nuestros servi-
cios. Cada estación representa 2
millones de destinos diferentes.

A través de ellas cruzan 25 MILLONES DE PA-
SAJEROS y en ellas se embarcan 19 MILLONES
DE TONELADAS DE CARGA, al año.

**MANTENER EN FORMA EFICAZ ESTE
SERVICIO, ES NUESTRO PROPOSITO**



FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

MAS DE MEDIO SIGLO
SIRVIENDO A MEXICO



NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN
LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA
SECRETARIA DE LA ECONOMIA
NACIONAL Y ADEMAS LAS
ESPECIFICACIONES DE LA A. S. T. M.
(SOCIEDAD AMERICANA PARA
PRUEBAS DE MATERIALES)

Cia. Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336

FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206



MEXICO, D. F.

FEDERAL DISTRICT

DEL AJUSCO

PETROLES MEXICANOS como co-
operación al fomento del turismo, tiene es-
tablecidas oficinas de información en:
Nuevo Laredo, Tamps., El Paso, Tex. y
Nogales, Son.



PETROLES MEXICANOS

AL SERVICIO DE LA PATRIA

G U M R E

Iguala Tlaxiaco Tlaxiaco Tlaxiaco

Toluca Taxco Toluca Taxco



**ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA**



Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

LO TIENE TODO!



Belmont Extra

- ... aroma!
- ... sabor!
- ... frescura!

NUEVOS Y MEJORES TABACOS !

Si un DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ha sido siempre útil, éste es absolutamente necesario



DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
UTEHA

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Pero hoy, en que la especialización se ha impuesto como nunca, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esta utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad de mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tema.

El DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene para las figuras y los sucesos de todas las épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque toda tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, tendrá resueltos todos sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todos las figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todas las épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figura en obra alguna de su género; y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todos las suyas, proporcionándole al mismo tiempo la más elevada satisfacción espiritual.



**MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS**

En sus 500,000 entradas, se cubre la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el volumen de sus 13,000 páginas se realza con la belleza y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos casos a todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permite también que usted conozca, holgadamente reproducidas, las maravillas arquitectónicas creadas por la mano del hombre, las bellas actitudes y las obras maestras del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO \$50 AL MES

¿Jamás podrá sospechar usted que podría adquirir un DICCIONARIO de tal categoría con una cuota tan baja! Pero ya lo ve ahora, el milagro, que milagro parece, se ha convertido en tangible realidad, como usted mismo puede comprobar solicitando inmediatamente el folleto folleto que se ofrece gratis.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Apartado 140 Bx México D.F.

Servamos remitirle el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, enviándonos a cambio también sus condiciones de pago

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 16 - APOD. 140 D.F. - TEL. 17-55-55, 13-36-35, 30-30-13 - MEXICO, R. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA . . .

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).

C E R V E Z A

Bebida digna de entrar en su hogar



Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura; una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llega el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su bajo contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará cerveza —la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional— porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

*Batey es el
ron más fino
porque:*

1. Se emplea el
100% del mejor jugo
de caña sin distraer
su riqueza para
otros productos.

2. Se destila
en alambiques
de olla con doble
rectificador...
lentamente.

3. Se añeja
por largos años
en costosas barricas
de encino
importadas.

4. Lo elabora
un técnico que ha
dedicado más de 35
años en hacer ron
de calidad.

5. La
Destiladora
Cordobesa, S. A.
solamente hace
RON BATEY...
ninguna otra
cosa.

RON
BATEY

Por eso,
usted debe
preferir

RON BATEY

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso.

México, D. F.

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$194.427.380.30

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

PROBLEMAS AGRÍCOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Bucareli 59

2o. Piso

Tel.: 21-11-01

Gerente:

ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS

Director:

MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS

Jefatura de Redacción:

ANTONIO PÉREZ ELÍAS



Núm. 1, Vol. VI.

ENERO - MARZO DE 1954

América Latina. Editorial. *Problemas de la tenencia y uso de la tierra en América Latina*. Estudios seleccionados del Seminario Latinoamericano sobre Problemas de Tenencia y Uso de la Tierra, celebrado en Campinas, São Paulo, Brasil, del 25 de mayo al 26 de junio de 1953.

Núm. 2, Vol. VI.

ABRIL - JUNIO DE 1954

Colonaje. Editorial. *El impacto del industrialismo en la población*, por Wilbert E. Moore. *Los cuervos vuelan hacia el Norte*, por Mac Williams. *Comentarios sobre "El impacto del industrialismo en la población"*, por Pedro Armillas, Wigberto Jiménez Moreno, Alejandro D. Marroquín, Arturo Monzón, Antonio Pérez Elías y Roberto J. Weitlaner. *Bases para un sistema de crédito agrícola*, por Daniel Kuri Breña. *El petróleo mexicano a los 16 años de la expropiación*, por Antonio J. Bermúdez.

Núm. 3, Vol. VI.

El petróleo y la Revolución mexicana, por Merrill Rippy, con comentarios de Antonio J. Bermúdez, Alejandro Carrillo y José Domingo Lavín. Apéndices por Ignacio García Téllez. *Causas y efectos de la devaluación monetaria de abril de 1954*, por Antonio Carrillo Flores. *Reseña Económica y tecnológica*, elaborada por la Oficina de Investigaciones Industriales del Banco de México.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.

SUR

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración
SAN MARTIN 639 BUENOS AIRES
T. E. 31-3220 y 32-2579

Jefe de Redacción
JOSE BLANCO

COMITE DE COLABORACION

Ernest Ansermet
Ricardo Baeza
Adolfo Bioy Casares
Jorge Luis Borges
Carlos Alberto Erro
Waldo Frank
Alfredo González Garaño
Eduardo González Lanuza
Raimundo Lidá
Eduardo Mallea

Ezequiel Martínez Estrada
H. A. Murena
Silvina Ocampo
María Rosa Oliver
Alfonso Reyes
Francisco Romero
Ernesto Sábato
Jules Supervielle
Guillermo de Torre

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto \$ 9.00

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina y países limítrofes:		Otros países:	
Anual	\$ 50.00	Anual	5 dólares
Número suelto	\$ 9.00	Número suelto	0.50 ..

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos

Viena 6
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 515, Lomas
Tel.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Costo Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilla, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Dr. Ricardo Vinós.

NOVEDAD:

Daniel Cosío Villegas,

PORFIRIO DIAZ EN LA REVUELTA DE LA NORIA
\$ 20.00.

CUADERNOS AMERICANOS Y SUS PUBLICACIONES.

De venta en:

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

Palma No. 22 (Entre Madero y 5 de Mayo)

Teléfono: 13-37-53.

Ap. Postal No. 1619.

MEXICO 1, D. F.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: **Silvio Zavala.**

Secretario: **Javier Malgón.**

Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre y Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina)—**Humberto Vázquez Machivado (Bolivia)**—**Guillermo Hernández de Alba (Colombia)**—**José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba)**—**Ricardo Donoso (Chile)**—**José Honorio Rodríguez (Brasil)**—**Abel Romeo Castilla (Ecuador)**—**Merle E. Curti y Clement G. Mottin (Estados Unidos de América)**—**Rafael Heliodoro Valle (Honduras)**—**Jorge Bowdre y J. M. Vélez Pizarro (Perú)**—**Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana)**—**Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).**

Suscripción anual, 5 dóls. o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R.H.A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzobispado 29, Tacubaya, México 18.

República Mexicana.

MEXICO Y LO MEXICANO

COLECCION DIRIGIDA POR EL PROF. LEOPOLDO ZEA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. Alfonso Reyes, *La X en la frente.*
2. L. Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano.*
3. J. Carrión, *Mito y magia del mexicano.*
4. F. Uranga, *Análisis del ser del mexicano.*
5. J. Moreno Villa, *Cornucopia de México.*
6. S. Reyes Nevares, *El amor y la amistad en el mexicano.*
7. J. Gaos, *En torno a la filosofía mexicana (1).*
8. C. Garizurieta, *Isagoge sobre lo mexicano.*
9. M. Picón-Salas, *Gusto de México.*
10. L. Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano.*
11. J. Gaos, *En torno a la filosofía mexicana (2).*
12. S. Zavala, *Aproximaciones a la Historia de México.*
13. A. Ortega Medina, *México en la conciencia anglosajona.*
14. L. Zea, *El occidente y la conciencia de México.*
15. J. Durand, *La transformación social del conquistador (1).*
16. J. Durand, *La Transformación social del conquistador (2).*
17. F. de la Maza, *El guadalupanismo mexicano.*

Cada volumen \$6.00.

En prensa:

18. P. Westheim, *La calavera.* Vol. extra \$10.00.



Distribuidores exclusivos:

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 88-55
TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 36-40-85

MEXICO 1, D. F.

EDITORA Y DISTRIBUIDORA HUMANISMO, S. A.

Una organización al servicio de la unidad cultural indoamericana

LIBROS EN VENTA:

ROMULO CALLEGOS

UNA POSICION EN LA VIDA

MANUEL PEDRO GONZALEZ

MARTÍ, ANTICLERICAL IRREDUCTIBLE



EN PRENSA:

RAFAEL SUAREZ SOLIS

COMEDIAS DE ALLÍ



PEDIDOS EN FIRME A:

HUMANISMO

Revista Mensual de Cultura

Director:

RAÚL ROA

Paseo de la Reforma 1, Despacho 961.

México, D. F.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 83½ cms., encuadernado en holandesas.

PRECIO DE LA OBRA:

Con los dos tomos, de texto a la rústica	\$ 100.00
Con los dos tomos, pasta de percalina	115.00
Con los dos tomos, pasta española	130.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Rep. de Guatemala No. 42-4
México 1, D. F.

Apartado Postal No. 965
Tel. 12-31-46

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares ahorrados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar Pesos	Dólnres
1943	Números 3, 5 y 6	21.00	2.60
1944	Los seis números	21.00	2.60
1945	„ „ „	18.00	2.20
1946	„ „ „	18.00	2.20
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	18.00	2.20
1948	„ „ 3, 4 y 6	15.00	1.80
1949	„ „ 2 al 6	15.00	1.80
1950	„ „ 2	15.00	1.80
1951	Números 2 al 6	12.00	1.50
1952	„ „ 1, 2, 3, 4 y 6	12.00	1.50
1953	„ „ 3 y 6	12.00	1.50

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado Postal 005
o por teléfono al 12-31-46.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras
publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DEL AÑO DE 1942.

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATIMALA No. 96

TELS: 22-46-41 y 22-08-32

MEXICO, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. de la Universidad 975
Tel. 32-03-00



Apdo. Postal 25975
México 12, D. F.

Libros de reciente publicación:

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA, Volumen I, PLANES POLITICOS Y OTROS DOCUMENTOS
(LXXIV más 344 pp., y 40 de ilustraciones).

Finch y Trewartha
GEOGRAFIA FISICA
(Ciencia y tecnología. 658 pp., 261 figuras y 33 láminas fuera de texto).

Thomas Carson MacCormick
TECNICA DE LA ESTADISTICA SOCIAL.
(Sociología. 388 pp.).

Voltaire
EL SIGLO DE LUIS XIV
(Grandes Obras de Historia. 638 pp., 48 láminas).

Francisco Cuevas Cancino
ROOSEVELT Y LA BUENA VECINDAD
(Política y Derecho. 552 pp.).

Pedro Henriquez Ureña
LAS CORRIENTES LITERARIAS EN LA AMERICA HISPANICA
(Biblioteca Americana. 2a. edición. 344 pp., empastado).

Luis Monguió
LA POESIA POSTMODERNISTA PERUANA
(Tierra Firme. 256 pp.).

Carlos Blanco Aguinaga
UNAMUNO. TEORICO DEL LENGUAJE
(El Colegio de México. 132 pp.).

De próxima aparición:

Mauricio Magdaleno
EL ARDIENTE VERANO (cuentos)
(Col. Letras Mexicanas).

Pedro Muñoz Amato
INTRODUCCION A LA ADMINISTRACION PUBLICA

Octavio Paz
VIGILIAS (Tezontle)

José Cárdenas Peña
RETAMA DEL OLVIDO Y OTROS POEMAS (Tezontle)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XIII

VOL. LXXVIII

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1954

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1954
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Novbre.-Dicbre. de 1954 Vol. LXXVIII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. Valoración de las Naciones Unidas	7
LUIS SUÁREZ. Un cementerio sin cadáveres	23
MAUX AUB. Confesión de Prometeo N. (traducción del griego)	34
RAÚL REY ÁLVAREZ. Estampas de Buenos Aires. Palermo Grande y Chico	55
<i>Fondo de Cultura Económica cumplió veinte años</i> , por FRANCISCO ZENDEJAS	68

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

CARLOS SABAT ERCASTY. La lección de Gallegos	77
DARDO CÚNEO. Fernando de los Ríos y el socialismo humanista	85
MARÍA ZAMBRANO. Dios ha muerto	114
LUIS ABAD CARRETERO. La significación de lo histórico.	124
<i>El lenguaje y sus problemas</i> , por CLAUDIO ESTEVA FABREGAT	142

PRESENCIA DEL PASADO

SAMUEL MARTÍ. Música precortesiana	149
JOSÉ GUADALUPE ZUNO. El insurgente Pedro Moreno y la lucha por la Independencia de México	156
<i>La simbología mágica en Díez de Medina</i> , por GAMALIEL CHURATA	210

DIMENSION IMAGINARIA

	Págs.
LEDA VALLADARES. Yacencia. Poemas con una cantata final	223
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Amanecer, ocaso y mediodía de José Santos Chocano	241
EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO. Las últimas novelas de Valle-Inclán	250
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Arte y crítica en Norteamérica	267
F. LEÓN DE VIVERO. El shushupe también blanquea el cabello	287
<i>Carta de París</i> , por MARCELO SAPORTA	292
<i>Goethe, don Alfonso y los jóvenes</i> , por TOMÁS SEGOVIA	305



INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Tocador de Ayotl. Cultura del Occidente	152
Músicos mayas. Tocadores de timbal de barro, de flauta y de sonaja	"
Trompetas de caracol	"
Sonajas y cascabeles	"
Flautas múltiples y flauta cuádruple	"
Tres flautas ceremoniales, probablemente de procedencia mixteca	153
Dos flautas ceremoniales mayas	"
THOMAS COLE (1801-1849) <i>La copa del Titán</i>	272
PINTOR ANÓNIMO	"
REGINALD ROWE. <i>Arreglando flores</i>	"
JOHN SLOAN. <i>Viejo clown pintándose</i>	"
EDWARD HOPPER. <i>Domingo en la Calle Ancha</i>	"
GILBERT STUART (1755-1828). <i>Mrs. Richard Yates</i>	"
RICO LEBRUN. <i>Clown sentado</i>	"
BENTON SPRUANCE. <i>Litografía</i>	273
Simone de Beauvoir	298
Jean Paul Sartre	"
Albert Camus	"
Lous Guilloux	"
Francoise Mallet	"
Herve Bazin	"
Françoise Sagan	"
Nicole Louvriez	"
Danielle Hunebelle	"
Celia Bertin	299

Nuestro Tiempo

VALORACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

LA Novena Asamblea actualmente en sesión en Nueva York se presta a un principio de valorización de la organización internacional. Digo lo de un principio en atención a lo limitado de este trabajo —limitado en términos de espacio y tiempo— y por qué para hacerlo más vivo y directo, van a ir aparejadas en él las consideraciones de carácter general con las notas periodísticas tomadas a lo largo del correr de las sesiones. Un estudio a fondo de la institución puede ser abordado más tarde.

Lo que da un interés especial a la presente Asamblea, es que se ha reunido en el primer momento, desde el comienzo de la "guerra fría", en que la posibilidad de una negociación entre el Occidente y el Oriente ha sido sometida a prueba, y la discusión de si es factible o no ha traspasado ya el plano de lo teórico. En Ginebra Occidente y Oriente se entendieron sobre uno de los problemas —Indochina— más difíciles de resolver y los tributos de homenaje de los comentaristas imparciales se distribuyeron por igual entre los señores Eden y Mendès-France, Molotov y Chou En-lai. Desde luego las partes opuestas habían retrocedido voluntariamente de sus posiciones iniciales, requisito indispensable para encontrarse en un punto intermedio.

Era preparar la atmósfera para una negociación más amplia. Los promotores de la "política de fuerza", de "la política de contén" y de "arrollo gradual" habían llevado a la diplomacia occidental a un callejón sin salida. La elasticidad necesaria para el éxito de una negociación quedaba sacrificada en aras de los lugares comunes. De ellos el que estuvo más en boga durante los últimos años en los Estados Unidos discurría así: primero, no se puede hablar con los rusos; simplemente porque no hay manera de hablar con ellos; segundo, si se habla con ellos no se llega jamás a un acuerdo dada la maestría de los rusos en el empleo de la táctica dilatoria; tercero, incluso si se llegase a un acuerdo con ellos sería igual porque no lo

respetarían. Yo me he pasado mucho tiempo en conferencias y escritos combatiendo esa fórmula tan simple, pero que por su misma simplicidad había hecho los mayores estragos en la opinión pública norteamericana. La gravedad de su aceptación estaba en que lógicamente tenía que conducir a la guerra. Si, en efecto la idea misma de la negociación suscitaba tal inencomiable desconfianza y, del otro lado, el adversario era presentado en constante acecho del momento propicio para saltarle al cuello al mundo libre, los partidarios de la guerra preventiva "tenían su punto"—como dicen aquí. Un americano del interior, de buena fe y sin más guía que su periódico local o la radio, oyendo un día tras otro que con el Oriente Comunista—sean rusos o chinos—no cabe negociar, y que cada año que pasa fortalece al enemigo y lo coloca en mejor situación de atacar, ¿qué va a hacer sino pedir que se eche la bomba? Podría optar por la continuación ilimitada de la "guerra fría", pero su instinto de hombre práctico le dice que eso de hablar de treinta años más de "guerra fría" estará bien para los intelectuales, no para quien marcha al nivel del suelo. Y por ser en principio una organización pensada en términos de paz y de negociación, las Naciones Unidas les parecían cada vez más inútiles y nocivas.

Valía pues la pena de destacar el hecho, preciso e irrefutable, de que en Ginebra la negociación sobre Indochina había dejado en mala postura a los "realistas" de la escuela más arriba citada. La discusión del informe anual del Secretario General que precede en cada Asamblea al trabajo sobre puntos concretos de la orden del día en los distintos Comités, ofreció a los Delegados de la Unión Soviética, de India y de otros países asiáticos oportunidad para hacerlo.

Era natural que la evocación de la Conferencia de Ginebra y de su afortunado desenlace, sirviera igualmente para comentar el aislamiento creciente a que se ven expuestas las Naciones Unidas. Es el resultado de una política profundamente deplorada por el propio Secretario General Sr. Dag Hammarskjöld en su informe y que tiene su origen en el abandono del principio de la colaboración entre las Cinco Grandes Potencias que presidió su creación en San Francisco. A medida que iba siendo remplazado por la división en dos bloques antagónicos y que sus desavenencias entorpecían y agriaban las discusiones, no había evitar que las cuestiones más importantes y urgentes bus-

casen otro terreno de entendimiento lejos de la guillotina de las "mayorías automáticas". En esto también la presente Asamblea marca un paso hacia adelante en una dirección perceptible desde la Guerra de Corea. La guerra conducida bajo los colores de las Naciones Unidas había puesto más de una vez en un aprieto a aquellas delegaciones que le prestaban su apoyo formal, pero que no sentían ningún entusiasmo ni por mandar sus hombres allí, ni por una ampliación del conflicto que lo transformase en una conflagración general. Desde entonces le era cada vez más difícil a la Delegación de los Estados Unidos asegurarse el funcionamiento automático de una mayoría incondicional. Pero, todavía su influencia se acusaba abrumadora. Ninguna otra potencia contaba con un volumen de votos seguros como el de los países latinoamericanos con la única excepción de México, Uruguay, Guatemala, antes de su cambio de régimen, y a veces Argentina. Así, en lugar de ser tratados por las Naciones Unidas donde su suerte estaba descontada de antemano, las cuestiones más explosivas pasaron a las Conferencias Internacionales. Berlín y Ginebra retuvieron durante 1954 la atención mundial, mientras que las Naciones Unidas iban siendo dejadas cada año más de lado. La actual Asamblea ha reconquistado parte del interés perdido poniendo en el primer plano la cuestión del desarme.

Presencia de China

Si el problema de poner fin a la carrera armamentista con las dramáticas implicaciones derivadas de la producción en masa de las nuevas armas atómicas, sería el más indicado para volver a restablecer dentro de las Naciones Unidas la colaboración de las Cinco Potencias, arrojando al olvido la "guerra fría", difícilmente puede ser tratado en toda su extensión, mientras uno de los Cinco Grandes permanezca ausente. Andrei Y. Vishinsky, el jefe de la Delegación Soviética, planteó la cuestión de la presencia de China. Era al parecer la protesta de siempre de que ese sitio estuviese ocupado por un espectro, el Delegado de la llamada "China Nacionalista" sostenida en Formosa por la acción de la flota americana. Pero, esta vez la argumentación recibía el esfuerzo de lo ocurrido en Ginebra. Allí, durante la Conferencia que entendía de Indochina y de Corea, el peso de un país de 600 millones de hombres y

animado de la llama que aviva una revolución profunda y reciente, se había hecho sentir. Los occidentales descubrieron una diplomacia china llena a la vez de sutileza y acometividad y recibieron de su jefe, Chou En-lai una impresión difícil de olvidar. Por eso sus razones fueron tan endebles cuando refiriéndose a la suplantación de un delegado auténtico de Pekín por un delegado fantasmagórico de Formosa, Vishinsky insistía: "Es una situación intolerable. Impide a la organización el actuar como es debido y funcionar conforme al máximo de sus posibilidades. La ausencia de China ejerce una acción paralizadora, no sólo en el Consejo de Seguridad (donde el papel reservado a los Cinco Grandes está claramente definido) sino sobre todas las otras ramas y dependencias de la O. N. U.". La oposición, dirigida por los Estados Unidos, no tenía otra respuesta que los votos. Ni siquiera podía presentar una perspectiva de que las cosas cambiasen un día. En la opinión de los numerosos visitantes occidentales y entre ellos gente práctica, industriales, hombres de negocios, que han estado últimamente en China, y con los cuales yo conversé recientemente en Europa, es raro encontrar hoy un gobierno que dé una sensación de mayor estabilidad. Por grande que sea la ayuda que reciban de los Estados Unidos, nada podrán contra él las divisiones de Chiang Kai-shek, gastadas, además con los años, y para las cuales un escritor conservador no tachable de "comunista", Raymond Aron, del *Figaro* de París, tuvo un comentario gracioso al regreso de su viaje por Asia. Recordó cómo incluso la guardia de Napoleón teniéndole a él al lado en el destierro había sufrido los inexorables efectos del correr del tiempo. Pero, los votos mandan y la moción presentada por la Delegación americana para "matar el asunto" e impedir que vuelva a ser abordado durante el presente período de sesiones, reunió 43 votos, con 11 en contra y 6 abstenciones. El hecho de que los tres países escandinavos, con su bien ganada reputación democrática, añadiesen sus votos a los de India, Birmania, Bielorrusia (Rusia Blanca), Checoslovaquia, Polonia, Ucrania, la República Federativa Rusa y Yugoslavia, lleva consigo al menos tanto peso como la adhesión mecánica de las mayorías habituales. Si la pasión en cuanto se refiere a China continúa prevaleciendo sobre el juicio frío, un día llegará fatalmente en que los Estados Unidos se encontrarán puestos en minoría, aislados, sin otra salida que aceptar una humillante

derrota, o seguir el consejo del senador Knowland y de sus amigos, que exigen la retirada de la organización "en el mismo día en que la China de Mao sea admitida".

El caso de Guatemala

LA historia de la Novena Asamblea quedará incompleta si deja fuera dos intervenciones notables en relación con Guatemala. Yo fui de los que asistieron aquel domingo de julio, al bochornoso espectáculo de un Consejo de Seguridad que daba a la agresión estado de legitimidad. De toda la sesión lo más penoso fue la docilidad con que los dos miembros latinoamericanos siguieron al embajador americano, Henry Cabot Lodge, en su plan de pasar el asunto a la Organización de los Estados Americanos en la que Washington se sentía más cómodo. Así se decidió con el apoyo reiterado y los votos de Brasil y Colombia precisamente cuando de México a la Argentina el clamor popular condenaba la agresión y reunía en defensa del Gobierno del presidente Arbenz a hombres de los más diversos matices, en una serie de manifestaciones que anticipaban un movimiento de solidaridad de tal amplitud, que si el Consejo de Seguridad hubiese cumplido con su deber hubiese estrangulado la maniobra de la United Fruit y de sus cómplices.

Le correspondió al primer Delegado del Uruguay Dr. Francisco Gamarra, que une a ese título al de Presidente del Tribunal Supremo de su país, al intervenir en la discusión del informe del Secretario General, el declarar en la Asamblea que la existencia de un sistema regional de conciliación, como la Organización de los Estados Americanos, no absolvía a las Naciones Unidas de cumplir los deberes que explícitamente le marcaba la Carta. Fue uno de los discursos que produjeron mayor impresión y dos días después el Dr. José Vicente Trujillo se identificó plenamente con la posición uruguaya en nombre del Ecuador. Ambos discursos contribuyeron a restablecer la posición tradicional del resto de América sobre la no-intervención en los asuntos interiores de un Estado.

El que inesperadamente para muchos, Guatemala, dado ya por un asunto lamentable pero liquidado, volviese a suscitarse tal interés y el que fuesen precisamente dos delegados latinoamericanos quienes se levantaran a contradecir la tesis oficial de Washington, es una nueva prueba de la fuerte e

inextinguible repulsa con que ha sido recibido en el resto del Continente este primer ensayo de aplicación de los "principios" sustentados por el Secretario de Estado Foster Dulles en la Conferencia de Caracas. Pero, no se detiene ahí su actualidad. La presente Asamblea asiste a un cambio de posiciones en derredor de uno de los temas que han ido quedando de un año a otro en el orden del día sin que nadie se hiciera la ilusión de que pudiese conducir a algo práctico: la definición de la agresión.

Hasta ahora eran los Estados Unidos los más empeñados en obtener una definición del agresor aplicable, por supuesto, de preferencia a la China Comunista, a Rusia y sus vecinos de la órbita soviética. De pronto en esta Asamblea es Rusia la que urge una definición. Por el contrario los Estados Unidos se muestran menos interesados que en el pasado. No está sólo ahí el interés del cambio. Rusia, en vez de generalizar precisa y nombra cuatro formas de agresión: la agresión directa; la agresión indirecta, la agresión económica y la agresión ideológica. Es naturalmente la última, la que enumerada por los rusos, tiene más intrigadas a muchas delegaciones. Hay quienes ven en ello un puro gesto de propaganda; otros, algo más, una nueva manifestación del interés de Moscú en que su teoría de la "coexistencia" sea tomada en serio. La coexistencia no debe de ser perturbada por el constante temor del mundo capitalista de una intervención comunista que opere desde dentro, sin tener que violentar las fronteras; pero, del otro lado Rusia quiere probablemente poner fin a una infiltración, a un intento de subversión, en sentido contrario y asegurado de un gran despliegue de dinero. Como una cosa perfectamente normal entre países que mantienen relaciones diplomáticas, el Congreso de los Estados Unidos votó no hace mucho tiempo cien millones de dólares para difundir la democracia en los países de régimen comunista, un hecho recordado por Vishinsky cada vez que se presenta la ocasión y que motivó una enérgica protesta de la Delegación soviética en la última Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en París.

Temas económicos y de personal

EN una situación internacional en la que las dos cosas son ciertas, de un lado una evidente disminución de la tensión,

del otro, la existencia de fuerzas poderosas que no creen — o no la desean — en la reconciliación de los dos bloques y, por consiguiente, o dejan la "guerra fría" continuar su curso, hacen su posible para verla transformada en guerra de veras, sería de una responsabilidad sin nombre ponerse a ironizar a costa de las Naciones Unidas. Buena o mala es la única organización de su género donde la colaboración entre los Estados debe de ser ensayada una y otra vez, si se quiere evitar que en su lugar sea la bomba de hidrógeno la que tome la palabra. Pero, una crítica constructiva sólo puede rendir beneficios a la ONU. Sin negar su importante contribución en el dominio económico y social, a través de las agencias especializadas, las tres comisiones económicas para Europa, América Latina y Asia, la Organización Mundial de la Salud, las distintas ramas de la Asistencia Técnica, la Ayuda a la Infancia, varios delegados expusieron su desilusión ante la Asamblea por la tardanza en la constitución del Fondo Monetario Internacional al servicio de los países menos desarrollados y las vacilaciones en aprovechar la corriente creciente hacia un mayor intercambio comercial entre el Occidente y el Oriente que sólo puede redundar en beneficio de la paz.

Fue también otro orador hispanoamericano, el Presidente de la Delegación de Chile, embajador José Maza, quien al intervenir en el debate general dijo cómo "al revisarse los estudios de la Secretaría General sobre desarrollo económico, financiamiento internacional; reforma agraria, aprovechamiento de recursos naturales; estabilidad económica y empleo total; problemas internacionales de los productos básicos; Informe de las Comisiones Económicas Regionales y luego, la labor práctica de las instituciones fundamentales como el Banco Internacional, el Fondo Monetario, la FAO y otras, se observa un impresionante desnivel entre lo que se recomienda hacer y lo que realmente se hace, o se puede esperar que se haga algún día. Debemos de reconocer que la cooperación internacional en este orden de materias ha sido muy generosa en sus propósitos y muy modesta en sus realizaciones".

Preguntándose a sí mismo cuál ha sido el principal obstáculo, el delegado de Chile declaró: "Nuestra Delegación cree que desde hace algún tiempo, lo económico se ha convertido en un apéndice o en un agregado de la situación política-militar en general. Los recursos internacionales parecen seguir a las

zonas de mayor peligrosidad y casi siempre llegan demasiado tarde. Además y es necesario decirlo en este foro a fin de que se conozca el pensamiento de todos los países, grandes o pequeños: existe una tendencia a creer que lo que es bueno en la historia de un país industrial, tiene fatalmente que ser bueno para el desarrollo de un país en estado de crecimiento. Los dogmas económicos son tan peligrosos como los dogmas políticos; puede que no atenten en contra de la paz y la convivencia tranquila entre los pueblos, pero sin duda alguna que comprometen y deforman la prosperidad económica de las grandes masas de la población y enraizan en la conciencia colectiva una actitud de descontento y de resistencia ante el espectáculo de un alto nivel de vida, propio del siglo que vivimos, pero, inalcanzable para la mayoría de la humanidad".

Quienes asistieron a la Conferencia de Caracas en marzo o acudan a la de Ministros de Hacienda o Economía del sistema interamericano que se inaugura el 22 de noviembre en Rio de Janeiro, encontrarán, en el análisis del senador Maza fielmente reflejado el sentimiento de sus respectivos países. Fue una crítica sutil de una política basada "en una generosa cooperación de consejos", como "cuando se nos habla de la importancia ilimitada de la empresa privada y del peligro de la intervención económica del Estado" —y "es cierto que nuestros países conocen, respetan y fortalecen la empresa privada, pero prefieren aquella que sea propia, nacional, que produzca conforme al interés general del país". Aunque no aparecieran directamente mencionados, resultaba clarísimo para todos que los Estados Unidos formaban el fondo del escenario en que las promesas y las realidades bailaban su danza desigual.

La cuestión del personal de las Naciones Unidas no había sido todavía tratada en la Comisión correspondiente cuando escribimos este comentario, pero es objeto de apasionadas discusiones en los pasillos y nada tendría de extraño que antes de clausurarse la Asamblea, alguna delegación la diese estado oficial. Era de todos sabido que durante el período final de la Secretaría del señor Trygve Lie, se multiplicaron los casos de funcionarios americanos despedidos por el simple hecho de ser sospechados de comunistas, o de haber declinado, en ejercicio del derecho que les concede la Constitución de su país, el responder a las preguntas, inquisitoriales o absurdas de los numerosos Comités de Investigación. Hasta hace poco la "depara-

ción" se circunscribía a los funcionarios de nacionalidad norteamericana. Los Estados Unidos no han admitido nunca que los funcionarios internacionales se considerasen únicamente responsables ante aquel que había contratado sus servicios —en el presente caso las Naciones Unidas. Al contrario ha insistido en que las restricciones de seguridad que rigen actualmente para todo americano empleado por su Gobierno, se apliquen igualmente a los que sirvan en la organización internacional.

Una doctrina con que le regalaron para su uso personal un par de jurisprudencias elegidos por el señor Lie para que le resolviesen sus dudas, no muy torturantes, y que aducía las supuestas prerrogativas especiales del país que actúa de anfitrión, le sirvió durante unos meses para hacer lo que quería. Pero, no le protegió del descontento general motivado por todos estos despidos y que precipitó su salida de la Secretaría. Su sucesor, Dag Hammarskjöld, fue saludado con un sentimiento de respiro y confianza. La impresión prevalecía hasta hace unas cuantas semanas que el período de la histeria anticomunista, en lo que a las Naciones Unidas se refería, era cosa del pasado. Me tocó a mí el tener que revelar que el espíritu macartista volvía a revivir y que esta vez traspasaba los dominios del país anfitrión y de sus súbditos para extenderse a sitios como París y Roma, sede de la UNESCO y de la FAO y golpear sobre funcionarios de nacionalidad diversa. Un artículo publicado en *The Nation* de Nueva York precisó las preguntas formuladas en el curso de una investigación ordenada por el secretario general Sr. Hammarskjöld para averiguar no sabemos qué estado de subversión entre los dactilógrafos de habla española de la Secretaría. Durante varias semanas una comisión presidida por el Sr. José Correa, un funcionario adscrito al Secretario General y compuesta además por los funcionarios Roberto Unanue y James Bough, había estado interrogando a estos modestos empleados, indagando sus más recónditos pensamientos, sus lecturas, sus amigos, sus actividades fuera de la oficina, etc., sin que se hubiese anunciado públicamente el objeto de tal investigación. Los propios interrogados estaban completamente a oscuras sobre el motivo de la investigación y los más extraordinarios rumores, discretamente pasados de oído a oído, corrían por la Secretaría entera. Pero, incluso para los iniciados fue una sorpresa el conocer, a través de mi artículo, el contenido exacto de algunas de las preguntas. Basta

reproducir algunas de ellas y huelga el comentario: "¿Es cierto que hay muchos comunistas entre ustedes?" "¿Le gusta a usted el señor Vishinsky?" "¿Es verdad que su compañero Fulano es comunista?" "¿Es usted amigo de algún ciudadano soviético en la Secretaría?" "¿Qué posición tiene usted frente a los sucesos de Guatemala?" "¿Justifica usted la actitud de los puertorriqueños que atacaron a los legisladores en el Congreso e hirieron a algunos?" "¿Simpatiza usted con el hombre común o con los capitalistas?" "¿Cuántos antiperonistas y anti-trujillistas conoce Ud. en la Secretaría?" "¿Es verdad que ha jugado Ud. al ajedrez con colegas soviéticos?"

El desarme, punto central

EXCEDIENDO en trascendencia a todos los temas hasta ahora aludidos está la cuestión del desarme y del control de la energía nuclear, que podría convertir la Novena Asamblea en una reunión histórica. Nadie espera un milagro de la noche a la mañana, pero cada nueva intervención de Vishinsky mina el terreno a los que creen que los hombres del Kremlin no tienen otro objetivo en la vida que ir a caza de tribunas desde las cuales zaherir a los norteamericanos. No se juega tan fácilmente con la bomba de hidrógeno. Sin excepción, todos los oradores que han ocupado la tribuna en las sesiones plenarias han expresado la honda preocupación de sus gobiernos ante la dantesca perspectiva de una conflagración mundial en la era atómica.

He aquí los antecedentes de este apasionante debate. La Comisión de Desarme, que desde hace años viene estudiando el problema, creó el último abril una subcomisión formada por Canadá, Francia, los Estados Unidos de América, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el Reino Unido, con el encargo de elaborar las bases de un acuerdo sobre control y reducción de armamentos. Esta subcomisión se reunió en Londres donde celebró una veintena de sesiones. No se llegó a ningún acuerdo, pero ya allí surgieron algunas iniciativas interesantes susceptibles de servir de punto de partida para futuras conversaciones. Desde entonces el representante de Francia, el ex ministro socialista Jules Moch, ha venido realizando un meritorio esfuerzo para convencer a unos y otros de que sus posiciones no son tan enteramente irreconciliables como aparecen. La presente Asamblea comienza a darle la razón al representante de

Francia. Sólo unos días después de que el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Foster Dulles, caracterizara en sesión plenaria la posición soviética "99 por ciento negativa", subió a la tribuna el Sr. Vishinsky para anunciar que su país consideraba un acuerdo posible y estaba resuelto a realizar un gran esfuerzo para lograrlo.

Su discurso de dos horas—discursos que desmienten sus setenta años y en los que termina más vigoroso de voz y de gesto que cuando comienza—contuvo los usuales ataques a los dirigentes de los Estados Unidos, a los que acusó de propiciar una política agresiva, citando a este respecto, en apoyo de su afirmación, los siguientes hechos: la "terca resistencia" a reconocer en las Naciones Unidas al único gobierno legítimo de China; la tentativa de resucitar el militarismo y el nazismo alemanes; los esfuerzos por imponer a Europa el Pacto de la Comunidad Europea de Defensa encaminado a la creación de nuevos ejércitos alemanes listos para un futuro "Deutschland über Alles", y el afán de disimular el fracaso de ese pacto europeo con el Pacto de Manila, cuyo único propósito es el de reprimir los movimientos de liberación de los pueblos coloniales, hasta el punto de que la India, Birmania e Indonesia, es decir los principales países de esa área, se habían negado a suscribirlo.

Pero, al hablar del problema del desarme, el representante soviético cambió de tono y ofreció a la Asamblea una propuesta concreta y una declaración conciliatoria. Hizo la importante concesión de aceptar el plan franco-británico presentado en la Conferencia de Londres el verano pasado, como base de discusiones. Este plan trata de conciliar las dos posiciones opuestas de Oriente y Occidente en lo que se refiere al desarme: como es sabido, los occidentales exigen que primero se cree un órgano de control internacional que proceda al desarme por etapas sucesivas, comenzando con los armamentos de tipo corriente y las fuerzas militares y termine con la abolición de las armas atómicas; la Unión Soviética insistía en que primero debían prohibirse las armas atómicas y luego procederse a ejecutar el plan de desarme general. El proyecto conjunto de Inglaterra y Francia propone una serie de operaciones simultáneas con vistas a conciliar ambos principios. El hecho de que el señor Vishinsky aceptase dicho plan como base de futuras negociaciones, levantó la esperanza de la Asamblea. El propio delegado norteameri-

cano tuvo que tomar en cuenta en su respuesta, la impresión profunda producida por la declaración del delegado soviético. Dijo el señor James Wadsworth: "Opinamos que las proposiciones soviéticas deben de ser estudiadas a fondo con la esperanza de que bastantes de entre ellas puedan ser incorporadas a un tratado de desarme. Por nuestra parte no las rechazamos en absoluto".

Es en la Primera Comisión (cuestiones políticas y de seguridad) que en el momento de poner fin a nuestro trabajo, la discusión continúa sin perder un momento su interés. Las divergencias subsisten sobre ciertos puntos importantes, en particular sobre las modalidades del control. Mientras las proposiciones franco-británicas prevén la creación de un órgano de control único, la Unión Soviética favorece dos órganos: una "Comisión Internacional Provisional" y un "Órgano Internacional Permanente", encargadas, la primera de asegurar la aplicación de las medidas relativas a la reducción de armamentos y de fuerzas militares; la segunda, de controlar la ejecución del Convenio sobre la prohibición de las armas "de destrucción masiva". En virtud de la proposición soviética, la Comisión Internacional de Control sería colocada bajo la autoridad del Consejo de Seguridad. Sus decisiones quedarían por consiguiente sometidas al veto. "Limitar sus poderes con el recurso al veto —observó el señor Jules Moch— no dejaría subsistir más que una ilusión de control". En las proposiciones franco-británicas, la instalación inicial del control precede a la puesta en ejecución de las operaciones de desarme. En el plan soviético, los dos órganos de control entran en acción durante la ejecución de dichas medidas, conforme las diversas etapas previstas van siendo consideradas, es decir, no antes, sino sobre la marcha.

Podrían señalarse otros puntos de desacuerdo. Pero, lo esencial y lo alentador es que esta vez no impiden la continuación de la exploración en derredor de eventuales concesiones que acerquen más y más a las partes opuestas. En la sesión del viernes 15 de octubre, el señor Vishinsky hizo una minuciosa comparación entre los dos proyectos, el conjunto de Inglaterra y Francia y el soviético para probar que las posiciones no eran tan irreductibles como se pretendía y que la queja del señor Wadsworth, que representa a los Estados Unidos en la Comisión, de que las últimas proposiciones soviéticas "continuaban siendo demasiado vagas y presentaban serias lagunas" no estaba

justificada. En la sesión siguiente, el lunes 18, los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y Canadá aceptaban dos de las cuatro enmiendas al proyecto de resolución que debe adoptar la Comisión, y ofrecían un compromiso en la redacción de la cuarta enmienda. Todo se desarrolló en una atmósfera tranquila y hasta amistosa. Al fin de la sesión no era únicamente el delegado de Francia, sino el delegado británico, el señor Selwyn Lloyd, que se consideraba satisfecho del progreso hecho.

Insistimos en que nadie espera que de esta Asamblea surja un plan perfecto, aceptado universalmente, sobre desarme y control de la energía atómica. Sería quimérico pretender que el problema del desarme se resuelva en medio del lanzamiento al aire de palomas de paz, en tanto que las más agudas cuestiones políticas continúen dividiendo al mundo y yo pongo a la cabeza de ellas Alemania. Fiel a lo que me dijera un día desde su destierro de Hendaya, Miguel de Unamuno, de que lo más eficaz que podía hacer un escritor, era dar con el tema esencial y golpear sobre él un día y otro, sin importarle a uno que le llamen pesado, unilateral "latero", yo vengo insistiendo en los Estados Unidos en que el rearme de Alemania es la guerra. Ni a la Rusia soviética, ni a la Rusia zarista en su época se le podía haber pedido que permaneciese cruzada de brazos mientras las fuerzas interesadas en su colapso se ponían en condición de atacarla y destruirla. La combinación de una Alemania rearmada y del poderío industrial de los Estados Unidos, pese a la extraordinariamente sólida posición de Rusia y de la China Comunista y al grave avance dado por la primera en lo que se refiere a la energía nuclear, con los Estados Unidos ya sin su monopolio de la bomba atómica y de la bomba de hidrógeno, es demasiado seria para que Moscú la tome a la ligera. Yo estaba en Berlín, en la Conferencia, a comienzos de este invierno cuando Molotov, en una de las sesiones dijo terminantemente que sobre todos los otros problemas cabía más o menos entenderse, pero sobre el rearme de Alemania no. Con palabras distintas Vishinsky ha venido a decir lo mismo en la Asamblea de las Naciones Unidas, sólo hace tres semanas.

Es enfocado desde ese ángulo que el actual debate sobre el desarme adquiere un interés particular. La perspectiva de un acuerdo en la cuestión del desarme y del control de la energía nuclear colocaría inmediatamente el problema de Alemania

bajo un luz distinta. El rearme de Alemania dejaría de tener el carácter de urgencia que reviste para aquellos que sin gran fe en la contribución militar de Francia o Italia, independientemente de que la derrotada Comunidad Europea sea sustituida por otra forma de alianza militar, ponen hoy en Washington sus mayores esperanzas en las próximas divisiones alemanas y en Franco, con el dictador heredero de Hitler cada día más de moda en la capital norteamericana. En los círculos franceses de las Naciones Unidas se explica justamente en razón de la posibilidad de que las discusiones sobre el desarme progresen, la actual política del señor Mendès-France. Ganar tiempo. Esperar a que una aproximación entre Oriente y Occidente, haga el rearme de Alemania innecesario.

Sería la única explicación plausible. Uno no puede creer que un hombre de la inteligencia y del profundo sentimiento patriótico del Primer Ministro francés se sienta satisfecho con las fórmulas anglosajonas destinadas a mantener el rearme de Alemania en límites "discretos". Ni de que ponga gran fe en la Agencia de Control propuesta en la Conferencia de los Ministros de Negocios Extranjeros en Londres el mes pasado. El optimismo del señor Eden —no nos referimos al Secretario Dulles para quien veinte divisiones alemanas serían mejor que doce, y treinta mejor que veinte— acerca de la posibilidad de rearme a Alemania e impedir al mismo tiempo que resurja con su antiguo poderío militar y de conseguir eso mediante la nueva Agencia de Control cuya creación se recomienda, está contradicho por la experiencia de lo que ocurrió en la última Guerra Mundial. Sobre eso yo puedo aportar mi testimonio personal. En Berlín, durante los años en que actué de corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, yo me especialicé en descubrir todo lo que pasaba detrás de los bastidores para burlar las cláusulas militares del Tratado de Versalles. Y entonces había un sistema de controles rigurosísimo y un Tratado que permitía a Francia ocupar el Ruhr en caso de violación, como lo hizo con Poincaré.

Desde el momento en que renace el ejército alemán, apenas firmado el Tratado de Versalles, es alrededor del que van a reagruparse las fuerzas que veinte años más tarde desencadenarán la Segunda Guerra Mundial. En aquellos días agitados en que la sucesión rápida de los acontecimientos tenía a mis colegas con la mirada dirigida hacia diversos sitios, la mía es-

taba fija en el edificio donde se alojaba el nuevo Estado Mayor alemán y en la figura de su jefe, el elegante y enigmático general von Seeckt. A él no le inmutaban los motines callejeros, ni los anatemas de las organizaciones pacifistas, ni la desmoralización creciente en que la inflación y la lucha de los partidos iba sumiendo al país. Todas esas manifestaciones aisladas de la existencia ciudadana diaria, le dejaban glacial, sin un gesto nervioso que pusiese en peligro la estabilidad de su monóculo. Él debía recordar lo que el dramaturgo austriaco Grillparzer decía del mariscal Radetsky: "In seinem Lager ist Osterreich" ("En su campo está Austria"). Alemania estaba donde estaba la Reichwehr, el ejército.

La limitación a 100,000 hombres impuesta por el Tratado de Versalles no le inquietaban más al general von Seeckt que a los generales nazis que desde hace tres años preparan los cuadros del futuro ejército alemán. Les inquieta hoy las disposiciones restrictivas de Londres y esa flamante Agencia de Control ideada por el señor Eden. Lo importante era tener el embrión de un ejército. Los controles fueron entonces burlados, como lo serán mañana. Las "armas prohibidas" eran experimentadas gracias a la cooperación de las filiales extranjeras de las grandes empresas industriales alemanas. Esta vez, en vez de tener que resignarse a operar a través de las empresas privadas, dispondrán de todo un país, España bajo Franco, en el que todo lo que sea prohibido por los occidentales que tratan de reconstruir la Comunidad Europea bajo otra forma, será fabricado, con el beneplácito y la ayuda de los Estados Unidos. Incluso lo más difícil de burlar en el Tratado de Versalles, el número de soldados, que no pueden ser escamoteados, es burlado. El reclutamiento para la Reichswehr era doblado mediante la creación de toda clase de organizaciones de "carácter civil", instruidas militarmente para la protección local de los ciudadanos pacíficos contra los comunistas.

Quien tenga duda sobre la fidelidad de mi memoria, puede consultar las copias de los diversos documentos oficiales alemanes capturados por los ejércitos aliados en la última fase de la batalla de Alemania y que forman parte del *dossier* del proceso de Nuremberg. En ellos sus autores se jactan de haberse saltado a la torera todos los controles. Es realmente fantástico que hombres de Estado que vivieron esos años y pasaron por esa experiencia no hayan aprendido nada de ella. No es

una historia leída, es una historia vivida por muchos que están todavía hoy en pie. Pero, la pasión anti-comunista y el miedo de Rusia y de la nueva China ciega a la gente y la llevaría a aliarse con el propio Hitler si resucitara.

El más grave sin duda de todos, el problema de Alemania no figurando en la orden del día de la Asamblea de las Naciones Unidas pero proyecta sobre ella una sombra de inquietud y de malestar. También puede servir para que sean hechas las concesiones recíprocas necesarias que permitan encauzar las presentes discusiones sobre el desarme y el control de la energía nuclear hacia fórmulas concretas de acuerdo y realización.

UN CEMENTERIO SIN CADAVERES*

Por *Luis SUAREZ*

Las tierras de la Alta Silesia ofrecían, el 7 de septiembre de 1953, el más hermoso y cabal espectáculo de una paz bucólica. Los campos labrados bajo un tibio sol, que hacía más amarillos los girasoles; los hombres y mujeres en la faena agrícola; las vacas y los gansos incrustados en el paisaje; las cruces y las imágenes religiosas en los caminos. . . Tan apacibles que nuestro potente autobús se deslizaba entre todo eso sin que la reciedumbre de su mole ni el roncar de su motor rompieran aquel tranquilo hechizo. Ni un soldado, ningún uniforme, nadie armado si no es con esas seculares armas de las gentes del campo, las que si hieren la corteza del suelo es para benéficas sangrías. El peligroso rumor de las fronteras que recobraban aquel agresivo hervir de los tiempos hitlerianos, quedaba lejos.

En la parte más abrupta del camino se detuvo nuestro autobús, sólo para que pisando los montes cubiertos de abetos, des-parramáramos la vista sobre los campos. Reanudado el viaje con el paisaje en los ojos y en el pecho, empezamos a ver macizas columnas de humo de las fundiciones y fábricas, que ponen como un telón de fondo sobre el panorama agrícola. Humo de Silesia. La cuenca del carbón elevaba hacia el cielo su potencia, en ese laborioso proceso que empieza en las entrañas de la tierra, proclamando el trabajo sin marchitar los girasoles ni sobresaltar a los campesinos tan cerca de la industria, sin ahuyentar tampoco a las vacas y gansos, imprescindiblemente familiares en el panorama.

Sin embargo, esa región laboriosa y apacible está unida, muy a su pesar, a una de las más extraviadas y criminales ideas que es posible concebir en mente humana: el exterminio en masa de una parte del género humano, "justificado" por la superioridad de la raza y apoyado en el ambicioso afán de do-

* Del libro *Otro mundo* próximo a publicarse por *Cuadernos Americanos*.

minar el mundo. En los terribles años de la ocupación nazi se elevaban al cielo otras columnas de humo, más puras y transparentes, también más desgarradoras, que las del codiciado carbón silesiano. Tan puras y transparentes como pueden producir las millones de inocentes, hombres y mujeres, niños y viejos, ardiendo en el horror de los hornos crematorios.

El autobús nos estaba acercando al campo de concentración nazi de Oswiecim (Auschwitz en alemán), donde encontraríamos pruebas y detalles de una perversidad sin precedentes y ojalá sin repetición. Un antiguo prisionero polaco —salvado porque fue internado en los últimos seis meses, y seis meses de vida era el máximo que podía sufrirse en el campo— nos correría los negros cortinajes de la historia, sobre el terreno mismo donde se escribió no ya con la sangre sino con el polvo de millones de seres. Viva y lacerante historia que va conociéndose como pesadilla, cual si se anhelara que al despertar viniera la comprobación de que no fue otra cosa. Pero no es posible. No es pesadilla sino pesada, aplastante verdad.

DURANTE cinco horas recorrí aquel enorme cementerio sin fosas, de cenizas, donde ni siquiera existe el consuelo de saber que allí están los restos que tuvieron vida, mucho menos de averiguar —si alguna partícula se encuentra— de quiénes eran, cómo se llamaban aquellos a quienes pertenecieron, dónde están sus deudos. En la más endurecida fibra humana asoma el nublado espejo del dolor, del sentimiento y la condenación.

Lo primero que se ve al llegar al ex campo de concentración de Oswiecim, hoy convertido en museo del dolor humano y severa advertencia —acicate también para quienes no quieren que ese pasado vuelva— es un inmenso cementerio de aviones. Forman montañas los restos de los aparatos nazis, que tantas paredes derrumbaron y tantos incendios prendieron en el mundo, y así cegaron miles de vidas. Ahora yacen vencidos y destripados en aquel pedazo de tierra polaca. Las svásticas chamuscadas por el fuego, son reminiscencias del ayer tenebroso. Los alemanes llevaron allí la mayor parte de sus aviones derribados, y en aquella fosa a flor están las otrora soberbias y terroríficas máquinas, en cuyos destrozos trabajaron prisioneros que languidecían en el campo de concentración, en un cementerio mucho mayor y más cruel.

El campo de concentración era, en efecto, un cementerio de cuarenta kilómetros cuadrados. Grande, sí, pero aún pequeño para los cuatro millones de personas que en él murieron y quedaron, pues una "civilización" basada en la superioridad racial, había descubierto y aplicado el medio de evitar los amontonamientos. Ningún muerto ha dispuesto de fosa en este camposanto. Las cámaras de gas cortaron las vidas y los hornos crematorios resolvieron el problema que acaso también tenía que ver con la geopolítica hitleriana. El campo se dividía en dos: Oswiecim, propiamente dicho, y Brzezinka (Birkenau en alemán). En el primero encerraban a los hombres, y era la antesala del exterminio. En el segundo estaban las mujeres, las cámaras y los hornos crematorios. Y a éstos se llegaba sin distinción de sexo ni edad.

El recorrido comienza por Brzezinka, el más terrible. Los nazis preparan a su Birkenau la primavera de 1941, en los terrenos donde se encontraba la aldea agrícola de Jechum. Solamente esta parte mide 176 hectáreas. A partir del otoño de 1941 comenzaron a llegar los primeros huéspedes: prisioneros soviéticos. La avanzada para la muerte estaba formada por diez mil oficiales del ejército soviético, de los cuales sólo sobreviven 156. En el verano de 1942 llevaron las primeras mujeres. Fueron alojadas en barracas construidas con ladrillos y materiales aprovechados de los restos de la aldea transformada en infernal recinto. Están en pie las barracas de 35 metros por 18 metros, dentro de las cuales se amontonaban 1,200 mujeres. Ocho, diez o doce juntas dormían en literas de madera y heno podrido, sobre un cuadrado de metro y medio. Aquellas infelices ocupaban escaso espacio, pues quedaban en peso de 25 ó 30 kilogramos. Así y todo tenían que tenderse de lado, para caber. Como sólo podían ir al excusado dos veces al día, allí hacían muchas de sus necesidades.

Las barracas, entre cuyos siniestros muros oigo la negra historia, apenas contaba con calefacción, tan esencial en estas latitudes: dos chimeneas en cada una, solamente abastecidas con cuatro kilogramos de carbón, y esto no todos los días. Si la lluvia o la nieve, como era común, mojaban afuera las ropas de las mujeres, en ese estado se acostaban. A la entrada de las barracas se ven unos cuartitos, un poco más adecentados en la enorme miseria, equipados con una pequeña caja para la ropa, "lujo" y "confort" para las vigilantes, de que carecían las demás. Las vigilantes eran también prisioneras, pero gentes

corrompidas y degeneradas, frecuentemente prostitutas. En los techos inclinados de los barracones subsisten las pinturas con que las detenidas contaban parte de su vida angustiosa y a punto de concluir. Los jefes nazis, con aparente blandura, permitían ese entretenimiento al objeto de que quienes pintaban no pensarán en otra cosa. Sobre todo en la fuga, desesperante idea, pues aunque todo indicaba muerte segura, la vida se rebelaba contra semejante convicción.

Salimos de una barraca y pisamos la verde hierba que ahora ha crecido. El ex prisionero, nuestro guía, nos la señala aclarando: "Esto era un terreno fangoso y los prisioneros trabajaban sobre él durante doce horas diarias". Las mujeres, después de esa jornada, transportaban piedras del río Sowa, allí cercano, para endurecer el terreno. La jornada comenzaba a las dos o tres de la madrugada, cuando el frío era más insostenible, terminando sólo cuando los jefes alemanes querían. Se les daba a las mujeres treinta minutos para vestirse, lavarse —en los charcos de agua o en la nieve—, arreglar la "cama", ir al excusado y tomar un poco de café negro. Muchas ocasiones tenían que tomar piedras en la vía del ferrocarril para devolverlas al mismo lugar de donde las cogían, pues se trataba de cansar y desesperar, mientras llegaba la muerte. Por eso el hospital, que existía sólo de nombre, era aquí la cosa menos necesaria.

También se empujaba al agotamiento por medio de la gimnasia, de doce horas diarias durante tres meses. Asentadillas ininterrumpidas, tirarse al suelo y levantarse, arrancar la hierba con los dientes. En esta posición animal, la impecable condición humana de quienes por fuerza la asumían, azotaba desde el suelo el rostro verdaderamente animal de los erguidos vigilantes. Al cabo de noventa días, la "gimnasia" había quitado la vida al noventa por ciento de quienes la hacían.

De madrugada, a la hora de la revista —a veces se les tenía de pie hasta que saliera el Sol, quietos y firmes en el frío, para salir a trabajar después de ese primer "ejercicio"— se les daba un cuarto de litro de café, o de té —o de algo que se les pareciera— sin azúcar ni pan. Al mediodía, medio litro de sopa de hierbas o de coles putrefactas. Cuando los prisioneros eran llevados a trabajar afuera del campo, sólo comían al regreso, después de doce horas. Por la noche, el mismo café o té y trescientos gramos de pan hecho de harina y serrín. Había día en que se asignaban quince gramos de salchicha o

veinticinco de margarina o treinta de queso, pero casi siempre las vigilantes se quedaban con todo. El plazo de seis meses de vida, resultaba demasiado grande. Casi todos morían a los tres.

Así y por la acción de las cámaras de gases, quedaron en el gran cementerio de Oswiecim, dos millones y medio de judíos, muchos gitanos, numerosos revolucionarios, patriotas, soldados de 18 países, hasta un total de cuatro millones de seres humanos.

Pisando la hierba sobre la que esos hombres desfallecían y quedaban sin vida, nos encontramos una pequeña cruz de hierro y una placa de cerámica, que decía en francés: "A nuestros queridos hijos desaparecidos aquí (1942) Marcel y Lucien Colin, 22 y 19 años, estudiantes de la Universidad de Caen". El padre de esas jóvenes víctimas visitó el campo y dejó aquel recuerdo. Pero cuando escribió "desaparecidos aquí", quiso referirse a la enorme extensión, pues bajo la cruz, que lo mismo pudo estar cien metros más allá, no hay restos ningunos, ni la menor señal de Marcel y Lucien.

Cerca de esta cruz se encuentra en pie la barraca donde 300 mujeres fueron fusiladas en 1942, por haber organizado un intento de fuga, cuando trabajaban en una zanja que habría de llegar hasta el río. El penoso trabajo en la zanja fue pintado en uno de los planos inclinados del techo, y allí se conserva. En Brzezinka había siempre 45,000 mujeres presas.

También se conservan, como signos ominosos del pasado, las extensas y altas alambradas que cercaban el campo. Cada dos postes había un foco eléctrico. Las casetas de vigilancia estrechaban el cerco. Los alambres estaban electrificados, y muchas mujeres y hombres, alocados, prefirieron arrojararse a ellos y acabar cuanto antes.

Las cámaras de gases y los hornos crematorios, ideas culminantes de la maldad nazi, están un poco retirados de las barracas. Los protege una cortinilla de árboles, plantados expresamente para ocultar aquella parte del exterminio "científico" a la vista de las comisiones internacionales, que los alemanes paseaban por las entradas del campo, presentándolo cual reclusión modelo donde "redimían" por el trabajo. Entre los árboles del bosquecillo fueron construidos cuatro hornos, que los nazis volaron al retirarse, pero sin poder borrar con eso las señales de la tenebrosa finalidad.

Durante los años de 1943 y 1944, los nazis intensificaron su criminal actividad en esta parte del campo. Los escogidos

para la muerte por todos los campos y ciudades del mosaico europeo, llegaban en largos convoyes de ferrocarril. En seguida se hacía una rápida selección. A los sanos y fuertes se les apartaba para el trabajo de unos meses, y a los demás se les ordenaba desnudarse so pretexto de que iban al baño. La cámara de gas, nave cuadrangular de suelo mucho más bajo que el nivel de la tierra, parecía, en efecto, un gran baño colectivo. Las tuberías y las regaderas lo aparentaban, pero en vez de agua salía el gas ciclón llamado Dwory, producido por la filial de la "J. G. Farben Industrie". Viejos, inválidos, mujeres embarazadas, niños y mujeres con niños, pasaban desnudos y apretados a la cámara, con capacidad para 1,200, donde a veces entraban hasta 2,000. Una fotografía tomada por un prisionero, tendido en el suelo, borrosa e inclinada, pero nítida prueba del engaño muestra a las mujeres y a los niños desnudos, caminando por el frío bosque, rumbo a las cámaras de gases, creyendo cumplir una obligación higiénica. Una maqueta exhibida en el museo de Oswiecim, reproduce aquel momento terrible de la muerte en masa. Los cuerpos amontonaban unos sobre otros buscando, en un último gesto de solidaridad humana, la vida que de todos se iba. Después sacaban los cadáveres, les cortaban el cabello, despojaban las encías de dientes de oro, y prendidos los cuerpos en grandes tenazas, eran depositados en los hornos crematorios. Puñados de cenizas y pequeñas partículas de huesos calcinados, quedaban sólo de lo que fueron animosas vidas. Las cenizas se usaron en la construcción de caminos o para producir diversas sustancias químicas. Los cabellos para lo mismo o como fibra para trenzar alfombras y tapetes.

Los encargados de llevar a las víctimas hasta las cámaras eran asimismo prisioneros. Sabían que allí estaba también su fin. Tenían el cruel encargo de convencer a los recelosos de que se trataba, en verdad, de un baño. Pero esos mismos forzosos auxiliares de la muerte, se quedaban adentro, en ocasiones, cortando de una vez el sufrimiento de saber que, al cabo de unos meses ya no se les dejaría salir, para mejor conservar el secreto. El 7 de octubre de 1944, los prisioneros que sabían de su inminente muerte en la cámara número 3, organizaron una conspiración y la volaron, no sin antes arrojar a ella a dos de sus guardianes alemanes. Tampoco se salvaron ellos pese a esta gran decisión.

Como los hornos crematorios resultaban insuficientes en

algunas temporadas, muchos cadáveres fueron quemados en enormes piras, un poco más adentro del bosque. Las cenizas y los pequeños restos de huesos, eran arrojados a una laguneta, que se nos mostró a la vista con un fondo bajo y grisáceo por la ceniza. La transparencia de sus aguas dejaba ver los ínfimos restos humanos, entremezclados, revueltos en estremecedora confusión, de la que jamás saldrán. Razas y naciones, sexos y edades, confundidos en breves y ya fríos rescoldos. En las orillas, dentro del agua, crecían los juncos, fertilizados por el género humano. Un joven polaco arrancó un puñado de ellos y entre las tiernas raíces salieron del agua la tierra blancuzca y los pedacitos de hueso, materia arrancada a la vida que ahora se la daba al vegetal. Sobre aquel montón de tierra, ceniza, hueso y raíz, puse mi mano derecha abierta. ¿Sobre quiénes la ponía? ¿Sobre cuántos? La mano extendida nada podía ayudar ya a quienes ninguna ayuda necesitaban. Pero yo sentí ponerla sobre la humanidad sufrida, que anhela dejar atrás, y sin vuelta, aquellos años terribles de guerra y barbarie.

El museo de la muerte en masa

NUESTRA visita fue de atrás hacia adelante. Subimos a la cima de la crueldad y bajamos por sus faldas sin dejar de ver todas las siniestras señales. Regresamos a la entrada del campo, donde hoy se halla, instalado en las barracas que fueron también de la muerte, el museo que relata, sistemáticamente, cronológicamente, la tremenda historia. Los bloques de las barracas de ladrillo, organizadas con preciso orden germánico, dan la impresión de que los nazis no pretendían otra cosa que lo pretendido por su falaz letrado cruzando la entrada: "Arbeit Macht Frei" (El trabajo libera). Pero nosotros, gracias al recorrido inverso, ya habíamos visto lo oculto tras el lema.

En esta parte se sentaron las bases para la ciudad del exterminio, aprovechando los nazis unos antiguos cuarteles. En la primera época de este campo llegaban a él unas 10,000 personas cada 24 horas. Antes que nada recibían un baño —en este caso de verdad— y eran rapadas y tatuadas. En varios países de Europa he visto a hombres y mujeres que llevan una letra y un número indeleblemente marcados en el brazo. El cabello enriquecía a un extraño almacenamiento del que salían tapetes y colchones. En una gran nave del museo se conservan enor-

mes cantidades de cabello, y allí se muestran también algunos pedazos de los tapetes logrados por las máquinas alemanas.

Pasaron por esta parte del campo unas 700,000 personas, no obstante que su población normal y permanente era de 14,000, indicio de cuántas eran asesinadas. Hubo momentos, sin embargo, en que la población ascendía a 25,000 ó 30,000. Primeramente instalaron 20 barracones, ampliados más tarde con otros 8. Entre los de ladrillo, del viejo cuartel, fabricaron los de madera. No lejos de allí estaban los hornos crematorios que resolvían a gran velocidad la falta de espacio. A simple vista, aquel barrio parece una colonia de reclusos en sistema muy distinto al de la muerte. Las comisiones investigadoras de países neutrales —a cuya miopía se sumaba el engaño nazi— sufrían allí —o aparentaban sufrir— el engaño previsto.

Hemos llegado al bloque número 24. Aquí exhibían, en planchas de madera, los cadáveres de los fusilados por intento de fuga. Como ejemplo y sorna, le colocaban un letrero que decía: "¡Hurra! Estoy otra vez con vosotros". La muerte les había llegado por la horca o el fusilamiento, en presencia de los presos. Si algún fugado no era detenido, el vigilante quedaba automáticamente señalado como responsable principal, y fusilado. Veinte de los compañeros del huido eran encerrados en la barraca número 11, donde morían de hambre. Como este método no impedía las fugas, pues todos los riesgos se aceptaban a sabiendas de que nadie saldría de allí sino por la chimenea de los crematorios, un nuevo jefe del campo ideó el procedimiento de detener a la familia, amigos y vecinos del fugitivo, poniéndolos a la puerta del campo con esta inscripción colgada: "Si vuelves seremos libres".

En esta parte del campo hubo también, al principio, un horno crematorio, precisamente en el bloque número 11. Fue desmontado, pero ha sido reconstruido, y es el único que ahora se conserva entero, en este inmenso museo de la muerte, como advertencia y lección. Era un horno pequeño, donde en 1940 se ocupaban 10 hombres en la siniestra tarea. (En 1944 el funcionamiento de todos los hornos empleaba ya a 1,284 personas, destinadas a perecer también en ellos.) Este horno quemó, durante tres años de funcionar, 70,000 cuerpos humanos.

Visitamos luego el bloque número 20, donde los prisioneros eran asesinados con inyecciones de fenol. En otro lugar se conserva un montón de latas de gas, que llegaban a Oswiecim en camiones aparentemente de la Cruz Roja, y con pér-

miso de circulación para transportar supuestas materias destinadas a la desinfección del campo. Un letrado recuerda la finalidad del cargamento: de una expedición de 5,022 personas llevadas al campo, 930 fueron destinadas al trabajo y 4,092 a las cámaras de gas. Los administradores y aplicadores de la muerte en masa informaban a sus superiores mediante un lenguaje figurado, que se ve en los telegramas exhibidos en el museo: "tantos o cuantos fueron especialmente colocados por invalidez" o porque eran mujeres con niños. La colocación estaba en los crematorios. Los prisioneros eran despojados de todas sus pertenencias. Montones de botas, gafas, maletas y otros objetos, recuerdan el saqueo. Todo se enviaba a Alemania para aprovecharlo. Los nazis hacían propaganda para que los familiares de los prisioneros dedicados al trabajo fueran a reunirse con ellos, en aquella "ciudad", trayendo todas sus cosas. De ahí los montones de cacerolas y cacharros de cocina que también se exponen en el museo. Y junto a esas variadas muestras de lo que fue vida pobre y limitada, los aparatos ortopédicos de los inválidos. Lo que nosotros vimos es lo que no pudieron llevarse cuando estaba cerca el ejército soviético. Al huir, los nazis dejaron también algunos miles de prisioneros.

Las prendas de los niños estremecen al visitante. Muchas criaturas murieron con sus madres, en aquellos horribles veinte minutos del gas, y otras agonizaron bajo los efectos del fenol. Sus cuerpecillos se retorcieron en los hornos o sobre las grandes piras del bosque de Brzezinka. Del primero de diciembre de 1944 al 15 de enero de 1945 se mandaron a Alemania, desde Oswiecim, 99,922 piezas de niños, 222,269 de hombres y . . . 192,652 de mujeres. Estrujante estadística reveladora de las proporciones que la muerte adquiría en esta desgraciada área de Polonia.

Maletas de todas clases y tamaños se conservan en el museo. Los infelices las marcaban con su nombre, creyendo, vanamente, que podrían recogerlas. De todas esas inscripciones una se prendió singularmente a mis ojos, pues decía conforme se me tradujo: "Niña huérfana. Miska Hanna. Nació 3-V-1932". Tú no volverás de ese viaje, niña Miska, pero siempre te esperaremos.

El museo de Oswiecim sólo podía aportarnos ya, a quienes habíamos recorrido la aplastante realidad, elementos de precisión como algunos de los transcritos. En su sistemática y san-

grante historia, otro descubrimiento hubo de impresionarme todavía de manera particular. Vi que los alemanes llamaron México a una parte de su ciudad del exterminio. El nombre de México, mezclado muy a pesar de los mexicanos en aquella organización de la muerte, flotaba en ella innoblemente. Los nazis se lo habían dado al sector donde privaba mayor indisciplina y miseria.

Visitamos las celdas donde los hombres eran amontonados para el castigo. En reducido espacio eran metidos veinte hombres o mujeres, y en algunas celdas cuarenta, con un insignificante orificio para que penetrara aire. La calefacción agotaba aún más, y pocos de los rehenes —a quienes se destinaban estos cuartos— llegaban vivos al amanecer. En algunas celdas, preparadas para que el martirio durara más, tanto como el hambre resistiera, se dieron casos de antropofagia. En otras, con superficies cuadradas de ochenta centímetros, permanecían de pie cuatro o cinco hombres, que sólo disponían para la renovación del aire, de un agujero de ocho por seis centímetros. El que lograba pasar la noche, era enviado a trabajar. Y así durante varias noches, hasta que se quedaban en una de ellas.

Cerca de estas celdas se ve la habitación de un verdugo gigante, bestia humana propia de un cuento, que torturaba, daba de palos a los prisioneros y ahorcaba con cualquiera de sus prendas de vestir. La habitación del gigante, como la del jefe de la prisión y todas las celdas, pueden ser vistas hoy tal como quedaron el día que los nazis salieron huyendo, dejando tras sí esta estela de crueldad y barbarie.

Afuera ya de esta ciudad de la locura, al cabo de cinco horas de recorrerla como si fuera de otro mundo, llegamos al patio de los fusilamientos. Dieciocho mil personas —otras cayeron fusiladas en la misma celda destinada a desvestirse— rodaron ante el ennegrecido y agujereado muro, a cuyo pie depositamos unas flores. Mientras un grupo de jóvenes alemanes, visiblemente consternados y enmudecidos, avanzaba a colocar una corona, diez estudiantes franceses, entonaron, con voz apagada, como lejana, viniendo poco a poco para apoderarse del silencio, la canción francesa de la resistencia.

Para aquellos jóvenes alemanes, ajenos a los crímenes, la jornada había sido más pesada que para los demás. Al día siguiente, en ocasión de comer juntos en Cracovia todos los visitantes extranjeros, uno de aquellos muchachos alemanes

se levantó de su silla, todavía bajo la impresión de Oswiecim, para decir:

—Hemos visto los crímenes del fascismo. Lucharemos para que el fascismo no vuelva jamás a nuestra patria, para que esos crímenes no se repitan.

En los jardines cracovianos que rodean y dan dulzura a los viejos muros de la Barbacana, se honra a los héroes del ejército soviético, que hicieron caer las murallas de dolor y tinieblas alzadas en Oswiecim. Allí las cruces y las inscripciones con rojas flores de homenaje, guardan la memoria de los libertadores. Buen lugar para meditar después de un viaje sobre los campos que fueron de la muerte. Me senté, acompañado por nuestra gentil intérprete, en uno de los bancos de hierro de los jardines, cuando la noche ya se había posado sobre las torres afiladas de la ciudad. Mucha gente pasaba por el parque u ocupaba los bancos. En el que nosotros estábamos tomó lugar un anciano, con quien quise entablar conversación a propósito de lo que había visto. Se trataba de un profesor de matemáticas, que ya había cumplido los setenta años. Nos contó su vida bajo la ocupación nazi, cuando hubo de dar clases clandestinamente. Su odio a los alemanes es profundo: "Son perros amaestrados", dijo. Sus pasados sufrimientos no le permitían distinguir aún —y acaso muera sin haberlo hecho— entre esa juventud crecida ya sin el odio hitleriano, tan apesadumbrada por la lección de Oswiecim, y el resurgimiento de la ferocidad en una parte de Alemania, donde, precisamente por aquellos días, su enloquecido canciller hacía redoblar nuevos y siniestros tambores de triunfo.

Muy hondas deben ser las huellas dejadas por el nazismo en el anciano y su vista acaso no esté ya para ver que nadie más interesado en impedir que otras se abran, como el pueblo alemán. Pero aquella juventud germana conocida por mí era ya producto de surcos y no de heridas. Las mismas tumbas de los héroes soviéticos estaban en el jardín floreciendo, y si bien nadie puede olvidar por qué y cómo cayeron los héroes, tampoco, que sus flores son signos de la amistad y no del odio de los pueblos.

CONFESIÓN DE PROMETEO N.

Traducida del griego por Max AUB

Pero basta de advertiros con enigmas.

ESQUILO, *Agamennón*.

NOTA PRELIMINAR

No diré, según costumbre, cómo llegó a mis manos el manuscrito; importa el hecho en sí, quede, por una vez, la curiosidad insatisfecha.

Me preocupan ciertas interpolaciones de autores ilustres; Prometeo N., a más de hurtar secretos industriales, no tuvo reparo en adueñarse, sin comillas, de frases enteras de autores griegos de la mejor época; tal vez el paisanaje le pareció razón suficiente; quizá, habiendo aprendido a leer en ellos, se le fundieron en la sangre de la imaginación. No soy más que traductor y, aun en eso, respeté el original; único pasto que los aficionados a la literatura podrán hallar aquí.

Prometeo N. no fue inteligente, si de buenos sentimientos.

Como su proceso llenó las páginas de la prensa de ambos mundos —tal como debiera decirse ahora sin referirse a la trasnochada división geográfica—, su aspecto físico es muy conocido. Si, entonces, las razones que le obligaron permanecieron oscuras, ahora resplandecen. Su divulgación me enorgullece.

M. A.

GUARDÉ silencio por no comprometer a quien no lo estaba, que cualquier palabra arrastra, ahora, mil preguntas y sospechas. Callé como muerto; ahora que lo seré hablo.

Muchos, innumerables, han referido mi historia pero, aunque cada uno dijo su verdad, ninguna se ajusta a lo cierto, óigala de mi boca si me dejan la ocasión, que lo sé todo menos la fecha de mi muerte, como cualquier mortal así esté condenado a pasar a mejor vida a fecha fija que, a estas horas, todos saben menos yo.

Hoy cualquier hecho levanta sospechas, como a la luz un cuerpo su sombra; llegóse a dudar de mi nombre y apellidos, de mi patria. Húrtense a los cuidados: soy griego de buena cepa. Mi padre, el señor Jafe, es de familia muy conocida; hombre forzudo, que no admitía réplicas. De mi madre sólo sé lo que me contaron, no siempre lo mismo: según unos oriunda de Asia Menor, según otros de la propia península; mi tío, el poeta, que debió estar algo enamorado de ella, me dejó entender que siempre había ocupado un puesto subalterno en nuestra casa, pariente pobre que fue. Muy ceremoniosa y atada a las leyes de la etiqueta, justa y justiciera; en los primero no me parezco a ella, en lo demás sí. En el Museo Nacional, mi tío, el poeta, no dejaba pasar ocasión de enseñarme una estatua procedente de Rhamnonte diciendo que se le parecía; era mujer grave.

Desde que tuve uso de razón fue la justicia mi norte, jamás comprendí cómo no fuera ley para los demás; sus contrarios, mi duelo por no haber alcanzado jamás concepto cabal de sus éxitos. Esta pasión me llevó a no estudiar leyes y sí la medicina, aficionado como soy a saber el porqué de cuanto alcanzo.

Fui médico antes que físico aunque, lo dice el idioma, no va mucho de lo uno a lo otro. Me cansé de la medicina porque en el momento en que tuve conocimiento sin falla del esqueleto humano me di cuenta de que era callejón sin salida, puro formalismo. La física era otra cosa: todavía existen hipótesis, es decir, esperanzas.¹

MI creencia en el hombre como única razón de vida me llevó a apasionarme por la energía, ese elemento indestructible. Jamás me alcanzó la duda que corroyó a tantos, desde fines del siglo pasado, cuando la física removió las bases del mundo que creían pisar. El descubrimiento del *quantum* de acción de Plank, en 1900, es la razón de mi mundo, mucho más firme que el que forjó Newton. Me enorgullezco de pertenecer a mi tiempo. Y si desapareció el átomo de Demócrito no es cosa de ponerse a llorar; vivió veinticinco siglos, para un cuento no está mal. La casualidad pasó a la historia con la discontinuidad. Por eso intenté, y creo haberlo conseguido, torcer en bien el camino em-

¹ Un periodista ha propalado que fui capaz de insuflar vida a un *robot*, no es cierto, por mucho que me interese la cibernética, la vida todavía es secreto de los dioses.

prendido por la humanidad: nadie puede prever gran cosa, pero tenemos el futuro en nuestras manos. En la macrofísica de los átomos y de los *quanta* ocurre a cada momento algo imprevisiblemente nuevo. No sé cómo los hombres, al enterarse de ello, no brincaron de gusto y se pusieron de acuerdo. Y no alcanzándolo a pensar me puse a la obra.

He nacido con el principio de la relatividad, es decir, cuando la ciencia volvía a ser cosa del hombre y no de la naturaleza; no le tengo especial inquina a Demócrito, pero no cabe duda que metió a la ciencia por ese atolladero; la cual recobra dimensión humana al tener cuatro. ¿Cómo había podido vivir la humanidad sin contar con el tiempo para medir las cosas? Al mismo tiempo, él mismo desaparecía como observador imperturbable, entraba a formar parte de la vida misma, era otra forma de la energía. Lo que me enseñaba la ciencia era que el pasado no tenía influencia sobre el presente, ni éste sobre el porvenir. Por primera vez, desde Demócrito, el hombre era dueño de su destino. Con el descubrimiento y escudriñar de la radioactividad empieza una nueva edad.

No se engañaron acerca de ello los nuevos dioses y dedicaron todas sus fuerzas para monopolizar los resultados de la fuerza atómica, la más extraordinaria que haya liberado el hombre, y lo consiguieron. Como es natural, pusieronla al servicio de sus solos intereses, relegando al olvido lo que puede llevar a los hombres hacia una nueva Edad de Oro, si es que ya hubo alguna, que lo dudo. En hallar esa trocha me esforcé.

No quiero hablar de religión, lo que sería, tal vez, obligatorio dada la condición en que me encuentro, pero así como la ciencia, en siglos pasados, que culminó en Haeckel, parecía ser martillo destructor de teologías; ahora, sencillamente, no tiene nada que ver con ella: auténtica separación del Estado y la Iglesia.

EN principio, el hombre está en el mundo para hallar la manera de que éste no se acabe, para descubrir nuevas fuentes de energía que impidan el camino inexorable que lleva el uranio a convertirse en plomo.

Todos los ladrillos exhalan olor de carne humana, el que no lo percibe no es hombre; y el hierro forjado y el cemento. Dicen que también las obras de arte, no lo noto: hácense sin tra-

bajo, y él es razón de ser. Vive el hombre porque trabaja, eso le diferencia de los inmortales. Mas ahora ha aparecido otra clase de sudor, producido por el miedo, que surge exclusivamente en la epidermis suave de los nuevos dioses, ábrenseles los poros y nacen gotas de sangre cuajada; mi mejor pago.

¿CÓMO puede un hombre dejar de sentirse hombre? ¿Cómo renunciar a la justicia? ¿Cómo contentarse con la contemplación de la belleza? Sería, es, a lo sumo, remedo de los dioses, moradores del universo de la envidia, ese fruto de la ociosidad.

Siendo todos del mismo fango, ¿habían de alzarse unos sobre otros como si no hubieran salido de la misma matriz?

Me llena de burbujeante ira considerar que existen tantos que pueden seguir con sus costumbres cotidianas sin entrar, por lo menos, a intentar resolver la iniquidad tremenda; nunca he podido comprender cómo se puede vivir con el peso de la injusticia en los hombros y alrededor. ¿Son hombres? Si lo son, ¿por qué gimen todos de pena y no se rebelan? ¿No les escuece la injuria, no sienten la gravedad de esa carcoma? No es desprecio hacia ellos sino piedad lo que me mueve al ver cómo la desigualdad, el privilegio, la ilicitud, la parcialidad han llegado a aplanarles el sentido; el vencimiento los ata de tal manera a esa vergüenza que aceptan los remedos de la injusticia como pan de cada día.

A imitación de los viejos de mi tierra, bien saben los nuevos dioses sus cuentos, por sus cuentas: duérmenles la imaginación con sus fábulas y los hombres se conforman —cobran nueva forma servil— con novelas, ensayos, músicas, películas. Platón, tan equivocado en cien aspectos, acertó al desterrar a los poetas de su República, cómitres de tanta bajeza. Añádase los farmacéuticos que hacen su fortuna vendiendo analgésicos: anublan el entendimiento; el dolor ya no se siente, el mal pierde su apariencia, la angustia ya no es por los sucesos —su fuente— sino vaga y revuelta en sí misma; ya no importan las causas sino los golpes de pecho; lograron, por otro sendero, lo mismo que Demócrito con la ciencia: apartar al hombre de lo que ve.

OJALÁ mi hecho sirva para que despierten haciéndoles columbrar los horrores, así sea a distancia; que lleguen, por lo menos con los ojos, a convencerse de la iniquidad en la que los

más son hundidos; que se les desvele el corazón, que se les desadormezcan los entumecidos miembros, que se revuelvan en su jaula en busca de libertad, sacando a los nuevos dioses de su regalado lecho, rompiendo el sueño ficticio en que los sumieron los boticarios al bien pagado servicio de los oligarcas olímpicos; que sacudan el polvo del tiempo perdido, volviendo en su acuerdo y quebrantando a su vez el sueño perspicaz de sus amos. ¡La justicia, hombres, la justicia!

TUVE tres hermanos, uno de ellos murió a consecuencia de un bombardeo norteamericano de los que ayudaron a liberar mi país de la servidumbre impuesta por Hitler; Epimeteo vivía ya por entonces en Nueva York, casado con Dora. Algunas tardes iba ante la tumba de mi hermano mayor; monte que parecía sostener el cielo. Allí le asesinaron, con otros compañeros suyos, rebeldes como él y los enterraron en la tierra viva. Allí se me hizo muchas veces de noche y veía el girar de las estrellas. Comprendía que mi mundo era tan enemigo del que soportaba como el día de las tinieblas y que ambos no cabían en el mismo universo. Mi hermano, desde su tierra, los vería transcurrir de la misma manera; eso me daba fuerzas.

No había tomado yo parte en la asonada que le costó la vida, mas comprendía que la justicia me obligaba a luchar por lo mismo y los mismos por quienes la había perdido. Intuía, todavía mozalbete, que los que le habían matado desconfiaban de quienes no les sirvieran como esclavos; nuevos dioses, nuevos en su riqueza, altura y aislamiento. Para ellos, cuantos no sirvieran ciegos venían a sospechosos, rebeldes potenciales; todavía no era el miedo, pero sí la desconfianza carcomedora.

Quiero dejar constancia de que la muerte de mi hermano no fue, en ningún momento, determinante de mi decisión; a lo sumo, la fortaleció. Pero su ejemplo fue lección: decidí luchar solo, fiado en la astucia. El espectáculo de mis compatriotas me llevó de la mano a ello; no había organización que no estuviese apollada por traidores. Además, teniendo los nuevos dioses el secreto de la desintegración del átomo en sus manos, no era posible, por la fuerza, alcanzar resultado alguno; en el momento escogido podrían destrozarse el mundo que se les enfrentara.

Ignoro si es fácil o no describir lo desgraciados que eran

mis compatriotas, la guerra cuando no se hace y sólo se padece es profundamente desagradable, dejando aparte que siempre ganan los más fuertes, sin reparar en los medios que les proporciona, a manos llenas, la injusticia.

Frente a las revoluciones que tantos altibajos produjeron en mi país, permanecí aparte porque creí que los desheredados poco tenían que ver con lo que entraba en juego y, por ende, la justicia. Mi padre, al contrario, tomó parte activa; era no sólo amigo de Venizelos, sino que se decía pariente suyo; no lo creo.

TAMBIÉN mi tío Efesto, por el que sentía verdadero cariño, fue hombre de esas acciones. Era barbudo, algo cojo, por mor de otra revolución, y le olía a rayos el aliento. Le debo los elementos marxistas de mi formación. Me explicó lípidamente las razones de los fracasos de las sucesivas revueltas. Habiéndole preguntado por qué, si tan claramente comprendía la imposibilidad del triunfo, había intervenido en ellas, me contestó, encogiendo sus robustos hombros, trayendo a colación el azar y el deber de intentar lo imposible. (Los marxistas mediterráneos siempre tienen resabios anarquistas). Yo, prudente y precavido, le reprendía intentando hacerle ver la inutilidad de esos tanteos: sólo sobre seguro pueden triunfar las revoluciones. Me dijo que tal vez tenía razón, pero que así no se harían nunca. Aferrado a mi convicción le aseguré que esa manera de entender los movimientos sociales eran ganas de perder el tiempo, fiado en la imaginación. Me palmoteó la espalda, con afecto protector.

Mi tío había nacido en la isla de Lemnos y era entendido en volcanes. No había conocido a su padre y, a veces, en sus frecuentes accesos de mal humor, aseguraba que lo mismo le había sucedido a su madre. Su cojo andar era bastante ridículo y se prestaba a innumerables bromas. Sin mirar qué viento corría en el corazón de los demás contaba cómo su madre, avergonzándose de su cojera, le escondía de las visitas; cómo se había vengado haciéndola resbalar y caer, lo que motivó que la buena señora tuviera que pasar largos meses impedida, de los que surgió su reconciliación a cuenta de la inmovilidad. Después, la señora se volvió a casar; mi tío se llevó muy mal con su padraastro. Su sutil ingenio le llevó a ser arquitecto y luego a apasionarse por la física y la química, por lo que acogió con gusto mi vocación. Su retraimiento, hijo inevitable de su men-

gua física le restó posibilidades de éxito. Se construyó un laboratorio particular y se pasaba lo más de su tiempo entre probetas y crisoles; siempre se le hallaba inclinado sobre su trabajo. Tenía un torso enorme —todos en la familia somos fornidos— anchos brazos, manazas, todo velludo; el peso de su cuerpo contribuía a su mal andar, débiles las piernas a más de su defecto. Su renombre como vulcanólogo le llevó a Turquía; fue llamado después a Italia, por Mussolini, para estudiar el posible aprovechamiento de los subterráneos que, a lo que se decía, unían las islas Lipari. Mi tío, antifascista, hizo el trabajo tarde y mal; debió de notarse mucho porque era conocida su actividad incansable. Ignoro lo que le sucedió, a veces al sol no se ve ni gota, pero de allí pasó a los Estados Unidos donde se hizo muy acomodaticio. Con la discordia —solía decir— los mejores banquetes son malos. Predicaba entonces la conformidad, la resignación, la paciencia, tragar lo que fuese con tal de no tener "historias". Delineó abrigos subterráneos y acabó siendo verdugo en el presidio de Sing-Sing. "Es el trabajo más tranquilo que te puedes suponer —me escribía, en 1938—, nadie te molesta, nadie se mete contigo. Y, en cuanto a la silla eléctrica, no es peor que otra cosa". Es curioso cómo cambian los hombres con el transcurso de los años; las revoluciones son obra de hombres jóvenes, con el porvenir por delante.

A lo largo de su vida se casó y divorció seis veces; todas sus mujeres fueron hermosas. Tuvo hijos, alguno cojo como él —lo cual me hace precavido en rechazar las teorías de Michurin—, y con muy mala sangre. Los maldicientes, que son muchos, aseguran que ninguna de sus esposas fue espejo de fidelidad. Lo ignoro, pero, tal vez, eso influyó en mi vida; no tengo gran cosa que decir de mi vida sentimental, nunca fue obstáculo para mis fines. No alcanzo, además, sino a despreciar a quienes se dejan vencer por los sentidos; no que sea insensible a los placeres, pero les doy el lugar que les corresponde y merecen. Los que se dejan llevar por sus instintos no merecen su hombría. El lujo tiene que ver en esto, y los dioses no pasaron de ser hombres de lujo; de ahí, como es evidente, nace la lujuria, y ésta ¿qué no engendra?

ASUMO la plena responsabilidad de lo hecho y dejo en el lugar que les corresponde los infundios de ciertos periodistas que no queriendo bastarse con la verdad, que tan mal se ac-

moda con el tamaño de los titulares de ocho columnas, quisieron refugiarse en bernardinias faldellineras. Sé lo que hice y por qué lo llevé a cabo. Ya lo proclamó mi tío el poeta, y no se crea que le traigo a colación porque se haya ocupado de mí con singular preferencia; él es respetuoso con el poder de los nuevos dioses, lo que da mayor significado a sus declaraciones a la prensa.

Fui el primer obrero de mi familia, lo que promovió incontables disgustos; la burguesía es así y más cuando tiene parentesco cierto con la aristocracia. Creía, y sigo en lo mío, que el trabajo y la justicia son el camino a seguir y no el uno sin el otro, porque, al cabo, son una misma cosa: honra del hombre; durante siglos, el trabajo sin justicia fue vergüenza del mundo, bajo la sonrisa complacida de los dioses. Si la labor es costosa, ¿qué no será injusta en su beneficio? Las manos del tejedor hacen el paño, y el paño es de quien no lo hace. El hombre se ha hecho a fuerza de puños, con ellos ha construido el mundo, y los dioses—tanto montan antiguos o modernos— se lo apropian. Procura el hombre con anhelo, no toma respiro, rompe la tierra con el arado, se fatiga cuidando el granar de la semilla; recoge, de sol a sol, hendida la espalda, el fruto de sus esfuerzos; muele, cerne, amasa, hornea y ve pasar frente a sí el resultado hermoso de su trabajo, sin catarlo. Echanle las sobras para que no se muera y pueda seguir laborando, y no le dan razón.

Por otra parte, la justicia sin el trabajo no deja de ser una utopía sólo realizable por la mano de los dioses, y tienen otras cosas que hacer sentados en la-mesa del deseo.

Sé que del trabajo nace la emulación y también la envidia, ¿y qué? Acerca de ello discutí largas horas con mi tío, el poeta, que siempre acababa por dejarlo todo en manos de los Sumos Hacedores. Estoy seguro de que, en su fuero interno, estaba de acuerdo conmigo pero, precavido y viejo, no daba su brazo a torcer.

No ignoro que manda el más fuerte, pero no hay razón para que los trabajadores no lo sean. ¿Por qué las cosas no son de quienes las hacen? Pregunta ingenua. Pero, ¿existe algo más limpio que la ingenuidad? ¿Por qué las cosas han de ser de otra manera? Empeñáronse en ello los poetas, se salieron con la suya; hora es de ponerles coto. Hubo un momento en que parecía que, por sus propias fuerzas, los hombres impondrían su razón. No iban los nuevos dioses a dejarse vencer tan fácil-

mente; recurrieron a los hombres de ciencia, les sacaron la leche de la bomba atómica: tenían siglos por delante; prometiéronse las felices. "Dios —dice mi tío el poeta, en su poema más famoso— estableció la ley que hace que los peces, las fieras y los pájaros se entredvoren. . . , pero dio a los hombres la justicia, y es el mejor de los presentes". No dudé más.

Sé que están conmigo las mujeres y toda el agua que corre por el mundo porque con el robo del fuego más devastador traje la paz y el progreso acelerado. Están conmigo todas las madres de la tierra, las que se sienten atadas al mundo por un cordón umbilical que no cesa de alimentar a los humanos.

Gracias a mí las máquinas trabajarán mejor, la tierra dará más rendimiento, las fábricas abasto a las necesidades de los desheredados, tantos que no se puedan contar; se revestirá lo seco en fértil, las mieses se multiplicarán, los medios de transporte estarán al alcance de los más, los barcos surcarán el mar numerable a mayor velocidad, los aviones el espacio como rayos, no quedará palmo de tierra ociosa, cada quien tendrá su casa y su descanso, el hambre vendrá a cuento, la vida humana duplicará su curso, todo será parto constante, cría múltiple, producción incesante, paz asegurada. Posiblemente el arte degenerará, mas, ¿qué importa?

Y vendrá la justicia y establecerá su reino.² Lo sé porque soy hijo de la justicia. No hay dioses absolutos, van y vienen como los hombres, hechos a sus semejanza y lo que hoy replandece, mañana será ceniza; queramos o no ascendemos por el camino de mi Madre, la que llevo en las entrañas. Si he podido humillar a los más orgullosos en su poderío ¿qué no podrán otros?

MI preocupación por la injusticia y su furor entronizado me llevó a querer compartir la vida de sus sufridores, mas la

² Hay aquí una curiosa referencia a la última parte de la trilogía de Esquilo (pérdida para nosotros) referente a Prometeo y que sólo conocemos por referencias de Píndaro. Temis —la Justicia— ya predijo: "Está escrito que si la hija de Océano se une a Zeus o a su hermano parirá un hijo más poderoso que su padre, y ese hijo blandirá un arma más terrible que el triple rayo o que el invencible tridente. Renunciad, pues, a vuestros proyectos. . ." (*Ísmico*, VII). (*Nota del T.*)

piedad que me movía fue mala embajadora: no fui bien acogido, me miraban como persona venida de otro medio —lo que era cierto— confundiendo lo que me empujaba con la lástima y la caridad, vergonzosa invención cristiana, pareja de las cárceles. Sólo la guerra estableció entre nosotros una fraternidad cierta, cuando italianos y alemanes invadieron nuestra tierra. Hice lo que pude para ayudar a la liberación de mi país, mas luego, al ver cómo el Rey repartía los bienes de todos entre los nuevos dioses sin parar mientes en la sangre derramada en pro de un bien común —que es achaque de la tiranía no fiarse de los amigos— se acrecentó en mí la piedad hacia tanta buena gente tratada sin misericordia; me arresté y los libré de perecer como gusanos: por eso me veo ahora aherrojado. Cierto que, para mis amigos, debo de estar miserable de ver, pero, por mí, han dejado los hombres de mirar con terror a la muerte y vive con ellos la esperanza, el gran hontanar; los hombres siempre están prevenidos para recibirla; y prevalecerá sobre la angustia; por eso hice cuanto hice y nada me importa que no haya paliativos para mi pena, si a la muerte rápida y violenta se le puede llamar así. Lo que llevé a cabo fue de voluntad; llámenme orgulloso si quieren, que no apartaré la mirada. Soy y estoy orgulloso de ser hombre y de haber realizado trabajo de tal; es inútil que lloren mis males presentes: dar el espíritu queriendo es gloria de todos.

LA historia de mi hermano Epimeteo es triste. De él hablo ahora, porque todos los hilos se entrecruzan. Aunque me esté mal decirlo, era el más tonto de la familia y, posiblemente, el más guapo, sin que esto quiera establecer relación alguna entre la belleza y la idiotez, así el caso de Dora parezca confirmarlo. Puedo decir que la formé, sé que no había en ella más que apariencia. ¿Dónde mujer con menos seso? Nada le costó la vida y, en consecuencia, ningún precio tiene para ella la de los demás. Reducida al exterior, lo único que para ella cuenta son las galas para el atavío, procurar el ornato, deslumbrar con adornos. Teniendo vestidos, joyas, perfumes, lo demás le tiene sin cuidado; siendo lo primordial nunca reparó en medios para conseguirlo. Careciendo de conciencia, sin vicios ni virtudes, sin sentido de honor ni de la lealtad ¿qué se le puede reprochar? Hace las cosas sencillamente, hasta las mayores atrocidades y,

frente a sus resultados, no se inmuta; pasa adelante. En el proceso, con la inconsciencia que la caracteriza, ateniéndose a lo que creía saber, declaró contra mí, que soy como su padre; no sentí resquemor: es así, de raíz. No tonta, sino que el mundo se ha hecho para ella, para su comodidad; se encuentra en él como pájaro por los aires, pez en el agua: no tiene problemas y ni siquiera es feliz: no se da cuenta. Para quien no la conozca: lo más hermoso. Cuando la envié a Norteamérica, con una carta para Epimeteo, no dejé de advertir a éste; pero pudo más el deseo. En el pecado lleva la penitencia, mi hermano pasará quince años en la cárcel por lo que no puedo llamar su culpa. Para ella la vida no ofrecerá dificultades. Lo más triste: que hiciera generación.

Ahora bien, lo único que dejó escapar fueron las palabras, lo demás es mito; todos los periódicos aseguraron otra cosa: por eso restablezco la verdad. Dicen, además, que en el principio fue el Verbo; no es cierto: fue inventado después de la primera rebelión. ¿Qué necesidad tienen de hablar personas que están de acuerdo y con la eternidad por delante? No, el Verbo fue reacción dolosa de quien todos sabéis. Con la palabra nació la mentira, el gran bien o el gran mal —hay opiniones— de nuestro tiempo. Contra ella sólo la fuerza, pero cuando mentira y fuerza se alían, la vida de los hombres se hace difícil; para evitarlo, en la medida de las mías, obré como lo hice.

La bomba atómica, y las que de ella pueden decantar, llena una de las aspiraciones más viejas del hombre: poseer una fuerza tal en el cuenco de la mano que ningún otro o millones de otros reunidos puedan hacer nada fuera de su voluntad; obedecer o convertirse en polvo: piedra filosofal del poder, viejísimo sueño de la imposición. Ahora la tenían los nuevos dioses y me propuse arrancársela para bien de la humanidad.

JAMÁS se me resistieron las matemáticas y pronto descollé en la Escuela de Ingeniería, en la que mi facilidad para el estudio me dio cierto renombre. Al salir de clase solíamos reunirnos en un café y asistía a nuestra tertulia un tal Diactoros, hombre amable del que hablaré no poco más adelante. Sabíamole al servicio de los nuevos dioses; dije, al descuido, que tenía proposiciones de una beca muy ventajosa, en Bulgaria, para rematar allí mis estudios. No era cierto, pero el resultado

de mi treta no se hizo esperar quince días: el soplón me puso al habla con un agregado de la misión norteamericana: sus proposiciones eran excelentes. Remoloneé, que quería ir exactamente a donde fui.

Mientras, mis estudios progresaban a pasos agigantados; sabía más que el circunspecto ingeniero que vino a esperarme al aeródromo Internacional. Me hice el pequeño con tal de fascinarlos; no fue difícil, estrechados como lo estaban por la necesidad. (Epimeteo y Dora quisieron alojarme en su casa, tuve la debilidad de aceptar).

No tuve que mentir mucho acerca de mis propósitos; mis deseos de libertad e igualdad conjugaban con la letra de sus leyes. Nos pusimos fácilmente de acuerdo: cada quien las interpretaba a la medida de su sayo.

Dia los hombres el resplandor terrífico que si todo lo destruye también sirve para transformar. ¿Quién no hubiese hecho lo mismo pudiendo? Me valí de mi fuerza: la treta. El pensamiento tiene sus medios: la añagaza, el embaucamiento, la burla, el gatuperio (de ahí, dar gato por liebre) que bien valen el bíceps, el tríceps, el deltoides o los glúteos si de músculos se trata que, desde los tiempos más lejanos, merecieron tantos honores. El hombre tiene la mentira a mano para salirse con la suya —la justicia— así sea un arma que los fuertes procuren desacreditar fiados en su potencia. El fraude es lo único que dejan a los débiles. Evidentemente yo hubiese preferido llegar y arrebatarles el secreto del potentísimo fuego cara a cara, pero ¿quién hubiese podido? Había que echarles dado falso.

Les metí los dedos por los ojos, el mejor farsante es el que mejor representa, tragaron la mentira de mi interés y de mi devoción. Procedí con sumo cuidado, no queriendo dejar nada al aire, los embaucé sin mayor dificultad, que nadie sabía mi propósito; envolví el mico en pañales de verdad, armé la ratonera con el queso que más anhelaban: la admiración por su modo de vivir; creyéronme suyo por interés personal y durmieron tranquilos. No conciben que el engaño sea tan buena prenda como la mejor del hombre. Llevan tan poco tiempo en el ejercicio del poder que todavía les ciega la sola fuerza; supongo que, con el tiempo y los desaguisados, aprenderán.

Fotografié la fórmula y la escondí en el hueco de una caña.

¿Quién iba a sospechar? No me costó mayor trabajo, todo residía en la fuerza de la idea que me movió: la piedad hacia los hombres, mi decisión de protegerlos contra los que se creen todo permitido por el hecho de ser dioses.

Ahora variarán las cosas; tendrán que parlamentar, reconcomiéndose los hígados, echando pestes, pero tendrán que hacerlo.

Entregué la fórmula a los soviéticos no por que yo sea comunista —no puedo serlo entre otras cosas porque creo en los dioses que me hicieron—, sino porque son los únicos que podían contrapesar su fuerza.

ROBÉ el secreto, sin otra contrapartida que el bien de la humanidad. Siendo tan obvio y enorme hay muchos que no lo creen.

No había supuesto la tempestad que desencadené empujada por el miedo, y que amenaza hundir al mundo bajo una marejada arrolladora: se figuraron que todos, y cualquiera, es, pudo o puede ser espía; se dedicaron a acusarse los unos a los otros con una constancia digna de mucho mejor causa. Sin darse cuenta de a qué catástrofe caminan, relegando la inteligencia, siempre sospechosa en estos casos, a una cuarentena inacabable. Serénense: lo hice solo. Si espía tiene que haber no lo soy más que de mí mismo. Por eso, en parte, escribo estas líneas; a ver si con la verdad vuelven las aguas a su cauce. No quiero que paguen otros por mí.

Hicieron la vida imposible a cuantos tuvieron la mala ocasión de relacionarse conmigo e intentaron, e intentan, involucrarles en mi obra. No hay tal, me alegraría que estas líneas sirvieran para exculparles. Creo que, a pesar de todo, la sinceridad tiene su tono y que nadie puede dudar de la verdad que encierran estas líneas. Repito que no tuve cómplices, recabo la responsabilidad total de lo hecho; si debía haberla compartido hubiese renunciado a mi intento, que quien compromete a un solo hombre hácelo con millares. Los hombres no serán de fiar hasta el día en que tengan resueltos todos sus problemas económicos. Ésta es otra de las razones de mi acto.

Gran consuelo ha sido oír tantas voces amigas llegar hasta mí sin temor de represalias. Tengo presente, sobre todo, la carta de una desconocida en la que me aseguraba que me escribía venciendo "su tímida modestia", sus "temerosas lágrimas"

por los "afrentosos hierros" que me tenían preso. "Lo que ayer era grande —me decía un obrero de Memphis— ha desaparecido hoy de nuestra vista", refiriéndose a su patria. Hubiese debido de morir ya, la solidaridad sería la misma y no serviría de regocijo a mis enemigos.

Mis abogados me hacen saber que, en el mundo entero, se libra una batalla en favor de mi vida, que hasta el Papa ha pedido clemencia. Mucho lo agradezco pero, cumplida mi misión ¿qué más puedo dar de mí? Si Pilatos hubiese indultado a Cristo tal vez se hubiese salvado personalmente pero hubiera torcido el curso de la historia; al fin y al cabo Cristo debe de estarle reconocido, y no digamos el Santo Padre.

Algunos, llevados por buen deseo, me aseguran que se firmará mi indulto. No lo creo, todavía no han padecido lo suficiente ni, en consecuencia, son bastante inteligentes para hacerlo.

Aunque no creo en la conmutación de mi pena no deja de preocuparme cuál deberá ser mi actitud si se cumple tal eventualidad. Por otra parte, si las razas oprimidas lloran mi suerte; los pueblos sin lengua, el mar con la suya, gimen sordamente y los abismos se lamentan, pronuncian mi nombre en vano porque vendrá un día en que la fuerza que arranqué será vencida por otra; que así es el progreso. No hice sino adelantar las fechas, acortar el espacio-curvo.

Sé que los nuevos dioses son duros de corazón como todos a quienes nada falta en la vida material, que son ásperos y hacen ley de su albedrío, mas algún día serán blandos de entraña cuando de esta misma suerte que la mía sean tundidos por la desdicha que yo habré contribuido decisivamente a forjar.

VINO a visitarme hoy mi cuñada Dora; nunca dejaré de asombrarme de la inconsecuencia de las mujeres. No se le ocurre que pueda estar resentido por su deposición ante el tribunal. La mentira sólo se le alcanza a las mujeres como medio para salir del paso, nunca con grandeza; lo mismo que la verdad: siempre pequeña. No puede comprender el alcance de mi acto; su interés: saber lo que me han pagado, dónde, cómo, cuándo deposité el dinero; tiene que velar por una descendencia que no tiene. La desengañé. —*Pero, entonces, ¿por qué lo hiciste?* —*Os he librado del temor a la muerte.* (Me miró como a un

hereje; ella practicante y piadosa). —*Lograste lo contrario, ¡ahora ya no podemos vivir tranquilos!* —*Te equivocas: igualé a los hombres y a los dioses.* —*Es la guerra.* —*No, bija, es la paz. Las guerras surgen cuando uno de los contendientes tiene la seguridad de vencer. Al fallar ese sentimiento renace la esperanza: la que tienes todavía en tu bolso.* —*No me salgas ahora diciendo que lo hiciste por lástima.* —*Por lástima no, por piedad. Sentí piedad de los hombres; por eso, aquí, nadie ha tenido piedad de mí.* —*Yo, sí.* (Me acometieron ganas de reír). —*Me condenaron por tu culpa.* —*¿Por mi culpa? ¿Mentí acaso? ¿Dije algo que no fuera la estricta verdad?* (Para ella la verdad y la virtud consisten en algo terriblemente preciso y estrecho. Las mujeres no comprenden que pueda uno sacrificarse por personas que no conocemos; para ellas la razón de los hechos siempre es algo familiar, atada a la noción de propiedad, sobrevalorando lo que poseen —una sortija, una casa, una máquina de escribir, no digamos su propia vida. Les falta perspectiva. En cambio son menos envidiosas que los hombres. Acerca de la envidia como motor principal de los pueblos mediterráneos y particularmente del mío tendría algo y aún mucho que decir. Su falta me sorprendió aquí. Posible raíz del desprecio que sentimos por la suficiencia de los sajones). Se fue proclamando que yo era un ser imposible, anunciándome el envío de cigarrillos.

SUPUSE que su visita traería otras; no me equivoqué: acabo de recibir la de mi tío el Almirante; hizo larga jornada en "alado monstruo", tetramotor que las autoridades pusieron a sus órdenes para condolerse de lo que llama "mis desgracias". Es hombre redicho, algo ensoberbecido por su grado. Vino porque a ello le obligaba la sangre y porque no hay quien tenga en mi amistad más parte que tú; desde luego mentía; no voy a ser yo quien se lo reproche, otros son mis duelos para con él. *Dime en qué se te puede favorecer.* ¡Viejo hipócrita de barba blanca! Como si no fuera conocidísimo de todos y no saltase a mis ojos el espectáculo de su ruina: con tal de que no le quiten el mando de su flota. Su viaje obedeció sin duda a orden de quién, siendo él la mayor autoridad de la marina griega, le manda. Se lo hice comprender en pocas palabras. Se desentendió.

Mío tío, el Almirante, había sido un mito en mi familia. Siendo yo niño servía de coco —por sus barbas—, después, por las mismas e influencia germánica hizo de Santa Claus, como dicen aquí. Aparecía, de pronto, cargado de regalos, a veces, bastante borracho. Le teníamos más miedo que respeto, nos molestaba, a mis hermanos y a mí, su peste a mal tabaco y su saliva amarillenta que apegotaba en nuestras mejillas cuando se le ocurría besarnos. Aunque me esté mal decirlo, casó con su hermana y tuvo multitud de hijos, que andan repartidos por el mundo. Padeció altibajos en su carrera de marino: los nuevos dioses le quitaron el mando de la flota, se retiró a una lejana finca a reconcomer su malhumor. Debí pasar por una crisis parecida a la de mi tío Efesto —con lo que quedaría en pie cierto aire de familia—, el caso es que, pasando por humillaciones, fue repuesto; a estas alturas el temor hacia sus nuevos jefes era fin y principio de todas sus preocupaciones. Comprendo que, para un marino, el verse alejado del mar es gran suplicio, más si se le complica con el hábito de mando, de todos modos verle llegar en estas condiciones era un espectáculo poco edificante. Estoy seguro de que tragó rejalgas cuando le ordenaron venir; pero obedeció, pudo más la comodidad que la rebeldía. Daba lástima. ¿Qué quedaba de lo que fue para nosotros? Divinidad honoraria, recuerdo borroso de una grandeza pasada, viejo chocho académico de luengas barbas, tipo perfecto de nuestras burlas juveniles no dirigidas a él, por entonces su aspecto reafirmó, si falta hiciera, mi posición: ¿Valía la pena vivir para llegar a "eso"? —*¿También vienes tú —le dije— de espectador de mis males? ¿Cómo te has atrevido a dejar tus aguas, tus nativos y roqueros antros para venir a la tierra madre del hierro? ¿Llegas a mí curioso de mi suceso o compasivo de mis desdichas? ¿Contempla pues mi espectáculo! ¡Mira a este amigo de los nuevos dioses, que les ayudó a afirmar su tiranía, de qué rigores se ve oprimido!*

No se quiso dar por enterado de mi burla y empezó a recitar consejos mal aprendidos: que mudara de parecer: —*Deja esa arrogancia, desdichado, y aplícate al remedio de tu miseria.* Le contesté, medio en serio, medio en broma, que tuviese cuidado que su visita no le acarrease algún daño. Llevó su lengua por donde quise asegurándome la vida si me reportaba y descubriría mis cómplices y mis planes. Le di las gracias: —*No te molestes, pues cuando quisieras procurar algo por mí te can-*

sarías en balde, sin aprovecharme nada. Con que, hurta el cuerpo al peligro; no quisiera que mis desgracias te alcanzaran.

Porfíó aconsejándome que me inclinara ante el hecho consumado de la nueva situación, que fuera humilde: las cosas hay que tomarlas como son; el rebelarse era de tiempos pasados, podía creerle: por tener más años que yo. (Nunca he comprendido por qué aseguran que la edad añade sabiduría, una cosa no tiene que ver con la otra, aun al contrario, tranquilo de viejos.)

Sin embargo, no pasa por nosotros la vida en balde, y cuando dándose cuenta de mi irrevocable actitud, dijo: —*Tal vez creas que estoy diciendo chocheos*— me entró por la garganta cierta ternura y me dieron ganas de abrazarle, pero el recuerdo infantil de su peste y de su baba me retuvo inmóvil. Además, ¡me hería tan hondo verle convertido en agente oficioso de lo que aborrecía en su juventud!

Buscó otro ángulo de ataque: —*¿No conoces pues, Prometeo, que las razones son médicos del ánimo enfermo?* Siguiéronse frases de doble sentido hasta que dándose, sulfurado con él mismo, volvió a su avión, el rabo entre las piernas. Me dio vergüenza de sus barbas y de algunos de mis paisanos. —*Ten cuidado*— le repetí, al despedirle— *de no irritar el ánimo de tu nuevo señor. Máchate y mantente en esos pensamientos, que ya verás lo que es bueno.* ¡A qué lodosos sótanos puede llevar a veces el interés, el afán de notoriedad, la cambolla!

A todo hay quien gane: sé porque estoy aquí, en la celda frontera está Iola Moon, que no lo sabe. Su historia es enter necedora: su patrón —gran banquero—, la llevó, con engaños, a una hermosísima finca del norte del país con el fingido propósito de dictarle unos informes de la mayor importancia; lo supo la esposa legítima del magnate: los siguió, celosa y malhumorada en extremo. Diose cuenta el hombre y procuró esconder a su secretaria en casa de un guardabosque. No le valió: Iola Moon se vio constreñida a huir, que nada podía contra el rencor de la hija del rey de los abonos químicos, que la hizo despedir de cuantas colocaciones pudo hallar. Movié una policía particular, con cien ojos, que no la dejó descansar un solo minuto. Traspasó la matrona los figurados cuernos.

El padre de Iola, al enterarse de las pretensiones de su patrón, que ella le había hecho saber, la echó de su casa; ya no tuvo paz; temblaba de espanto: no hubo delación anónima a la que no recurrieran para echarla de un sitio a otro. Se desesperaba, misera virgen errante. Al estallar la guerra se alistó como enfermera, pero el gran señor logró fácilmente colarse como enfermo en el hospital donde ella prestaba sus servicios. Mas también allí seguía vigilada. Entonces aparece un viejo conocido nuestro el joven Diactoros, al servicio del patrón: procurando la satisfacción de sus deseos mató a uno de los vigilantes. La influencia del gran señor fue eficaz y no le molestaron. No así Iola que se vio condenada a prisión perpetua, perseguida además por el espectro del muerto, vuelto, para ella, de los infiernos.

Iola Moon ignora a dónde la arrastra esa carrera de desdichas sin término de la que no es responsable; desea la muerte. Se duele amarga y continuamente de su pena; procuro consolarla, pero mis palabras suenan a falso porque sé el calvario que le espera, de cárcel en cárcel, de cómitre en cómitre. ¿Qué culpa paga? ¿Quién la hizo hermosa y deseable? Yo quise, ella no quería; ella huyó; yo fui a la espelunca; pero ambos somos víctimas de la misma fuerza; más lastimosa ella por débil.

QUEDÉ pasmado esta mañana, al ver entrar en mi celda al joven Diactoros, así me lo anunciaran como Mr. Nomios. Su curioso sentido de la moral necesita, por lo visto, muchas facetas y otros tantos apellidos. Que fuese griego no me cabía duda (Iola Moon le conoció bajo el nombre de Argeiphantes); gran viajero, gran jugador, aventurero, siempre y ahora al servicio de quien mejor le pagara, buen corredor de la mercancía que fuese; lo que se dice un hombre útil y servicial —y servil que tiene la misma raíz. Utilizaron sus servicios durante la guerra, ayudó a cambalaches y rescates de hombres sonados y aun de muertos ilustres. Por lo visto, por lo que a mí se refiere, quiere acompañarme al mismísimo infierno; por eso le llamaré de aquí en adelante, Mr. Psicopompa.

Hombre de fisonomía variable, según los asuntos a tratar, imberbe por la mañana, barbado al atardecer o viceversa; todo él medias tintas; ladrón desde niño, después, como tantos, se pasó a la policía, para rescatar. Por otra parte, su vida es una

auténtica novela policiaca. Siempre con algo que hacer, ocupadísimo en muy variados asuntos, es la urgencia personificada, con alas en los pies; alma de cicerone, mercader de cuanto le viene a mano —entró en los Estados Unidos como viajante en la casa "Hermes", de París—, sólo a gusto en el vaivén constante de la oferta y la demanda; su bordón: ¿quién da más? Ardilla, sabelotodo, habla, no negaré que con conocimiento de causa, lo mismo del curso del algodón que de petróleo, del trigo y de su transporte, del aceite, de tejidos, del acero, de perfumes, de alfarería o del azafrán; entiende de vinos, de modas, de toda clase de transmisiones, de la bolsa, de ferrocarriles, de hoteles; en general de la industria y del comercio; su *hobby*: los tesoros escondidos, con tal de cobrar comisión. Lenguaraz, como es fácil de colegir, insinuante, prometedor, capaz de engatusar al más reacio en aventuras inverosímiles: lo que suele mal llamarse "un judío"; persuasivo, capaz de sacarle jugo a las piedras; industrioso, no industrial, gran "caballero de industria", como dicen los gabachos; simpático para los que le ven la cara por vez primera y aun para los que le conocen si les hace gracia esa mutabilidad y potencia adaptable. No hay que decir, si fuesen otros los tiempos: buen diplomático a lo florentino. Hombre de músculos además, gimnasta y de grata apariencia: hombros cuadrados, pocas nalgas, pierna nerviosa y buen sastre; pelo oscuro suavemente rizado, nariz de nuestra tierra, representando menos edad de la que tiene; más que atleta, *monitor*. Entre sus mil oficios fue agente de funerarias; nadie como él para aconsejar ataúd conveniente, carroza *ad hoc*: maestro de esa clase de ceremonias, conocedor del buen camino al otro mundo, capaz de resucitar a un muerto: un "hombre de provecho".

Un ladrón famoso, con el que tuve algún trato aquí, me dejó entender que el tal no había dejado de indicarle el modo y manera de llevar a cabo provechosos latrocinios y que a él se podía acudir, con toda confianza, para deshacerse al mejor precio de mercancías mal habidas. También me aseguraron —lo supe por los vigilantes— que fue gran tercero de cierto dictador muy sonado (lo que era de sospechar después de su intervención en la vida de Iola Moon), y que no hubo treta —ni trato— a la que no recurriera para mantenerle el lecho bien previsto.

Nada le faltaba, pues, al hombre de esta mañana. Sabiéndose conocido no se anduvo con rodeos; se lo agradecí. Empezó

insultándome, con la inconsecuencia natural de los cobardes; llamándome rebelde y mentiroso me exigió la verdad; tachándome de ladrón, exigió nombres y apellidos de mis inevitables cómplices, prediciendo mi aniquilamiento si no me allanaba a confesar.

—*Nuevos sois* —le contesté— *y como nuevos mandáis creyéndooos inmortales. La Historia os manda ser más prudentes. También Hitler y Mussolini creyeron habitar fortalezas que nunca se derrumbarían; todavía he de veros caer con mayor ignominia. ¿Crees que tiemblo? Estoy muy lejos de eso. Puedes volver por donde has venido.*

No se dio por enterado. Entonces le dije, seguro del terreno que pisaba, que por nada trocaría mi desdicha por su servil oficio. Varió de tono para indicarme que parecería regodearme con mi fortuna. Se la eché en cara escupiéndole que ¡ojalá! le viese, a él y a sus amos, en la situación en que me encontraba. Me motejó de loco, le respondí que lo estaba si lo era odiar a los enemigos. Cambió de nuevo, y yo admiraba su ductilidad, para recomendarme prudencia; ofreciéndome la respuesta en bandeja de plata, se la di: —*Si la tuviese no te dirigiría la palabra, alcabuete.*

Hízose el sordo y fue a lo que le interesaba: —*¿No piensas decir nada de lo que deseamos saber? Reí. —¿Te burlas de mí como si fuese un niño? —Pues qué —le contesté—, ¿no lo eres? ¿No lo demuestras esperando que hable? Si me pusieran en libertad. . . —Está en tu mano: resuélvete a ser cuerdo una vez siquiera.*

Me cansó su presencia, le espeté claramente que me importunaba, que se metiera en la cabeza que nada me haría cambiar de opinión. Entonces descubrió su verdadero propósito: me amenazó con las peores torturas. Con boca tan habituada a decir describió, no sé si con fruición, los males que caerían sobre mi cuerpo; mi hígado deshecho, los dolores insufribles cada día renovados. Aseguró que sus jefes no mentían y cumplirían su palabra inexorables. Para rematar su discurso, según los cánones de esta retórica, me aconsejó, una vez más, reflexión y prudencia.

En esto había entrado en la celda cierto padre evangelista que tuvo a bien intervenir, recalcando lo juicioso de la tirada, añadió algo de su cosecha: —*Es vergonzoso —dijo— que un sabio se aferre a su equívocación. . .* Me encogí de hombros, contesté, con cortesía para el sacerdote y manifiesto desprecio

para el agente, que la embajada era inútil dado que con la sola aparición de aquel esclavo ya la conocía, que padecer bajo el poder enemigo nunca fue afrenta, que estaba dispuesto a aguantar cualquier mal por el bien que había realizado, que la muerte no me importaba ya que, de hecho, y por lo hecho, era inmortal.

Estalló mi coterráneo tornando a los insultos; de mentecato y demente no bajó. Pidió al padre que me abandonara, de una vez, a mi mala suerte, cosa a la que el buen señor se negó con palabras terminantes y poco agradables para el falaz mensajero. Fuese éste, furioso, con nuevas pestes. Réstame decir, para dejar constancia de la verdad, que el sacerdote no esperó a más para marcharse también. Quedé solo, bastante satisfecho de mí. Sé que no me molestarán más. Ya las palabras son obras. Pondrán contra mi espanto: vean todos cuán sin justicia padezco por ella.

Nota final

EFESTO escribió a su familia relatando el suplicio (19 de junio). Poseo la carta, mas su diálogo con el alcaide, que reproduce con todas sus letras, es idéntico al del prólogo de cierta famosísima tragedia que en su título lleva el nombre de nuestro héroe. No la copio, remitiendo a texto tan conocido y a la digna actitud y silencio que, en ese trance, observó Prometeo N.

ESTAMPAS DE BUENOS AIRES PALERMO GRANDE Y CHICO

Por *Rail* REY ALVAREZ

Plaza Italia

Domingo por la tarde

1. A tu amparo ecuestre, Garibaldi, la romería dominguera • hormiguea por la plaza, invade el césped y tu propio sillar. Deja de dar vuelta la cabeza para ver si estas huestes te siguen. Sosiega el ímpetu de tu broncíneo corcel. No acuden a tu llamado; no es por ti que han salido de los vecinos cuarteles y escuelas los soldados de tierra adentro y los marineros de agua dulce. Vienen para otra empresa, tal vez menos gloriosa que la tuya, pero cuánto más promisoria. . .

2. La tarde empieza, meciéndose en sus tibiezas. sacudiendo de mala gana la modorra de una siesta interrumpida o negada, dominando los vapores de pesadas ravioladas y del violáceo vino de áspero pasar. Es domingo. Franco para el concripto. Franco para el obrero. Franco para el estudiante, que nunca se harta de asuetos. Franco para el servicio doméstico. Las horas valen su peso de oro, valen la libertad conquistada en seis días de espera.

3. Ahí vienen las chinitas del norte, con su primer vestido de seda y su sempiterno broche en el cabello, las manos húmedas aún del último plato que lavaron. Y las otras, provincianas en su mayoría, en la gloria barata de sus atavíos de cristianas, con su paso atildado por el calzado nuevo que aprieta. Llegan también las obreras del arrabal, de más modesto vestir y más pesado caminar. Todas sin excepción llevan cargas de perfumes, armas de ofensiva tanto más certera cuanto el atacado está dispuesto a entregarse al primer asalto.

4. Citas. Citas concertadas largo tiempo atrás. (Una semana antes, que ha parecido un siglo.) Citas improvisadas,

encuentros con todo el atractivo de lo desconocido. Propuestas de citas y de viajes a la luna. Encuentros: se estrechan las manos y este primer canje de sudores va lleno de promesas. Salen parejas hacia los cuatro rumbos cardinales: el parque, 3 de Febrero, la costanera, los bailes (caballeros: 1 peso, damas: 50 centavos) y los cines (por 1 peso, toda una tarde de relativa oscuridad). Parejas, parejas hasta perder la razón.

5. Una segunda ola inunda la plaza, ola abigarrada y tumultuosa que viene de todos los puntos. Padres arrastrados por su prole, tierna y despótica clientela del zoológico. Desfilan con el orden que se puede pedir a los pájaros ante la jaula abierta, entre la doble hilera de vendedores de globos y juguetes de morondanga y de viejas acosantes en sus puestitos de más viejas golosinas —a base de azúcar, esencias, colorantes y moscas. Con voracidad, el amplio portón va tragando la columna humana, haciéndola pasar por los dientes de sus torniquetes de fierro. Será franco para todos, salvo para los animales en cautiverio, arrojados de su letargo por el bullicio y las dádivas inoportunas.

6. Entre las parejas que se alejan y los racimos de familias que se desprenden de los tranvías, se deslizan, rápidos como si temieran ser desviados de su rumbo por el cauce de la muchedumbre, los deportistas del domingo, reconocibles a su valija chata, la raqueta o los palos de hockey. Asaltan los omnibuses y colectivos que conducen a los clubs, esos potrereros verdes y rojizos alineados entre la vía férrea y el río.

El último vehículo en salir es el del Club de Pescadores, silencioso como los cinco viajeros que lo ocupan, cinco señores que venderían su alma al diablo, su alma contemplativa y cruel, por un banco de pejerreyes, abriéndose paso entre sus anzuelos. . .

7. Plaza Italia: punto de partida hacia Citeres y promesas.

Jardín botánico

1. Las dos grandes avenidas del barrio norte, Santa Fe y Las Heras, antes de juntarse en Plaza Italia, dejaron —olvido o pacto— esta zona neutra, este triángulo verde, respetado por

el cemento y la piedra. Oasis con verjas. Paraíso terrenal con guardianes que han remplazado sus espadas de fuego por garrotes que no asustan ni a los pilletes de la vecindad. Reino de las plantas, de las niñeras, de los ancianos reumáticos y de los enamorados para sus primeros y últimos encuentros.

2. La mente necesariamente clasificadora del botanista se revela en el diseño original del parque, al querer conciliar la flora con la geografía. A cada continente, se le asignó un dominio propio; para el continente americano, un sector por país, y para la Argentina, un cantero por provincia.

El tiempo, los cambios de director, los caprichos del trasplante y de la aclimatación trastornaron los prístinos propósitos. Quedan las etiquetas de fierro esmaltado: Europa, Asia, África, para suscitar, entre los paseantes, algo de poesía errabunda y mucha ilusión, todo barato. . .

Por encima del determinismo geográfico —tantos bienes y tantos males le debemos— aquí fraternizan la araucaria y el cocotero, el plátano y el palo borracho, el eucalipto y el roble. La tierra es buena para todos. Y ellos, para comprenderse mejor, han aceptado que se les llame con estos letreros, en el latín de Linneo.

3. De los animales en cautiverio sabemos lo que añoran: selvas, junglas y tundras atávicas. Pero en este apacible Edén, las especies vegetales, todas, hasta las locas lianas y los prolíferos nenúfares se someten al orden establecido y guardan las distancias.

Algunas están en familia: solanáceas, malváceas, euforbiáceas, umbelíferas. . . Otras, más felices, han hallado el rincón tranquilo, sin alcanzar jamás la soledad. Hasta el ombù, señor de genio ceñudo, comparte sol y tierra con otros árboles.

Las especies más delicadas se han refugiado en las estufas; sólo allí reina promiscuidad, en un vaho de trópico, que no llega a empañar los vidrios.

4. La división que no pudo lograr el designio geográfico, la vida la obtiene sin esfuerzo ni plan: la flora se confunde, pero no la fauna humana, que se agrupa por afinidades o por edades, en los rincones, senderos y plazoletas del popular jardín.

A la entrada de Plaza Italia, en torno del estanque de las plantas acuáticas, se reúne el consejo de los ancianos, lectores

y comentaristas de diarios. La edad friolenta ha elegido con acierto el lugar: las palmeras, las "chorisias speciosas" (vulgo, palo borracho) y el sol generoso dan un hálito de tibieza subtropical. Tampoco falta, para los que caen en bíblicas evocaciones, la Casta Susana saliendo del baño, la Venus regordeta y blanca que surge del estanque.

5. Los jóvenes, con un libro abierto sobre los muslos, ocupan los bancos de la parte central. De vez en cuando se levantan, contemplan el reloj de sol e inician un paseo hacia los macizos más tupidos; es difícil no atribuirles veleidades faunescas. . .

Los hombres de edad intermedia muestran preferencia por el sendero trazado entre los invernaderos y las plantas crasas —conjunto que impondría respeto en otro lugar—, camino obligado de las niñeras.

Unos pasos más y nos introducimos en medio del corro familiar, que ha elegido por centro la columna elevada "por la gratitud de la colectividad austro-húngara al pueblo argentino". Es también el "rendez-vous" de los lectores, a quienes abastece la biblioteca recreativa, en revistas exhaustas de toda actualidad y libros tipo premio escolar.

6. En el extremo del jardín, del lado de Malabia, bajo los arcos de cipreses y entre canteros dibujados a la francesa, el núcleo distinguido de las mamás tiene su sede. Señoras que traen su banquito de tela, su canastilla de labores penelopescas, su charla y un par de pibes en edad de gatear. Traen sobre todo un aire de plaza o de estación termal que realza el ambiente.

Con los zagales, aprendices de jardineros que se pasan la tarde regando sin ton ni son y barriendo la hojarasca con grandes hojas de palmera, se completa el cuadro de lo viviente.

Avenida Las Heras

1. Una calle de doble fisonomía. De plaza Vicente López, donde nace, a la curva de Sánchez de Bustamante, es una avenida que no supo optar entre la arteria comercial y la residencial. Más allá, penetra bajo el túnel de las tipas, de altas copas y brazos retorcidos, para vestirse con las galas sombrías

del bulevar a la parisiense y terminar por fundirse con los parques de Palermo, a los que sirve de vestíbulo.

2. Por la suave pendiente, desde Callao, la muy noble, hasta Pueyrredón, casi plebeya —recién modernizada su edificación en busca de altura y mayores réditos. Las Heras corre sin aventura y sin más historia que la del General que le dio el nombre y una chapa de bronce.

¿Sin historia?, decíamos. Y entonces, ¿qué significa esta ruina gótica que vemos poco antes de llegar a la gran encrucijada de Pueyrredón y Las Heras? Ventanas ojivales, vidrios ribeteados de plomo, columnas y arcos, gran pórtico, todo de estilo gótico. Las preguntas saltan a granel: una iglesia, un convento, una casa de corporaciones, como las que se ven en Flandes. ¿Qué es esto? ¿De qué época? ¿Por qué las torres han quedado a medio hacer? —¿o se habrán venido abajo? Interrogemos la piedra. La piedra no dice, no puede decir nada; vista de más cerca, resulta ser cemento. Cemento armado que en los codos deja ver su osamenta de fierro a medio corroer. Columnas sin terminar. Revestimiento ausente por todos lados. Ladrillos rotos. El musgo y la hiedra se han enseñoreado de las bases, pero parece que les faltara ánimo para seguir subiendo o que no quisieran hacerse cómplices de este simulacro de antigüedad, cubriendo su pobre desnudez. . .

Demos la vuelta. El edificio no sólo está trunco en altura, sino que le falta toda la mitad de atrás. Estamos en la lógica y en la historia: las catedrales de la Edad Media se levantaban por partes, despacito, una por siglo y se terminaba el campanario trescientos años después de la nave central, cuando ya el estilo había cambiado.

Encontrar ese método medieval de construcción en pleno siglo XX y en Buenos Aires, casi ciudad-hongo, no deja de asombrar.

Aceptemos las cosas como son. Aquí está la otrora Facultad de Derecho, ruina extraña, apenas habitable, sin edad, sin razón de ser ruina, por dejadez de los constructores o misterios de los presupuestos. Las aulas, yendo en pos de la austeridad, sólo hallaron este nido frío y oscuro.

3. Unas cuerdas más abajo, la iglesia de San Agustín tuvo también sus pretensiones góticas, pero, como es un templo.

se le perdona el anacronismo. . . y hasta la falta de gusto de sus constructores.

La Maternidad le sigue a pocos pasos. Edificio sobrio, que infunde respeto; la broma que brota con tanta facilidad del transeunte porteño, se queda en la punta de la lengua. Desde la mañana temprano, la avenida se anima en las proximidades de la Maternidad con las futuras madres que acuden al consultorio. Predominan las jovencitas y hay que ver con qué orgullo franquean el dintel, cobijándose bajo el lema: "La madre es madre y eso es todo".

Del Hospital de Mujeres, contiguo, sólo rompen la monotonía, la capilla y las hileras irregulares de soberbios palos borrachos, barrigones como esos dominguillos japoneses que encantaron nuestros primeros juegos.

4. Recién llegado en las filas arquitectónicas de la avenida, el bloque de la Academia de Medicina se impone por su doble faz blanca, su frontón griego y sus puras columnas. Introduce una nota de gracia severa en medio de la pesadez y suciedad de las fachadas vecinas. Pero ello mismo le resta vida y verdad. Es todavía un intruso en el ambiente. El silencio lo circunda, con hostilidad o recelo, mientras que el edificio mantiene cerradas sus persianas sobre el trajín de la calle y se encierra en su solemnidad académica. . . Será la razón por la cual los pilletes del barrio, tribu que se anida por el lado de Coronel Díaz, no se atreven a instalar en las gradas del palacio sus estados mayores de guerrillas y fechorías.

5. No es la proximidad de la Penitenciaría lo que los amedrenta. Al contrario, la cárcel vieja, con sus murallones color crema, descascarados, ya no infunde miedo en el barrial. Ella sí, forma parte del paisaje y lo subraya. Es reina y señora del lugar. Obligó a las calles a obedecer su ley, en vez de plegarse al trazado del damero clásico. Temprano, cuando aún pasaban las carretas por el camino del bajo, se adueñó de la barranca. De su origen, conservó un tinte romántico, con sus almenas, sus caminos de ronda, sus torrecillas en los ángulos, de donde parecería más lógico ver disparar ballestas que ametralladoras. Falta el foso y el puente levadizo para terminar el cuadro. Queda, en cambio, esa tierra de nadie, con sus palmeras, que suscitan otra imagen: un fuerte de África, esperando el asalto de moros ocultos en derredor,

Pero hay que volver a la realidad. La cárcel se ha vuelto prosaica y legalista. Si hubo aventura, aquí está el punto final. Detrás de estos muros habrá ansias de libertad, pero evasiones, sensacionales evasiones sólo la imaginación del que está afuera las concibe aún, como entretenimiento del espíritu. (Y que me arroje la primera piedra el que no haya evocado, deseado una evasión ante sus ojos, al pasar frente a la Penitenciaría...)

6. Unas cuadras antes de desembocar en Plaza Italia, la avenida nos trae otro motivo para engarzar nuestros pensamientos: el Parque Romano. Es algo que escapa a toda definición. Una mancha multicolor. Una pretenciosa y vana confusión de estilos y de materiales. Es todo lo que se quiere y no es nada en forma decidida. Un circo con muros de cemento. Una cancha cubierta. Una pista de bailes o, mejor dicho, una serie de pistas, contiguas o superpuestas. Un restaurant. Tiene cabida para ocho orquestas en carnaval. Es un monstruo que se alimenta con bailes, mítines políticos, patinaje, kermesses de beneficencia, exposiciones industriales. Lo traga todo, con la misma indiferencia y plasticidad. Yo sólo sé que es albergue del ruido y de la muchedumbre. Es un avispero, no un colmenar. ¿No será tal vez el símbolo de la ciudad?

Palermo chico

1. La ciudad pudo muy bien no llegar hasta aquí. La avenida Alvear le fijaba un límite natural y un suficiente marco de belleza. Mas no fue así. Palermo chico, barrio privilegiado, surgió en contra de toda razón, en estas tierras bajas, anegadizas, donde durante años se volcó la basura de la urbe. Por un lado, los jardines de Palermo y su conato de bosque. Por el otro, las líneas del ferrocarril. Quedaba poco espacio disponible para edificación y el lugar sólo parecía convenir para levantar talleres, depósitos, cuarteles, o, aún más, era la ubicación ideal para un crematorio... .

2. El barrio "Parque" o Palermo chico, es una ciudad minúscula al margen de la gran ciudad. Un pequeño mundo aparte. Con su arquitectura y su trazado peculiares. Sus calles —único caso en Buenos Aires— se han rebelado contra la dis-

ciplina de los cuadriláteros. Aquí dominan las curvas, lujo o pretensión de ricacho caprichoso. Otro triunfo: aquí no han podido penetrar ni el tranvía ni el ómnibus plebeyos. El único medio de transporte en común es un colectivo que pasa por la avenida central (que divide el barrio en dos, sin formar parte de él); un colectivo que se desliza rápido, casi siempre vacío, como si tuviera la sensación de ser artículo de contrabando.

3. Palermo chico es residencial. No existe un solo comercio. Es la quintaesencia de la ciudad-jardín, en fórmula para millonarios. Y eso, en un lugar que todo destinaba al caserío de latas, cáncer de las aglomeraciones humanas. El cáncer se transformó en orquídea. . .

En realidad, en las diez o doce manzanas que lo forman, hay dos barrios dos Palermos chicos. Como en algunas ciudades europeas, la ciudad alta y la ciudad baja. Entre la avenida Alvear y la avenida Figueroa Alcorta, está el barrio de alto vuelo, el señorial, con palacios para embajadores, financistas de cien empresas, estancieros de mil leguas cuadradas y políticos de veinte cargos. Todo es alto, todo es grande. Todo es severo allí.

El otro Palermo chico es el de los chalets. Buscó nombradía a la sombra del primero. Introdujo, sin abandonar el lujo y la suntuosidad, la ecléctica en los estilos: barroco portugués, pseudo-colonial, anglo-normando, tudor, y hasta la superficie sin relieve y el metal cromado del ultramoderno, que envejece en pocos años. Aspecto de ciudad-balneario. ¡Qué desilusión cuando se espera desembocar en una rambla, ver una playa, y sólo se llega a baldíos y a una fábrica!

4. Volvamos al otro Palermo, el de los palacetes. Bajo las tipas de espeso follaje, avenidas en semi-círculo. (El juego, aquí, para el visitante, consiste en tratar de no volver al punto de partida.) Altas verjas de hierro. Paredes cubiertas de hiedra. Persianas cerradas. Toldos verde oscuro. En fin, todo lo que contribuye a empañar la luz, a poner sobre las cosas un húmedo hálito de misterio.

Mansiones victorianas, hoteles renacimiento. Gran pureza de líneas. Tejados de pizarra, poco comunes en Buenos Aires. Pero, ¿estamos seguros de estar en Buenos Aires? ¿No es más

bien un pedazo de Londres, del lado más aristocrático de Hyde Park? ¿O un faubourg Saint-Germain en miniatura?

Por cierto, todo es copia. Copia y trasposición. Y sin embargo, algo nuevo en la ciudad importada. El ámbito local se crea, por la densidad de la riqueza concentrada detrás de estos muros. Se desprende el sopor enmohecido de un claustro. No sólo han traído el castillo, piedra por piedra, sino al fantasma, según la leyenda cinematográfica. Y el fantasma se desdobló, se hizo gran señor criollo, celoso de tradiciones feudales, rebenque en mano. . .

Palermo chico es un mundo cerrado. Sólo falta que en las calles de acceso se pongan cadenas y ujieres de librea que exijan, al que quiere penetrar en el sanctasanctorum, la medalla de socio del Jockey Club.

5. Un mundo aparte. Hasta su iglesia, St. Martin de Tours, lo revela. Diminuta y severa, casi una joya. Piedra blanca labrada. Vitraux acariciadores de matices. Sobriedad en los ornamentos. Luces difusas. La misa de doce, en invierno (en verano la iglesia queda abandonada a los feligreses de poca cuantía) es un "rendez-vous" social, un muestrario de tapados de pieles y de sombreritos inverosímiles.

6. Si no fuera por los autos estacionados a lo largo de las aceras, se podría creer que Palermo chico es una ciudad abandonada. Para encontrar un poco de vida, hay que venir por las mañanas, a la hora en que los chalecos a rayas de los mucamos asoman por las ventanas de los pisos bajos. De cuando en cuando, se abre el porche para dejar salir un auto largo, cuya negrura realzan los neumáticos pintados de blanco.

Hasta las doce del día, la entrada y salida de los abastecedores trae un poco de movimiento. Luego la ciudad de los millones vuelve a sumirse en su silencio y en su siesta. Bastaría tal vez el pregón de un vendedor ambulante para romper el encanto y despertar a la Bella del Bosque. . . Pero, ¿quién se atrevería?

El zoológico

1. Repetir aquello de "el espectáculo no está en las jaulas, sino en los visitantes" me parece redundante. ¿Acaso los animales en cautiverio no saben lo que significa el desfile humano

ante las rejas? Harto lo saben. Hartos tienen los estómagos de galletitas captadas al vuelo. Hartos los oídos de tanta vacua observación acerca de sus costumbres. Hartos los ojos de colores de la vestimenta y del tocado femeninos, insultando a todos los aciertos de la naturaleza en las plumas y los pelambres. . .

Habrà que encontrar algo nuevo que decir. Acerca de los enjaulados por dentro como acerca de los enjaulados por fuera. El zoológico, con más razón que el botánico, ha de tener su filosofía. O por lo menos su ambiente, hecho de color, rumor y olor.

2. Su olor. Por ahí habré de empezar, ya que es lo primero que se percibe, antes de entrar. Al principio, es como un aliento, anunciador de selvas y de establo. Se destaca por encima de los olores de la ciudad, compuesto de gases de combustión, emanaciones de aguas fétidas, vapores de cocinas. Aquí, en cambio, se respiran todas las variantes de los vahos amoniacales, ásperos en su primer contacto, pero luego refrescantes, como vinagre sobre la piel recién afeitada. Mezclados, confusos, se van diferenciando poco a poco en las mucosas del "catador".

No creo que haya en todo Buenos Aires una paleta de olores tan bien provista, en tonos agrios. Hay que cruzar el riachuelo, para encontrar en Avellaneda, en torno a los frigoríficos y a las barracas de cueros y lanas, dentro de otra escala, una variedad semejante.

Ni hedor ni perfume en el zoológico. El término medio: el olor. El sano olor de la vida animal. Cada especie elabora el suyo. Dan la nota más alta los ciervos y los camélidos andinos, animales de grandes horizontes o de alturas; reducidos a tan poco espacio, deben concentrar su almizclado poderío. La más baja, la más próxima al humus terrestre, proviene de los simios, siempre tan cerca del hombre en todo. Los felinos se sitúan más bien en el medio de la escala odorífera, con algo de febril, de ardiente, como atmósfera de trópico. El olor de los osos —moradores de un castillo gótico de altos ventanales— es casi suave, como su invernal pelaje.

De la fauna acuática —focas, nutrias y lobos de río— se desprenden, junto con el característico vapor de pelo mojado secándose al sol, hálitos marinos que saben a pescado, a sal, a yodo. . . (En estas sensaciones, si la imaginación no nos ayuda, tal vez quedaría muy poco.)

3. Nandúes grises, impertérritos, flamencos rosados suspendidos en vuestros zancos que sacasteis de alguna estampa japonesa, pelícanos de pico amarillo, cuyo bostezo expresa la majestad del sueño, os corresponde a vosotros darnos la bienvenida. Salís a nuestro paso, desde el estanque, para testificar de esa falsa libertad de que gozáis. Os traemos galletitas, compradas ex-profeso, para ganarnos vuestra simpatía o el derecho de transitar por vuestros senderos. Os traemos nuestro candor ciudadano y nuestra absoluta incomprensión de vuestros problemas. ¿Qué más podríais esperar de nosotros?

4. Monitos sabios que hemos condenado, por no sé qué crimen —¿será por semejanza con nuestros crímenes?— al régimen carcelario, ¿no os cansáis del sempiterno saltar de las rejas al techo y del techo a las rejas?

Felicitaos por lo menos del éxito que suscitáis entre nosotros: vuestras jaulas son las más concurridas —por fuera, se entiende— por niños, niñeras, soldados, gente de toda clase. Verdadero embeleso del hombre ante vuestra fealdad. Quien más, quien menos, todos buscan en vuestros rasgos la caricatura de algún familiar particularmente odioso. Quien más, quien menos, todos han oído hablar de cierta teoría. . . ¡Darwin, cuántos horrores se dicen en tu nombre!

5. En el segundo lugar, en cuanto a la muchedumbre que congregan ante sus ventanales, están los leones y los tigres. El hombre es hombre hasta en su concepto del animal. Al mono lo persigue con la repugnancia —que es también un atractivo— que siente por algo que lo remeda en sus gestos y anatomía. Al león, le rinde tributo, reconociéndole heráldicas virtudes. Coraje: corazón de león. Fuerza: un león con su garras erguidas. Majestad: dos leones a cada lado de la escalinata.

Esto es lo que atrae. Y también pensar lo que sería si la jaula se abriera de golpe. . . Más de un espectador se estremece deliciosamente con evocaciones de circos romanos con mártires despedazados por los dientes de las fieras. . .

6. Solitario, hierático, en su templete birmano, mora un útil elefante. Una pista circular y un charco donde bañarse completan su reino. Tal vez esto le baste, y haya dejado de añorar la jungla, cansado de buscarla frotándose contra esos barrotes enmohecidos. Así lo suponemos con toda gratuidad.

¿qué sabemos de lo que pasa dentro de ese enorme baúl de cuero arrugado que se desplaza con ritmo de cine "au ralenti"? ¿Qué noción tenemos del tiempo "elefántico"? Ha de ser distinto del nuestro. Tal vez somnolen en él beatos ensueños de larguísimas quimeras antediluvianas. ¡Cuántas edades habremos agotado nosotros, cuando recién los paquidermos están en la infancia de su especie!

Y del mundo exterior presente, ¿qué es lo que llega hasta esta mole de carne? La piel lo aísla y lo protege. Pero en estas grandes orejas, el rumor de las hojas al menor soplo de viento ¿no ha de equivaler al zumbido de una escuadrilla de fortalezas volantes en nuestros oídos?

Basta ya de buscar similitudes donde no hay común medida.

7. Otro mundo perdido: el de los hipopótamos y rinocerontes. ¿Caprichos, locuras o errores de la naturaleza? Tanta fealdad, tanta pesadez, en un ser viviente dan qué pensar. Pueden haber sido tanteos, ensayos abandonados, esbozos no acabados de una forma que no supo lograrse... ¿Qué nos autoriza a pensar así? No basta que lo exijan nuestros ojos, envidiados de equilibrio y sentido de la proporción. Debe haber otros cánones de belleza. Cómo hemos de parecer nosotros en retinas no humanas—endebles arquitecturas, pálidos rostros sin vida, miembros mal ajustados... ¿Qué son nuestra gracia y nuestra armonía sino rebuscadas líneas ante un perfil de caballo?

Si los animales supieran dibujar, ¡qué mal parados saldríamos en sus proyecciones!

8. Mientras tanto, con todo el derecho que les confiere su habilidad y su gusto, aquí están los dibujantes, jóvenes casi todos, manejando el carbón o la sanguina. Eligen sus modelos (por lo menos, así lo creen). Pretenden captar el movimiento y sólo logran embalsamar siluetas.

9. El zoológico de Buenos Aires sólo podría tener un honroso lugar entre los zoológicos del mundo por sus colecciones de aves. No podría ser de otro modo; ¿no es América del Sur el continente de los pájaros? En Palermo, se llega a compartir los arrebatos de un Hudson ante un martín pescador o un pico de plata.

En torno de la jaula mayor, hay mucho público, pero, es

curioso advertirlo, dominan los niños y los ancianos. Las dos edades extremas se encuentran una vez más en ese común sentido de la gracia, de la ligereza y de la fragilidad. Tienen el mismo mirar nostálgico por lo que vuela, el mismo oído inclinado hacia lo que canta entre las ramas.

10. Otra gran jaula, pero con otros admiradores, menos tiernos por supuesto: la de las aves de rapiña. Alta construcción redonda terminada en corona. Digno albergue de señores de las alturas, águilas y cóndores. Pero, a pesar de todo, jaula estrecha. Hasta resulta cruel el "camouflage" de estas nevadas cumbres—con leche de cal. Las alas desplegadas van a golpear en los alambres, con siniestro ruido.

Es el lugar del jardín donde se siente más la reclusión, la crueldad del hombre, y la rabia encadenada de los animales arrancando tiras de carne a costillares de vacunos. . .

11. Cautivos y visitantes han de comulgar en algo. Visitamos a parientes en los hospitales y en las cárceles. Sufrimos con ellos. Pensamos en ellos. Aquí, en esta arca de Noé anclada entre los árboles, algo buscamos, algo nos atrae. Nuestras preferencias por el zorro o por la foca, por el faisán dorado o la paloma de la puñalada—todo un poema romántico en esa mancha de sangre en el pecho—, expresan tal vez una recóndita inclinación hacia un atávico sino. . . ¡oh, totems! ¡Oh reencarnaciones!

12. Pero, me detengo en este umbral detrás del cual anidan tantas ideas locas, pero feraces; absurdas, pero atrayentes. Entre mis propias reflexiones en ese jardín de fieras que dormitan y pájaros que han renunciado al cielo para el cual nacieron, siento el germinar de otros pensares, tan alborotados como los míos. He observado las miradas que cambian hombres y bestias. Y me marchó, avergonzado, como si hubiera pretendido sorprender alguna intimidad. . .

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA CUMPLIÓ VEINTE AÑOS

Los diversos actos con que fue celebrado en forma extraordinaria el xx Aniversario de Fondo de Cultura Económica revisten un hondo significado en la historia de la cultura contemporánea de México y de los países de habla hispánica. Por consiguiente, antes de dedicarme a narrar el desarrollo de esos actos, quiero plantear una serie de cuestiones que nos llevará a considerar con más fina propiedad lo que esta editorial única en nuestro ambiente continental significa.

No es de hoy sino de siempre, la discusión en el mundo llamado latino de la diferencia entre civilización y cultura. Los sajones no establecen ninguna, y lo que nosotros denominamos cultura, ellos llaman civilización. Pero el matiz divergente en que nosotros insistimos, no es mero capricho ni manera de perder el tiempo. Es un eje que divide nuestra escala de valores permanentes o temporales.

Localizar en una sola expresión definitiva el significado estricto de la civilización, es imposible. Para formarla, concurren las instituciones de toda especie, las formas visibles en que el hombre ha plasmado sus técnicas y sus estilos. Una civilización determinada en la historia envuelve todo aquello que une o separa socialmente a los hombres de dicha civilización: el derecho, la religión, la economía viva y la política actuante.

En el mundo al que llamamos cultura predominan los valores del espíritu y del intelecto. Por eso la cultura tiende a ser universal, aun cuando no alcance su meta; en tanto que las civilizaciones funcionan dentro de sí mismas y, en algunas ocasiones, son intransmisibles.

Opuestamente a lo que acontece con la civilización, en la cual ninguna de sus partes expresivas puede servir para definirla, con la cultura sucede que se puede establecer, en rigor y validez, con dos, o, radicalmente, con una sola de sus partes. La cultura está en los libros y en las obras de arte. Es cierto que ocurre también en las maneras del individuo y en las costumbres de la conducta humana. Pero de manera primordial, la cultura se manifiesta en el arte y en todas las formas de la literatura, desde la social, económica y política, hasta la conocida como "bellas letras".

Signos de culturas superiores son editoriales como la Oxford

University Press, la NRF, la Harvard University Press, y todas aquellas empresas servidas por hombres cuya vida es por los libros y para los libros.

Se distinguen esas empresas editoriales por seguir un plan definido en la ilustración de los lectores de sus países respectivos sobre todas las materias que informan la cultura. No editan libros porque sí, ni por sus títulos llamativos ni por el contenido más o menos sensacional de sus textos. Consideran, sí, lo oportuno, en cuanto a determinada materia de la investigación o del estudio *creciente* de la economía, de la política o de la historia. Pero nunca se rinden al halago de un vasto público que está a la expectativa de novelas sensacionales o reportazgos fulminantes.

No deja de ser conmovedor que eso mismo haya ocurrido en nuestro suelo con la aparición, con la fundación sería mejor decir, de Fondo de Cultura Económica. Digo conmovedor en cuanto que revela algo en lo que nunca hemos dudado: la inteligencia mexicana. Que esta inteligencia haya sabido encontrar el camino más apropiado para el desarrollo de la cultura de habla hispana, es signo cabal de su capacidad creadora.

Fondo de Cultura Económica, como su razón social lo indica, fue creada por un grupo de profesores y estudiosos de la economía que deseaban proporcionar a todos los dedicados a esa disciplina, traducciones modernas y comprensivas de los mejores textos de economía y sociología escritos en otros idiomas, y que hasta entonces permanecían ignorados por nuestros estudiantes, ya fuera por ignorancia de aquellos idiomas o por los precios elevados a que el libro, como toda mercancía importada, está sujeto.

Pero no eran esas las únicas razones. Fundamentalmente, se trataba de formar eso: un fondo de cultura sólida para el estudio organizado y metódico de la economía.

Uno de los muchos resultados visibles de la Revolución Mexicana, fue el despertar de una inquietud vigorosa y sincera por los temas sociales y económicos. México bullía de problemas de esa especie. El régimen anterior, en el plano educativo, no había llegado sino hasta el positivismo. Ignoraba los temas más avanzados y novedosos de la investigación filosófica y social. La misma Revolución Mexicana, ocurrida por la misma década que la rusa y las fracasadas alemana y húngara, había promovido en el mundo europeo del pensamiento y de la investigación histórica, una serie de reacciones profundas expresadas en obras escritas. Esas obras, llegadas a nuestro país con cierto retraso, despertaron al fin entre los mexicanos más conscientes el interés por la economía, la sociología y la antropología.

El Fondo inició sus ediciones con obras de la primera de esas disciplinas, y, más pronto de lo que sus promotores lo pensaran, tuvo que extender su tarea editorial a la sociología, a la historia, a la filosofía: estudiantes y maestros reclamaban una información sociológica, filosófica e histórica lateral a la economía, que completara su entendimiento de ésta. El resultado de esta exigencia fue una invasión editorial aún mayor que las otras ramas de la cultura escrita.

Me parece innecesario enumerarlas; pero sí considero imprescindible marcar los momentos en que aparecen, la colección "Tierra Firme" y "Biblioteca Americana". En forma aislada, el Fondo había publicado obras escritas en español, originales de autores hispanoamericanos; pero hasta ese momento, su labor estaba dedicada casi por entero a la traducción de economistas, sociólogos e historiadores extranjeros a nuestra lengua. Con "Tierra Firme" se inició aquel mismo desarrollo organizado y sistemático del conocimiento pero ahora con obras escritas por hombres y mujeres de Iberoamérica.

En esa forma nos ha sido posible comenzar a conocer nuestros propios problemas; empezar a conocernos a nosotros mismos, pueblos a pueblos, hombres a hombres, de este Continente. Todavía no es posible medir los altos alcances que "Tierra Firme", junto con la colección de nuestros clásicos, "Biblioteca Americana", proyectada por Pedro Henríquez Ureña, en cuya memoria se publica, lograrán en el futuro, cuando el fin para el que fueron creadas estas colecciones singulares esté a la vista. Pero podemos advertir ya que los libros que las componen van ampliando el conocimiento de nuestra América, y van acercando nuestras culturas y nuestros pensamientos. Algún día, quizás, unificarán nuestra acción.

Fondo de Cultura Económica ha llenado todas las ramas del conocimiento moderno. En otro aspecto singular, su colección de "Breviarios" ha venido a llenar la urgencia de información en que vive un vasto conjunto de nuestra población, que por alguna deficiencia económica o social, no alcanzó la Universidad. Y podemos decir que, antes de cumplir sus veinte años, el Fondo había invadido ya todas las ramas del saber, al invadir también el terreno de las letras—la poesía, la prosa, la novela, el ensayo—con sus colecciones "Tezontle" y "Letras Mexicanas". Pero aún antes, había ya lanzado su colección "Lengua y Estudios Literarios", a la que personalmente estimo de manera especial.

Bien: ésta, en forma sumaria, es la obra. Hablemos de los hombres. Entre los muchos que han tomado parte en esta labor fecunda, destacan Daniel Cosío Villegas—a quien Antonio Carrillo Flores, en el acto inaugural del nuevo edificio del Fondo, llamó justamente

"el pródigo"—, Jesús Silva Herzog, Emigdio Martínez Adame, Gonzalo Robles, Eduardo Suárez y Eduardo Villaseñor. Estos y algunos otros fueron quienes dieron impulso y dirección al Fondo desde sus comienzos. Y no debemos olvidar tampoco la colaboración extraordinaria que el desaparecido Eugenio Imaz prestó desde el Departamento Técnico del Fondo hasta su muy sentida muerte.

Quedan, con muy raras excepciones, todos los demás, al frente de los cuales trabaja ese hombre incansable y organizado que es Arnaldo Orfila Reynal; un hombre asimilado a México en la forma entrañable en que México sabe asimilar a quienes llegan a su seno con el corazón en la mano y la mente transparente.

Creo que en las líneas anteriores, aunque escuetamente, he dejado establecidos los antecedentes que dan historia y base a ese hecho sobresaliente que se llamó la celebración del xx Aniversario de Fondo de Cultura Económica, la editorial mexicana de mayor prestigio en el mundo de habla hispánica, ese mundo inagotable, creciente y "del futuro".

La conmemoración

EL 10 de septiembre último, entre las siete y media y las ocho de la noche, llegó al nuevo edificio de Fondo de Cultura Económica en Avenida de la Universidad, el Presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortines. Lo saludó con el Himno Nacional la Banda Sinfónica de la Ciudad de México. Dentro, lo esperaba el conjunto de hombres y mujeres más sobresalientes en la cultura mexicana del momento, en la política y en la economía; unas seiscientas personas en total. El Presidente avanzó entre literatos, sociólogos, antropólogos, historiadores, editores y libreros, a presidir un acto que constaba de variadas manifestaciones. La primera era celebrar oficialmente—ya que la fecha exacta cronológica fue el día 3 del mismo mes— los primeros veinte años del Fondo. La segunda, declarar formalmente inaugurado el nuevo edificio del Fondo, una construcción hecha especialmente para servir a los fines de una gran editorial moderna, y proyectada así por el arquitecto Enrique de la Mora. La tercera consistía en hacer entrega del Premio "Manuel Avila Camacho", de los años 52 y 53, correspondientes a la mejor labor en el campo de las ciencias y a la mejor en el campo de las letras, a Alfonso Caso y Alfonso Reyes, respectivamente. De esta manera, el Instituto Mexicano del Libro, creador de estos premios, se unía a las celebraciones del Fondo.

Oficialmente, esas eran las razones fundamentales del acto. Pero

existían lateralmente otras de hondo significado para nuestra cultura: la aparición, ese mismo día, de la segunda edición a todo lujo de la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, por don Joaquín García Icazbalceta, edición con la que el Fondo ha alcanzado una lucidez editorial hasta hoy inconcebible en nuestro medio, una obra realizada y consumada por el muy competente Agustín Millares Carlo y por el Departamento Técnico del Fondo. Otra, era la edición especial y definitiva de *Doña Bárbara*, con la cual se ha celebrado el XXV aniversario de la primera edición. Una más consistía en la aparición del Breviario número 100, que contiene la *Trayectoria de Goethe*, por Alfonso Reyes. Y sería inútil enumerar todas las demás razones: baste decir que en esa fecha, y para celebrarse a sí mismo, el Fondo lanzaba 14 obras diferentes, cada una de ellas de singular importancia.

El Lic. Antonio Carrillo Flores presidente actual de la Junta de Gobierno del Fondo fue quien inició el acto con un discurso alusivo a la historia y los fines de la institución. Habló de aquellos que lo crearon y de las razones que guiaron su empeño. Recordó a los jóvenes fundadores, a los que han quedado y a los que han partido. Hizo especial mención del apoyo que los gobiernos revolucionarios y progresistas de México le han prestado. Terminando con una síntesis de lo que la vasta labor del Fondo significa no sólo para la cultura general de México, sino también para el estudio de nuestros problemas mediatos e inmediatos.

El Instituto Mexicano del Libro

MOMENTOS después, tomó la palabra la señora Carolina Amor de Fournier, en su calidad de Presidenta del Instituto Mexicano del Libro, sociedad que reúne en su seno a todos los editores y libreros del país.

Habló de la imprenta mexicana, de su primacía en la nueva cultura de América. Su reseña de esta imprenta no dejó fuera ningún nombre de real significado ni ningún hecho en verdad sobresaliente. Se refirió especialmente al concurso que los intelectuales y técnicos españoles, llegados a México después de la Guerra Civil, han prestado al desarrollo de nuestra imprenta moderna y a la labor editorial mexicana.

Al exponer las bases que fundamentan al IML, mencionó directamente al Fondo de Cultura Económica y, a nombre de todos los editores y libreros de México, dio especial énfasis al elogio de esa editorial. Finalmente, habló del Premio "Manuel Ávila Camacho" y

de lo que con este premio se busca elevar, e hizo la apología de la obra de Alfonso Caso y de la de Alfonso Reyes.

El discurso de Alfonso Caso

LARGO y enjundioso fue el discurso de Alfonso Caso para agradecer el premio. Quizás, el párrafo más importante del mismo, por su severidad y su valentía para juzgar el sentido de nuestra actualidad sea el siguiente:

"El adelanto del conocimiento científico tiene una importancia incalculable en el mundo moderno. Si no preparamos con la debida anticipación, en los laboratorios y en las bibliotecas, a los inventores y a los descubridores, nuestro país tendrá que ser, a la larga, dependiente de los otros países que inventan y que descubren, pues estos descubrimientos se transforman en técnicas y en industrias, y ya se sabe que una técnica atrasada y una maquinaria anticuada, no son aptas para competir en el mercado con los productos nuevos, que son el resultado de técnicas más desarrolladas, que derivan de las recientes investigaciones científicas".

Éste fue el tono brillante y realista del discurso de Alfonso Caso. En todo momento se refirió al papel de la ciencia, al estudio de México, al cual, como sabemos, ha entregado su vida. No dejó luego de referirse a la realidad actuante en el mundo; no quiso, como tantos científicos de nuestro tiempo, ponerse al margen de lo que preocupa a la conciencia humana de la época. Por ello, creo necesario transcribir este otro párrafo de su discurso:

"Debemos afrontar la realidad inmediata del oscuro momento en que vivimos; debemos confiar más que nada en nosotros, en la franca decisión de triunfar; en nuestro deseo de transformar a México en un país capaz de vencer las limitaciones que le impuso el destino"... palabras que colocan a Alfonso Caso dentro de esa gran antena sensible que se llama la conciencia actual y activa de los mexicanos.

El discurso de Alfonso Reyes

AGIL, brillante, histórico—en cuanto a lo que a la historia de los premios literarios se refiere—fue el discurso de Alfonso Reyes. Es inútil hablar en un reportazgo del estilo de Alfonso Reyes: el lugar no corresponde. Hablemos de su propia explicación de las razones que existieron para otorgarle el premio: "...Mi ideal ha sido siempre

el mismo; mi aspiración nunca ha vacilado. En varias ocasiones confesé que el escribir es para mí un modo de respiración. El inconexo espectáculo del mundo provoca en nuestro sensorio reacciones también inconexas, y parece que, para quienes padecemos esta iniciación imperiosa, toda esa mañana sólo se organiza, zurce y cobra sentido a punta de pluma".

Habló de la "primera voz mexicana que sale al mundo", Ruiz de Alarcón, de Sor Juana, de El Pensador Mexicano, de "los grandes bronce de la Reforma —Ramírez, Altamirano—", y su mensaje final a los jóvenes merece reinscribirse en todas partes:

"Defended, contra todas las barbaries, la libertad del espíritu y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad".

Al terminar los discursos, que el público más culto de México aplaudió largamente, el Presidente de la República recorrió las nuevas instalaciones de Fondo de Cultura Económica, esa "casa habitual de mis libros", que dijo Alfonso Reyes entre sus primeras palabras; las salas de trabajo, de consulta y de estudio, la moderna imprenta, las plantas de distribución y el enorme almacén donde se reúnen los ejemplares de los más de 700 títulos que el Fondo ha publicado en estas dos décadas, muchos de ellos, por cierto, agotados. Y el acto, que en ningún momento fue de los que aparecen en las "páginas de sociales", sino que a cada minuto palpité con el nuevo espíritu que anima a la cultura mexicana, terminó cuando el Presidente de la República, entre el redoble de los tambores, abandonó el edificio.

Cada uno de los asistentes llevaba en la mano un ejemplar de *Trayectoria de Goethe*, que el Fondo le había entregado como obsequio especial por su presencia. Además, un ejemplar del primer número de *La Gaceta* del Fondo y una copia del catálogo que describe el contenido y la forma de edición de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*.

Francisco ZENDEJAS.

Aventura del Pensamiento

LA LECCIÓN DE GALLEGOS

Por *Carlos SABAT ERCASTY*

UNA de las formas más eficaces con que nuestra América ha tratado de buscarse a sí misma, es, sin duda, la novela. El joven lector de hoy, aunque aún no haya viajado por su Continente natal, realiza una aproximación fecunda cuando, mediante reposadas y hondas lecturas, indaga el sentido de la vida hispanoamericana en aquellos narradores que la han enfocado con una idéntica intención realista y un coraje desnudo, y hasta cruel. La novela romántica fue un primer paso, mas pecaba por una necesidad excesiva de poetización, por una demasia de lirismo, de modo que el relato, por su subjetividad y por una fuerte propensión idealizadora, no se ajustaba al mundo concreto, no lo sorbía ni lo manifestaba en su vigor y en su complejidad verista, y por eso mismo, en su descarnada presencia. Actualmente la novela superó esa etapa inicial, digna de elogios como un primer paso de la narrativa, pero con una deformación radical emanada de la tendencia poetizadora, de la excesiva carga imaginativa. Hoy la novelística contemporánea ha podado la innumerable mentira de flores con que el árbol se disimulaba a sí mismo. Ha quedado lo esencial. El tronco, las ramas, las hojas, la savia, y desde éstos ha sido posible bajar hasta la raíz, es decir, hasta el elemento elaborador tal como la vida lo hace trabajar.

Es verdad que la novela americana nos ha herido y nos hiere mil veces; es verdad que se ha encarnizado en la tarea de vitalizar artísticamente una verdad que nos amarga y nos angustia; pero esa misma intensidad dilacerante que nos ofrece, nos ha hecho más capaces de sabernos, y nos ha colocado, valerosamente, ante un mal que exige la entera virilidad de una reacción impostergable. Podemos decir con las mismas palabras del héroe mexicano: "No estamos en un lecho de rosas". Y ese dolor que emerge hacia nosotros, si somos capaces todavía de una actitud sana y generosa, a pesar de todas sus negaciones y tal vez por ello mismo, nos marca con un signo afirmativo, signo

que se da casi siempre en los novelistas de América como un estímulo ante la disconformidad, como una fuerza de creación, como un imperioso mandato frente a una etapa que debe ser superada lo antes posible en todos los planos en que actúa la vida. El himno nos exalta, y lo necesitamos como un ala de la acción. Nos dinamiza. Es como una volición del poeta que se hace verbo. Puede conducirnos al trabajo fecundo. Pero también es necesario saber en dónde estamos, cuáles son los caminos que nos esperan, qué posibilidades se le ofrecen a una vida que no quiere encarcelarse en los vanos paraísos del egoísmo, en qué puntos exactos hay que golpear con la herramienta plasmadora.

Rómulo Gallegos es el novelista de Venezuela. Sobre maderas indígenas, a punta de fuego, avivando la brasa incisiva con su propia sangre, ha grabado el mapa de un trozo de América y ha dibujado la raza de un país trágico. El río, la montaña, el mar, las sabanas resacas o inundadas por el brío de las lluvias, el ciudadano y el llanero, el instinto y la inteligencia, los poderes satánicos que tiran hacia atrás y ahogan el impulso creador, y las energías afirmadoras, anchas y tenaces de fecundidad y anudadas a la esperanza, están allí, en esas hojas suyas, donde las palabras tantas veces llagan nuestras conciencias como una quemadura. Cuánto hemos visto y cuánto aprendido en el torrente vital de sus relatos: el poder imperial de una tierra devoradora de hombres en la que fermentan los implacables impulsos, esa Doña Bárbara, que es la tierra misma, firme en cordilleras y en llanos, la oscuridad de sus signos y a la vez el enorme depósito de reservas vitales que aguardan desde un caos desordenado y amenazador, el tremedal que bebe a los seres como en un naufragio, y el trabajo de la luz, la obra lenta, sostenida de los arquitectos de la inteligencia, esas voluntades inquebrantables, aunque oscilantes a veces, pero siempre emprendedoras y liberadoras, ciertas o inciertas en su destino, que dentro de las narraciones de Gallegos tiene su arquetipo en Santos Luzardo, domador de llanuras, exaltado por el impulso tremendo de la estirpe, ciudad y campo en una integración de símbolo, frente modelada en la luz y corazón fraguado en el bien. Toda su disconformidad se hace energía, y sin quebrantar los instintos básicos que lo queman en la acción, los redime sobre el metal de una conciencia lúcida, del mismo modo que el barro de la tierra llega al estilo de la flor y a la generosidad del fruto.

Con una percepción vital y estética certera siempre, con una sociología penetrada en lo concreto y activo, como corresponde a la jerarquía del arte, con una visión particular de vivisección, y con un sentido de conjunto y de función armonizadora que corresponde a las grandes generalizaciones filosóficas, pero siempre dentro de la captación sensible, Rómulo Gallegos, en la pugnacidad que caracteriza su obra total, ha alineado en emoción guerrera, todos los pares de opuestos que constituyen el drama de su patria. Es el testigo. El espectador. El ojo limpiísimo y sin engaño que abarca una enorme realidad convulsiva. Con un firme dominio de lo épico, ha discernido y graduado esa guerra, esa humana gigantomaquia llanera. Nada ha concedido jamás que ofendiera a la veracidad de su pupila. Ninguna piedad, ninguna concesión cobarde, ningún patriotismo hueco ante la crueldad del cuadro. Sintió su responsabilidad y la vivió hasta el fondo, en heroísmo. Pero ante la visión pesimista y desgarradora, levantó su mano de fuego y endureció su índice inalterable, para subir e indicar una luz. En esa lucha de enconados opuestos que dramatizan la actividad de una estirpe, contrapuso al horror las vivencias de la esperanza, no por fácil complacencia, no por blandura de carácter o por melindrosa aceptación, ¡no! Gallegos es un hombre integral. Como Argos, tiene cien ojos abiertos a todos los tiempos, y nada escapa a su pupila múltiple. Quema el error mientras sueña el porvenir, y en esto radica lo heroico y afirmador de su mensaje. América crece sobre difíciles caminos. Rudo el trabajo de su ascensión, pero trabajo al fin, y trabajo de hombres. Él lo sabe, y sobre las cenizas que deja el incendio, lo proclama, mientras, abriendo la mano, dispersa de nuevo la promisoría simiente. ¿Cuándo la historia no fue fecundada por la lucha de los opuestos?

Esa casi delirante contraposición de los elementos contrarios que de modo tan dramático caracteriza a nuestra América, y provoca en ella una continua desarmonía, la encontramos como tema central en la obra de Gallegos. Hasta cuando parece olvidarla como observador sabio y sagaz, reaparece en el hombre de intuición certera. La vieja Eris, ya cantada por Homero y glorificada por Heráclito, es su verdadera musa. En efecto, sus conflictos acentúan sin cansancio la potencia inquietadora, combativa e insatisfecha de la discordia, en todas sus novelas. Ya en una expresión oculta, pero real y latente, ya en los momentos explosivos en que la garra va derecha hacia el golpe

con una fiera felina, ya en las incubaciones subconscientes cuando se modela a fragua y martillo el arma y el movimiento del arma, siempre en el novelista venezolano se siente o se presente el combate de los hombres, y hasta las sordas y oscuras batallas de la naturaleza. En esa captación esquiliana del elemento trágico, radica el tono viril de su arte. Como poeta es un poderoso y voluptuoso contemplador. Pan lo asiste con su savia cósmica. Ve como un primitivo, pero analiza como un contemporáneo. La naturaleza lo conmueve y lo extasia. Va derecho hacia ella con la plenitud de un goce panteísta. Con nervios nupciales la abraza como a una amante. La acepta cual es, suave o salvaje, dulce o áspera. Su alma se pliega a los paisajes de la tierra, como si su sensibilidad les tejiese una túnica de sensaciones. Sus sentidos son agudísimos y su pericia de observar lo atrapa todo. La dibuja en negro, y unta la línea con un color total, sin miedo a la generosidad de su paleta. Sus descripciones trasuntan hasta un misticismo de la belleza plástica, como si en realidad poseyese las formas y las presencias mediante un proceso de identificación. Si algún tono religioso adquiere su obra, es en aquellos momentos en que la tierra le ofrece la majestad de un templo, donde el hombre, por fatalidad, es el oficiante. Sabe que es esa misma naturaleza la que moldea a su propio hijo. Sabe que le transmite, sin duda, el goce de su hermosura, pero sabe también que a la vez le estimula la ebriedad de todos los deseos, que le da los ojos, pero se los venda de pasiones, y que ese mismo hijo llega a no parecernos cruel a fuerza de ser fatal y ciego. De ahí la mano de maestro con que, frente a lo natural, descíñe las vendas para que las pupilas reciban el baño de la luz gloriosa.

Gallegos ha sentido como pocos que el medio social hispanoamericano no está todavía clarificado, sino lejos de asomarse a un todo homogéneo. Sus libros nos muestran esa orquesta humana donde cada grupo instrumental no obedece a un ritmo que centralice y unifique los sonidos. Todo en ella es dispar, contradictorio, en bloques de voluntad que se rechazan. A veces le basta un solo ser, que él llamará *La Trepadora*, para expresar el sentido conflictual de la vida americana. Toma una mestiza bajo su pupila, la sigue desde sus humildes orígenes, la arroja a la vida dotándola de una tremenda voluntad de elevarse e imponer su yo imperial. Por venir desde un muy abajo contradictorio, y aspirar a las alturas del medio social, ya comienza a arder en el conflicto. Pero éste le late adentro y la perturba en su

mezclada sangre. El blanco y el indio se balancean en el torrente de su corazón, y es allí mismo, en lo más entrañable y vital, que estalla lo más arremolinado del combate. Por eso mismo, por lo indefinido y mezclado de la raza, por el diverso colorido de las estirpes que aún no se han acrisolado hasta fundirse en un tipo definitivo, por los orgullos y las jerarquías que persisten y las humillaciones y desprecios que punzan y van tomando temperatura hasta el incendio, es que sus obras se entintan en episodios dramáticos, y su tierra de América adquiere la potencia artística de un escenario enorme y feroz. Tanto por la virtud interior como por el contagio ambiental, Gallegos es un temperamento dinámico y volitivo. Se "encueva" en el arte, pero se desborda para vivirse en la realidad, y operar en ella en una doble donación: belleza y acto. Por eso mismo se complace en curvar las voluntades alimentadas por la exuberancia tropical. Y como a la vez trabaja en las raíces psicológicas, suscita la acción de sus hombres desde abajo, desde esas raíces humanas que beben en el humus el fermento que las mueve, y que él ha recorrido con finísimo tacto. Anda siempre por los orígenes. Rumbea la marcha del artista hasta llegar al signo más hondo de sus seres. Y es así que les ha asegurado, al troquelarlos, una firme perduración. En aquellos en que su propósito ha sido central, impone rasgos absolutos, plasmándolos en el mismo metal de la vida. No teme hundirse hasta el espanto en sus tragedias, y con una abundancia de corazón que nos asombra, se asocia a los dramas de sus criaturas, como si interiormente, en una ciudad oculta de su espíritu, estuvieran latiendo con una parte de su sangre y vibrando con una parte de sus nervios.

El arte de Gallegos es también un mensaje. Venezuela escuchó, entre complacida por la obra genial, y desgarrada por la desnudez del cuadro, el dictamen conminatorio. Doña Bárbara, es decir, la oscura tierra plasmada en vida humana, se contempló a sí misma, y comprendió la preeminencia de su creador. La palabra del artista caló su instinto y le reveló su verdad. Santos Luzardo, el constructor, el hombre verdadero en la justicia, la mente que abre las entrañas del problema para arrancarle la solución desde adentro, el arquitecto que toma el caos de la materia virgen para levantar el vasto edificio, al penetrar en las páginas de Gallegos se encontró también a sí mismo, comprendió el significado de la construcción del futuro y la belleza que habrá de ser, y se hizo prole. Esa imantación del arte actuó

como en capas de comprensión, desde arriba hasta abajo, como quien remueve los materiales del porvenir. Un hombre extraordinario había manifestado toda la verdad. Sus doce libros fueron como doce arados surcando llano y montaña para levantar una creación armoniosa, civilizadora, justa, sobre los horrores de la ignorancia, del despotismo temperamental, de los humillados y de los ofendidos.

La obra había sido fecunda. Los doce arados labraron la vieja realidad con un esfuerzo heroico. El nombre de Gallegos se hizo signo y bandera. Era una lección hecha hombre, una síntesis del pasado y una anunciación del porvenir. Y no sólo su país, América entera recibió el impacto. El arte se había hecho revelación y mensaje, promesa y germen. Por eso, los que volvían a nacer desde el nuevo Verbo, rodearon al profetizador. Era necesario que aquel que tuvo a tiempo la doble visión más penetrante y fecundadora, fuese el elegido. Sus plantas gravitaban seguras en la tradición. Sabía pisar la anciana tierra. Mas su frente avizoraba el viejo y siempre nuevo sueño de la Edad de Oro. No porque fuera ingenua y volara inocente por las utopías. Sino porque era honda y sabía dónde y cómo apoyar los bloques de la nueva realidad. Y no por excesiva confianza y candoroso optimismo, sino porque el ideal existe, y sobre dolores y fracasos, en paz o en guerra, clama sobre los mejores hombres, para que conduzcan paso a paso a sus pueblos hacia una justicia, trabajosa y difícil, pero posible siempre hasta grados que no contradigan nuestras fatales limitaciones de hombre.

Por eso, el artista que creaba novelas fue elegido gobernante por sus mismas criaturas, pues sus personajes eran Venezuela, y vieron en él a un predestinado para ser su Presidente. Los que leyeron en su obra una política que superaba a las de todos los profesionales de la política, confiaron en aquel hombre concreto, integral, armónico, cuya sonda había hecho fondo en las entrañas de la patria. Era el único poseedor de las claves salvadoras. La dignidad no puede menos que producir dignidad. Y de una llama creadora sólo puede esperarse luz y fecundidad. Aquella verdad de su obra era demasiado honrada, profunda y dolorosa, para que no trascendiera como una virtud sobre un país asistido por la misma esperanza que le transmitió su novelista. Virtud de las profecías auténticas, la de imantar a los oídos que las escuchan. El verbo de Gallegos era nada más

que espíritu, pero al hacerse palanca no pudo menos que adquirir la potencia del hierro. Movi6 a todo un pueblo.

Fue toda Venezuela quien lo vot6, y Germán Arciniegas lo ha corroborado al decirle a Gallegos: "A usted lo eligieron sus personajes". Es cierto, pero Doña Bárbara, no sólo en Venezuela, en casi toda América, vive aún. Y Santos Luzardo, aunque pretendió matar al centauro, sólo pudo herirlo. Y ambos, la tierra fatal, la devoradora de hombres, ciega de instinto, apegada y sometida a las energías oscuras, y el centauro, el hombre que cabalga sobre su propia bestia, roja el arma y la mano en la hermana sangre de los centauros, recorren las sabanas como una fuerza negra, y a su impulso la buena nueva fue doblada para hundirla en el abismo primario. El sembrador sublime ha sido arrojado de sus doce surcos, es cierto, pero no obstante, los surcos están abiertos y llegará un tiempo en que las simientes vertidas cumplan con su único destino: ¡germinar! Y es que cada vez que muere la esperanza, ¡nace la esperanza!

Señores, desde esta aula magna de la Universidad del Uruguay, velando con todos mis sentidos humanos por el destino de Nuestra América, me dirijo a este hombre que a los setenta años penetra, magnífico, en su dorado crepúsculo, y le digo:

"Rómulo Gallegos, cada vida humana es un breve episodio en la inmensidad del tiempo. No os pongáis con vuestras siete décadas como medida de vuestro trabajo. La letra, no muere nunca. Las palabras de belleza, de amor y de justicia que labrasteis a fuego en vuestras narraciones, viven, sangran como arterias sobre vuestra patria, trasmutadas ya en fuentes inagotables. Los que no tuvieron vuestro genio, los que no os comprendieron, oh triste, oh pobre oscuridad, son tal vez tan inocentes como malvados. El hombre es mucho más joven de como lo ha pintado la historia, y el animal, vela en su carne de abismo. Vuestra lección fue para los sencillos de corazón y para los altos de pensamiento. Las letras de los doce libros que habéis creado, día a día derramarán en activo riego una sangre fecunda sobre el llano de los llaneros, sobre la montaña de los montañeses, sobre la ciudad de los ciudadanos. Dejad trabajar al tiempo. Una obra inmortal es una fuerza inmortal. Un día Doña Bárbara y el centauro, sin morir, pero trasmutados por los poderes mágicos de vuestro arte, se inclinarán ante vos. Y mientras vos, grande y noble como lo es siempre el espíritu superior, los perdonaréis por todos sus ciegos errores, ellos se

pondrán bajo vuestra frente, y dirán para gloria de Venezuela y de América: "Hemos aprendido vuestra lección, y gracias por el heroísmo de haberla creado".

Y terminando, añadió: "Rómulo Gallegos, sois el amo espiritual de Venezuela. Como ningún otro la lleváis en vos mismo en una viva duplicación. Para labrarla en el arte, la fraguasteis en vuestra carne y la alimentasteis con vuestra sangre. Más tarde, la tomasteis en vuestros puños prometeanos, y abriéndola como una enorme flor, la derramasteis en la mirada de todos vuestros hermanos. Sois el verbo más alto de vuestra patria, y sin embargo vagáis sin patria bajo vuestros pies, sin que tantos hijos de Doña Bárbara enrojezcan de vergüenza. Pero desde aquí puedo clamar hacia vos, y deciros: donde vos estéis, Rómulo Gallegos, ahí está Venezuela. Los verdaderos desterrados son ellos, porque no pueden entrar a la Venezuela auténtica, a la patria que vive su verdad en vuestro corazón!"

FERNANDO DE LOS RÍOS Y EL SOCIALISMO HUMANISTA

Por Dardo CUNEO

I

RETRATO fiel: Marcel Bataillon, que siguiendo los pasos del erasmismo español debió dar con él, atinó a despedirlo con estas palabras: "andaluz meditativo, cordial y malicioso (en el sentido más francés del vocablo)... ." (en el *Bulletin Hispanique*, Burdeos, t. LI, núm. 2, 1949).

Retrato compuesto: Parecía un personaje del Greco, a quien se hermanaba en pasión toledana. Sin embargo él, que pudo, acaso, suponer la suya entre esa fraternidad de barbas que llevan a sepulcro al Conde Orgaz, se presentó —insistió en hacerlo— como discípulo reciente del lejano Erasmo. No se quiso ver en el lienzo, sino en el debate —debate integrador— de la inteligencia y el espíritu frente a la vida, dentro de la vida, y, además, abundoso de vida. Erudito de ciencias sociales y de guitarras del pueblo. Sobre él se cantan aleluyas malagueñas: "En Ronda vio a luz Don Fernando / y de Ronda está siempre hablando". ¡*Viva el Cristo moderno!*, le saludan los aldeanos cuando en las jornadas políticas del socialismo y de la República realiza excursiones de propaganda por su tierra andaluza. "Aquel a quien tantas promociones de estudiantes granadinos y madrileños llamaban con afectuosa admiración *Don Fernando*", apuntó Bataillon en su despedida.

Vida abundosa. La vida como aventura de integración. La aventura de integración a través del ejercicio de la tolerancia. "¿Se imaginan ustedes —lo diría con las palabras del desterrado en conferencia, que fue texto de dramática exaltación, sobre el sentido y significación de España, en enero del 45, en México— se imaginan ustedes, dada la intolerancia del momento que nos ha tocado vivir, que pudiera haber en Toledo,

una mezquita en que los tres cultos, el hebreo, el árabe y el cristiano, uno detrás de otro, pudiera officiar en la misma iglesia y difundir a sus fieles la que ellos creían su verdad? Pues bien; esto conviene tenerlo muy presente, porque debe ser una estrella polar entre nosotros. A eso tenemos que aspirar. España debe volver otra vez a un proceso de integración". Es la guía erasmista. Desiderio Erasmo había acercado a la fe la nueva vecindad de la inteligencia con plazos exigentes de reflexión. "Fundador del racionalismo teológico" le calificó Dilthey, y nos interesa saberlo en combate contra el dogma, haciendo esfuerzo por ofrecer a los hombres la posibilidad del partido de la tolerancia, desde el cual sea posible la vida como ejercicio sin frontera. "Nosotros, los erasmistas", solía decir don Fernando de los Ríos, y nos advirtió que incurrir en ortodoxia no es solamente desempeñarse en forma confesional, sino, también, reducir "la capacidad creadora de aquello respecto a lo cual nos consideramos ortodoxos". Su conciencia —qué instrumento sensible es su conciencia, qué sabiduría clásica y qué vibración moderna ejercen desde ella ininterrumpida y alerta guardia— se atormenta, no rondando, sino ingresando, todos los días, en el problema eterno de la libertad y en la promesa que ella representa, para la vida del hombre, como clave fundadora y recreadora de vida total. La conciencia de este español —no parcialmente europea, sí estación de encuentro de Occidente y Oriente, del romano y el árabe— registra todos los accidentes que, en el espíritu humano, impone una geografía de simultáneos desasosiegos y augurios, una visión provocada por el dolor de los imposibles y otra visión —fraternal de aquélla, su natural camarada— encendida por el anhelo de la constante batalla. Y porque las dos visiones se imprimen en ella, esa conciencia no es sólo registro; es ordenada y armónica movilización. Esa conciencia tiene un enérgico plan: la liberación del hombre. Es, claro está, conciencia hereje. En su meditación sobre la Rusia de Lenin se había referido a la "santidad de la herejía": le confería carácter de "fermento y síntesis de todas las posibilidades", precisamente en el mismo párrafo en que explica que las civilizaciones han elaborado y desarrollado formas de respeto hacia la conciencia individual (que el leninismo por entero desconocía) y que "el mundo de la conciencia ha llegado a no reconocer más que un método posible para con él: aquel que no le niega ningún posible rumbo, y deja

íntegros, por lo tanto, los gérmenes de mañana, lo que sólo es factible con la plena libertad de la función del espíritu". Todo eso es cosa de herejía frente a cualquier limitación, a toda opresión y servidumbre. Militante de un partido, Fernando de los Ríos no consideraba a su partido como cerrado recinto de su ideal. El ideal nunca queda reducido a un partido, jamás se deposita por entero en un solo lugar. El ideal supera, siempre, al partido. El partido no es, en rigor, otra cosa que una herramienta del ideal. "Siempre he considerado a los partidos como órganos de interpretación de los ideales, no como el ideal mismo, y necesitamos, por lo tanto, vivir en una perenne subordinación a éstos", escribe en comentario que sirve de advertencia prologal a *Mi viaje a Rusia soviética*. Y señala la función del partido con estas palabras: "Un partido no debe ser sino una dirección ideal"; agregando: "porque así lo piensa quien esto escribe y el norte de las suyas fue una concepción humanista de la Historia, es por lo que, de razonamiento en razonamiento, llegó a la conclusión, por vía de la ética, de que el socialismo era un imperativo moral que arrancaba de la entraña del problema del hombre". En la zona del problema del hombre, la ética tiene su camarada fraternal en la estética. Más: la estética es la vía que conduce a la ética. La emoción artística es un instrumento popular de liberación, de derechos, de justicias. En el ensayo sobre "El problema de la continuidad en política" (en *¿A dónde va el Estado?*), sensibilizado el rigor del análisis técnico por su propia energía emocional, escribe al acotar el derecho de los pueblos a la rebelión y a la socialización de los sentimientos morales, esto: "es el derecho el cancionero de la ética de la continuidad". Cancionero y derecho. Es decir, estética y ética. Desde su escaño de ministro habla así un día de los primeros de la República Española: "No hay una sola actuación en el mundo estético que no debamos aprovechar para la enseñanza, porque los españoles, lo afirmo, hoy como ayer, llegan a la ética por la estética". Lo que le permite sostener: "utilizados esos nobles instrumentos haremos una España nueva". Años antes, muy pocos, celebrando, en La Habana, a Martí, había recogido estas palabras del cubano: "Por el dolor se entra en la vida, por la poesía se sale de ella", a las que él agregó: "Salir de la vida por la poesía es la redención por la estética".

II

Primera estación: Krause y Giner. En *La filosofía del derecho en don Francisco Giner y su relación con el pensamiento contemporáneo*, 1915, Fernando de los Ríos hace ordenada convocatoria de todos los materiales que, promovidos por Krause, se agrupan en Giner y refluyen sobre él.

Esa capacidad que el maestro Giner evidenció para recibir todas las corrientes de pensamiento en curso, esa fragua de serena labor en que transforma a su espíritu, se explican en que aleja de sí toda niebla dogmática y en el hecho de que "una escuela era para Francisco Giner orientación de pensamiento, la coincidencia en estimar como esencial un determinado problema, no siempre una igual afirmación metodológica". Esa escuela permitirá, pues, agrupar en su zona a las voces y testimonios que llegan desde toda parte donde pueda constituir preocupación el destino del hombre y la integración de formas y expresiones de vida en una creación de fines éticos. Esa disposición y esa conducta de asociar elementos en lugar de limitarlos, tomando de ellos la zona de verdad posible que cada uno contenga, parte de doble —integradora— fuente: tanto el pensamiento como el sentimiento hacen la jornada del hombre. Suscribiendo la divisa con que Sanz del Río advirtiera que "la ciencia es cosa de conciencia", que la ciencia no puede ser sólo un método, sino, también, una vibración ética, ampliando, por lo tanto, el radio de la ciencia, llegaba Giner a lo que Fernando de los Ríos señala como "una complacencia y hasta voluptuosidad de hacer notar, y aun extremar, las concomitancias de su pensamiento con los que estaban más distantes de él sobre cuestiones definitivas, de principio". Identificación de Giner con Krause, con su *racionalismo armónico*. Krause —anticipamos— no constituía, en verdad, una filosofía expuesta y limitada dentro de un sistema. Acaso, por eso le hayan negado calidad de filósofo aquellos que la otorgan solamente a quienes crearon o combinaron un sistema. La tentativa de Krause —y en esa dirección orienta sus generosas proposiciones— es la de promover una ética, la posibilidad de organizar la vida bajo el estímulo constante de una moral que armonice con las facultades del hombre liberándolas y expresándolas, a la vez, libre y armónicamente. Más que un sistema, era un programa de vida y creación; más que una fórmula, una incitación. Por

otra parte, el hombre, objeto de los programas de Krause y de las meditaciones de los krausistas, no resultaba ser el hombre de una clase determinada ni de un determinado nivel: era el hombre de todas las clases y de todos los niveles. Los krausistas españoles se adhieren a esas consideraciones del maestro como promotor de formulaciones éticas. Los españoles remarcan ese sentido del krausismo. Eco kantiano; resonancia de Schelling. El hombre como fin. En Krause, el problema del hombre es la forja del hombre independiente, armónico y pleno.

En zonas de Giner con huellas evidentes de Krause, el hombre es un órgano de acción unánime, desde que la acción no es función exclusivamente propia de la voluntad, sino como el denominador común de la movilización del *yo*, movilización total, pues partiendo del *yo* "hay acción de pensar, de sentir y de querer, y siempre coexisten y en todo momento se influyen". Es operación recíproca. El arte es ordenador de las posibles facultades y medios que hacen la acción; con lo que queda entendido que el arte no es capítulo exclusivo de la estética, sí canal de la vida toda del espíritu. El espíritu está en todas partes donde se crea. El espíritu es creador; es motor de acción. Por lo tanto, siendo la vida acción y la acción, espíritu, la vida será una obra de arte. En la vida como obra de arte, no hay planos subalternos, sino integradores. "Tan práctico es pensar como cavar la tierra", ha dicho Francisco Giner. En esa visión integradora no hay duelo entre práctica y teoría, sino enlace que hace depender a la una de la otra. "Todo está en todo", resume De los Ríos. "Sobre cada uno pesa la historia entera en toda su complejidad". Y la huella de Spinoza se hace visible en Krause y en Giner cuando se alían los términos de espíritu y naturaleza, advirtiéndonos De los Ríos que Giner retiene el monismo spinoziano para dotarlo de una visión dinámica, deduciendo, siempre, junto a la acción la urgencia de la conducta. A esa vida completa la explicará, evidentemente, la conciencia; pero, la conciencia no es solamente conocimiento, pues, rechazando un parcial modo intelectualista, se sabrá a la conciencia como agente íntimo del espíritu en actividad numerosa y de todo aquello que con el espíritu se relaciona. Por otra parte, la unidad que coordina el espíritu y las normas que de ella se desprenden, impondrán este reconocimiento—resumido por De los Ríos—acerca del destino y la función del hombre: "Ser hombre, no es ser un científico; la vida es mucho más varia y rica y no se satisface con un programa tan men-

guado; para ser hombre es preciso abrirse a un sentimiento universal de la vida; abrirse plenamente con amor a la verdad, cultivando con regalo y nobleza todos los gérmenes de nuestra vida interior y exterior, para formar de esta suerte una conciencia; mas no olvidemos que esto tanto quiere decir crear una inteligencia como formar un corazón y un fino sentido artístico para la conducta". Pero, su anti-intelectualismo no podrá ser rotulado como pragmático, por cuanto Giner no incurre en aquello que sirve para caracterizar al pragmatismo: el sometimiento del espíritu a la vida. En cambio, se acerca a Bergson, quien previene ante el concepto como medida insuficiente para medir la realidad. "La realidad es para Bergson —indica De los Ríos, que escuchó sus clases— una creación incesante, un devenir permanente, y el concepto nos da a conocer esta realidad inmovilizada, detenida en su fluir, porque ha nacido para operar con lo material, con las cosas, pero no para pensar la realidad, que es evolución, movilidad pura, un pasar sin fin". Bergson pide fueros para la intuición. Todas esas posibilidades que surgen del reconocimiento de un número mayor de contenidos de la vida, enriquecen la conciencia y permiten a Giner afirmar que la masa social ignorante es, también, protagonista de los procesos culturales; ella elabora el medio social de la cultura en cada momento. Con respecto a Hegel —y ya en el terreno de la filosofía del Derecho que era, dada su principal preocupación ética, donde debía manifestarse más intensamente el krausismo español—, existen de parte de Giner previstas distancias: no acepta la fuerza de realidad con que aquél inviste a la idea y se aleja de él en la medida que afronta el examen de la concepción del Derecho y de la naturaleza y los fines del Estado. Para Krause que ha sostenido que el Derecho debe ser la libertad, identificándose con ella, el Estado no es un creador, sino lo contrario: el Estado sólo se explica como expresión del Derecho. Para Giner, es Derecho "el orden de la conducta buena, libre y necesaria, para el cumplimiento de los fines de la vida", y se complacerá en destacar la dependencia del Estado con respecto al Derecho, afirmando que aquél no consistirá en un órgano de autoridad y poder como de obligación y servicio a los fines racionales de la vida. En esta consideración del Estado, Krause se aleja de Kant, entendiendo en oposición a éste, que el Estado nunca será el policía, un poder de contención y de moral exterior, un poder inhibitorio, una misión coactiva, sino la expresión de la intimidad

en que vive el hombre. Se acerca Krause en esto a las proposiciones del anarquismo. De los Ríos advierte que la expropiación del Estado en beneficio de la sociedad, tal como la desea el anarquista Tucker, no resulta, en verdad, otra cosa que el Estado Social de la escuela krausista. La sociedad no es una dependencia del Estado, ni un derivado de éste. Hay coincidencia entre sociedad y Estado desde que la primera es círculo que comprende los diversos destinos humanos y el segundo será la personalidad unificadora de las condiciones que hagan posible el cumplimiento de aquellos destinos. El Estado, pues, realizará los dictados del Derecho, cuyo fin, a su vez, consiste en "que cada persona—son palabras de Giner— con cuantos medios tiene a su alcance, sirva al fin de su vida". Esa visión del Derecho se hace, en primer término, problema de pedagogía, el problema de formar hombres.

Meditando la proyección del pensamiento de Giner en el panorama de las luchas sociales de su tiempo, De los Ríos ha deducido en su maestro estas preferencias: "veía con complacencia lo que se ha llamado colectivismo voluntario o espontáneo, el cooperativismo, así como cuanto significara superación de este régimen político-económico; mas miraba con desvío toda organización de tipo disciplinario". Lo que le permite al discípulo esta interrogación: "¿No reside su originalidad en ser hondamente liberal y hallarse orientada (su política social), al propio tiempo, hacia el socialismo humanista?"

III

Segunda estación: el neokantiano. De los Ríos, discípulo de Giner, formado en el hogar del krausismo español, viaja a las capitales universitarias de Europa. En las cátedras de filosofía se proclama la crisis del positivismo y el retorno a los planteos kantianos. El positivismo había sido vara corta para medir al hombre; terminaba por no medirlo; por negar sus posibles medidas. De los Ríos lo enjuicia (en el libro sobre Giner): "no resuelve las cuestiones; sino las niega; no enriquece la conciencia científica mediante el planteamiento de nuevos temas; sino simplifica los motivos de la duda, o sea, dicho con todo respeto, apaga el hervor de la conciencia histórica". Ésa era la crítica formulada al positivismo por las mismas exigencias que auspi-

ciaban el retorno a Kant. Krause había representado ya la aproximación a él, pero es en Marburgo donde De los Ríos se encuentra con el Kant que retorna. Hermann Cohen encabeza ahí la escuela más atrevida de los neokantianos; en ella figura Natorp, cuya pedagogía social comenta De los Ríos en trabajo primero; en ella figura Cassirer. Cohen desarrolla en todo su alcance la significación del retorno: No es cuestión de cátedra; es exigencia de vida. El retorno compromete. ¿A qué? El planteo kantiano, confrontado como fuerza ética en el cuadro social diseñado por el interés capitalista, conduce hacia el socialismo. Ése es el compromiso kantiano. Cohen, el maestro de Marburgo, lo entiende así y lo escribe: "La idea de la preeminencia del fin de la humanidad nos lleva a la de socialismo, en la que cada hombre es definido como fin último, como el fin en sí mismo". "Este principio del *hombre como fin en sí* —resumirá De los Ríos el pensamiento de Cohen en uno de los ensayos de *¿A dónde va el Estado?*— va a ser el programa jurídico-político del futuro. Estamos precisamente en el momento en que se encuentran la honda tradición platónica-cristiana con el juvenil pensamiento socialista. Es el encuentro —agrega— de la visión del Verbo encarnado en el individuo que exige ver en cada hombre una esencia imposible de ser mancillada, precisamente por el hombre, con la nueva conciencia que está creándose por obra de la concepción socialista". Ésa es la lección de Marburgo que el maestro Cohen define con fuerza de divisa: "La ética desemboca en el socialismo". Krause —proposición provisoria— desaparece. Queda Kant, que a través de Cohen, lleva hacia el socialismo; en verdad, la misma dirección a que conducía —guía primera— Giner. Pero, la aventura de pensar, sentir y querer para el hombre un destino en libertad y libertador se sigue enriqueciendo y completando. Es aventura que no se limita nunca. Cuando De los Ríos asiste a las clases de Bergson no hace otra cosa que enriquecer esa aventura. El socialismo debe recibir todas las grandes corrientes del pensamiento en curso, alimentarse con ellas, integrarse con ellas. Después de la guerra, cuando De los Ríos profesa en Granada, se abren nuevas cuentas apremiantes en el problema del hombre. "No es casualmente —certificó Buber—, sino algo lleno de sentido que los trabajos más importantes en el campo de la antropología filosófica surgieran en los primeros diez años que siguieron a la gran guerra". Las guerras, como manifestación culminante de las crisis, dibujan grandes signos interrogadores. En esos años,

De los Ríos trabaja su ensayo mayor sobre *El sentido humanista del socialismo*. Para plantearse el problema del hombre y de su libertad, acude a buscar al hombre en actitud de liberador; acude al Renacimiento. Ahí, donde el hombre enuncia la libertad moderna, surge el moderno socialismo humanista. Esta consideración había sido anticipada en *Los orígenes del socialismo moderno*, 1911. En *El sentido humanista del socialismo* será desarrollada: sobre las líneas generales de la dialéctica hegeliana, se incorpora el hombre de Kant como fin en sí mismo.

En esos años en que prepara el desarrollo de la proposición, se ha producido la revolución leninista en Rusia.

IV

Tercera estación: viaje a Rusia. Es en 1920. De los Ríos lleva misión de ver, inspeccionar, hacer examen riguroso y deducción orientadora acerca del orden revolucionario del bolchevismo, en nombre de sus compañeros socialistas españoles, que quieren a través de él un juicio que los ayude a buscar opinión definida sobre aquella experiencia que conmueve por sugestión y desconcierta por su dramática complejidad. La misión no descuenta riesgos. Se trata de entrar en conocimiento de un hecho que se presenta como el principal del siglo por la perspectiva histórica que ensaya; de examinar sus problemas inmediatos y meditarlos en función a los procesos modernos de civilización; de comparecer ante el hecho sin dejarse iluminar por sus promesas lejanas ni devorar por sus trágicas dudas presentes; desempeñándose, en cambio, entre promesas y dudas sin desconocer ni a las unas ni a las otras, y aplicando, para medirlas, las medidas de la civilización en ascenso; de ser frente a este hecho el espíritu que procura el contacto con las corrientes profundas y las claves constantes, es decir, ser una conciencia con la capacidad segura para recrear en ella el drama y aventurarse en el ejercicio inquietante de la profecía. Todo eso pide el hecho. De los Ríos se conducirá en esa escala de historia nueva. Su excursión hacia el interior de la escena rusa es, al par, la experiencia del investigador de una realidad social como el drama de una conciencia adolorida, atormentada—son sus palabras— ante la visión de un mundo contradictorio, com-

plejo, oriental, que cobra sentido de la Historia a través de una revolución, cuyos capítulos por separado ya van ahogando la perspectiva general que ella ensayara. De los Ríos trata de comprender el alma del pueblo, sus ecos lejanos, su vibración inmediata. Al pueblo lo sorprende en jornadas de silencio y tristeza: no exterioriza vida, ni comunica nada. El cuadro del silencio y las tristezas populares se reproduce: muchos son los ojos que miran con extraña melancolía eslava. También son tristes las ciudades. En ciudades tristes, hombres tristes. ¿No es motivo suficiente de alarma? ¿Constituye ello una definición sobre la realidad y la vida rusas? "Yo no sé—escribe en una de las primeras páginas de *Mi viaje a la Rusia soviética*—si el pueblo ruso se reiría antes; pero sí puedo asegurar que el día que sorprendí una risa en la calle me pareció absolutamente insólito, y que este hecho no creo se repitiera más de dos veces en el transcurso de mi estancia. Los árboles de los bulevares—agrega—veíanse en la semioscuridad cuajados de cuervos que, inquietos removíanse de vez en cuando y se levantaban en bandadas que promovían un ruido desagradable, agrio, que turbaba el silencio y la luz apagada del bulevard". En la Ópera, una variante: "¿Cómo escucha el pueblo!" La música le proporciona "la emoción libertadora de la vida cotidiana". En el mitin, se escucha al orador sin impaciencia y sin entusiasmo. Extraña capacidad para el silencio. Cuando el público se pone de pie para rendir homenaje a los sacrificados en la lucha: "no recordamos un silencio igual". En la sesión polémica del club literario—única polémica consentida—, una voz exigente ha afirmado con timbre tolstoiano: "Ha comenzado una nueva vida: debe comenzar un nuevo hombre". ¿De eso se trata? ¿Vida nueva? ¿Hombre nuevo? En una casa de madera de una aldea muerta, vive Kropotkin: "De sus palabras extraíase lo que es difícil lograr en estos instantes: una perspectiva histórica de la Revolución Rusa". El alma eslava la encuentra en Bujarin. Sin lógica—su única lógica es insertar la tesis económica en la mecánica de la vida: plan bolchevique—, saltando por sobre la realidad y por sobre la Historia, el joven líder, prisionero de su tesis, se ilumina en nombre de ella e invocando la ciudad futura propone la absoluta impiedad presente, como si la ciudad futura pudiera surgir desde un cuartel sangriento. La tesis está determinada, siempre, a vencer y en la batalla no hay rigor ni arma que se nieguen a servirle de aliados. La tesis, organizando la realidad. La realidad, subor-

dinada siempre a la tesis. La exposición de la tesis dominante tiene en Bujarin energía de mandamiento implacable. Él es "el más mesiánico", "apresado por el iluminismo ambiente y respondiendo a un rasgo profundo del alma eslava". Mientras evoca la lucha de las tropas rojas y el alzamiento universal del proletariado y el fin del capitalismo, le suscita a De los Ríos esta deducción: "La grandeza de la evocación remueve lo más profundo y grande del alma de este hombre y en parte la de este país es la visión irresistible de que el pueblo ruso tiene una misión histórica que realizar..." El mesianismo no pone dudas sobre su misión: "y a los ojos claros de Bujarin se asomaba la ardiente y mística realidad rusa, batiéndose siempre por asir sus ensueños y disipándose cuando llega a lo concreto". El sueño se desvanecía en la dictadura. En la zona concreta se replantea el drama de la libertad. "Nosotros —le oye De los Ríos decir a Lenin— nunca hemos hablado de la libertad". Para Lenin, la libertad es un absoluto sólo realizable cuando la futura sociedad comunista haya inaugurado su completa arquitectura. Hasta entonces, desconocimiento, postergación y desdén. "Sí, sí —le responde Lenin—, el problema para nosotros no es de libertad, pues respecto a ésta siempre nos preguntamos: ¿libertad para qué?". Y para fundar ese desdén, le ha recordado Lenin las insuficiencias de Rusia, desprendiéndose de su propio razonamiento que cuanto mayor es el déficit de civilización —de vida económica y cultural, de democracia, de industria— menor será la cuota de libertad. A todo lo cual, De los Ríos opone la consideración de la libertad no como un absoluto lejano, sino como un constante problema de conciencia, como un problema del hombre en el curso del desarrollo de su civilización, como "un juicio al que en cada momento se le va añadiendo un predicado", es decir, como un combate diario en los procesos de la civilización, a la que el hombre le impone el respeto hacia su conciencia y no como la prometida resultante de un futuro tipo de sociedad, cuyo enunciado comienza negándola. En Rusia bolchevique se replantea, por lo tanto, el drama de la libertad, pero en circunstancias nuevas, insospechadas: bajo la invocación de la libertad lejana, el hombre se encuentra oprimido: "una vez más, el eterno dualismo político de la Historia, libertad o tiranía, aun en circunstancias de la Revolución Social". La dictadura se ejerce a nombre de una clase; mas, aparece como responsable de ella la parte más activa de esa clase, para ser, finalmente, ejercida

por un partido, un partido único sin disidencia posible en su seno; pero, el mismo partido va perdiendo el poder que se toma el organismo policial creado para custodiarlo. Ese organismo policial asume la dictadura. La idea de la Revolución reducida a una operación de policía, o, lo que es lo mismo, la perspectiva histórica de la Revolución se empequeñece tras tesis y método que no nos aseguran, precisamente, de que una nueva vida haya comenzado ni de que un nuevo hombre haya surgido de ella. Consecuencia: "Nosotros juzgamos pletórico de dimensiones ideales el acto histórico ruso, pero también creemos que el vibrante son del alma rusa ha cesado—queremos creer que temporariamente— por obra y gracia de una conducta del poder que, aun cuando alguien lograra justificarla alegando razones peculiares a Rusia, sería monstruoso para la conciencia socialista tomarla como norma de su actividad futura". En esa realidad prisionera queda inmovilizado el hombre. Basta esta frase del cronista para definir su esclavización: "ninguno puede escuchar la voz del deseo". Kropotkin no podrá editar sus obras. La libertad de trabajo es un prejuicio burgués, ha sostenido Trotski, y para destruir totalmente esa libertad y el menor rastro que de ella pudiera existir recomendó, en su informe al congreso comunista de abril del 20, el empleo de la fuerza armada. "Los obreros—dijo—deberán ser incorporados a las empresas, y se introducirá un régimen severo, con aplicación de castigos corporales". ¿Cuánto durará la dictadura? "Lo que tarde en conseguirse la socialización total", le ha dicho Lenin. Pero, Lenin—De los Ríos lo recuerda—había escrito en *El Estado y la Revolución* que "ningún socialista se ha atrevido a prometer que se llegará a la fase superior del comunismo..." Por lo tanto, la dictadura es, entonces, la única promesa. Y la dictadura hace al hombre insolidario: no hay común divisor humano; no hay razón ética; no hay comprensión estética; la emoción no es motor de conducta; no hay un sentimiento de fondo universal en la vida de los hombres. La vida se paraliza en sus fuentes íntimas. Lo íntimo, para el leninismo, es cosa débil y molesta. El hombre es un mecanismo polarizado por lo económico; el pueblo, comparsa muda. La dictadura ha sido justificada en nombre de los planes apresurados de un sector activo de una clase y termina como resorte de un partido que pugna por sobrevivir a través del ejercicio policial del poder. Eso significa la derrota de la revolución socialista en Rusia y el triunfo, en cambio, de una Rusia

bizantina que funda partido y Estado como el imperio oriental fundó Estado e Iglesia, y construye sobre la servidumbre popular la unidad opresora que exalta al dogma y sacrifica al cismático. Rusia bolchevique y bizantina está más cerca de Dostoievski que pedía un Estado que adviniera en Iglesia, que de Engels que programaba la aniquilación socialista del Estado.

En la escena rusa, De los Ríos ha encontrado estos factores decisivos: un alma eslava que se define en su disposición por lo absoluto; un genio nacional ruso que concibe la vida como manifestación exterior, no como problema íntimo, como cuestión de voluntad y conducta, no como cuestión de conciencia; y la intuición de una misión rusa en el mundo enunciada por Dostoievski.

En el capítulo de las deducciones, luego de recorrer las circunstancias económicas y culturales y de recorrer los desniveles rusos, De los Ríos desentraña como esencial para Rusia, para su pueblo siervo, para su alma eslava, para su fenómeno principal que es la miseria, el problema de la igualdad, mientras que para el Occidente greco-latino el problema que motoriza los desarrollos de su civilización es, a las claras, el problema de la libertad (no olvida el enjuiciador que en el Occidente del legado clásico, el interés capitalista ha hecho lo suyo para anularle fuerzas a ese programa de la libertad, advirtiéndonos que el socialismo constituye una reacción de la civilización en el sentido de anular, a su vez, a aquel interés parcial y desarrollar plenamente los términos del problema. Para caracterizar las relaciones del capitalismo por una parte y del socialismo por la otra con respecto a la libertad escribe que "así como el capitalismo ha significado la exaltación de la idea de la libertad aplicada a los objetivos económicos, con el fin de hacer más fácil la servidumbre de los hombres, el socialismo, en cambio, representa el sometimiento gradual de la economía a un régimen disciplinario para hacer posible un mayor enriquecimiento de la libertad de las personas"). Frente al problema de la libertad, resulta parcial el problema de la igualdad que no se relacione, directamente, con aquél: "...pero, una igualdad que no sea hija de la voluntad libre, ¿qué raíces tiene?" No es el camino del socialismo. La igualdad deberá ser hallada a través de la libertad. Mas, la revolución que no le ha acercado al pueblo ruso el problema de la libertad, fracasa en el planteo del problema de la igualdad en razón de que si es posible decretar la socialización de la propiedad será en vano decretar la socia-

lización de la producción cuando ésta no existe desarrollada. Ésa es la clave fundamental del drama ruso. No era Rusia escena propicia para el acto de la revolución ni es ruta socialista la emprendida en ella. "¡Levantar del suelo una economía sin contar con el hombre!", exclama De los Ríos. "¡Crear posible socializar la producción sin tener la adhesión de quienes habían de producir!, ¡sin contar con su vocación para esta obra! ¡Pensar en la eficacia de la coacción y del régimen militar, que es el símbolo de la irrespetuosidad al hombre, por lo mismo que es el mandato exterior indiscutible! He ahí las viejas normas del regalismo administrativo. ¿Y podían ser éstas las adecuadas para traducir en realidad al socialismo, que es la idea de superación de lo actual, heredero de las esencias más nobles del humanismo y de las cuales aspira a hacer partícipe a todos los hombres?" La redención no es un acto, sino una dirección vital en el seno de la Historia. ¿Cabe esperar? Cuando la acción tome ese partido será posible confiar en tiempos venideros; y recordando a Kant: *el hombre es como un fin en sí*, se orienta hacia la finalidad interna del socialismo enunciada así: "la comunidad de hombres libres en una sociedad económicamente disciplinada".

Todos los caminos conducen hacia el socialismo humanista.

V

El socialismo humanista. En 1926, aparece *El sentido humanista del socialismo*. Tomemos el libro en nuestras manos; pasemos revista a los materiales que lo elaboran; sigamos las corrientes de modernidad que lo alimentan.

El Renacimiento descubre la grandeza del hombre pleno; su misión no queda, por lo tanto, reducida la resurrección de las formas del mundo clásico; se manifiesta en el anuncio de que el hombre habilitará, en el ejercicio de la acción, todas sus posibilidades. El Renacimiento constituye, así, el más rotundo enunciado de las posibilidades del hombre. Soñando la Edad de Oro, la radica en zona del porvenir en lugar de saberla muerta en el pasado. Sus voces se erigen con la energía de la promesa, pero es para hablar el lenguaje de la acción ambiciosa que no se enredará en antiguas categorías y valoraciones. Dante anuncia que es su propio valimento, del que no participan razones de

nobleza de sangre ni de riquezas viles, quien hace verdaderamente noble al hombre, en coincidencia con la audacia afirmativa de Petrarca que sentencia: "El verdadero noble no nace, sino se hace". El Renacimiento llama en el hombre a todos los hombres. Y el hombre enriquece su vida, porque a través de la acción que lo conduce y lo expresa se hace caminos, y haciéndose caminos se gana su libertad. La acción puede imponer una dinámica amorale, bajo el riguroso impulso que la mueve. Es el caso de Maquiavelo. Pero, si la acción no es solamente el reflejo impetuoso de un desolado querer, y si está, en cambio, fortificada y orientada por el espíritu, entonces, es una fuerza de liberación, se crea a sí misma, ensancha su vida. A su actividad creadora y expansiva corresponde reconocerla por el nombre de progreso. Es el caso de Giordano Bruno. La acción conducida por el espíritu fundamenta la visión progresista, que diferirá de la visión —ya hecha dogma— del racionalismo del siglo XVIII. Para este siglo, el progreso constituirá una meta; para el Renacimiento, el progreso es un término en la marcha. Rescatando al hombre de la mecánica de la naturaleza, dotándolo de acción, el Renacimiento hace de la libertad su idea clave y su norma. El hombre libre es el creador de su propio destino, de su obra, de su ciudad, de su patria. El querer tiene poder suficiente para modelar. Toda esa época es un canto a la potencia creadora del espíritu: "mas donde el Renacimiento escribe espíritu hay que sobreentender libertad". Pero, ese espíritu es, en especial modo, el espíritu individual, de donde quedan enlazados los términos: libertad individual. Para tal edad libertadora también es la naturaleza objeto de exaltación, liberándose del plano subalterno que le había impuesto la filosofía medieval. Con el hombre se espiritualiza también la naturaleza. El hombre exaltado y liberado no el hombre tal como lo conociera la antigüedad clásica; no en vano las civilizaciones han abonado la tierra; ese hombre se ha vuelto hacia sí, hacia su interior, cuyo motor es el espíritu; es hombre nuevo y no nos hablará como hombre individuo, sino, con más enérgico acento, como hombre universal: "escarbando en lo humano individual habíase llegado a lo humano individual". El concepto renacentista de la naturaleza humana desarrolla, inmediatamente, la concepción de humanidad. El Renacimiento, grávido de fermentos humanistas, desborda a las claras, el perfil individual. La medida individual no le es suficiente. Avanzando hacia Kant será posible encontrar signos explicadores.

Un alto en Kant. Kant anuncia la imposibilidad de una época sin la consideración del hombre y de la humanidad como fin en sí, nunca como medio. Kant interna al hombre en sí mismo y desde su interior lo refleja, sin borrar su figura, reteniéndola, sobre el espejo de la humanidad. Kant concierta humanidad e individuo. Pero, eso no es suficiente. Kant era, acaso, más un hombre de la Reforma que del Renacimiento. Su mundo fue el del pensamiento y no el de la experiencia. A la consideración kantiana que comprende aquellos términos esenciales, pero en forma ideal, será necesario alojarla en escena sensible e histórica, es decir, humanizarla. El humanismo aporta proposiciones completas. El humanismo, su sentido íntimo, se define como "el ansia por realizar tanto lo universal humano como lo humano peculiar en cada individuo y comunidad". Y ésa es la finalidad que lleva consigo el Renacimiento. En el humanismo se integran el individuo y el universo. Los sabe en alianza, procurando acometer el destino —el genio— de cada uno de ellos. No hay parcialidades excluyentes, ni formulaciones exclusivas. Mal corresponde suponer al humanismo racionalista, desentendiéndolo rigurosamente de elementos irracionales y románticos, ni incurrir en la dirección opuesta a la de la suposición. Hay en él, simultáneamente, elementos racionales e irracionales. El humanismo es síntesis armoniosa. Por eso, es fuente normativa de conducta y de vida cultural.

De esa dirección humanista que conduce al Renacimiento, surge el sentido moderno de la libertad. Colaboran en este despertar los platónicos florentinos, justificando la coexistencia de confesiones religiosas y el derecho de la conciencia a asistirse de ellas; cuando la Reforma deviene de cisma en dogma, trabajan en aquel despertar moderno de la libertad los Campanella, los Moro, los Locke, los Montaigne. A medida que la iglesia católica se desprende del Evangelio (la responsabilidad principal de ello, sugiere De los Ríos, corresponde a la Compañía de Jesús), el humanismo madura las comunidades protestantes y aflora en los documentos de Virginia (1776) y de Francia (1789). El hombre —individuo jurídico— plantea una exigencia interna para la vida de su espíritu y otra externa para la acción civil, y es conjugando ambas como aquél se habilita para el cumplimiento de su fin. Ese sentido de la libertad, pleno de religiosidad, imbuido de *gracia carismática*, es inglés, viaja a América del Norte, se extiende por la Europa abonada por la Reforma y el Renacimiento. La iglesia católica aban-

dona —operación inversa— su condición de *ecclesia*, de asamblea, para asumir las formas de una monarquía oriental; no se representará por sus asambleas de fieles, sino por la autoridad absoluta del Papado. La iglesia católica se cierra al liberalismo, mientras, en el período comprendido entre los siglos XVI y XVIII, el humanismo jurídico procura limitar el poder para consagrar, resguardándolos, los derechos inmanentes del individuo. El individuo en el Derecho no podía ser un ajeno a la idea de humanidad ni a la idea del bien. La libertad conoce un deber: es la felicidad humana. La tesis del siglo XVIII, en la que maduran para el Derecho y la política las proposiciones filosóficas de la Reforma y del Renacimiento, advertirá que tanto el hombre como la humanidad constituyen órganos sagrados para la cultura y el espíritu, y que, por lo tanto, necesitan estar investidos de derechos tan sagrados como los fines que aquéllos se proponen cumplir. El derecho de propiedad individual aparece como un medio para realizar esos fines, y es evidente su enlace con el trabajo. La propiedad no como privilegio, sino como posibilidad que no ha de ser negada a nadie. El trabajo fundará la propiedad y al mismo tiempo —región de Locke— el respeto a ese derecho fundará la existencia de la sociedad civil. Pero, el derecho de la propiedad individual, emanado del trabajo, en ninguna forma como confirmación de usurpación, se justificará en la medida del buen empleo que de él se haga. Lo económico, aparece para los expositores del pensamiento de esa época, vinculado constantemente a una filosofía moral. La doctrina de la riqueza y de la propiedad de Hume, de Adam Smith, de Jefferson, no es estrictamente individualista. El mismo sentido recorre el pensamiento de la Revolución en Francia. Era la consecuencia de la savia humanista. El humanismo entiende la propiedad incluso como un deber, no como un derecho despojado de fuerza moral. Las formulaciones expuestas en aquel período confían en la "armonía natural" de la vida humana; desarrollan una visión social; invisten al legista de poderes para que, en nombre de esa visión, ordene la sociedad civil. Y es posible afirmar, frente a aquella visión, que el humanismo político —que no consiste en el individualismo del siglo XIX— no opone los términos de individuo y Estado, porque suya es la concepción de lo humano y de la humanidad como una unidad. El antagonismo entre individuo y Estado es falso, y sólo es posible cuando se ha olvidado de considerar como unidad el enlace entre lo humano y la huma-

nidad. El individualismo que se comporta de esta última manera en la interpretación de esa edad no ha ahondado en el análisis de la misma, pues en ese caso hubiera encontrado que en los textos jurídicos producidos por ella no se invoca al individuo como último fin, sino que se concibe la relación del individuo con el bien común. Cuando la Revolución Francesa, al sancionar la extinción de la propiedad feudal y expropiar a la iglesia, apela a las formas de la propiedad individual, lo hace conducida por su admiración supra-individual, por inspiración social y humana. La Revolución Francesa, además, no es solamente el Código de Napoleón. Es, también —antítesis de la tesis napoleónica— Babeuf. Tanto Napoleón como Babeuf están comprendidos en la *Declaración de Derechos*.

Esa formulación humanista entraría, inmediatamente en conflicto. Paralelamente a ella se ha venido desarrollando el capitalismo. No habrá momento ya que no sirva de escena al conflicto. Humanismo y capitalismo son los términos del pleito moderno. El capitalismo descontará lo humano; cuando no lo descuenta, lo hostiliza. De su éxito ha sido, evidentemente, responsable el Renacimiento. El capitalismo traslada al mundo de los negocios esa capacidad de acción ambiciosa que el Renacimiento ha exaltado en el hombre y aplica los instrumentos de ciencia y técnica que ha creado. El capitalismo no ha nacido con el maquinismo; es anterior. La explotación italiana del Cercano Oriente, el descubrimiento de América y la inversión de las rentas acumuladas por la burguesía territorial radicada en las ciudades como capital de empresas comerciales e industriales, eran las condiciones de su surgimiento. De esa manera, la técnica de producción capitalista se anticipaba al capitalismo moderno máquino-facturero, revelándose que éste no es el creador de aquella, sino su derivado. Las existentes formas de capitalismo desarrollarán la difusión del maquinismo. En Inglaterra es la transformación de la técnica agrícola, el cultivo extensivo, el acrecentamiento de la propiedad y del beneficio, y la expropiación de los aldeanos creando en las ciudades un mercado de mano de obra servil para la manufactura. Y el capitalismo moderno aparece como demorado frente a esas condiciones existentes que lo auspiciaban. El siglo XVIII utiliza esas condiciones y otras nuevas que impulsan decisivamente el capitalismo industrial en Inglaterra, Holanda y Francia, hacia el este y el sur de Europa, hacia América del Norte, pero deteniéndose en España. Donde había entrado el Renaciemien-

to, no entra el capitalismo. España queda al margen del proceso a pesar de haber estado económicamente preparada para participar en él. El proceso capitalista se funda en el aprovechamiento de suficientes elementos extraídos del Renacimiento. Pero, cuando el capitalismo toma a su cargo la fe en la razón —fe renacentista— lo hace sacrificando el resto de la vida espiritual del hombre. El capitalismo es parcializador. Así ocurrirá que a mediados del siglo XVIII aparezca por un lado el frenesí sentimental del romanticismo y por el otro el culto dogmático de la razón. El proceso capitalista es conducido racionalmente por el anhelo de lucro. Ya no interesa la conducta, ni la moral en sí, ni la vida interior; éxito y riqueza son las nuevas estrellas. Benjamín Franklin escribe en las *Advertencias a un joven comerciante* el texto de esos afanes. Todo queda supeditado al logro de ellos. El humanismo ha reclamado la liberación del esclavo en nombre de razones morales. El capitalismo, prescindiendo totalmente de estas razones, reclama aquella liberación en el entendimiento de que la esclavitud era un método anti-económico: ante la nueva exigencia de hacerse de trabajo asalariado, liberta al esclavo: "se les libertaba, pues, como hombres, para poderlos comprar más barato como trabajadores". El derecho de propiedad queda transformado en el centro de la sociedad capitalista. A él se supeditan todos los otros derechos. Las cosas tendrán valor que las personas no tienen. La renta es el instrumento de la voluntad de riqueza del propietario. La sociedad capitalista separa jurídicamente el poder político del poder económico; dentro de este último separa a los productores con respecto a la propiedad de los medios de producción. La propiedad es un privilegio pasivo. Si la renta, el provecho y el interés no son exclusivos del capitalismo moderno, éste los desarrolla extraordinariamente a medida que ahonda el antagonismo entre propietarios y productores. La ley sirve al propietario; un contrato de trabajo es un contrato de explotación; la invocación capitalista a la libertad es una burla a ella; el capitalismo es violencia; la empresa es la nueva Bastilla. El capitalismo domina al individuo, a la comunidad, al orden internacional. El derecho no es para el propietario una obligación. El Estado es la expresión de ese derecho sin obligaciones para el propietario. Se produce la deshumanización y des cristianización del derecho. "La monstruosidad del régimen capitalista moderno consiste en haber roto el vínculo de connubio que unía a esa pareja, derecho y obligación, y

haber dejado vacía de contenido moral a la justicia positiva". Se produce la crisis del sentimiento religioso de la vida y se multiplican los dogmas por parte de la iglesia. Es la muerte del cristianismo como motor de una ética para la vida social; ha comenzado a morir desde el momento en que se acepta el contrato de préstamo con interés. El Evangelio era una ley de conducta; pero cuando la obligación pasa a ser dogma y se quiebra la tradición moral de los reformadores del mundo clásico con la que estaba enlazado el cristianismo inicial, desaparece de aquélla —es la exigencia del dogma y de sus principios de mera razón— toda preocupación acerca de la conducta. Desde entonces, la iglesia procurará la defensa del dogma y se desentenderá de dictar, para la ordenación de la vida, las lecciones del Evangelio. Para cumplir esa defensa, la iglesia necesita autoridad y ejerce coacción. La religiosidad es cancelada en la vida moderna para desventura de la civilización occidental. Y el capitalismo no encuentra ya en la religión obstáculo alguno para su afán de riqueza. Derecho sin emoción religiosa es derecho deshumanizado y éste permite la ilimitada coacción económica del empresario. Los términos humanitarismo y libertad comienzan a separarse en el siglo XIX al revelarse que la libertad ejercitada por el propietario de las cosas es factor de esclavización de las personas. La moderna filosofía política no puede coincidir con el interés privado; ella es desautorizada por éste. El interés privado se desempeña en lo que Ferdinand Lasalle denominó la *coyuntura* mercantil y en la especulación; la consecuencia de todo ello es la miseria y la inseguridad para los desposeídos, para los productores. La libertad económica no coincide con la necesidad social; ella confunde como mercancía tanto al productor como a su producto; ella hace de la tierra una mercancía; ella determina el divorcio entre derecho y servicio. El progreso científico queda comprometido bajo su dependencia, determinando el esfuerzo de la ciencia bajo la dirección capitalista —Taylor es el ejemplo— la total deshumanización del trabajo; es decir, el capitalismo impide que la ciencia tome el partido del bienestar social. Los Estados capitalistas se inspiran en el egoísmo y en las ansias del empresario individual, resultando proteccionistas en lo interior y expansionistas y guerreros en lo exterior, equivale a decir, monopolio e imperialismo, lo que conduce al sojuzgamiento económico, financiero, político y militar de los estados coloniales y a la

guerra entre las naciones. El capitalismo no es lucha, sino guerra.

Frente a la escisión capitalista entre derecho y servicio —el derecho lo goza quien no está obligado a prestar servicio—, entre derecho y obligación —es dueño del primero quien no se compromete a la segunda—, el socialismo aparece para ambicionar la reintegración del derecho a su total valor humano; es decir, se propone humanizar el derecho y para ello lo liberará de las instituciones capitalistas. Habiéndose el socialismo desempeñado a través de dos rutas: el análisis de los procesos económicos y la valoración desde el punto de vista humano de las instituciones jurídicas, De los Ríos se decide por recorrer esta última porque siendo la primera incompleta por meramente descriptiva, la segunda tiene en cuenta la voluntad civil y la idea de la finalidad humana. En los tiempos modernos, con la fuerza con que otras edades han exaltado, en formas diferentes, el mito de la Edad de Oro, la idea de la redención conmueve la conciencia política. Es la *lucha final* que se invoca en *La Internacional*. Si a fines del siglo XVIII hace su aparición la clase media, madura para su misión, sintiéndose como predestinada para conquistar el reino de la felicidad de los hombres, en el curso del siglo XIX, cuando esa clase agota su fe, surge una clase nueva para hacerse cargo de la misión redentora. El *Manifiesto* de Marx y de Engels recuerda al programa del Tercer Estado, de Sieyès. Interpretado a través de una u otra de sus rutas, el socialismo prevalece como redencionismo. A ello ha contribuido la voz profética —hebrea— de Marx y la impronta del romanticismo. Muerta la fe en la Revolución Francesa, es Saint-Simon quien inaugura la nueva creencia. El problema del Estado planteado por los dos pensadores más representativos del siglo XVIII, Rousseau y Kant, ya es insuficiente. Saint-Simon formula a la Revolución Francesa la crítica de que ella carece de sentido social. Los *Derechos del Hombre* son un enunciado; mas, no resuelven el problema de la libertad. Saint-Simon distingue en la Constitución la forma y el fondo, lo político y lo social; se encarga de hacer presentación de un nuevo personaje: la sociedad; habla del hombre como productor; advierte que la finalidad profunda de la política es enfrentar aquello que se refiere a la propiedad y a las formas de regularla en vista a la felicidad de la nación; y funda el constitucionalismo social. Saint-Simon es el símbolo de una época; su influencia hará largo camino; su constitucionalismo quiere hacer

posible la realización de los fines humanos, y, tras de proclamar, en tiempo de su fundador, la libertad civil, reclamará, luego, la libertad política y como instrumento de ella a la democracia, para exigir, en nuestros días, el sometimiento de las cosas al hombre; es decir, que la libertad sea un bien de éste y no de aquéllas. Concebido el socialismo en función a la vida civil en la unidad de sus fines, resulta parcial el socialismo económico de Marx. Enorme fue el aporte de Marx; genial su crítica al capitalismo y su capacidad profética; pero, su parcialidad materialista constituye una dificultad para el movimiento. El marxismo es un producto del auge de la filosofía materialista; de cuando creíase explicar tanto al Universo como al hombre y a la Historia a través de los procesos materiales mecánicamente expuestos; de la convicción, entonces dominante, de que las únicas ciencias eran las naturales y exactas, como si la historia de la cultura pudiera ser entendida como un proceso biológico o físico. Una concepción mecánica de la vida no deviene en doctrina política; de esa concepción no surge una norma ética para la conducta; desconociendo la voluntad individual en vano se esperará una voluntad colectiva. La concepción mecánica no puede crear una política; pero, sin embargo, el marxismo la ha creado y es la primera política universal que no surge de una doctrina religiosa, aun cuando contenga elementos propios de una religión. Y es que en el marxismo, en Marx, existe un desacuerdo que se revela en las *Notas a Feuerbach*, donde a continuación de afirmar que las ideologías son productos de las contradicciones inmanentes en la realidad, se incita no a interpretar el mundo, sino a cambiarlo, oponiendo a la concepción mecánica una concepción voluntarista. Kautsky, el discípulo ortodoxo, descarta a esta última porque una voluntad libre podría dar a la evolución económica una dirección distinta que no condujera hacia el socialismo. . . Para él, el socialismo no era la obra del hombre, sino la consecuencia de un proceso naturalista, un fruto predestinado. Por eso, Bernstein tiene razón cuando califica: se trata de un calvinismo sin Dios. Aquello era evidentemente reflejo de un movimiento científicamente superado, pues no se volverá a admitir que la ética y la política queden prisioneras de las ciencias naturales. Sin desconocer la importancia de lo económico —después de Marx sería imposible hacerlo—, no será posible suponer al hombre un observador pasivo, siendo, precisamente, el choque de los intereses materiales y el ideal de justicia, tragedia cultural crea-

dora del espíritu socialista, el que fuerza a creer en el hombre y en las posibilidades de su acción. En cuanto el marxismo se mueve solamente por la conciencia de clase económica hacia el único objetivo de un régimen económico de prevista estructura, queda al margen del socialismo humanista. Pero, Marx incurre en juicios de valoración moral; es decir, va más allá del método naturalista cuando haciendo análisis del sistema capitalista señala lo que no *debe* sobrevivir, con lo que ofrece un juicio moral. ¿Cómo insistir en que el antagonismo social se funda en intereses de clases y no en fines humanos? La lucha de clases como único medio de lucha significa una reducción dogmática de los medios de lucha. Por otra parte, la lucha de clases no expresa sino uno de los dos momentos dialécticos de la Historia, momento esencial, pero parcial. De ella no surge una política social ni un derecho social. La vida de la cultura necesita, imperiosamente, de otros términos para integrarse. El socialismo no podrá, tampoco, reducirse a ser sostenido únicamente por el proletariado. Se justificaba así cuando se deducía del análisis de Marx que los procesos económicos tendían a una rigurosa proletarización, pero esa deducción ha sido desmentida y los matices sociales son cada vez más numerosos. Se puede ser socialista, por lo tanto, independientemente de la clase, grupo o profesión, por la afirmación de un ideal humano que subordina medios a fines. Lo económico es, para el socialismo, un medio cuya dominación es fundamental para la realización de sus fines, es decir: la dilatación espiritual de la vida humana. Si el capitalismo se definió exaltando la libertad de los objetos económicos para hacer siervos a los hombres, el socialismo aspira a someter la economía para hacer posible en los hombres la libertad. Ese reclamo humanista del socialismo ha contado con significativos expositores. Uno de ellos, el francés Vidal (1846) dice: "En nombre, pues, de la libertad invocamos la organización". La lista es numerosa. No es el menos significativo el nombre de Ferdinand Lasalle, debido a su concepción jurídica del socialismo. No es menos significativo el aporte del renacimiento kantiano. Cohen anuncia: "la idea de la preeminencia del fin de la humanidad nos lleva a la de socialismo, en la que cada hombre es definido como fin último, como el fin en sí mismo". Con el renacimiento kantiano queda enlazado el socialismo reformista. Y prosigue el socialismo recibiendo—para integrarse— el aporte del pen-

samiento eticista, de "maestros como Giner, en España, según el cual, derecho y obligación forman una unidad vital".

Así se ha arquitecturado el ideal humanista del socialismo, cuya operación consiste en hacer posible a todo hombre, grupo o sociedad, "la plenitud espiritual de que sea capaz en cada sazón". El problema primero es el de la vocación personal, como problema subjetivo y como problema objetivo. El hombre que realiza su vocación da de sí lo mejor a la sociedad. El cumplimiento de la vocación es de necesidad íntima y es de interés social. A posibilitar ese cumplimiento conducirá la dirección socialista del mundo económico, rescatando la productividad de su sometimiento a la renta, entendiendo la capitalización como operación de acrecentamiento de bienes sociales a cargo de los órganos vitales de la producción y de los servicios especiales, es decir, creando, a través del régimen jurídico del constitucionalismo social, la democracia social. Cuando los materiales de la vocación estén al alcance de los hombres, convocará a éstos la responsabilidad social de la conducta, y en acuerdo a ella se formarán nuevas jerarquías y valores. La aristarquía en el orden socialista se levantará —y se renovará constantemente— en función a los servicios prestados. De esa manera, será posible "por vez primera en la Historia, obtener de entre todos, la selección de los mejores".

Los caminos que a ello conducen alejarán, siempre, de toda dogmática económica para asimilar a las fuerzas sociales en constante actuación y renuevo. El ideal socialista será norma directiva, no paradigma eterno. Su punto de partida será la vida interior: la vida interior en el hombre y la vida interior en la sociedad: "obra de adhesión, no de imposición"; su concepción se hace posible en la unidad armoniosa de estas cuatro autonomías: la de la conciencia, la de la individualidad plena, la del organismo profesional, la de la sociedad. ¿No ha de llevarse este plan coordinador al orden internacional? Hay premura en hacerlo. La Primera Gran Guerra acaba de mostrar la interdependencia de las naciones y revisando conceptos y mapas, ellas se han de saber inducidas, para evitar nuevas catástrofes, a "trabajar internacionalmente en una vía socialista" por un régimen de cooperación organizada. De que así se haga, depende que la civilización rejuvenezca la visión de la vida y redoble sus esfuerzos creadores: "vemos en el socialismo la posibilidad de vigorizar con la savia de nuestros ideales el árido solar de la Historia en que vivimos".

La ruta de las realizaciones ha de trazarse en forma que no desmienta, en momento alguno, los significados del ideal. Una de las estaciones principales será la socialización de la enseñanza en relación directa con el desarrollo de las vocaciones y la humanización de las profesiones. La política social protectora hará lo suyo aun cuando no sea política socialista, sino un supuesto; ella conjugará con la política social emancipadora que no quiere como aquélla modificar solamente las circunstancias inmediatas del asalariado, porque siendo política peculiar del socialismo aspira a transformar la esencia misma del régimen. ¿Cuál es el método de esta transformación? "No hay un modo exclusivo de salir de esta situación histórica, sino muchos". "De igual modo que la naturaleza crea incesantemente nuevas formas respondiendo a sus internas necesidades, así la vida social subviene o puede subvenir a las suyas en cada apremio, como mejor convenga a los intereses la hora". He ahí una posibilidad: la democracia industrial. He ahí una experiencia reciente: la *guilda* de inspiración inglesa y ensayos austriacos. De lo que se tratará, siempre, es de que los caminos no desmientan los significados del ideal.

De lo que se tratará, siempre, es de no concebir al socialismo como un acto, sí como un método a desarrollar; no como reclamo de una sola clase, sí como exigencia humana ante la subversión capitalista. De lo que se tratará es de humanizar la economía para dar vida segura al espíritu; de rescatar del mercado la degradada dignidad del hombre, para remozar los sentidos de la vida, para rehacer la religiosidad del vivir. Por eso y para eso es apto el socialismo.

VI

El duelo y la esperanza: "Voluntad contra destino". El socialismo en nombre del hombre. ¿Será posible? No erraron Marx y Engels al deducir que el desarrollo capitalista habilita la posibilidad del socialismo. En 1933, en las conmemoraciones del cincuentenario de la muerte de Marx, en acto organizado por las Juventudes Socialistas Madrileñas, De los Ríos habla sobre *Socialismo y poder*: analiza los caracteres del Estado moderno y diferencia cuatro etapas, hasta aquí, de su transformación. La cuarta etapa —la del drama del poder político— es la de los

años en que éste aparece sojuzgado por el poder financiero. Es, dice, "lucha silenciosa que produce hondos desgarramientos en el orden social". Esa lucha silenciosa es mensajera de posibilidades de recreación socialista. Es, reconoce, "pugna de economía y política entre la que nace el socialismo". "El socialismo aspira, para Marx y Engels, a la eliminación del poder político, transformándolo en poder económico-administrativo". Sí, el socialismo será posible. Lo será —he aquí la constante reincidencia de De los Ríos— por los caminos de la libertad. La eliminación de la libertad científica y crítica, ¿puede hacer socialismo?, pregunta a los jóvenes socialistas de Madrid, y contesta. "Lo característico del ideal socialista es: frente a una posición capitalista de intereses particulares y frente a la posición exclusivamente sindical, el interés genérico, el interés general al que debe supeditarse todo interés de tipo concreto y particularista. Es decir, un interés tan poderoso que pueda supeditar a todo interés particular. Si en las conciencias no predomina este interés general, no puede llegarse al ideal del socialismo". Camino hacia el socialismo es su República Española de las misiones pedagógicas, de la estética como método que conduce a la ética. República de labores recreadoras. República de tolerancia. Cuando en la constituyente apoya el proyecto de Constitución, que a su juicio es un instrumento de transición, advierte —y lo hace en nombre de su Partido Socialista— que el destino español ha estado, hasta entonces, expresado entre los "dos extremos del drama jurídico y político de la conciencia española: *Poder y Libertad*". Y propone superar esta antítesis desgarradora: Esto es lo que resulta indispensable, imperioso". Quiere una constitución que separe esa antítesis, precisamente, en momentos en que surge la idea del *Estado-poder*. El plan consiste en unir *poder* con *libertad*: "*economía libre* quiere decir *hombre esclavo* y, en cambio, una economía sojuzgada y sometida es lo único que hace posible una verdadera posición de libertad para el hombre". Y en ese discurso define el método de las labores socialistas: "Nosotros pertenecemos —se le escucha decir— a las fuerzas históricas que no aspiran a vencer sino en tanto y en cuanto convezan". En el debate sobre el problema religioso, hablando en su nombre, no en el del Partido de su militancia, reclama del Estado tolerancia para las confesiones y a la iglesia le reclama respeto hacia el Estado. "El Estado —dice— solicita del hombre acciones, acciones con que ir tejiendo la conducta de la comunidad;

pero el Estado no puede solicitar del hombre ni emociones, ni sentimientos, ni creencias, y es, sin embargo, en el reino de la emoción, del sentimiento y de la creencia donde vive la fe y la confesión. Por eso, ante el dintel de la fe, de la creencia, de la emoción, del sentimiento, el Estado no es que pueda, es que debe mantenerse alejado y neutral; es decir, el Estado tiene que ser aconfesional". Ése es el deber del Estado. Este otro es el deber de la iglesia: "Yo deseo el fortalecimiento espiritual de una fuerza como la que representa la iglesia: a mí no me asusta, ni mucho menos, el desarrollo de lo que llamaban los románticos 'la iglesia invisible', es decir, aquella que está formada por la comunidad de las almas, de los fieles; a mí lo que me asusta es el desarrollo teratológico de la iglesia visible y externa, cuyos órganos están trabados con el Estado, y que, a causa de esa trabazón, utiliza el poder político que el Estado le da y la confluencia de sus órganos con los del Estado para flagelar la conciencia de los disidentes". A ese debate del problema religioso en la Constituyente quiso aportar "el sereno dolor que representa en España haber vivido siempre dentro del grupo minoritario que ha sufrido en la carne de su espíritu la persecución"; y presentó, con su ruego de tolerancia, las credenciales de su ascendencia espiritual: "Nosotros, los heterodoxos españoles, con el alma lacerada y llena de desgarrones y cicatrices profundas, porque vienen desde las honduras del siglo XVI. . . somos los hijos de los erasmistas, somos los hijos espirituales de aquellos cuya conciencia disidente individual fue estrangulada durante siglos". Y pide a los católicos: "no toquéis tambores de guerra". Y a sus compañeros: "Seamos sentidos, pero no resentidos". Es el camino hacia el socialismo.

Pero, la antigua infamia cela a la esperanza cierta: desata sus furias y la esperanza es vilmente ensangrentada. Don Fernando de los Ríos, delegado de la República en París, hace lo que la hora le indica: procura organizar el tráfico de armas para salvar a la República. Jiménez de Asúa, que comparte esa tarea, recordará: "Fernando de los Ríos tuvo que despojarse de sus guantes grises y con las manos desnudas defendió al pueblo español" (Prólogo a *¿A dónde va el Estado?*) El duelo que los enemigos de la República entablan a la República es plan internacional del *Estado-Poder* contra el nuevo Estado que tiende a unificar *Poder* con *Libertad*. Es, también, la Contrarreforma contra Erasmo. La ortodoxia contra la tolerancia. Es el

duelo antiguo: en los socialistas de hoy se persigue a los erasmistas, a los heterodoxos de ayer, de la misma manera que en los heterodoxos, en los erasmistas de ayer se estaba persiguiendo a los socialistas de hoy. Y es a medida que las propias leyes del desorden capitalista van actuando en forma que hacen necesarias a nuevas estructuras económicas y que las instituciones jurídicas se enriquecen con las consecuencias de la lucha del hombre por la limitación de los poderes tiránicos que le acosan, es decir, a medida que, en nombre de los fines humanos, apresura su curso el laborioso proceso hacia el socialismo, los viejos amos de la infamia, en nombre de sus intereses anti-humanos, redoblan su celo. ¿Es la derrota de la posibilidad de la tolerancia? En el destierro, el tema dolorido, le obsede. En una de sus conferencias —se llamó *La revancha del individuo*—, recordó su conversación con Bujarin en escena rusa. Bujarin quiso justificar la dictadura y su derivado terrorista. "El terror —refirió que le dijo Bujarin— debe ser tan grande y tan extenso en el tiempo cuanto mayor y cuanto más tiempo perdure la oposición". A lo que él preguntó: "¿Qué es la oposición?", obteniendo esta respuesta: "Toda disidencia pública". A lo que él, a su vez, replicó: "Bujarin, ojalá me equivoque, pero lo veo a usted víctima de su propia tesis". En el 37, fue fusilado Bujarin. "¡Que todo el mundo —incita De los Ríos— piense muy seriamente respecto a la enunciación de una tesis ideológica que elimine tolerancia o que aniquile libertad". Constantemente le acompaña la reconstruida imagen heterodoxa de la España del siglo XVII, con su Toledo de la fraternidad del hebreo, del árabe y del romano. Es su sueño de recreación, de integración. Mas, cómo se aleja la esperanza, cómo acosa el duelo. De los Ríos se vuelve a las páginas de su ensayo sobre *Poder, Estado y Sociedad*, el último del libro de edición póstuma, *¿A dónde va el Estado?*, probablemente una de las últimas actas de su meditación. En ellas escribe este desconcierto: "El mundo está adviniendo cada vez más uno; la tierra se encoge; pero no acredita ni lo uno ni lo otro que el poder dominador del hombre se haya acrecentado a punto de hacerlo cada vez más dueño de la situación, sino más y más insignificante en su valor esencial". El progreso técnico prosigue; el progreso humano se estaciona; aquél envuelve a éste; ¿éste reorientará a aquél? Crisis de la ética; crisis de la conciencia prisionera. De los Ríos no apresura en su meditación la respuesta esperanzada. En la última línea de ese último ensayo, radica la duda: se pregunta si la ética

internacional hará posible un derecho que ordene las tendencias de unificación del mundo hacia el *Estado mundial* de que ha hablado Toynbee. "El ánimo vacila —es su respuesta— antes de formular una respuesta". No es poca la derrota para el hombre en estos años; es tanta como para suponer que es el suyo un destino de derrota. ¿Estamos, pues, en zona de desesperanza? No. Seguimos estando en zona de labores, de incitación, de lucha. Ahí están desprotegidos, perseguidos, solitarios, prisioneros, los valores humanos. Están a descampado; mas están en línea de batalla contra la antigua infamia recelosa, contra quienes han desfigurado el curso del progreso técnico convirtiéndolo en tiranía. Cuando las Cortes republicanas en exilio se reúnen en México, en 1945, De los Ríos pronuncia la oración de homenaje a los caídos en la lucha española. Y todo el dolor de tantas muertes fraternales se hace incitación esperanzada. ¿Destino de derrota? "Cumplir nuestra misión —son sus palabras— es enarbolar esta bandera: voluntad contra destino".

Voluntad contra destino: proposición del socialismo humanista en la crisis devastadora de nuestros días.

Voluntad contra destino: esta última estación de Fernando de los Ríos sigue siendo nuestra.

“DIOS HA MUERTO”*

Por *María ZAMBRANO*

NO se libra el hombre de ciertas “cosas” cuando han desaparecido, menos aun cuando es él mismo quien ha logrado hacerlas desaparecer. Podrían dividirse las cosas de la vida en dos categorías: aquellas que desaparecen cuando las negamos y aquellas otras de realidad misteriosa que, aun negadas, dejan intacta nuestra relación con ellas. Así, eso que se oculta en la palabra, casi impronunciable hoy, Dios.

Mas no es exacto el decir que la relación quede intacta con ciertas realidades cuando las negamos; más bien sucede que la relación cambia de signo y se intensifica hasta tal punto que, cuanto más fuera de nuestro horizonte quede el objeto, más amplia, profunda es nuestra relación con él, hasta invadir el área entera de nuestra vida, hasta dejar de ser una relación en el sentido estricto del término. . . Pues relación sólo la hay cuando los dos términos aparecen claramente dibujados. Cuando uno de ellos, que es el que comporta la máxima realidad, desaparece, se abisma la relación. Y entonces sucede simplemente que el otro, el que no puede desaparecer —en este caso, nosotros, nuestra humana vida—, queda sumido en una situación indefinible, queda, a su vez, abismado.

Rescatar esta relación del abismo en que ha quedado sumida no es cosa de la mente, pues la función del pensamiento ante esa clase de “objetos” —Dios eminentemente— ha sido más bien superficial, ha consistido en añadir una claridad última cuando ya había aparecido una claridad en cuanto a su definición. Mas definir no es revelar, ni tan siquiera develar. Y de nada sirve que en una situación en que todo esté abismado la mente recuerde sus claras definiciones o ensaye otras, si no las precede la realidad misma saliendo del abismo, si no tiene lugar una versión nueva de lo eterno.

* Capítulo del libro *El hombre y lo divino*, de próxima publicación por el Fondo de Cultura Económica.

El momento actual se nos aparece el más mezclado y confuso por ser el que estamos viviendo (la vida es siempre confusión), y por la multiformidad del proceso, por la multitud de caras que presenta la situación frente a lo divino. Como si estuviésemos, en realidad, apurando al mismo tiempo todas las diversas situaciones que el hombre ha vivido en ese drama esencial frente a Dios o los dioses, y el hombre actual fuera el protagonista de toda la historia religiosa de la humanidad condensada de todos los conflictos que se han presentado en los instantes decisivos de la historia. La ausencia, el vacío de Dios podemos sentirlo bajo dos formas que parecen radicalmente diferentes a simple vista: la forma intelectual del ateísmo, y la angustia, la anonadadora irrealidad que envuelve al hombre cuando Dios ha muerto. Que no haya Dios, en cualquiera de las fórmulas acuñadas por el positivismo o el racionalismo del XIX, que nos dispongamos a pensar acerca de todas las cosas sin contar con él, como suponen y hacen todas las filosofías, excepto "las confesionales", parece marcar la situación de la mente actual. Mas existe otra situación —si es que es otra—: la de la vida de cada hombre que no es ni pretende ser filósofo, que vive simplemente la ausencia de Dios. Y dentro de ese vivir sin Dios aun se distingue la simple aceptación casi inconsciente de ese ímpetu, de esa violencia, de esa extraña esperanza que cifra el cumplimiento de lo humano, la promesa final de nuestra historia sobre la tierra a la desaparición total de la conciencia de Dios. Y aun... lo más inabordable: toda la desenfrenada provocación aún no registrada de los últimos años en que, sin conciencia o con ella, algunos hombres han apurado las posibilidades del mal, el reto a todos los temores últimos, han perpetrado lo insospechable, llegando hasta la acción sin sentido ni justificación en que el hombre no es ya reconocible; desafíos realizados como un crimen que traspasa a las víctimas y que va dirigido contra esa instancia última de la conciencia antes ocupada por Dios, esa violencia pasiva, ese abandonarse automáticamente a cualquier instinto o "tentación", si todo ello, todo ese horror múltiple y único de los años aún no transcurridos, se produjera sobre un vacío y una anonadada conciencia que se dijera: "Puesto que Dios ha muerto..."

En la historia conocida siempre ha llegado un momento en que los dioses han muerto. Y es extraño. Lo divino es aquello que el hombre ha sentido como irreductible a su vida. Y esto sería quizá la definición primaria y más amplia de lo divino:

lo irreductible a lo humano, configurado de diversas maneras según sean los aspectos que eso divino haya tomado, según sean los afanes y anhelos del hombre. Y en cualquiera de los casos ha llegado el instante terrible de que "eso divino", irreductible a lo humano, ha corrido la suerte de lo humano: pasar, ser vencido y aun morir. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en esos instantes? ¿Ha sido en verdad algo inexorable?

Pues inexorable aparece en la historia el que el hombre, bien recibiendo por revelación o creándolo poéticamente y definiéndolo con el pensamiento, haya trabajado afanosamente y padecido a sus dioses, haya sido paciente de lo divino y su escultor. El hacerlo ha sido —imposible negarlo— la máxima tarea humana; la previa a toda gran epopeya histórica. Hasta ahora no ha transcurrido ninguna gran acción histórica, esos monumentos temporales llamados "Culturas", que no haya ido acompañada, como de algo esencial, de este padecer y de este forjar a Dios. Aun en una religión como la cristiana, nacida de la revelación, ha sido indispensable esa actividad de dar forma, de definir por el pensamiento, a su Dios, apasionada y frenéticamente.

Y así tenemos dos sucesos ante nosotros. Uno, la pérdida de los dioses en todas las religiones de nuestro pasado ancestral; las desapariciones de los dioses y sustitución por otros, dinastías enteras como en Grecia, como en Egipto. De otra parte una religión, la cristiana, que comporta en su centro mismo, como el misterio abismal, la muerte de Dios a manos de los hombres.

Es una de las originalidades del cristianismo, no reductible a ninguna otra religión anterior de donde pudiera inspirarse. Pues hay dioses que mueren, que sufren una pasión hasta la muerte y que resucitan: Atis, Osiris, Adonis. Mas no a manos de los hombres, sino de potencias enemigas, de su mismo rango. Para los que viven dentro del cristianismo el problema no existe: sucedió así. Mas, para quienes viven sumergidos en esa situación actual a que hemos aludido, la pregunta se impone inexorable. ¿De dónde ha surgido tan tremenda pesadilla? Pues la religión para una conciencia arreligiosa ha de ser considerada como delirio, pesadilla sufrida en común, de igual textura anímica que las neurosis, como ya Freud ha indicado, aunque sin lanzarse a apurar la cuestión así planteada. Que los dioses, que lo divino en sus diversas configuraciones se muera. Que los dioses se maten entre sí y que haya entre ellos, como entre los humanos, crimen. Que los dioses simplemente palidezcan, se

paseen, como los mortales. Y por último que Dios haya muerto a manos del hombre, de los hombres. Y entreverando estos instantes exclusivamente religiosos, los momentos de ateísmo formulados por la razón, con un aire de independencia, como si ella caminara sola por su cuenta.

Y así, tenemos un proceso "sagrado" de destrucción de lo divino, tan inevitable en su acontecer como el momento contrario: cuando de lo sagrado han ido apareciendo los dioses por una acción sagrada.

Acción sagrada porque tiene lugar en el centro mismo de lo sagrado, cuando lo sagrado, ambiguo, multiforme, equívoco se hace uno, idéntico a sí mismo, igual para todos. Parece como si esta acción de negar a Dios naciera en un momento de querer volver a la situación primaria de la vida —quizá nunca dada históricamente en forma pura—, a la situación en que el hombre no había recibido ninguna revelación, ni había él mismo descubierto a Dios; a la situación en que lo sagrado envolvía la vida humana. Y de ahí que el ateísmo puro, racional, sea distinto, cuando se da —tan raramente—, de las formas en que se niega a Dios para destruirlo. El ateísmo niega matemáticamente la existencia de Dios, mas se refiere al dios-idea, pues con el fondo oscuro permanentemente, con las tinieblas del Dios desconocido, ni siquiera cuenta. Mientras que la destrucción de lo divino, la acción de destruir lo divino solamente se verifica en el abismo del Dios desconocido, atentando a lo que de irrevelado, de no descubierto hay bajo la idea de Dios. Y es, así, la acción sagrada y trágica entre todas, pues la Tragedia sólo tiene lugar bajo el dominio del Dios desconocido.

Acción trágica, como si fuese la respuesta humana, la única en que se resumen todas, la presunta unidad de todos los protagonistas de tragedia que no quieren apurar su destino trágico, alcanzar el saber enunciado para siempre por Esquilo: "Aprender padeciendo". La acción destructora de lo divino nace, sin duda, de una desesperación, respuesta en que se apuran cortándolos los conflictos de las tragedias, es decir, de la necesidad.

Mas claro está que al ser verificada la acción racionalmente, se complica y aun está implicada con el desarrollo de la razón misma, con su crecimiento, con su madurez. Es decir, que se trata de una acción sagrada, elemental por tanto, ejecutada en el momento de la mayor madurez del hombre, en el momento en que parece que tales acciones sagradas ya no se verifiquen, ni haya por qué. Se trata de una de las más profundas paradojas

humanas. Realizar una acción sagrada profana, con la convicción de que se trata del despeje de una situación, de la proclamación de la libertad, de la subida al poder de la razón que absolutamente no quiere compartirlo con nadie.

Es el ateísmo, pues, el producto de una acción sagrada, de la acción sagrada entre todas que es la de destruir a Dios, realizada en forma tal que parece solamente la enunciación de una verdad consabida que sólo precisa, como las verdades lógicas, el ser enunciada, simplemente dicha en términos casi matemáticos.

Son fácilmente recordables los momentos históricos del ateísmo, pues se han producido en la mayor claridad de los tiempos, en la madurez de la razón; son lo más público de cuanto el hombre ha pensado y sentido.

Heráclito es el primero que dice: "Este universo común para todos no es la obra de ningún hombre, ni de ningún Dios, sino el resultado del fuego central que se alumbraba con medida y se extingue con medida". El tono despectivo, tan característico de Heráclito, no alcanza a desvanecer el tono polémico —cosa tan propia de los filósofos que no precisan nunca sus antagonistas por desdén. Mas todo ello queda envuelto bajo el amplio ademán de despejar un horizonte. Como si los dioses impidieran con su ilusoria presencia la visión del universo, este universo común para todos, y hasta cabría pensar que impedían no sólo la visión de la realidad autónoma del universo, sino de su condición de ser común para todos, que los dioses oscurecían y dividían, como hace siempre la oscuridad.

Heráclito sustituía la creencia en los dioses con otra creencia: la del fuego central que se enciende y se extingue con medida. Creencia en funciones de idea. Pues en Heráclito tiene lugar uno de los acontecimientos más espléndidos de una cultura, más necesarios, sin el cual dicha cultura no alcanzaría jamás a su última nobleza y claridad: el que se aparezca transparentemente como idea una creencia íntima, una fe diríamos originaria. La fe en la naturaleza bajo esa forma del fuego en Heráclito se transformó en la idea de un "logos", una razón que varía, una medida suprema. El fuego es el supuesto, el *sustratum* material y al mismo tiempo la metáfora de la idea del logos. Mas el fuego es entre todos los elementos el más viviente, el que da la imagen de la vida que no acaba, que se alimenta de sí misma. Y el de más difícil definición. Lo que transformándose es siempre lo mismo. Es, como Heráclito dice, el que engendra y destruye. Es una metáfora de la idea de Dios,

una forma en que lo sagrado se concreta. El pensamiento de Heráclito es uno de esos geniales momentos en que lo sagrado se define y, al par, el alma humana que lo confiesa como su íntima fe.

Y, así, viene a suceder en Heráclito algo muy paradójico: su "ateísmo" es no sólo la enunciación de una fe, sino algo todavía más decisivo: un paso en la configuración de lo sagrado, preparatorio y necesario para la aparición de la idea de Dios que tiene lugar en la filosofía griega. Y en realidad todos los filósofos "creadores" de Grecia aportarán algo a la formación de esta idea que es la obra suprema, la acción definitiva de la filosofía. De ahí que el ateísmo de los pensadores griegos sea, en verdad, lo contrario: una negación de esa forma en que lo divino aparece bajo las imágenes de los dioses para despejar el campo de lo sagrado y de la mente humana a la par, y llegar así a la integración de la idea de Dios. Ni siquiera el "materialismo" de Demócrito es una excepción, pues la materia es uno de los descubrimientos necesarios para la aparición de la idea de Dios, la materia y el espacio. . . .

Y, sin embargo, es de Demócrito de donde se inspirará el otro "momento" del ateísmo "pagano" ya en una estación bien diferente, en el poeta Lucrecio. No es la existencia de los dioses lo que niega; aquí ya no se trata del ser, sino del hombre. El hombre es el problema y los dioses son negados justamente en relación con el hombre y dentro de esa relación en aquel aspecto que al hombre le importa más, la providencia: "En el caso de que haya dioses, no se ocupan para nada de los hombres". Es otro el problema y otro también el verdadero suceso que tal afirmación comporta. Se trata de una situación contraria en el camino del hombre bajo sus dioses. No es un momento en la revelación de lo sagrado, sino de ocultamiento, de vacío. Lo que en Demócrito era teoría, en Lucrecio era sentir originario dentro del cual se sentía inmenso. El mundo estaba vacío y los átomos no podían poblarlo. La materia estaba despojada ya de todo sentido sagrado, de esa fuerza sagrada que siempre conservó en los filósofos griegos, y quizá más aún en los "materialistas". Pues bajo una misma "teoría" alientan situaciones vitales bien distintas. Una misma "idea", según el momento en que haya parecido significar lo contrario.

Y así, la declaración de Lucrecio respecto a los dioses es la expresión de la soledad humana, en esa forma del desamparo. Lo divino se había disgregado en sus dos polos: de una parte,

las imágenes de los dioses vacías y sin acción; de otra, la fuerza de lo sagrado enigmática y enredada, apareciendo en los cultos a deidades extrañas y advenedizas. Y una idea de Dios acuñada por la filosofía, ineficaz, o eficaz sólo para algunos, para los capaces de alimentar su amor de la "luz intelectual".

Era una declaración desesperada que no negaba la existencia de los dioses, pero ponía en entredicho su relación con los hombres: era una declaración de los límites que cercan lo humano, en realidad más negadora del hombre que de los dioses. La declaración de los derechos del hombre hecha en modo restrictivo, lo que el hombre tiene derecho a esperar si no hay dioses o si no se ocupan de él para nada: el vacío, el no ser.

Hubiera sonado a declaración entusiasta este verso de Lucrecio en otra etapa del mundo. Y aun, el suicidio subsiguiente hubiera tenido otro signo, pues Empédocles se arrojó al Etna, se suicidó como Lucrecio, mas su gesto tiene la significación contraria a un suicidio, siéndolo. No podía seguir esperando y quería, de todos modos, ser arrebatado por los dioses, y quizá lo fue; quizá el fuego hirviente cobró vida y figura, voz, para el que se arrojó hacia abajo como si hubiera sido arrebatado por ese carro de fuego que entra en la leyenda de tantos héroes de la antigüedad; pues ciertas almas enamoradas del fuego, no pueden soportar morir apagándose.

Y si Lucrecio no se hubiera suicidado, su vida hubiera tenido una significación suicida como la tiene la de tantos hombres que no han consumado el gesto suicida, pues basta vivir así, sintiendo el vacío del universo, para que el hombre sienta perder su ser, y convertirse lentamente en imagen de nada, en eco sin voz, en espejo de una oquedad.

Es un género de ateísmo más negador de lo humano que de los dioses; ateísmo puro que es renuncia, simple renuncia a lo que de los dioses no se recibe, confinamiento desesperado en lo humano sintiéndolo limitado. Es, no la negación de los dioses, sino la denuncia de la imposibilidad de una vida divina: la vida divina no es accesible al hombre. Entonces la existencia de los dioses se torna indiferente, desprovista de todo sentido vital; es el puro ateísmo que no comporta las ventajas de la destrucción, esa herencia que el hombre recibe de sus dioses siempre que los mata.

Pues los dioses del Olimpo fueron palideciendo, adelgazándose en sombras, bajo el empuje de esos dos focos en que se había bifurcado lo sagrado: la idea de dios creada por el pensa-

miento —"el pensamiento de pensamiento"—, pura luminosidad la fascinación ambigua de lo sagrado en las formas de culto de las religiones secretas de iniciación, cuando Apolo y Dionisos llegaron a ser distintos y hasta enemigos, cuando la luz y la sombra se separaron y quedó de un lado la luz apresada en la idea de dios, del dios definido por el pensamiento, puro pensamiento él y el que nos fascina, y de otro la fascinación oscura de las entrañas. Cuando lo divino en su pureza no embriaga sino a unos pocos de la más rara especie de filósofos.

Y el ateísmo sólo puede ejercerse, actuar en el vacío de lo divino, en ciertas almas sordas a lo sagrado, que han sido solamente educadas en la idea de dios, en la idea lógica nacida, ciertamente, de una pasión también —Platón y aun Aristóteles sólo a fuerza de pasión pudieron hacer su teología. Mas la teología convertida en lógica pura y en moral práctica, se desvirtúa y deja insatisfecha el hambre y la sed, el ansia de las entrañas que no encuentran dónde apacentarse. El ateísmo es la respuesta de la desolación humana y, en el caso de Lucrecio, el reproche del hombre ante lo inaccesible de los dioses.

Mas el vacío de dios que deja sentir el ateísmo formalmente expresado, no es todavía la muerte de Dios. El ateísmo pagano corresponde a esas dos situaciones de liberación por la inteligencia en que una realidad antes oculta bajo los dioses aparece; una realidad que es lo que es simplemente, sin ese algo más que toda forma de divinidad lleva consigo. La otra situación, expresada por Lucrecio, es la desolación, el abandono en que el hombre se siente en su soledad. En la primera se hace sentir lo que los dioses tienen de devoradores de toda realidad, a la que oscurecen con su luz: el que sólo ellos existen cuando existen. En Grecia el hombre siempre mantuvo esa vocación de ateísmo frente a los dioses múltiples, situando por encima de ellos a la necesidad, a la némesis en que el amor encadenado los encadena.

En el segundo aspecto del ateísmo se hace sentir lo inaccesible de la vida divina; ese abismo que rodea a todo dios separándolo radicalmente de la vida humana, aunque sea a ella semejante, por el ir y venir de las pasiones. Y está en correspondencia con ese aspecto con que la divinidad suprema se ha aparecido muy a menudo a los hombres: la no intervención. Dios ha sido también el gran indiferente. Dios o los dioses que

moran en el cielo, mientras el hombre a solas camina sobre la tierra.

Este momento del ateísmo, que siente en la divinidad la indiferencia, tendrá su agotamiento en el Calvario cuando Cristo, el hijo de Dios, se siente abandonado por Él. En esta paradoja que agota la desesperación se abrirá el camino de la accesibilidad: Dios se ha hecho accesible sólo después de haber permitido a su Hijo sentirse abandonado. Y muestra la dialéctica de la relación del hombre con la divinidad, dialéctica creadora, que Hegel anunció como la marcha del espíritu absoluto, que sólo apurando sus momentos negativos emerge para afirmarse de modo imperecedero.

Mas la muerte de Dios no es su negación, la negación de su idea o de algunos de los atributos que a ella convienen. Sólo se entiende plenamente el "Dios ha muerto" cuando es el Dios del amor quien muere, pues sólo muere en verdad lo que se ama, sólo ello entra en la muerte: lo demás sólo desaparece. Si el amor no existiera, la experiencia de la muerte faltaría. Y sólo cuando Dios se hizo Dios del amor pudo morir por y entre los hombres de verdad.

Y Dios no puede morir si no es a manos humanas. Si el hombre no ha hecho esto, ¿de dónde ese delirio, esa pesadilla? La razón ha podido funcionar con cristalina transparencia cuando se ha ejercido sobre el territorio acotado de lo razonable. Y entonces queda fuera la vida con sus delirios, sus pesadillas imborrables y su sombra; y todo ello es resistencia invencible a la razón. Y es que —abstracción hecha de toda verdad revelada— el hombre necesita proyectar en lo divino, en una acción absoluta, el fondo oculto de sus acciones más secretas, y así descifra su laberinto. La necesidad que exige matar a lo que se ama, y aún más, lo que se adora, es un afán de poderío con la avidez de absorber lo que oculta dentro. Se quiere heredar lo que se adora, liberándose al par de ello.

Y así la destrucción de los dioses es una etapa cumplida en toda religión, la destrucción, que no la muerte de Dios, solamente visible en la cristiana. Y cada vez que el hombre ha soñado destruir sus dioses y los ha suplantado por otros, los ha heredado, como si en este trance de la destrucción de lo divino se sacrificase una etapa de su crecimiento, y él recibiera algo divino que le humanizara. Unas dinastías de dioses fueron sustituidas por otras en Egipto y en Grecia; Urano, engendrador de monstruos, fue destruido por su hijo Cronos, que, a su

vez, todo lo devora. El hombre a la caída de Urano se libera de los monstruos por él engendrados sin descanso, y gana tiempo, el tiempo propio de la vida humanizada donde nace ya el amor que es ritmo engendradora de criaturas con forma viable. Un espacio vital y un orden. La aparición de una potencia humanizadora: el amor, que comporta un ritmo, una medida, mordido también por la fragilidad, efímero. Como si el precio de haberse salvado de los monstruos de Urano fuese un mundo poblado de criaturas con forma y figura y un orden, pero efímero: el universo temporal. Mas estas luchas tuvieron lugar entre los dioses, el hombre era extraño a su desarrollo. Y así la herencia del amor, el Nuevo Dios, le era un tanto extraña, no era todavía amor adentrado en el hombre. Lo divino se transformaba como si tuviera que ir dando paso a unos dioses, a una forma de la divinidad, que hicieran posible la vida humana y se fueran creando, a través de luchas terribles, un espacio y un tiempo habitables. Y la vida humana hubiera estado necesitada siempre de sacrificios divinos, de destrucciones de divinidades enteras, de robos hechos a lo divino, como más tarde, ya bajo el reino de Cronos, hará Prometeo.

El hombre se ha alimentado de la destrucción de sus dioses, de cada una de ellas gana en su medio o su sustancia. El ateísmo, en la historia de la razón, en esa historia que el hombre sigue por su cuenta, quiere revivir el mismo proceso y cada vez que el pensamiento destituye a los dioses o al Dios único, será con la recóndita esperanza de alimentarse, de heredarlos y de ganar en poderío.

Mas todo ello parece claro y hasta sin misterio, hasta llegar al "Dios ha muerto", que sólo dentro del cristianismo ha podido proferirse, porque sólo Cristo nos dio la imagen de un Dios muerto verdaderamente. Y no en luchas ni devorado por otros dioses, sino por los hombres: Él, la semilla de Dios caída en la tierra.

LA SIGNIFICACIÓN DE LO HISTÓRICO

Por Luis ABAD CARRETERO

I. El método

YO no me separo de la realidad; pero la realidad me llega del exterior en cada instante a través de mis vivencias. Surge en seguida la pregunta de qué sea la verdad de esa realidad; mas yo ahora no puedo mezclar la cuestión epistemológica al hablar del método más apropiado para conocer el material histórico. Tener un método es poseer un camino para captar los hechos que se pretenden estudiar. He de emplear un método que me permita conocer del fenómenos del mundo exterior y de mi mundo interior. Podría denominar a este método, psicológico, si se tratara de apreciar en mí exclusivamente fenómenos externos, pero como hay también fenómenos internos y aun en éstos se da una mezcla de lo interno y lo externo, podría más bien llamarle fenomenológico, como es costumbre actualmente hacerlo.

II. El sentido de los actos humanos

NUESTROS actos se caracterizan por tener un sentido. Y no hay acto humano que no lo tenga, aunque a veces sea difícil averiguarlo. Y esto es debido a las infinitas interpretaciones de que son susceptibles los actos humanos. Si representamos una acción por un círculo y sus sentidos posibles por un número infinito de radios, la averiguación del sentido consistiría en eliminar todos los radios posibles y quedarse con uno solo. Lo unívoco es pues lo que caracteriza el sentido de una acción. Ahora bien ¿puede conocerse ese sentido unívoco? Los behavioristas piensan que no podemos juzgar con exactitud las acciones humanas más que por la manera de presentarse. Lo externo de la conducta es lo que decide de su posible verdad. Pero aquí lo que se hace es escamotear el problema. Koffka,

en su libro *Bases de la evolución psíquica* (R. de O. Trad. José Gaos, Madrid, 1926) distingue dos clases de conceptos con los cuales se pueden interpretar los actos: *los funcionales* y *los descriptivos*. Los primeros son los que emite un sujeto para interpretar una acción suya y cuya veracidad cualquier testigo puede comprobar. Los segundos, llamados también *vivencias*, son los que sólo el sujeto puede expresar y estar seguro de su veracidad. Pues bien, aunque los conceptos *funcionales* sean los aparentemente exactos, sin embargo, son los segundos los que utilizamos de continuo para poder interpretar las acciones de los demás. No podemos conocer más que el sentido de nuestras propias acciones y sin embargo tenemos que esforzarnos por averiguar el de las acciones ajenas. Somos seres cuyo propio aislamiento apunta a la sociedad de que formamos parte. Cuando el *ego* se cambia en *alter* es cuando surge el problema. Pero es que no podemos interpretar los actos ajenos más que por la semejanza que tengan con los nuestros.

Y el problema aparece en el plano del conocimiento, consistiendo, más que en un esfuerzo por averiguar una verdad absoluta, en ver cómo nos acercamos a descubrir el hecho primitivo que mueve la voluntad humana. Ni el conductismo ni los conceptos *funcionales* anulan la distancia existente entre la pretensión de conquistar la verdad y la verdad misma. El concepto *descriptivo* en cambio envuelve al hecho primitivo, casi sin la pretensión de conocerlo, porque diríase que tiene la secreta convicción de que sólo aceptando la vida como una continua problemática y acercándose cautelosamente a ese hecho primitivo es como puede captar sus secretos el sujeto ávido de conocerlo.

III. *Querer y pensar*

PARTIMOS de intuiciones. Nos basamos en unas llamadas íntimas convicciones sin saber exactamente en qué se apoyan éstas. Descartés osciló entre el querer y el pensar en su lucha por encontrar una base tan firme que nada pudiera conmovérla y se quedó con el *yo pienso* y rechazó el *yo quiero*, seguramente por la tendencia racionalista del siglo XVII, no porque él no creyese también que la voluntad es la íntima palanca que mueve, aun al pensar mismo. Pero el cartesianismo agotó su im-

pulso racionalista después de tres siglos de reinado y el hombre de nuestra época ha visto que la razón se queda corta para mover al hombre (por lo menos en esta etapa de su evolución), pues es el querer más bien que el pensar lo que le impulsa en sus actos. Ahora bien, el querer no es un acto ciego, sino que encierra un sentido y es precisamente de este sentido del que yo empezaba a hablar anteriormente. Aclararlo, es tratar de precisar la significación de los actos humanos como tarea histórica.

Pero cabe preguntarse cómo es posible que sea el querer el origen de nuestra vida psíquica. Yo he tratado de justificar esta posición en mi libro *Una filosofía del instante* (El Colegio de México, México, D. F., 1954). Allí he dicho que vivimos en instantes y que en cada uno de ellos nos vemos obligados a tomar una decisión, aunque no sea como mínimo más que la de querer vivir. Porque el hombre puede disponer de su vida en cualquier momento. Y la decisión es la que encierra el sentido de la acción humana y la que humaniza el tiempo, que por sí mismo carece de significación para el hombre.

Así pues la historia consiste en averiguar el sentido de las decisiones, de las acciones humanas. Pero la decisión dura solamente un instante. Se dirá que la conducta humana no se realiza en un solo instante, sino que dura horas, días, años, lustros, y que una conducta responde a causas que salen del estrechísimo, del casi inexistente instante; pero que cada cual haga examen intelectual y verá que es en un instante cuando toma una decisión, y que a veces los actos más importantes de su vida han dependido de decisiones instantáneas. Hay instantes solemnes y otros muchos que se les subordinan y que tienden a puntualizar y a desarrollar esas importantes decisiones. El esfuerzo intelectual del historiador debe consistir precisamente en descubrir esos instantes solemnes, en ver a qué respondieron, en saber las íntimas intenciones de los sujetos y de los grupos que intevinieron en la realización de los hechos. Al fin y al cabo el esfuerzo interpretativo consiste en descubrir el íntimo sentido del querer, lo que de *mental* hay en el querer. Poner al descubierto el sentido de nuestras acciones consistirá pues en expresar por medio de conceptos descriptivos el querer del sujeto, su propia intimidad.

El mundo conceptual nuestro es típicamente expresivo, hecho de juicios y razonamientos, que están formados por palabras y por pretensiones de verdad, pero estas pretensiones y la fuerza interna que los mueve se realiza en una simbiosis de querer y

pensar en la que la tentativa, la intención, pone el mayor tanto por ciento en la vena creadora. El juicio trata de explicar la acción, pero ésta emana de impulsos en los cuales hay entusiasmo, curiosidad e intuición, trilogía que da sentido a los actos humanos. Repito, este sentido no se puede traducir exactamente en conceptos. Éstos, como las palabras, son vehículos, cargados de formas sin las cuales la intención y el querer del sujeto no tendrían presencia posible, pero el radical impulsor, el que da contenido, el que forma la raíz del mundo conceptual es el querer; de ahí que la historia habrá de tender a descubrir esa íntima materia y también que sea potestativo del hombre la creación de esas formas y por lo tanto de las múltiples interpretaciones en que el querer del hombre puede ser presentado. Con esto ya adelantamos que el querer se impone al hombre como un destino que nace de sus fuerzas psicológicas (o. c. p. p. 28) en tanto que el pensar se le somete dócilmente; de ahí que la cultura expresiva, la de las formas, sea la auténtica creación humana. Y como quiera que la cultura es esencialmente historia, la historia será lo que típicamente podrá crear y conocer el hombre.

Yo decía que la vida se hace en el querer, pero esto no quiere decir que el pensamiento, en forma de experiencia, no esté influyendo continuamente en el querer, siendo un verdadero misterio psicológico saber cómo los juicios de la experiencia se insertan a cada instante en el querer, puesto que nosotros vemos que nuestras acciones se modifican y que además tenemos la pretensión a veces de influir sobre los demás. De ahí que la pedagogía como ciencia pueda ser discutible, pudiendo aceptarse como arte, pues el caso es que hacemos un tenaz esfuerzo a fin de que nuestras experiencias no caigan en el vacío, sino que influyan sobre cada nueva acción que realicemos.

La acción no se hace más que por el querer *inteligente*, que es, como ya dije, lo que da sentido a nuestros actos. Este sentido es lo que el hombre tiene de auténticamente histórico. Si nosotros partimos de la esencial distinción entre querer y pensar, la historia auténtica, la *primera historia*, como podríamos llamarla a imitación de aquella *primera filosofía* aristotélica que por azar histórico recibiera el nombre de *metafísica*, sería la producida por el querer, mientras que la *segunda historia* sería la producida por el pensar. La *primera historia* sería la vivida, la original, la única, la incaptable, porque no se repite, la que rompe el molde una vez realizada la acción; en cambio,

la *segunda historia*, la revivida, la pensada, sería la que puede ser orientada en múltiples direcciones.

Como se ve, la distinción entre querer y pensar es fundamental para interpretar el problema de la significación histórica, pues existiendo el mundo de las esencias en el querer y el de las formas en el pensar, sólo los objetos del pensamiento serán fenomenológicamente accesibles al sujeto. No hay pues otra historia comunicable a los hombres que la *segunda historia*, la inventada por ellos a base de lo que pueda conservarse de la *primera historia* como testimonio humano.

Sólo un naturalista puede captar el sentido de la acción de otro naturalista, porque en ambos existe la comunidad vocacional, y ese darse cuenta es un querer común más que un conocer, pues si se trata del descubrimiento de una nueva especie de planta, el sentido de tal hecho llegará viendo cómo el naturalista ha hecho un tal descubrimiento. Describir más tarde los términos de éste se tomará por historia, pero la *historia primera* consistirá en saber la disposición y el estado de ánimo del naturalista, de sus relaciones con otros naturalistas, de su fe en tales o cuales principios; es decir, la *historia primera* consiste en lo estrictamente personal, en lo vital que hay en el naturalista. Esta historia se da siempre en el querer personal, en el cual aparece al propio tiempo lo íntimo y lo solidario, lo individual y lo social, porque la vocación nos impulsa a unirnos con los demás que practican nuestro mismo oficio. Como yo digo en mi libro (p. 221), la vocación tiene un hondo sentido histórico porque la cultura enlaza a las generaciones uniendo a cada hombre que la practica con el que primitivamente sintió la necesidad de cumplir una misión original.

IV. El instante y la distancia

Es bien sabido que no hay acontecimientos históricos fuera de lo temporal. Se ha rechazado el instante como incapaz de existir, precisamente por su instantaneidad, y en ello estaríamos de acuerdo si el tiempo no fuera otra cosa que la expresión del movimiento, que simple sucesión de segundos, pero no se ha notado un hecho esencial y es que no hay sólo un tiempo mental, un tiempo intuido, sino que el tiempo es esencialmente para el hombre una sucesión de decisiones.

Al abandonar un instante y pasar a otro queda latiendo

una distancia entre la decisión que se tomó ha poco y la que se toma precisamente ahora. Esta distancia está señalada por el recuerdo y por el olvido. El problema de la distancia es objeto de nuestra perspectiva histórica. La existencia del recuerdo nos impone precisamente nuestra propia historia. No podemos recordar nada si no lleva adscrito el recuerdo de algo personal nuestro. La pretensión de hacer historia surge cuando se intenta resolver epistemológicamente el problema como pretendía Dilthey, pero acaso esa pretensión pueda ser superada en el sentido de entender la historia, no como captadora de hechos o de reglas universales, sino de las condiciones y las posibilidades reales de una determinada existencia, como creía Heidegger. Y en la historia habrá que tener en cuenta de manera esencial la distancia entre el instante en que ocurrieron los hechos y el instante actual que siempre se está moviendo y desde el que nos planteamos la interpretación de los hechos pasados. Estos ocurrieron en fechas invariables, en cambio los instantes desde los cuales nosotros los consideramos están variando continuamente. Esta distancia que se alarga a cada momento que pasa es lo que influye más poderosamente en la transformación del sentido de los hechos pasados. Por esto la consideración del instante es fundamental para la interpretación de la historia, más que la del pasado y el futuro, porque es el instante el que da la perspectiva, el que deforma, el que permite ver, apreciar y descubrir las formas en que los hechos del pasado o los posibles del futuro pueden ser reproducidos o inventados.

El gran esfuerzo interpretativo nuestro debe consistir pues en estudiar las deformaciones que el alargamiento de la distancia, que nuestro alejamiento de los hechos que fueron vividos va ocasionando en ellos. El tiempo que pasa a partir de los representados nos van apareciendo como espacio, como distancia, y nosotros no podemos hacer otra cosa que analizar el querer de este instante que vivimos ahora mismo, en el cual podremos descubrir los móviles que ahora nos mueven, con relación a los hechos pasados. La historia pues responde siempre al ánimo que se tiene en el momento, al punto de vista que se adopta ahora mismo, al instante en el que estamos ahora viviendo. De la verdadera intención del personaje histórico no sabemos nada en realidad. Lo que tenemos ante nosotros es nuestro querer actual y una serie de testimonios o documentos que nos sirven para revivir aquel pasado que se ilumina con la fuerza de nuestro entusiasmo, de nuestra ilusión en este instante y que le ha-

ce mos vivir de nuevo. Para nosotros los hechos pasados son como los revivimos ahora mismo. La distancia nos la forjamos también nosotros, cuando nuestra fantasía se representa los hechos pasados en movimiento.

Es pues en la distancia y en el querer actual donde tenemos las dos coordenadas básicas para llegar a situar la historia. A medida que la distancia va creciendo los hechos se van deformando. Conforme el querer primitivo se va olvidando la situación histórica pasada se va esfumando. Por eso la primera *historia* deja de serlo cuando la otra, la *segunda historia* va apareciendo. A medida que el tiempo se aleja va presentándose una poetización y acaso una ficción en la interpretación de los hechos históricos, como decía Toynbee. Y por eso hasta nuestros días no ha llegado a plantearse la historia como un problema medularmente filosófico, porque antes lo histórico caía en el área de lo fantástico, porque el sujeto, sin tener una sed ávida de conquistar los hechos, huía del propio tiempo en que vivía con la pretensión de acomodarse ingenuamente al tiempo en que suponíase ocurrieron los hechos. Ha sido menester llegar a la invención del motor para que el tiempo brille con luz propia, y sobre todo el instante como consecuencia para que la historia adquiera un puesto de primer plano. Todo pasado está siempre en movimiento y lo está porque puede ser de nuevo considerado en un presente posterior. Si no pudiera de nuevo revivirse el pasado dejaría de tener posibilidades históricas. Éstas derivan pues de la actualización. Por lo tanto es el instante, la actualización, lo que da historicidad al pasado. Dice Heidegger que el porvenir es la principal fuente de la historicidad y que el pasado es la fuente de la historia. Desde este punto de vista el instante es un mero y efímero subordinado y no es válido para forjar la historia. Pero es en instantes cuando nos damos cuenta de algo y en instantes cuando tomamos nuestras decisiones. Es en el instante donde se unifican querer, decisión y sentido. El pasado y el futuro son depósitos, cajas de caudales reales o supuestas, pero si no hay una mano que las abra y entre en ellas las tales cajas son inexistentes, y esa mano es el querer, la decisión en el instante. Por eso, si tomamos el instante como la realidad temporal de nuestra psique lo consideraremos como el elemento psicológico fundamental de ella, y él será el que impondrá movimiento y vida al pasado y al futuro, ya que sólo en el instante pueden ser representados y en fin de cuentas será el que servirá para articular toda nuestra vida histórica.

La historia traduce la ansiedad que late en el pecho del hombre y pretende interpretar la vida misma. En cada instante se manifiesta el deseo de ir a la acción y de interpretarla en el pensamiento. Si nos ocupamos de los sistemas estelares no es simplemente por el mero deseo de saber de manera objetiva la situación de las estrellas. Si se hacen excursiones a las cimas de las más altas montañas no es por establecer exactamente las mayores alturas de la tierra. O si se baja a los mares profundos no es por conocer exclusivamente la más grande profundidad de los océanos. En todos estos casos la aspiración del hombre es conocer los límites de su poder, medir su fuerza con las de la naturaleza. Si el hombre crea la idea de Dios y luego cree en Él de manera necesaria y aplica toda la fuerza de su razonamiento a justificar su existencia, no es por un deseo exhaustivo de conocer la verdad, pues en su fuero interno sabe que esa Verdad no le llegará nunca, sino por la necesidad que siente de conocer los límites de su poder espiritual. Y si el hombre quiere llegar a conocer los orígenes de su vida en el tiempo, no es tampoco por saber exactamente la fecha de ese comienzo, sino por medir la fuerza de su conocimiento. Todos esos datos exactos no pasan de ser simples peripecias calculatorias. En todos los casos, el íntimo querer del hombre se pone en pie y todas sus fuerzas psíquicas pugnan por encontrar satisfacción. Y ese instante presente es el que se impone y da vigor a un futuro nonato. No son los objetos que aparecen en el pensamiento espontáneamente los que se imponen al hombre, sino que esos objetos mentales surgen a excitación del propio querer. Es éste el que inventa los objetos para luego lanzarse a su búsqueda. Acaso el íntimo sentido del querer indique al sujeto que el tiempo *puede* ser infinito y que las decisiones de los hombres *pueden* haberse tomado hace miles de años; pero en seguida viene el recuerdo, que hace posible el juicio, el cual limita las aspiraciones de infinitud y es entonces cuando surge el pensamiento de tipo histórico.

El hombre, pues, se mueve entre un impulso incontenible que se da en su querer y la continua limitación de su pensar. La historia tiene su nacimiento en los impulsos. Por algo había "soñado" Dilthey el deseo de encontrar en el mundo histórico la diversidad multiforme de la vida, pero luego su pensar le decía en el mismo "sueño" que la vida no se nos puede dar de modo inmediato, sino que es el pensamiento el que la esclarece. Y ante esta imposibilidad de captar la vida Dilthey quería hacer

una crítica de la razón histórica, como Kant hizo con su sistema crítico. Y ya que no puede aprehender la vida en sí misma se contentará con tenerla en el sistema categorial de su pensamiento.

V. El poder creador del hombre

EL hombre no sabe más que lo que quiere, por eso no sabe más que de su presente. Toda la vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte de cada cual, se compone de una serie de presentes. Somos plena realidad, plena actualidad. Aun el sueño es real en lo que de actualidad tiene la realidad. En cada instante el hombre inventa su futuro y reinventa su pasado. Nunca el pasado fue ni el futuro será como el hombre los ve en su presente. Con la fantasía el hombre prefigura su futuro y redescubre su pasado. Incluso el pasado es reinventado en su futuro antes de volver de nuevo al presente (o. c. p. 84). Por eso el hombre es un continuo creador. Y no dispone de otra realidad que de la creación que está haciendo a cada instante porque en todo momento debe representarse la escena en que va a entrar, y ésa es su continua invención. Por eso el sentido histórico está en la médula del alma humana, porque lo histórico es la invención continua en el instante, aun sobre la base de que los hechos hayan ocurrido con anterioridad.

La *primera historia* del hombre, como ya hemos dicho más arriba, es la que él forja con su querer. La que pensamos es la que inventamos, porque pasamos del querer al pensar con una facilidad asombrosa; esto es, pasamos de hacer la historia, de vivirla, a inventarla o a revivirla de nuevo. La *primera historia* es una fusión de querer y pensar en el instante, es un aproximarse continuamente a las intenciones primitivas de los sujetos.

Para captar la intimidad el hombre trata de inmovilizar el devenir vital con su pensamiento, de ausentar de la vida el tiempo que todo lo cambia. El razonar es un estado de quietud en que se refleja nuestro vivir pasado o futuro. Pero también el razonar va embarcado en la nave de nuestros instantes. También el razonar va impulsado por esos potentes motores que son las fuerzas psicológicas. Y en el razonar va también engarzada nuestra fantasía. Y el pensamiento histórico no puede dar un paso sin ella. Creamos la historia, la inventamos, lo mismo que estamos inventando a cada momento nuestro futuro. Lo que

sucede es que las formas habituales a las que se somete dócilmente el pensamiento suelen impedir la visión del movimiento psicológico que radica en cada instante mental y que imprime cambios a los recuerdos continuamente.

VI. Los ritmos y la historia

Es el hombre de ritmo creador quien *crea* la historia. Todos hacemos historia, la *primera historia*, pero sólo los hombres de ritmo creador son capaces de comprender el sentido de la historia y de recuperar las acciones pasadas de los hombres con el recuerdo, para darse cuenta de lo que del pasado es susceptible de ser interpretado históricamente. Todos los hombres —como decíamos ha poco— inventan en el instante lo que pueda ser su futuro o dan nuevas formas a su pasado. El político es el hombre que vive con más fuerza la acción real y sin embargo está también inventando a cada momento el futuro de su vida, privada o pública, y la colectiva de los demás. Acaso él no lo crea, imbuido como está de que prevé mejor el futuro que el hombre de ritmo psicológico que vive en la vida ingenuamente, preocupado de sus caprichos o de sus dificultades materiales inmediatas, y del hombre de ritmo histórico que está embebido en los problemas que él plantea a la cultura o que la cultura le plantea a él.

La sociedad se siente dominada por dos principios: el de autoridad y el del éxito, y a ellos el hombre de ritmo colectivo sacrifica todo. Y precisamente el hombre de ritmo creador, al recrear la historia, tiene que liberar lo histórico de tales principios deformadores, y asimismo captar lo que de ingenuo hay en el hombre de ritmo colectivo.

El hombre de ritmo creador o histórico ha de captar sobre todo el principio del movimiento que radica en el vivir humano y para hacerlo ha de entrar en lo que la propia vida encierra como movimiento. Y esto es el ritmo. El ritmo se nos impone o lo creamos. Sometidos a una materia en movimiento, sin cortes periódicos y uniformes en que apoyarnos para ir avanzando, nuestra vida psíquica sería incaptable e incommunicable, lo mismo que lo sería la materia de no estar sometida también a un ritmo. En nuestra vida interna vivimos gracias al ritmo psicológico en el que nuestro personal deseo va desenvolviéndose sin obstáculos, merced al ejercicio de nuestra libertad.

Pero al salir de este ritmo y relacionarnos con personas y cosas, entonces lo hacemos validos de otros dos ritmos: el colectivo o común y el creador o histórico. El primero es el de la obligación y el segundo el forjado por el hombre para vivir culturalmente (o. c. p. 39). Hay hombres que tienen sentido histórico y otros que no lo tienen. Estos últimos son los que viven en pleno ritmo colectivo: comerciantes, industriales, profesionales, burócratas, los cuales no tienen preocupaciones trascendentes que salgan de la esfera local y rutinaria en que desenvuelven sus actividades. Estos hombres no modifican lo que recibieron, ni dan formas originales a los demás. Los hombres de sentido creador son por el contrario los que añaden, los que forjan, los que crean. Sin la fusión del ritmo creador con los otros dos ritmos, los actos humanos carecerían de volumen histórico. Asimismo, sin la unión con el ritmo colectivo seríamos como buques fantasmas, porque son los demás los que valoran nuestros actos. La sociedad, por su ritmo común, es principio deformador, pero nos somete y disciplina y nos hace entrar en un camino donde la historia va adquiriendo su perfil comunicable por medio del periódico, el libro, la obra de arte, el invento, etc. Y sin embargo, todos sentimos un asomo de rebeldía ante el ritmo colectivo, porque en este ritmo no se tienen en cuenta debidamente la libertad, los deseos, el impulso creador del sujeto. El ritmo colectivo desconoce al individuo. No sabe de él más que en la medida que éste se adapta a la sociedad. Sólo le dejan aparecer los sujetos que tengan iguales inquietudes que el sujeto que pretende manifestar su actividad. Únicamente el que ama la libertad, el que tiene conciencia de ella, es el que facilita la libertad de los demás. Sólo el que es capaz de crear da facilidades para que se manifieste la creación ajena. Por eso a las altas cumbres de la política no deberían ascender más que los que tuvieran sentido de la libertad y de la creación en el seno del alma humana.

De la unión del ritmo psicológico con el colectivo surge la *primera historia*, la del querer. Aquí el sujeto tiene el atrevimiento de mostrar a los demás sus ansias liberadoras, su ingenuidad, hasta sus caprichos y sus sentimientos afectivos. Aquí va apareciendo su historia personal, la que él quisiera vivir, sin cortapisas ni obstáculos. La sociedad cree que con su idea de la justicia puede llegar a producir las personalidades más firmes y recias. El sujeto piensa por el contrario que la justicia

es injusta con él, que el orgullo, la ambición, la envidia ajenos, son los grandes impedimentos para realizar la personal historia.

En la coincidencia de los ritmos colectivo e histórico el hombre forja la *segunda historia* donde aparece su vida cultural, de todo lo que siente necesidad para el pleno desenvolvimiento de la existencia humana. Va entonces tejiendo su espíritu, palanca primordial del hombre, que tiene el gran sentido práctico de liberarle de los instintos que le emparejan con la bestia. En la interacción de estos dos ritmos colectivo e histórico surgen el lenguaje, la razón y el carácter, columnas fundamentales en que se apoya la historia.

Y aunque el ritmo colectivo imponga a todos los hombres su uniformidad monorrítmica, el ritmo histórico tiene la propiedad de seleccionar de ese ritmo hechos y rasgos, figuras y conductas, movimientos sociales, que son los elementos integrantes de la historia. Pero el hombre de ritmo histórico puede manejar todos estos datos con arreglo a principios originales. No quiere esto decir que el historiador de este tipo saque *ad nihil* su concepción de la historia y que la invente como el que escribe una novela. Lo que se quiere manifestar es que creer que la historia es la reproducción de los hechos tal y como fueron una vez carece en absoluto de sentido, porque es desconocer el continuo cambio del hombre y la fragilidad de sus recuerdos. La historia puede adquirir múltiples formas, donde quepan todas las interpretaciones posibles de la misma. Así Nietzsche nos cita tres formas de historiografía (de las que habla Heidegger): monumental, anticuaria y crítica, y Toynbee nos refiere tres técnicas de tipo histórico: la de los hechos, la de las leyes y la de las ficciones. Pero de todas estas interpretaciones posibles la llamada historia de las ideas es la que a mi juicio tiene más solidez por su alcance filosófico. En esta escuela tenemos a Ortega y Gasset, Gaos, Zea y O'Gorman.

Cuando se habla de historia de las ideas el filósofo quiere precisamente liberarse de la fuerza imperiosa de los hechos que para el testigo de ellos tienen fuerza inmovible, ya que el captador de ideas cree que una época no puede situar fielmente los hechos que vive. Por el contrario piensa que para interpretar la historia, a distancia de los hechos, se van ensanchando paulatinamente las posibilidades de abarcar el desenvolvimiento de las ideas desde que iniciaron su influjo en la sociedad, llegaron después al cenit de su fuerza y al fin periclitaron. Y entonces, la *primera historia*, que nació espontáneamente en la con-

venia de los ritmos psicológico e histórico, sin que los actores supiesen exactamente cuál era el móvil de sus conductas, entra en un nuevo escenario, el dibujado originalmente por el filósofo en su intento de llegar a interpretar una historia que no sea fruto de capricho o fantasía, ni de pueril fidelidad a los hechos, sino de integridad de conductas humanas partiendo de la íntima constitución caracterológica y temperamental de los hombres y de los grupos sociales que decidieron los acontecimientos de valor histórico.

El filósofo ensarta los hechos por medio de esa aguja invisible que es la idea y va estudiando su pleno desenvolvimiento, relacionando teorías y realidades, viendo cómo los hombres van encarnando principios que simbolizan el movimiento propio de un ciclo histórico, estudiando la psicología y el carácter de los principales actores, y valorando con un criterio que él quisiera que fuera independiente y libre la actuación de todos ellos. Va siguiendo el curso de la idea, su desenvolvimiento, cotejándola con los acontecimientos de que tiene noticias. Bien es verdad que hasta ahora los filósofos no se han puesto de acuerdo sobre la significación de la idea, pero a pesar de ello acaso piensen de ella que es la que refleja el principio innovador que movió las voluntades de una época haciendo actuar a los grupos de hombres que llamamos generaciones. Yo creo que la idea, que podríamos llamar histórica, porque el adjetivo suele ser el que nos da mayores precisiones que el nombre, ha adquirido modernamente más clarividencia y sentido, sobre todo psicológico, que aquel que Platón le diera al no saber, ni su origen, ni su pleno desenvolvimiento y muerte. La idea modernamente va envuelta en las nociones de ritmo y de ciclo, de períodos históricos, y eso es para mí mucho más claro que el sentido de eternidad que Platón le diera y que nuestra época rechaza.

VII. Los ciclos de duración

ADemás de los ritmos de que acabamos de hablar existen también los ciclos de duración (o. c. p. 83), los cuales imponen a los hechos una constancia y periodicidad de repetición global que revelan una necesidad histórica. Así como los ritmos hacen posible la inserción del movimiento de la materia en el alma humana mediante la cadencia uniforme de sus movimientos, así también los ciclos temporales sintetizan las experiencias perso-

nales anteriores en los instantes en que el hombre está viviendo ahora, evitando así nuevos esfuerzos mnemónicos que harían inacabable el esfuerzo psíquico y apuntando una nueva base de formas periódicas de nuestra actuación histórica.

Pasamos los hombres en nuestro vivir de unos objetos a otros. Variamos a cada instante de objeto en nuestro querer o en nuestro pensar. Y estos cambios se realizan por tres razones: 1^º porque a un instante sucede inevitablemente otro, 2^º porque los objetos son múltiples y 3^º porque nuestra atención tiene una duración brevísima. Pero si conseguimos por un gran esfuerzo atencional concentrarnos en un determinado objeto, o en una serie de objetos ligados sistemáticamente, y superamos así los continuos cambios de atención, los instantes cambiantes y los demás múltiples objetos, entonces tendremos en los ciclos de duración, que superan esos continuos cambios de nuestro devenir psíquico, junto con los ritmos psicológicos, un doble y firme apoyo que nos permitirá dar categoría de hechos históricos a determinadas experiencias humanas.

Supongamos que de los infinitos objetos a que podemos atender hemos destacado ya un grupo de ellos por un grado de superior atención como antes decíamos, entonces todos los demás objetos atenuarán su presencia. Esto es lo que sucede cuando determinados hechos se imponen por un grupo de hombres a los demás. La gran masa empieza a reconocer al valor histórico de tales hechos o sistema de hechos que fueron impuestos por aquellos grupos de hombres, o por un determinado pueblo o nación, los cuales tienen la propiedad de coger vigorosamente en la mano la actualidad mundial a causa de la existencia en ellos del poder unificador del ritmo creador. La antorcha del interés histórico se la transfieren los hombres y los pueblos en una rivalidad por supervivir, por inmortalizarse. La historia está hecha por ese esfuerzo de actualización que el instante colectivo pone de relieve. En cada instante, o grupo de instantes infinitos, ligados por los ciclos de duración, la atención colectiva se fija en determinados hechos que son los que más preocupan a los hombres de conciencia viva. Son los ciclos de duración los que permiten a esos hechos vivir de nuevo en nuestra conciencia, ser la base de nuevas ideas y superar las situaciones estancadas de las colectividades. He aquí cómo es posible la superación del vivir en instantes, que es lo propio del hombre, porque cada instante es la síntesis de instantes anteriores y contiene por eso mismo la posibilidad de crear

ciclos futuros. El hombre está convencido de que vive tomando decisiones en instantes sucesivos, pero tiene también la convicción de que posee los medios de superar esos instantes. Por esto mismo tiene la evidencia de que su vivir es esencialmente histórico.

VIII. Historia y muerte

NUNCA hasta la época moderna el hombre adquirió la convicción tan fuerte de la posibilidad de su muerte y de la inmediatez con que ésta puede sobrevenirle. El hombre vive con la convicción de que lo hace en instantes sucesivos y de que en cualquiera de ellos puede morir. Muerte inmediata posible e instante vital es lo que dan realce histórico a la actual vida del hombre. Acaso una diferencia entre las diferentes épocas o edades sería la concepción de la muerte que en cada una de ellas ha tenido el hombre. Así como éste en la Edad Media parecía dejar a los que le sucedieran una mayor amplitud de los temas de sus preocupaciones, el hombre actual se siente ambicioso de aprisionar su historia, de vivirla y de interpretarla. Hay como una ansiedad de crear conscientemente la propia historia, de sentirla nacer, crecer y vivir en el propio sujeto histórico. Cada hombre se siente ansioso de dar un dato válido al vivir trascendente. El individuo quiere superar su individualidad acaso por esa cercanía de la muerte de que hablábamos y cada uno pretende adquirir un mayor sentido de permanencia ante su posible inminencia. Y esta permanencia pretende tenerla el hombre actual por la insistencia en la repetición de sus actos para forjar una historia personal que le libere del trance fatal. En la actual crisis del individuo, motivada en parte por el enorme número de personas que aspiran actualmente al éxito, aquél siente que su libertad le viene estrecha ante la creciente fuerza del Estado para someter y disciplinar tan numerosas ambiciones sueltas. Y acaso los mejores, los que sienten vibrar más fuertemente el ritmo creador, se sienten avaros de su libertad, es posible que no para los momentos actuales de su vida, sino para los de su venidera, la que se prolonga y crea más allá del período actual, de la vida material, porque el ritmo histórico induce e impulsa al hombre a pensar en los demás más que en sí mismo. En este renunciamiento, el hombre de ritmo creador vive los instantes de su vida como si en cada

uno de ellos pudiera morir, porque es la única manera de ser libre ante los demás. A pesar de esto se rebela contra la muerte y le pide permiso para que pueda llegar a realizar su obra, la que ha de entregar plena de sentido histórico a los que recojan su herencia.

El hombre actual tiene mayor conciencia histórica que nunca. Sobre todo el de ritmo histórico vive plenamente los instantes del tiempo, porque sabe que no es en el futuro donde está su obra, sino que es en el instante cuando se forja el ser y que adquiere su sentido de eternidad. Quiere este hombre, que de la misma manera que su vida personal no encierra vacío ni discontinuidad, que la vida histórica tampoco la tenga. Esta apetencia de imposibilidad en el vivir le llena de entusiasmo y de ansia creadora. Hay muchos hombres que no han de figurar posiblemente en la historia humana y que sin embargo tienen sentido histórico. Acaso el humilde esfuerzo creador que realizan tenga su recompensa un día en el piadoso recuerdo de algunos hombres que le sucedan. La historia rectifica, ensancha sus cauces, y acaso algunos de esos hombres humildes también entren en ella. La vida cultural es una continua rectificación. Y quién sabe si uno de los esfuerzos más valiosos de la cultura sea la tentativa de rectificación en la interpretación histórica.

IX. Circunstancia e instante

EL sentido moderno de la historia ha nacido cuando el hombre ha tenido la impresión, sin que se lo haya dicho abiertamente, de que vive irremisiblemente en instantes. Siempre el hombre tomó sus decisiones en instantes, pero nunca como en nuestro siglo *ha comprendido* que *la prisa, la muerte y el instante* viven en tan estrecha imbricación histórica como ahora.

La conciencia de vivir en el instante es lo que ha dado al hombre moderno la impresión tan evidente de que el mundo psíquico vive en movimiento lo mismo que el de la materia. Que las cosas se movían era evidente por la continua insistencia de los sentidos en revelarlo, pero que el mundo del espíritu estuviera también en movimiento no era tan claro, aunque acaso ahora nos lo parezca. Precisamente el objetivo de la cultura en todos los tiempos, hasta el Renacimiento, fue aquietar nuestra imaginación para dejar a la razón enfocar serena-

mente el mundo y traducirlo en fórmulas inmóviles donde la ausencia del cambio impidiera al espíritu la inquietud perenne vital. Fue Bergson el filósofo que puso en movimiento, con su sentido de la continua novedad intuida el mundo interior del hombre. Pero el movimiento que se imprime continuamente a todo el mundo de nuestros recuerdos depende de la noción que del instante tengamos y de la decisión que en el mismo tomemos.

La vida es más instante que circunstancia, pues en ésta se aprecia más lo que rodea al hombre que su impulso mismo. Es verdad que en la apreciación de la circunstancia hay, no solamente el mundo que envuelve al hombre, sino también su propio mundo interior. Pero cuando prestamos mayor atención a la vida como sucesión de instantes y de decisiones que al mundo exterior que envuelve y circunda al hombre, vemos que la circunstancia adquiere mayor sentido y plenitud. No son las personas o los ambientes los que obligan al hombre, sino la forma personal que en la conciencia del sujeto van adquiriendo esas personas o esos ambientes, porque cada hombre no tiene una visión objetiva del mundo exterior, sino que inventa ese mundo exterior y lo injerta en su personal historia bajo la actuación de sus propias fuerzas íntimas, de su temperamento, de su ambición, de sus ensueños, de sus esperanzas. El hombre no ve la circunstancia como si fuera una realidad objetiva, sino que la inventa partiendo de las internas realidades en los sucesivos instantes que va viviendo. Diráse que esto es lo que dice la teoría de la circunstancia; pero yo veo la circunstancia como espacial y racionalista y el instante como temporal y voluntarista. La circunstancia empequeñece al hombre como actor. El instante ensancha la presencia y la acción del sujeto. La circunstancia es el ambiente, lo que envuelve y obliga al individuo impulsando a éste a defenderse y a encontrar salida. El instante en cambio señala al hombre como punto de partida, como reacción típica que no depende de otras fuerzas que de las suyas propias. Vemos, por ejemplo, que la circunstancia económica considera al individuo como comprador, en tanto que el individuo no se ve como comprador sino como ser libre. La sociedad, el ambiente, la circunstancia razona, el individuo no. Por eso en la teoría de la circunstancia el juicio tiene plenitud en la mente del hombre como perteneciente a un grupo, a una colectividad, y en la del instante el hombre parte más bien de su querer. El que toma el instante y la decisión como los fenómenos básicos de la vida, y yo creo que todos los hombres lo

hacen así, se centra en el mundo de las vivencias psíquicas y descubre que en el instante se producen fenómenos interpretativos de una riqueza extraordinaria, en los que el querer y la libertad danse la mano y niegan continuamente la obligación que anula al individuo.

Tanto la circunstancia como el instante están centrados en conquistar el sentido histórico del hombre, pero mientras que el sujeto de la circunstancia siente sobre todo el peso del mundo que le envuelve y del cual es actor y testigo, en el instante el hombre acecha su propio mundo en formación y al crear su historia personal ve surgir la circunstancia de la historia universal. Y esto no es psicologismo ni subjetivismo. Yo no saco el mundo de mí mismo, sino que tengo la convicción de que la fantasía y la intuición tienen mayor fuerza que el razonamiento, que el querer es el que impulsa al hombre más bien que el pensar, por eso entiendo que la *primera historia* es la que sirve de guía inaprehensible a la que el pensamiento *arregla* en la *segunda historia*.

EL LENGUAJE Y SUS PROBLEMAS*

LA lengua, como instrumento coordinador del pensamiento, tiene en nuestra vida inteligente un papel decisivo. Si no existiera en el mundo social del hombre una estructura idiomática coherente, sus ideas y sus actos serían simples manifestaciones mecánicas de la intuición: carecerían de significado semántico coherente.

Sin embargo, mientras lo más probable es que la mayor parte de los estudiosos de la lengua estarán de acuerdo con esta premisa inicial, no todos, en cambio, coincidirían en cuanto a la definición y significado filosófico del lenguaje como manifestación humana.

La obra de Sapir pertenece, por su contenido y orientación, a la escuela científica de la lingüística cultural, propiamente allegada al amplio sistema de disciplinas conocidas como antropológicas.

En este libro puede advertirse el desarrollo, de parte de nuestro autor, de una postura relativista, postura que se apoya en conclusiones dependientes del aporte de datos comparativos.

El propósito principal de Sapir ha sido mostrar cómo el lenguaje es una expresión histórica peculiar de la sociedad en que surge o adapta, y que, por esta causa, su estructura varía según el principio de tiempo y espacio.

En este sentido, el individuo no sólo está predestinado a hablar, sino a hablar de determinada manera y de acuerdo con su específico patrón de tradiciones y conceptos. Tales conceptos constituyen, en parte, la naturaleza inconsciente del lenguaje y su estructura.

Para sustanciar tales concepciones, Sapir invoca la situación hipotética de un individuo infantil que sobreviviera sin convivencia social. Este aprendería a caminar, como consecuencia normal del desarrollo nervioso y muscular del sujeto, pero indudablemente sería incapaz de hablar, esto es, no dispondría de la aptitud de "comunicar ideas según el sistema tradicional de una sociedad determinada".

Por otra parte, un individuo trasplantado a un ambiente social distinto del suyo primitivo, desarrollará la disposición de caminar más o menos igual a como lo hubiera hecho en su medio original, pero, sin embargo, su habla será diferente de la que hubiera desenvuelto de haber permanecido en su sociedad de procedencia. Así, el habla es

* EDWARD SAPIR, *El lenguaje*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1954, 280 páginas.

una herencia "puramente histórica del grupo"; se trata de una función adquirida, cultural, no instintiva.

Sin embargo, Sapir no piensa que exista una verdadera relación causal entre la cultura y el lenguaje. Más bien piensa que el lenguaje y la cultura constituyen dos procesos disímiles de la obra humana (248). Pero, por otra parte, "el vocabulario de una lengua suele reflejar con mayor o menor fidelidad la cultura a cuyo servicio se encuentra" (249). La lengua, por ende, constituye una forma de expresión de la experiencia comunicable.

El sentido de esta declaración, no muy explicada, quizá arranca del hecho de que una lengua puede ser trasplantada de un punto a otro y, sin embargo, no representar al *genio* cultural del pueblo receptor de la misma.

Sapir rechaza toda idea que suponga la aceptación de que el aparato formal del lenguaje procede de una fuente onomatopéyica. En este caso, los factores onomatopéyicos constituyen el elemento ínfimo en la situación lingüística. Según nuestro autor, ni siquiera en los pueblos primitivos se manifiesta una preferencia particular por la formación de palabras imitativas. Si bien el ambiente natural puede servir de estímulo para el desarrollo de un lenguaje imitativo, la base fundamental de éste nace de ideas, emociones y símbolos producidos de una manera deliberada. Sapir rechaza, como ilusoria, la idea o la sensación, "que muchos creen experimentar de que pueden pensar, y hasta razonar, sin necesidad de palabras" (23).

Esta ilusión se debe, según él, "a la incapacidad de distinguir entre la imagen y el pensamiento". De acuerdo con tal situación, cada vez que una imagen es puesta en relación con otra surge un sistema inconsciente de palabras que es lo que, precisamente, dota de sentido a las imágenes. En todo caso, no debe confundirse, como se hace con frecuencia, al lenguaje con el simbolismo auditivo.

Cuando Sapir se insume en la historia del lenguaje, piensa que éste precede aún "a sus manifestaciones más rudimentarias de la cultura material", hasta el punto de considerar que estas manifestaciones no fueron posibles sino cuando el lenguaje llegó a adquirir una estructura formal suficiente como instrumento de expresión.

De acuerdo con este postulado, cada idioma tiene un plan básico, el que da coherencia lógica a cada una de las manifestaciones de la cultura. Así, lo mismo que las instituciones sociales, el lenguaje es difícil de captar en su integridad; necesita ser analizado en sus partes, y presenta las mismas dificultades de aprehensión de su significado que la misma cultura en que se halla inserto.

Según Sapir, si queremos captar *el alma del lenguaje*, necesitamos liberarnos de los valores propios y enfocar con actitud científica su sentido profundo. Esta es la actitud previa a que llega cualquier investigador de la cultura, especialmente en el campo de la antropología; constituye una necesidad *sine qua non* del lingüista que quiera penetrar en la comprensión de un idioma extraño.

Pensando en las posibilidades que tenemos de captar el significado de la lengua, el autor nos plantea que, debe partirse de la idea que rara vez una lengua se mantiene fiel a su forma original, que sus grados sintéticos suelen cambiar con cierta facilidad y que, en cambio, el tipo conceptual es lo que tiende a permanecer vigente un mayor período de tiempo (166-7).

Respecto a la formación de las diferencias dialectales, Sapir opina que las variaciones individuales no tienen suficiente capacidad para llevar a la constitución dialectal, pero, en cambio, cada lengua extendida sobre un vasto territorio propende a segregarse y a especializarse en un desarrollo local. Empero, en las circunstancias culturales presentes, con sus tendencias uniformadoras, la tendencia dialectal, el localismo lingüístico, tiende a ser contrarrestada por el rasero de la uniformidad.

Desde luego, una vez rota la comunidad lingüística, es posible que sus ramificaciones se separen tanto del idioma matriz que, con el tiempo, las cosechas dialectales vengán a tener un desarrollo aparte del original. Esto puede pensarse como consecuencia del hecho que si fuéramos a buscar los orígenes de idiomas actualmente separados entre sí como el irlandés, el inglés, el italiano, el griego, el ruso, el armenio, el persa y el bengalí, por ejemplo, nos encontraríamos con que todos ellos tienen un origen común remotísimo, que las diferencias culturales y su desarrollo particular separado de solidaridad con el otro, han determinado el que hayan alcanzado su presente disímil situación.

Las tendencias del cambio lingüístico, por otra parte, deben buscarse normalmente entre el habla espontánea de la masa del pueblo, y, en particular, deben estudiarse en el desarrollo de las *leyes fonéticas*. Según Sapir, la transformación fonética está integrada por tres elementos básicos: 1) una corriente general que fluye en determinada dirección, corriente de la que no se sabe nada, y cuyo carácter es dinámico (tendencias a un acento tónico más o menos marcado, una mayor o menor sonoración, etc.); 2) tendencias a reajustar o a conservar el sistema fonético; 3) tendencia conservadora que entra en acción cada vez que se produce un desajuste morfológico demasiado grave en la corriente principal de la lengua. Las tendencias del cambio, son más ostensibles generalmente en los sonidos que en los sistemas fonéticos.

La lengua tiene un aspecto dinámico, de difusión y necesidad de adoptar nuevas palabras, que hace que raramente se baste a sí misma. Esta reconstitución permanente de la eficacia la logra, usualmente, por medio del intercambio directo o indirecto, según sea la naturaleza del contacto cultural.

Para Sapir, una manera de percatarse del papel que han jugado los diversos pueblos en la cultura universal es examinar qué cantidad de su vocabulario es el que se ha infiltrado en otros pueblos (221). De cualquier modo, "el lenguaje es quizá el fenómeno social que más se resiste a influencias extrañas, el que más se basta a sí mismo". Es más fácil suprimir del todo una lengua que desintegrar su forma individual.

Durante el recorrido por la obra, puede encontrarse un rico material comparativo, interpretado a base de una rigurosa técnica descrita en idioma sencillo. Su claridad expositiva, sobre un tema tan intrincado como la lingüística, sirve para que sea posible comprender la posición metodológica y teórica de las ciencias culturales ante el problema lingüístico, problema en el que Sapir ocupa una posición maestra.

Claudio ESTEVA FABREGAT.

Presencia del Pasado

MÚSICA PRECORTESIANA

Por Samuel MARTI

LA música precortesiana es la Cenicienta de las disciplinas americanistas. Es el personaje olvidado de nuestro pasado mientras sus hermanas lingüísticas y arqueológicas disfrutaban del presupuesto y la atención del público.

Alfonso Caso señala la importancia que tenía la religión en los pueblos mesoamericanos "interviniendo como *causa* aun en esas actividades como los deportes, juegos y la guerra que a nosotros nos parecen ajenos a sentimientos religiosos". Caso olvidó decir que el canto, la música y la danza eran tan esenciales a sus ceremonias religiosas y cívicas como éstas lo eran a sus actividades cotidianas.

Esto no quiere decir que la música solamente se empleaba en actos religiosos como muchos creen. En Sahagún leemos: "Había gran ruido en todo el pueblo, por razón de los cantares y del tañer de cada familia". También refiere que a los guerreros victoriosos les era permitido beber y bailar con muchachas entrenadas para esos quehaceres. Landa sugiere danzas eróticas entre los mayas "en especial uno que llamaban Nanúal, no muy honesto". Durán es más explícito asegurando que: "También había otro baile tan aguñillo y deshonesto que casi tira al baile de esta sarabanda que nuestros naturales usan con tantos meneos y visajes y deshonestas monerías que fácilmente se verá ser baile de mujeres deshonestas y de hombres livianos llamábanle *cuécuecheuycatl* que quiere decir baile cosquilloso o de comezón". El padre Garibay en su valiosa obra *Historia de la literatura náhuatl* nos brinda bellas traducciones de algunos de estos cantos, tan sugestivos y delicados.

Todos los cronistas del siglo XVI comentan con admiración la habilidad y disciplina musical de los nativos. Todos subrayan la facilidad con que los indígenas aprendían la difícil polifonía religiosa que les enseñaban los frailes. Torquemada nos asegura: "...no sólo salieron con el Canto Llano, mas tam-

bién con el Canto de Órgano: y después unos a otros se los van enseñando, y ai entre ellos muchos, y mui diestros Cantores, y Maestros de Capilla. . . finalmente no ai género de Música que se use en la Iglesia de Dios, que los Indios no lo tengan y usen. . . Una cosa puedo afirmar con verdad (sic), que en todos los Reinos de la Christiandad (fuera de las Indias) no ai tanta copia de Flautas, Chirimías, sacabuches, Trompetas, Orlos, Atabales como sole en este Reino de la Nueva España. . .”

Mendieta en su admirable y muchas veces copiado capítulo sobre la música en su *Historia eclesiástica indiana* nos da una descripción detallada que nos permite apreciar el extraordinario desarrollo de la música precortesiana. Mendieta describe efectos musicales que hoy se conocen bajo el nombre de tonalidad, modulación, contrapunto, composición, crescendo, disminuyendo, acelerando y rallentando. Algunos de estos efectos son indicados por primera vez en partituras europeas de principios del siglo XVII.

Sahagún confirma lo escrito por Mendieta y Motolinia y nos cuenta con lujo de detalles cómo era costumbre entre los grandes señores aztecas, el ordenar obras originales para sus fiestas y celebraciones particulares, algo parecido a lo que se acostumbraba en las cortes europeas. Los mismos señores señalaban el tono o "punto" en que querían las composiciones, así como el carácter de las danzas y melodías y los adornos de los danzantes. Estas composiciones no eran cantos primitivos sencillos, sino verdaderos bailables ejecutados por sus propios músicos, cantantes y bailarines. Por cierto que toda una parte de la obra monumental de Sahagún está dedicada a describir las fiestas religiosas del año, y en casi todas se efectuaban cantos y danzas rituales. También entre los objetos rituales con que se confirmaba la elección de los grandes señores en Tula, Chichén-Itzá y Monte Albán se encontraban flautas simbólicas o ceremoniales. Cuatro de estas flautas existen en el Museo Nacional, una tolteca de hueso con exquisitos esgrafiados donde se representa el totem de Mixcóatl, el venado bicéfalo, una maya de la isla de Jaina, otra mixteca con una campana única de barro "calado" y la temible flautilla de Tezcatlipoca.

Hace muchos años que se conocen estos datos, sin embargo, todavía se sigue repitiendo en las escuelas e historias de la música el juicio nada técnico de Cortés, de que la música autóctona era monótona y muy aburrida. Hasta un musicólogo tan erudito y famoso como Curt Sachs se atreve asegurar en su

Historia de los instrumentos musicales, que los instrumentos americanos eran excesivamente primitivos y de origen asiático y que nuestros aborígenes "permanecieron increíblemente atrasados en música, cuando menos en cuanto a la música instrumental". Con razón casi todo lo que se ha escrito y dicho sobre la música precortesiana adolece de especulaciones vagas, entusiasmo romántico-literario o falta de datos precisos.

La investigación de la música aborigen ha sido enfocada sin ninguna base histórica, cronológica o musical y generalmente desde el punto de vista de la música europea que es la que se enseña en todos los conservatorios y escuelas de América. Aun en México donde funcionan varios institutos y dependencias indígenas, un conservatorio nacional y la escuela de música de la Universidad, no existe un curso de música indígena. Es más, ¡recientemente el único doctor en música existente en México negó la existencia de la música precortesiana!

La música indígena tiene una tradición añosa y dinámica de alcance continental. Al igual que la música de otros países surge de la masa del pueblo y refleja sus creencias, costumbres y medio ambiente y forma parte de su patrimonio cultural inalienable. La música percusiva y agresiva del norte y la alegre y sentimental del centro puede parecer diferente de la música solemne y marcial del sur, pero básicamente todas siguen los lineamientos de la gran tradición precolombina que las anima.

Al igual que el arte, la música aborigen difiere de los conceptos europeos. El hombre juega un papel insignificante en el drama cotidiano de la religión y el mito del mundo indígena. Enraizado a la tierra el nativo concibe a sus dioses como encarnaciones de las fuerzas de la naturaleza —cruels, inexorables y despiadadas. En su mente el papel del hombre es adorarlos y ayudarlos a sostener su poder ofrendándoles sus dones más preciados —¡su propia sangre y corazón! La función del arte y de la música no es provocar emoción estética, sino fanatismo religioso, ese fanatismo que arrastra al hombre hacia la piedra de los sacrificios o a la hoguera o martirio. Por su naturaleza es arte y música imaginativa y expresiva.

El indígena no canta o danza para exhibir su destreza o sus emociones. Tampoco trata de entretener o adular. El indígena canta y danza para honrar y propiciar a sus deidades ancestrales. Su música es la expresión de su fe, esperanzas y temores en sus deidades, ya sean en forma pagana o cristiana. La música no se practica en el espíritu exhibicionista, subjetivo

y virtuosístico occidental sino más bien con el fervor impersonal de la música religiosa europea anterior al siglo X. A los cantares de carácter íntimo como los de amor y muerte, no se les da ningún valor y el nativo se rehúsa comentarlos o cantarlos.

La tradición musical aborigen tiene una vitalidad que le permite asimilar melodías y ritmos exóticos. A esta vitalidad se debe la aparente paradoja de versiones indígenas de melodías y formas extranjeras. Las formas y melodías son extrañas pero su carácter e interpretación son autóctonas. Algunas pascolas yaquis, bolonchones tzotziles y hasta música zapoteca para el venerable arco musical, están inspiradas en cantos y danzas europeas y canciones comerciales actuales. Muchos cantos de los pieles rojas de norteamérica se refieren a episodios de la Guerra Mundial, béisbol y la bandera americana.

El mismo fenómeno se observa en los instrumentos. Los laúdes, guitarras y violines lacandones, chamulas, otomíes o tarahumaras son casi idénticos a sus prototipos europeos del siglo XVI, pero es materialmente imposible ejecutar música europea en ellos. Esto se debe a que fueron contruidos para tocar música autóctona. Es el mismo caso de la manera peculiar de cantar del indígena que obedece a una técnica de efectos espontáneos, impresionantes, muy distinta de la europea a base de agilidad, sonidos agudos y trinos para lucir la voz y temperamento del cantante.

Es esta esencia o carácter indígena que debemos indagar al estudiar la música indígena y no sus similitudes con la música europea.

La creencia general de que la música precortesiana solamente empleaba la escala primitiva azteca de cinco sonidos se debe a la noción prevalente de que la cultura azteca, por estar más cerca de nosotros en tiempo y espacio y ser la más conocida, fue la principal, si no la única cultura representativa de Mesoamérica. Debemos tener presente que los pueblos que ahora conocemos como aztecas fueron descendientes de tribus nómadas, semisalvajes procedentes del norte que llegaron al altiplano escasamente doscientos años antes que los europeos.

Inspirados en una fe ciega en su superioridad como guerreros y sagazmente dirigidos por sus jefes-sacerdotes, los aztecas conquistaron las antiguas culturas existentes, asimilando sus conocimientos, artes y dioses. Inspirados por su fervor religioso como futuros dueños del Anáhuac, es obvio y lógico que



Tocador de ayotl. Cultura del Occidente. Colección Martí.



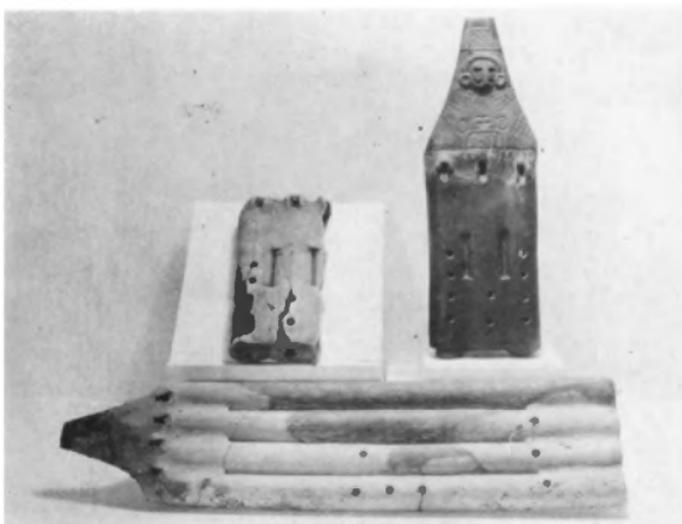
Músicos mayas. Tocadores de timbal de barro, de flauta y de sonaja. Códice Dresden.



Trompetas de caracol. Al fondo reproducción de Villagra de los trompeteros de los murales de Bonampak, Chiapas.



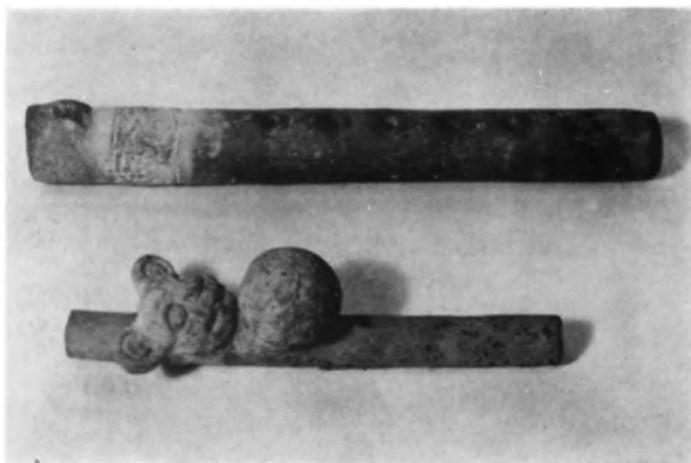
Senajas y cascabeles. Museo Nacional de Antropología.



Arriba: Flautas múltiples; abajo: Flauta cuádruple de la colección de Diego Rivera. Estos instrumentos producen acordes de tres y cuatro sonidos. Culturas del Golfo. Museo Nacional de Antropología.



Tres flautas ceremoniales, graves, probablemente de procedencia mixteca. La tercera tiene una salida de sonido o campana única hecha con técnica de calado, que nos recuerda las fachadas de los templos. Museo Nacional de Antropología.



Dos flautas ceremoniales mayas. La segunda es de escala y tipo muy antiguos, pues solamente produce dos sonidos; la otra produce una escala fundamental de siete sonidos idéntica a la escala diatónica europea. Proceden de la isla de Jaina. Museo Nacional de Antropología.

los sacerdotes músicos aztecas conservaran su música tradicional basada en la primitiva escala pentáfona que era factor esencial de su religión y costumbres.

Los aztecas representan solamente el último nivel o cumbre de una pirámide formada por viejas y bien desarrolladas culturas procedentes del sur que trajeron sus dioses venerables, sus conocimientos y un arte y música perfeccionados y de increíble riqueza. Lo cual explica que nos encontremos con una escala de seis sonidos en una flauta milenaria del arcaico y una gama de siete sonidos similar a la escala diatónica europea en una flauta maya de la isla de Jaina, así como flautas dobles y triples, y hasta flautas cuádruples que producen acordes de cuatro sonidos. Debido al desconocimiento de estos y otros instrumentos que existen en la Sala de Instrumental Precortesiano en el Museo Nacional, generalmente se sigue creyendo que la música indígena tiene un carácter percusivo y monótono. Nada puede ser más erróneo, como lo prueban el gran número y variedad de flautas, instrumento esencialmente melódico, que existen en los museos y colecciones particulares. Estos instrumentos han sido estudiados en mi libro *Instrumentos musicales precortesianos* editado por el Instituto Nacional de Antropología.

Algunos de estos instrumentos como la flauta doble de tipo etrusco, la flauta triple y la cuádruple, hacen resaltar los esfuerzos audaces y eruditos de investigadores como Caso, Bernal y Jiménez Moreno con el fin de desentrañar el orden y cronología de culturas hasta ahora explicadas con frases vagas y evasivas y etiquetas convencionales como arcaico, occidente, olmeca y tolteca. ¿Quiénes fueron, cuándo y de dónde vinieron estos pueblos privilegiados? es la pregunta desafiante del día. Restos de su arte exquisito aparecen diariamente por toda Mesoamérica y emigran al extranjero.

Resulta candoroso creer que los músicos y alfareros que crearon y tocaron instrumentos tan perfeccionados, basados en un conocimiento profundo de acústica y de las series de armónicos, solamente hayan conocido la gama primaria de cinco sonidos. No solamente emplearon esta escala sino además otras más desarrolladas de más sonidos, así como un sistema incipiente de armonía, probablemente parecido al órgano y dis-canto europeos del siglo X y la polifonía libre, tradicional de los conjuntos asiáticos.

Esto salta a la vista al estudiar el raspador gigantesco de

Oaxaca con cuatro series diferentes de ranuras, el uso de trompetas gemelas, los tambores de tronco de árbol con sonidos afinados, llamados teponaxtle y tecomopiloa, las flautas, ocarinas y silbatos del mismo tipo pero de diferentes tamaños y desde luego al escuchar las flautas dobles, triples y cuádruples que producen acordes de dos, tres y cuatro sonidos.

Confirman los datos que arrojan los instrumentos, las descripciones de los cronistas, quienes siempre subrayan el carácter colectivo de las prácticas musicales y la habilidad de los nativos para afinar, modular y componer música en ciertos "puntos" o tonalidades.

El estudio de la música indígena actual revela importantes características de origen precortesiano que pueden resumirse como sigue: Introducciones e interludios rítmicos; preocupación por una afinación precisa, los músicos siempre vuelven a afinar su instrumento antes de iniciar un nuevo trozo. Recuérdese que los músicos antiguos que desafinaban o se equivocaban eran sacrificados; unidad temática; variedad melódica; uso de formas antifonales y de variaciones; empleo de acentos en la percusión que no siempre coinciden con el acento rítmico de la melodía pero que le dan vitalidad y variedad al acompañamiento; empleo de ritmos combinados pero sin llegar a la sincopación exagerada y sensual característica de la música afrocubana; ausencia de cadencias —la melodía termina súbitamente o cambia después de un interludio rítmico; uso de puentes basados en el disminuyendo-rallentando y crescendo-acelerando como medios modulatorios. Generalmente el raspador o huehuatl presenta gradualmente el nuevo ritmo o tempo que introduce la melodía; uso del ostinato-repetición de un diseño rítmico, pedales —repetición del mismo sonido como bajo, y reiteración— y el empleo de melodías apropiadas que reflejan el carácter y ambiente del rito, danza o canto.

El impacto emotivo y la belleza de algunas melodías escuchadas en las fiestas de Semana Santa sólo se pueden apreciar después de días de procesiones, y muchas desveladas en algún pueblo aislado en la sierra o el desierto. Con frecuencia se emplean instrumentos o combinaciones raras de instrumentos, como la llamada "chirimía" de Guerrero, Puebla, Oaxaca y otros Estados de la República. Este instrumento es similar al *lolkin* araucano y consiste de un tubo largo con su campana de cuerno o calabazo en el extremo. Pero su embocadura es de tal forma, que en vez de tocarse en la manera acostumbrada

soplado dentro del tubo, se toca al contrario, aspirando la columna de aire. Generalmente se toca a medianoche desde las torres de la iglesia y precisamente en Viernes Santo. Su sonido es lúgubre e imponente y su tesitura muy limitada. También se emplean resonadores de jícaras de agua, tambores sordos y combinaciones de flautas que tocan melodías en diferentes tonalidades con efectos impresionantes.

El carácter frívolo y burlón de cualquier canto o danza de carnaval que son en los que el indígena se siente más libre para expresar sus sentimientos respecto al europeo, es evidente al oyente más profano. También hay muchas danzas tradicionales como los tlacoleros, quetzales, acatlaxqui, tecuanes y negritos que por su colorido, coreografía y disciplina resultan verdaderos bailables. Sin embargo, raramente son acompañados por más de tres o cuatro músicos y lo más común es que un mismo músico toque la flauta, pito, y un huehuetl. La exaltación y fuerza de los conjuntos instrumentales precortesianos son sugeridas por las elocuentes y dramáticas representaciones musicales en los códices, vasos ceremoniales y murales de Sta. Rita, Honduras y Bonampak, Chiapas.

La música precortesiana puede clasificarse como sigue: Mágica, de cacería o totémica; ritual; guerrera; ceremonial, música empleada en los festivales cívicos y religiosos celebrados durante el año; profana o secular para fiestas particulares; cortesana, usada en los agasajos públicos ofrecidos a los grandes señores; humorística, imitando pájaros y otros animales; cantares religiosos, según Carlos Chávez la expresión más depurada y elevada de la música indígena; popular o folklórica, y la erótica.

Urge justipreciar todos los datos e instrumentos relacionados con la música precortesiana con el fin de iniciar su estudio sobre bases sólidas, tanto históricas como científicas y musicales. Por patriotismo y prestigio deben fomentarse las investigaciones musicológicas como factor importantísimo en los estudios antropológicos. La música fue y sigue siendo una fuerza vital en la vida de la comunidad indígena. La música forma parte integral de la manera de ser del indígena y no puede seguirse ignorando.

EL INSURGENTE PEDRO MORENO Y LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

Por José Guadalupe ZUNO

SAN Juan de los Lagos está caldeado. Su aire quema. Es la horrible sequía de los Altos de Jalisco, que agobia y que desespera no sólo a los hombres y a los demás seres animados; sino al paisaje mismo, a la vegetación, a la naturaleza toda. El cauce del río se ve completamente seco. Arden las piedras entre los almágres de la tierra y las arenas grises. Zacatales y yerbajos, chaparrales y mezquiteras, todos cuelgan las desmayadas hojas entre las secas ramas y tallos, en un recogimiento mortal de agonía. La vida está en suspenso y el tiempo, con su impasible avance, es el único que no clama pidiendo agua. La tarde se ve arrastrada por él, tan fatigada, que si lo sigue es porque parece comprender que, al convertirse en noche, tendrá un fresco descanso. Cualquier ruido tiene resonancias penetrantes que hieren los oídos.

Los cascos de unas caballerías que bajan por la cuesta del camino de Guadalajara, hacen creer que se trata de un regimiento que llega; y la ilusión se afirma cuando el ruido se acerca, porque además las alegres voces y las risas de los hombres la comprueban. Mas al fin de un recodo, ya sobre el río reptil, la ilusión se acaba; pues no más cuatro son los alharaquientos, sobre cuatro negras y lozanas mulas, que sudorosas, con visible cansancio, avanzan a paso lento, acuciadas por un indígena que lleva en la mano una vara de membrillo. Las herraduras de las mulas y los huaraches del indio, levantan un polvillo fino y pesado, que hace las veces de humo en el incendio general. Los jinetes se cubren la nariz y la boca con paliacates que llevan atados al cuello; y cuando ya suben la otra banda del río para entrar al pueblo, se deja oír el volar reseco de una espantada algarabía sonora, que con ardor de llamas metálicas de las campanas, sale de la torre, en tono

profundo, al rojo vivo, y hace segunda al canto ladino de las pequeñas esquilas. Han sido echadas al vuelo como en alarma, llamando a los feligreses para orar en demanda urgente del agua para apagar la sed. Al momento el anterior silencio sofocante se convierte en resonante bullicio. De las primeras casitas, las únicas que ven los viajeros al subir del río, salen apresuradas las gentes y se dirigen al centro. Uno de los jóvenes ordena al indígena que vaya a informarse de las causas de todo aquello, y los otros tres observan calladamente. El arriero vuelve con la noticia de que habrá una procesión para rogar a Dios que acabe la sequía, y el grupo entra por las calles, donde ya una multitud se atropella tomando apresuradamente el rumbo de la Parroquia. Completa el indio su información refiriendo a los jóvenes, apenado, que muchas reses han muerto ya, y caballos y burros, por la falta de agua; y que los labriegos no se han resuelto a sembrar, porque temen perder el grano, pues la lluvia no se inicia a pesar de que ya el temporal debía estar en su apogeo. La dura tierra colorada se ha quedado nomás, arada y barbechada. Por los rumbos de la hacienda de La Llave; por La Joya; por Teocaltiche y por San Miguel, se ven en el lomerío y en los potreros los animales muertos; los aguajes secos, las norias y los pozos chinos también y las presas tienen las compuertas abiertas como fauces sedientas, el vaso reseco y vacío, con su fondo estrellado en infinitas rajaduras y arrugadas costras de limo que también piden agua. Todos temen ya hasta por la vida de la misma gente.

El murmullo humano como de enjambre de abejas, a lo lejos, se alterna con los primeros cánticos. El que parece dueño de las prietas mulas, el que dio órdenes al mozo, comenta con sus compañeros todo aquello y apresurando el paso, los urge a tomar parte en la procesión. Él es amigo del cura del pueblo de San Juan, y se llama Pedro Moreno. Sus compañeros son seminaristas y él lo fue también. El doctor don Francisco Severo Maldonado, cura de Ixtlán del Río, viene con él. Estudió en el mismo Seminario y es su contemporáneo. Por todas las veredas de las alturas circundantes se ven bajar los campesinos atraídos por el pregón de las campanas. El señor cura de San Juan está ya listo, rodeado por la multitud, para iniciar la marcha. Ya casi llega la noche, noche profunda, honda que recibe y absorbe las largas sombras de los picos montañosos que sitian al pueblo en la hondonada donde la población muere de sed, con fiebre de hidrofobias. Los torvos peregrinos van

poco a poco encendiendo sus velas de cera, gruesas y amarillas, que lanzan luego sus flamas también amarillas como la enferma noche, que a poco se enrojecen en su centro y luego llegan hasta el rojo blanco. Las brochas del Greco están ya ahí, entonando las llamaradas con tintes verdosos oscuros y con azules más oscuros aún. Las espesas penumbras se dibujan así, y Theotocópuli alarga ya las figuras de aquel purgatorio copiando su cuadro *El Espolio*, que pintó para la catedral de Toledo, así como en otras ocasiones también lo copió; y ahora para la de San Juan, con seres vivos. Rostros vascongados, castellanos, godos, navarros, moriscos y arábigos, están ya en este cuadro con sus barbas en todas las formas, desde la grande, sucia y lacia, hasta la puntiaguda y rizada. Todo en místicos reflejos, cada figura en contraste dramático con las otras; con tristísima resignación unas, otras con sañuda rabia, herética y atea; las más en ansia de esperanzas queriendo ver el milagro de que tormentosas nubes vengan a inundarlos a chorros. Éstos entonan salmódias unciosas, llenas de piedad; aquéllos gritan oraciones como una imprecación o una injuria y otros mueven levemente los labios con una mueca de escépticos. Jinetes de todos los rumbos llegan, hombres y mujeres, a completar el cuadro. La marcha empieza por la calle real. Aquellos fantasmas tienen rostros que recuerdan por sus rasgos los orígenes iberos, celtíberos, túrdulos, vándalos, godos. Arrastran como en succión otros muy diferentes: los cacxanes, los otomíes, y junto con los perros, los otros grupos indígenas de la región que temerosos y humildes se suman al tumulto llenos de angustia mucho mayor que la de los encomenderos, porque tienen su fe perdida. Ya no existen sus viejos dioses ni sus ídolos: Heri, Teopiltzintli, Nayart. Todas las razas juntas, parecen estar más que en este mundo, en el infierno.

Si José Clemente Orozco ya hubiera nacido en esos días últimos del siglo XVIII, habría arrebatado la paleta de las manos largas del Greco para acentuar los rojos y los anaranjados provocando una conflagración en aquel conjunto de teules y de peninsulares. Habría descolgado ese rugoso y enorme crucifijo de colorín que llevan los monjes bajo el palio, y habría puesto al Cristo a rajar su cruz, hacha en ristre, en un rapto de coraje y decepción. . . Y al señor cura de San Juan de los Lagos, ése que va ahí bajo el palio, con la reluciente custodia en sus gordas manos, lleno de ropajes y estolas, de alamares que le dan aspecto de militar, Clemente lo habría sustituido

con una caricatura del propio señor doctor, grandota, abultada, barrigona, con una expresión enfática en la cara de redondos cachetes, resudando una pedantería insufrible. La presunción es el lado flaco del gordo totache. Después de caminar por calles y callejones, la procesión vuelve a la Parroquia y ahora da la impresión de una horda que toma por asalto una fortaleza. . . Da pavor observar las ansias bélicas en aquellas gentes. Menos en los indígenas, que marchan automáticamente. El templo, que deslumbra con mil ascuas, contiene un aire espeso, asfixiante, que también parece arder. Allá adentro, en el altar mayor, están algunas monjas de muchos hábitos y colores, y frailes de todas las religiones implantadas en la Colonia. Monaguillos colorados, y presbíteros de sotana negra y sobrepelliz de encajes blancos, espolvorean los primeros el humillo acre de los inciensos y copales, y entonan los otros sus cánticos guturales en latines que no entienden. Rezan las beatas contando las avemarias en las gordas cuentas y décimas de los rosarios enormes. Llamas de los incensarios, llamas de los grandes cirios; y pesados hedores de los pabilos de los velones y de los cuerpos y ropas de los penitentes, que no conocen el agua desde hace meses, o años tal vez. Llamas e incendios del Greco y de José Clemente Orozco; calor, lenguas secas, gargantas tías y reseca, sudores, desmayos; plañideras y ríspidas plegarias que también queman. . . Todo, todo, menos agua

—¡Señor. . .! —gritan los pobres caxcanes—, ¡danos agua para nuestros cuamiles!

—¡Virgen Santa. . .! —aúllan los encomenderos—, ¡queremos agua para las siembras. . .!

—¡Señora nuestra de la Concepción. . .! —imploran frailes, monjas y curas—, ¡mándanos el maná del agua. . .! ¡Agua. . .! ¡agua, para que podamos ofrendarte rosas y para que todos tus hijos puedan vivir y terminar su templo. . .!

El señor obeso cura entra por el portón de la parroquia como general en su cuartel, gallardo, derecho, ventruado, lleno de arreos bizantinos y encajes de Jalos; y así, también él suda y se abochorna como todas sus ovejas y como los cirios, que gotean su ardiente líquido para decorarse el cuerpo con las estalactitas y estalacmitas blancas, bellas y quemantes. Los fantasma que arrastra en pos el señor cura, se apretujan y se ven alargados por las chispeantes llamas de arriba y las sordas sombras de abajo, y se mueven con tediosa calma, como si estuvieran suspendidos en el aire, sin pisar la tierra ingrata. Tienen

las caras arrugadas y sucias. De su boca salen desganadas y secas preces.

Ya llegó el palio al centro del templo. Todos se arrodillan. Tienen las cabezas descubiertas los hombres y embozadas las mujeres, pero todos vuelven a gritarle a Dios sus improperios disfrazados de oraciones. Piden agua para ellos, para sus pobrecitas bestias. . . y para aquellos pobrecitos inditos que ahí están prosternados, nuevos cristianos que ofrecen venir a danzar tres días seguidos en el atrio, a cambio de una poquita de agua; porque si no, todos morirán. Morirán como murieron ya los dioses de los indios, Huitzilopochtli, Coatlicue y Tláloc que por tantos siglos hicieron caer torrenciales lluvias cada año sobre las viejas razas, fecundándolas y fertilizando sus tierras a cambio de los sangrantes corazones de sus doncellas sacrificadas.

Don Pedro Moreno y sus acompañantes van con algún retraso, pero todos los miran con mucha atención. Se dan cuenta de que el señor cura no está abrasado por los apasionados y calenturientos fanatismos de sus feligreses, sino más bien parece como despreciarlos, orgulloso, con un dejo de superioridad y soberbia, mirando con desdén al rebaño por encima del hombro y caminando con paso corto y descansado. Don Pedro y los seminaristas secretean sus comentarios. El donoso Maldonado ha sido ya cura de Ixtlán del Río. Lo traen de la Ceca a la Meca porque los canónigos de Guadalajara no lo quieren. Fue maestro de filosofía en el Seminario y ahí mostró ciertas ideas y preferencias afrancesadas, que lo dejaron en entredicho. Todos le sacan el bulto y se alejan. En ambulatorios y sacristías es comidilla sabrosa. Don Pedro, que lo conoce mucho, dice que sí vale; que por eso le temen los españoles, como temen a todos los criollos y por eso le cierran el paso en los puestos eclesiásticos y en los del gobierno virreinal. Es algo insuflado, ciertamente; pero ello no le quitará su valimento intrínseco de sabio economista que busca un progreso igualitario del país, con libertades nacionales y personales para todos, hasta para los indios. Terció aquí otro de los estudiantes para decir que él, Juan Antonio Montenegro, siendo originario de Sayula, había pasado ya a estudiar a México; que venía de visitar a sus familiares y que había estado de paso en Zacoalco y en Zapopan, lugares todos en los que encontró organizaciones de los Guadalupos, sociedad en la que se reunían todos los amigos de la independencia de México; que el doctor

Maldonado era de dicha sociedad, así como muchas personas de Los Altos y de otros lugares del país, y que, efectivamente, era hombre de gran sabiduría.

Ya el cura venía saliendo de la sacristía, después de terminar las ceremonias y de arrojar el bochorno de las vestiduras. Vio a los jóvenes y a don Pedro y hacia ellos se dirigió con calmado alborozo, acompañado de su fiel condiscípulo y amigo el padre José Ángel Sierra. Saludáronse cariñosamente los que ya se conocían, y presentaron a los otros dos seminaristas: luego salieron del templo con aprietos, porque las gentes se empeñaban en permanecer de rodillas hasta sentir la lluvia como pago de todos sus trabajos y estaban como petrificadas en el interior de la parroquia, ansiosas de oír rayos y truenos aunque fueran los del Juicio Final.

Moreno y Maldonado iban delante con el cura, y Sierra y los otros detrás. En Jalos vivía entonces la novia de Moreno, doña Rita Pérez, y quería pedirla en matrimonio para casarse a fines de ese mismo año de 1798, y por ello rogó a don Francisco Severo que lo acompañara en el pedimento. Para esperarlos, opinó Montenegro que pasaran a la fonda del lugar, habiéndose opuesto el señor cura, diciendo que tal cosa equivaldría a quedarse sin tlaco los señores estudiantes; pues la señora doña Petrita Zermeño, la dueña de la fonda, era dura en el cobro, en cuanto veía caras desconocidas. Refirió en apoyo de su dicho la ocurrencia pasada al Ilustrísimo Señor Doctor el Arzobispo de la Nueva Galicia, don Juan Ruiz de Cabañas, hacía poco tiempo, cuando iba de visita por todos los curatos y dependencias de su obispado. Llegó él en su coche, muy a la madrugada, de paso por San Juan, rumbo de Santa María. Sintiendo apetito, ordenó al cochero que parara frente a la fonda; y a uno de los familiares, que tocara a la puerta y ordenara un refrigerio. Así lo hizo el lego. La fondera abrió el postigo precautoriamente, y dando un alborozado

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar...!
—abrió a las carreras la puerta, besó la mano del Obispo, encendió las velas y sirvió sobre blanquísimo mantel adornado con encajes, tazones de porcelana de China rebosantes del espumoso chocolate mexicano. En una floreada batea de Uruapan, ofreció dorados picones de huevo y canela y ricos molletes con mantequilla. Todo fue devorado por el señor Cabañas y sus familiares. El cochero quedó afuera satisfecho con los olores que despedía el almuerzo. Resignado, ni él pidió más, ni nadie

le ofreció nada. Rezó el señor Arzobispo devotamente al terminar; lo acompañaron en su oración de gracias los ayudantes y doña Petrita se aproximó arrodillada piadosamente y besó el pastoral anillo del prelado, quien al levantarse del equipal y dándole su bendición, le preguntó cuánto le debía; y al mismo tiempo, con un guiño, ordenó a uno de los familiares que pagara.

—Son cien pesos... Ilustrísimo señor Obispo... —dijo la vieja.

Don Juan Ruiz de Cabañas quedó helado de asombro... ¿Había oído mal...?

Con azoro miró primero a la fondera y luego al familiar, y éste intervino:

—Señora... ¿tan caro es el chocolate en San Juan?

—No, no señores, es tan barato como en toda la Nueva Galicia y en la Nueva España; yo mismo muelo en mi metate, el cacao que me llega de Tabasco.

—¿Entonces...?

—Reverendo Padre, aquí nada es caro... Los caros, son los obispos, porque vienen de tarde en tarde... allá... cada venida de obispo... Como ahora su Merced, señor... Por eso son cien pesos.

Tras una duda de un segundo, don Juan ordenó al familiar que pagara y salió de la fonda, medio molesto.

Rieron todos los del grupo y Maldonado dijo a Sierra que pasara a esperarlos en el curato, donde, mal que bien, y con la sola escasez del agua, ahí tendrían de todo, sin agotar el bolsillo. Así lo hicieron. Pronto volvieron Moreno, el cura de San Juan y su improvisado padrino muy contentos con la resolución afirmativa del pedimento de doña Rita; y al cenar de nuevo comentaron el chasco del Obispo y de sus, como él, españoles acompañantes, quienes tan caros pagaron molletes, picones y chocolates de doña Petrita, tan ávida e improvisadamente devorados por aquellos privilegiados estómagos. De ahí tomaron pie para comentar también la triste situación del país, y vinieron a cuento hasta algunas composiciones populares en verso, tales como este soneto, que recordó uno de los seminaristas:

Viene de la España por la mar salobre
a nuestro mexicano domicilio,
un hombre tosco, sin ningún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.

Y luego que caudal y ánimo cobra
le aplican en su bárbaro concilio
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y roble.

Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un conde
en calidad; y en cantidad, un fúcar;

y abomina después del lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes. . . !
¡Y tiraba la jábega en Sanlúcar. . . !

Pidió Maldonado recitar esta fábula a propósito:

EL ASNO, EL CABALLO Y EL MULO

Por una misma heredad
cual Rocinante y el Rucio,
un asno y un caballo lucio,
pacían en buena amistad.
—Qué (dice aquél). . . ¿no es verdad
que el mulo es lo peor del mundo?
En sus feas mañas me fundo.

—Cierto (le responde el jaco),
es coceador, es bellaco,
y sobre todo infecundo.

—No tiene tu hermosa faz.

—Ni tu humildad y candor.

—Ni tu despejo y valor.

—Ni tu inalterable paz.

Oyólos, corrido asaz
el mulo, y dijo: —Eso es nulo;
tenéis mil prendas, no adulo;
pero. . . hacéis tan mal la cosa. . .

—¿Cuál es? —La más horrorosa,
hacéis, amigos, al mulo.

Con la agudeza del macho
¿los otros no salen reos?
Pues, perdonad, europeos,
cuando queráis os despacho. . .
Del criollo decid ufanos;

decid de los mexicanos
vicios, maldades y horrores;
pero ellos son, mis señores,
hechura de vuestras manos . . .

Moreno, a su vez, recordó esta cuarteta:

Pobre América. . . ¿hasta cuándo
se acabará tu desvelo?
Tus hijos midiendo el suelo,
y los ajenos mamando . . .

Y Montenegro, que no podía quedarse atrás, y que traía las novedades de la metrópoli, dijo estas décimas compuestas por los gachupines:

En la lengua portuguesa,
al ojo le llaman *cri*,
y aquel que pronuncia así,
aquesta lengua profesa.

En la nación holandesa,
ollo le llaman al *c*. . .
y así con gran disimulo,
juntando el *cri* con el *ollo*
lo mismo es decir *criollo*. . .
que decir *ojo* de *c*. . .

Pero no quedaron mudos los criollos, y compusieron en seguida ésta:

Gachu, en arábigo hablar,
es, en castellano, *mula*.
Pin, la Guinea articula
y en su lengua dice *dar*:
De donde vengo a sacar
que este nombre, *gachupin*,
es un *muladar* sin fin,
donde el *criollo*, siendo *c*. . .
bien puede sin disimulo,
ca. . . en cosa tan ruín. . .

Ya fuera de las alegres bromas, Montenegro continuó hablando con el señor cura respecto de las novedades que recogió en las juntas de los Guadalupos. Este señor Montenegro estuvo después preso en las mazmorras de la Inquisición en Guadalajara, por denuncia hecha de que deseaba la independencia del país, y el establecimiento de un gobierno republicano; por creer que la religión era pura política para sujetar a los pueblos y por desconocer los derechos del Rey a poseer tierras y a oprimir a los indios, procurando que no se civilizasen porque no le tenía cuenta. Con él fueron enjuiciados por cosas semejantes don Andrés Sánchez de Tagle y don Ponciano Bustamante. También hubo otras víctimas del Tribunal de la Santa Fe: el seminarista Juan Pastor Morales, hombre de sobresaliente talento, enemigo de la tiranía española y que deseaba que los españoles hicieran con su Rey lo mismo que los franceses con el suyo. Aparecieron complicados fray Juan Ramírez Arellando, el bachiller Antonio Pérez Alamillo, el licenciado Fernando Mirafuentes, el bachiller Dionisio Zúñiga, el doctor Pedro de Fronda, el licenciado José María Cardoso, don Bartolomé Escauriaza y don Manuel Esteban de Enderica. Todos ellos pertenecían a la misma asociación ya mencionada, y otros muchos vecinos de Querétaro, del Bajío, del Norte y de todas partes del Nuevo Mundo. Ya desde entonces se pensaba, por parte de los conjurados de Querétaro, en preparar un movimiento que estallaría en la feria de San Juan de los Lagos, para lo cual el cura don Miguel Hidalgo y Costilla y don Ignacio Allende, teniente del Regimiento de la Reina en San Miguel el Grande, iban con frecuencia a dicha región. El señor Hidalgo, amigo tanto de Moreno como de Maldonado y de Montenegro, con motivo de las fiestas de La Merced, en Santa María de los Lagos, pasaba ahí muchos días; pero permanecía la mayor parte del tiempo en la casa de los señores Borondón, porque la señora doña Josefa era partidaria también de la independencia. También se habló de los acontecimientos europeos y de Norteamérica, que tanto aliento daban a cuantos tenían ideales liberales. El doctor Maldonado, por su parte, habló largamente de sus pensamientos científicos sobre la economía política, en que era muy versado, y los relacionó y fundó en las filosofías de Rousseau y de d'Alembert; de Diderot y de Voltaire, mismas que fueron la palanca que movió al pueblo norteamericano para rebelarse en 1776 contra Inglaterra y al francés contra la monarquía en 1789. La Declaración de los Derechos del Hombre

era la piedra fundamental en que fincaba todas sus teorías. Veía claramente, como profeta, que aquellas ideas cambiarían por completo la faz de América en muy breve tiempo. La circunstancia de que otros intentos de separación hubieran fracasado en la Nueva España, no significaban que todos seguirían la misma suerte. Muchos no fueron sino hijos de interesadas rebeldías, como la del mismo conquistador Hernán Cortés o la de los hermanos Gil y Alonso Ávila, para entronizar a Martín Cortés el hijo de aquél; ni de algunas intenciones de criollos; ni de las que tenían por causa el duro trato que daban a los indígenas, tan cruel que los hacía rebelarse, como aconteció en México mientras que Cortés estaba ausente por haber emprendido el viaje a las Hibueras; o la de 1538 en Nueva Galicia, o la de los negros por la misma época en la Metrópoli. A ninguno de los muchos intentos daba él la importancia que al de 1692, en que se alzaron en México los indios al grito de "¡Viva nuestro Rey Natural y mueran estos cornudos gachupines...!", motivado en la gran carestía del maíz por razón del monopolio que sobre él se ejercía. La asonada duró todo el día y una noche quedando destruido e incendiado el Palacio Virreinal, en el cual apareció un gran cartelón que decía:

Este corral se alquila,
para gallos de la tierra
y gallinas de Castilla...

Puesto que la causa de este motín fue económica, el señor doctor Maldonado la consideró como el más fuerte precedente de lo que algún cercano día iba a ser el levantamiento definitivo de los criollos, mestizos e indígenas, ya todos juntos, víctimas de un solo mal, y todos nacidos en América aunque, como se vio tan claramente en la procesión, muchas razas estuvieron aglutinando apenas sus sangres en el gigantesco remolino que era el Continente, convertido en el crisol de una nueva estirpe. Admiraba el desinterés de los frailes verdaderamente cristianos: Las Casas, Motolinía y Nicolás de Witte, que comprendieron que el único remedio a los terribles males que padecían en las colonias españolas, era el de concederles su independencia. Observaba ya Maldonado cómo los fenómenos de orden social que los libros europeos examinaban, se registraban ya también aquí, aunque en forma apenas marcada. Todo ameritaba una dirección, una atención inteligente, una jefatura orientadora y sabia, que no

podía recaer sino en quienes tenían alguna preparación; es decir, en quienes como ellos habían salido de los seminarios. Eclesiásticos o no, eran los únicos de quienes se podía echar mano para la patriótica tarea de la liberación. De ellos era la responsabilidad histórico-económica que debían afrontar valientemente, aprovechando su asociación secreta y vigilando con acuciosidad el momento más propicio para dar la señal de una rebelión general. El gobierno español era de un tipo tan degradado, tan bochornoso por la inmoralidad de sus monarcas que debería tenerse por signo de mortal decadencia el que así fuera, ya que ni en España ni en sus dominios se le respetaba, ni menos fuera de ellos. Habría que ver por lo tanto, como verdaderos antecedentes, los del maya Kaneck que se levantó en Yucatán en 1761; de los mineros de Real del Monte amotinados en 1766, y los del año de 1775, del indio guanajuatense Cipriano; los amotinados de San Luis Potosí, de Puebla, de San Luis de la Paz, de San Miguel el Grande y de California, en los que dieron buenas muestras de su resolución, aunque desordenada y suicida. Los mestizos son ya tan numerosos (dijo también), que llegan a ser la tercera parte de la población, mientras que los europeos y los criollos no llegan sino a poco menos que al cinco por ciento y los demás son indios y negros esclavizados. Con orgullo recordó que uno de esos mestizos, el gran inca Garcilaso de la Vega, fue uno de los iniciadores de los estudios científicos de la economía, de la sociología y de la psicología. Su obra literaria se caracteriza principalmente por la frecuencia con que hace referencia a esa clase de problemas, interpretándolos muy personalmente. Menciona a los escritores Bodino, francés; y Botero, italiano, en relación con sus consideraciones filosóficas y con la teoría de este último sobre la población, que con posterioridad popularizó Malthus. Garcilaso floreció a fines del siglo XVI y a principios del XVII con sus *Comentarios reales de los incas*, su *Historia general del Perú*, y *La Florida* (que es una anticipación a la filosofía de la Historia de América y de las ciencias económicas). Por supuesto que en ese tiempo, ni aún había sido inventado el título, sino hasta 1615 en que lo formó Antonio de Montchretien, al llamar a su libro *Tratado de economía política*.

Don Pedro Moreno platicó a sus amigos, que el señor don Miguel Hidalgo, cura del pueblo de los Dolores de Guanajuato, con mucha frecuencia visitaba Lagos, pues decía tener predi-

lecciones por la Virgen de las Mercedes. Era alojado durante tales visitas, en el Mesón de la Merced; pero la familia Balderas Borondón lo acaparaba y en su casa de la Plaza de Santa Catarina se verificaban tertulias todas las noches, mientras el señor Hidalgo permanecía en Santa María de los Lagos. Moreno estuvo en una de esas reuniones alguna vez, y ahí escuchó las sabias palabras del bachiller, los pronósticos que acostumbraba hacer sobre el futuro de América, los comentarios sobre la independencia de las colonias inglesas del norte y su ejemplaridad para los hispanos e indígenas. Suponía don Pedro, por ciertos indicios e indiscreciones, que maduraba ya una amplia conspiración que reunía muy numerosas voluntades dentro del ejército virreinal, entre las masas populares y contando con numerosos eclesiásticos y seglares, con funcionarios del gobierno, todos ellos criollos o indígenas que pugnaban por desprenderse de las garras tercas y rapaces de los españoles. Hasta se decía, entre muy pocos de los iniciados, que la fecha que se tenía señalada para dar el grito de rebeldía, era precisamente la de la verificación de la gran Feria de San Juan, que desde ese año, precisamente, quedaría oficialmente con privilegio real, conforme al dictamen que a solicitud del comercio rindió a la Corona el señor Fiscal de la Real Hacienda en febrero de 1794, según era bien sabido. La razón de haber elegido los conjurados el bello pueblo en que acabamos de ver a una multitud exhausta y sedienta, ardiendo entre las llamaradas de millares de velones de cera, entre rezos y plegarias estridentes al pasear su miseria por las callejuelas y subirla por la gradería del hermoso santuario de la Virgen de la Concepción, era precisamente por la enorme multitud de gente, animales y riquezas que año por año se venía ya reuniendo, aun sin la exención de las alcabalas para las mercaderías. Los cálculos del Fiscal habían llegado en los últimos tiempos, a más de treinta mil almas las que iban, unas a rendir homenaje a la pequeña imagen que un día, fray Antonio de Segovia, uno de los primeros frailes que llegaron a la Nueva Galicia, les dejó a los indígenas caxcanes para que olvidaran las otras imágenes diabólicas de los dioses antiguos y la tuvieran por su nuevo ídolo. La devoción de los indios y de los mestizos llegó a ser tanta en todo el territorio, que se formó uno como partido a su favor, que llamaban los Sanjuaneros, frente al de los españoles que a su vez adoraban con preferencia a la Virgen de los Remedios. Hubo en algunas ocasiones hasta camorras y muertos y heridos, por la lucha de unos contra otros.

En realidad, lo que había en el fondo, era precisamente la animadversión de los mexicanos contra sus opresores. Los lomeríos del derredor de San Juan, en cuanto se aproximaba la feria, se iban poblando con los grandes rebaños de vacas y bueyes, de toros, de caballerías y borricos, de cabras y borregos, que de todo ello se hacía gran comercio y se siguió haciendo por muchos días, así como de telas y cosas de vestir, y de lujos, sin contar las subsistencias y regalos de boca, que llegaban en gran cantidad. Durante los días de mayor devoción, la gritería era ensordecedora. Los ates de Valladolid, los marquesotes de Moro-León, el alfajor de Colima; los chorizos de Toluca y las carnitas adobadas de Tepatitlán; las uvas de Aguascalientes, las manzanas de las Californias, la fruta pasada del Paso de Texas y, en fin, mil y mil sabrosas atracciones para quienes, después de entrar al pueblo de rodillas para pagar la manda, y de desembuchar sus pecados en la ventanilla del confesor, se iban a tomar una horchata de cebada después de comulgar cristianamente; o las aguas frescas de todas las frutas, y tal vez, por la noche, antes de despachar el succulento platón de birria, empinarían el codo con un cartucho doble de colonche de San Luis, o con buen tequila de olla. En cuanto atardecía, los llanos y los cerros se llenaban de millares de luces que por todas partes denunciaban la presencia de los ganaderos, de los peregrinos pobres que no podían pagar el cuarto o el petate en el mesón, y de los tahures que preferían el despoblado para desplumar a los ingenuos que imaginaban ganar los albures bajo el patrocinio de la Virgen de San Juan, y no de Birján, que era el diablo ganador que favorecía siempre a barajeros, galleros y parejeros. Durante el día, se veía a estos últimos por los caminos cercanos, montados en nerviosas caballerías, que movían de manera que llamaran la atención y atrajeran público para las apuestas. Ni los más duchos gitanos andaluces igualaban a los corredores en habilidad para ganar o perder una carrera. Allá entre ellos tenían lenguajes y señales por medio de los cuales se comunicaban el estado de las apuestas en el público, y de acuerdo con ello hacían correr desesperadamente, azotándoles con crueldad las brillantes ancas a los animales, con la flexible vara de membrillo; o los contenían jalando las riendas para que quedaran atrás. Imprecaciones, cuchilladas, riñas y homicidios eran el fruto de las carreras de caballos y de las peleas de gallos. En éstas eran también muy duchos los Sanjuaneros, que sacaban por medio de cruces de razas, animales ganadores bellísimos

que con habilidad y fuerza, hundían su curva navaja en el pecho de los contrarios, venidos a veces desde Yucatán, del Saltillo, de la Puebla de los Ángeles, de la Provincia de Ávalos, de Antequera, o de Valladolid. Galleros y parejeros poseían mil secretos recursos para dar ánimo, valor, coraje o desaliento, temor y morriña a sus gallos y a sus caballerías. Les ministraban en ciertas dosis, cortas o largas, los maravillosos polvos con los cuales, según se decía, Lucrecia Borgia y su hermano César, allá en Roma, habían cometido mil crímenes por amor o por política. Las gentes a veces se admiraban de ver la gallardía con que algún ladino alteño paseaba un penco caballejo conocido en el pueblo, que al menor movimiento del jinete se encabritaba lleno de nerviosidad, levantando las manos, cuando anteriormente vivía bajo los mezquites del ejido dormitando cubierto de moscas. Si le hubieran quitado la mantilla del lomo, habrían podido ver que ahí estaba la solución del enigma, en forma de una herida leve, adornada con una picosa salsa de chile ancho, que hubiera levantado al pobre Rocinante de la tumba. También les daban agua con aguardiente catalán. A los gallos se les suministraba en ayunas, revuelta con carne picada, una docena de pimientas que los irritaba y los disponía mucho al pleito sañudo. También les hacían halagos, no sólo les causaban las crueldades dichas. Azúcar, sal, almendras de la India, eran el regalo y premio de los caballos. De los gallos, el mijo y la cebada, el arroz y el trigo, eran los bocados predilectos. En medio de todo este mundo, el señor Hidalgo pensaba hacer su aparición repentina, contando con la compañía de los militares confabulados en la revolución y seguro de que con él se vendrían muchos de los eclesiásticos del Santuario, ya sabedores en parte de los proyectos. Los cohetones con luces de todos colores, las cámaras estrepitosas de pólvora inocente, que diariamente regocijaban a los millares de peregrinos, se convertirían así en unos cuantos minutos, en descargas de mosquetes y disparos de cañones, hasta que la gachupinería quedara presa y sujeta, sus caudales asegurados para el gasto del ejército insurgente, y el porvenir de la guerra bien firme por el gran número de reclutas que ahí se agregarían a la popular causa y por el sinnúmero de vituallas y elementos de subsistencia y de combate, de aprovisionamiento y de conducción, como carros y carretas, con todos los bueyes, caballos y mulas que fueran necesarios.

Y luego el señor Maldonado se extendió ampliamente sobre las escuelas económicas: los fisiócratas, los mercantilistas,

los liberales, los individualistas, etc., hasta que ya muy entrada la noche se despidieron y fueron todos a dormir. A la mañana siguiente, muy temprano, los viajeros reanudaron su camino despidiéndose del cura de San Juan. Ya en el mesón, donde el arriero los esperaba con las mulas enjaezadas, pudieron saludar a don José María Hermosillo, quien también daba ya trazas de salir para su pueblo, Jalostotitlán, con un gran atajo de mulas; pues, como Moreno y otros muchos insurgentes, tenía la profesión de arriero, muy productiva en aquellos años y que dejaba mucha independencia y prestigio a quienes la emprendían. Arrieros fueron Morelos, el Amo Torres, Gordiano Guzmán. Iban y venían de un confín a otro del territorio colonial y a veces se internaban por el norte fuera de sus límites, o por el sur. Llevaban mercancías y productos de las regiones por donde iban pasando y de ellas los traían en cambio según lo que cada una tenía, desde los ricos metales y algunos productos de manufactura, hasta los agrícolas y las mercaderías de España y Europa en general, o del Oriente. Fue por ello que pudieron relacionarse con todos los que tenían sus mismos deseos políticos, con los que frecuentemente se comunicaban no por escrito ni por interpósita persona; sino directísimamente y de palabra. Así el sigilo estaba bien asegurado, en cuanto era posible. Sobre todo ello cambiaron rápidas impresiones y luego cada cual tomó por su rumbo.

Cuando llegaron a Santa María de los Lagos, ya atardecía. Allá fue donde los azules cielos dieron muestra de haber oído las imprecaciones y las rogativas de los peregrinos de San Juan, pues empezaron a oscurecerse con tormentosas nubes, que de dos partes entoldaron con negruras la población y comenzaron a dispararse truenos como cañonazos y brillantes rayos que iban de uno a otro bando en desgarradoras iluminaciones. Pronto entró en juego la artillería gruesa que destrozaba con el loco disparar de sus baterías, allá arriba, las sucias espumas celestiales y rompía el telón con los signos cabalísticos de los rojos y alucinantes relámpagos. Luego, como si una colosal mano apareciera brutalmente, rasgó el vientre de las gordas nubes que, por fin parieron llorando, mucha agua, y gruesos granizos, como lágrimas congeladas. Dieron a luz torrentes, y por fin, aliviadas, rieron menuda, fresca y tranquilamente, con hilillos de perlas cristalinas que fueron antes turbonadas de dolor o granizada de furia. Agradeció la tierra

aquella fecundación expandiendo por el aire un intenso perfume de tierra mojada, de jarro de olor de Tonalá. Aquella noche, ya durmieron tranquilos todos los alteños desde Lagos hasta Tepatitlán, desde Arandas hasta Jalos y desde San Miguel hasta Teocaltiche.

La insurrección

HUÍAN despavoridos los *Panzas coloradas*, perseguidos por el joven guerrillero don Pedro Moreno, el joven laguense a quien antes vimos dirigirse a su tierra, en el mes de agosto de 1797. Eran los Panzas Coloradas soldados realistas mandados por el gachupín Galdámez con quienes Moreno, nuevo Quijote, ensayaba en su primera salida sus capacidades de guerrillero voluntario, rompiendo lanzas con los fogueados gachupines, en defensa de su patria. Cien rancheros de sus haciendas lo acompañaban, bien montados y bien armados con equipo adquirido con dinero de don Pedro. Con su rudimentaria estrategia de cazadores, habían atraído como si fueran venados a los Panzas hasta un lugar llamado Piedra Colorada, que en el encuentro dejaba confirmado su nombre, pues la colorada sangre de los colorados Panzas fue vertida en abundancia. Los llamaban así porque usaban aquel donoso uniforme militar borbónico, cuya mayor lindura era un chalecón rojo con aplicaciones de cordón dorado, que ya había hecho muy popular don Francisco de Goya y Lucientes por haber pintado a su rey Carlos IV el Cornudo y a otros muchos personajes de su Corte, con tal indumentaria. Grandes carcajadas se oían alternadas con la fusilería. Alteños y abajeños se burlaban del rápido y desordenado correr de aquellas extrañas liebres rojas sorprendidas por ellos, que desesperadamente buscaban algún refugio donde guarecerse. Por de pronto, tuvieron que volver grupas y dejar la fácil cacería, porque el coronel Hermenegildo Revuelta llegaba con apresuramiento a reforzar a Galdámez. Los de don Pedro se retiraron hasta el rancho de Las Jaulas y ahí, bien afortunados, esperaron al enemigo adiestrándose y aumentando sus filas con nuevos adeptos. En cuanto hicieron su aparición aquellos títeres de teatral guardarropía, se abrieron los fuegos llegándose a ver la lucha cuerpo a cuerpo y algunos de los montados, hábiles en el arte mexicano de lazar reses, hacían de ello gala como en un rodeo, pialando con sus reatas de Chavinda

a los panzas, con tanta seguridad y entusiasmo, que desmontaron y aprisionaron a muchos de ellos y aseguraron completamente la victoria. Ya después de ese jaripeo no hubo en mucho tiempo, combates formales. Escaramuzas de guerrilla y sorpresa de una y otra partes, sin mayor importancia, como si de los dos lados se guardara sobrada precaución. Luego, tras de un largo y obligado encierro de Galdámez en Los Ranchos, aprovechando otra vez el refuerzo que Revuelta le enviaba desde su cuartel de Lagos, consistente en cuatrocientos hombres entre infantes y de caballería, rompió el sitio cuando ya lo tenía Moreno agotado y próximo a rendirse. Solamente perdió el insurgente un soldado que apresaron los panzas. Remontóse en seguida a la sierra de Comanja y hasta el año de 1814 no hubo acción de importancia, pero aquella vida de alarma continua, de ingeniosas acechanzas al enemigo, de rápidas maniobras, lo habían convertido en un extraordinario guerrillero, muy afamado, a quien los españoles tenían por un experto y verdadero perito, al que deseaban ardientemente sorprender y aniquilar. En enero de 1815 fue a visitar a su familia a la hacienda de Saucedá, y avisado el coronel Revuelta, ahí lo sorprendió pero pudo esquivar la contienda y se alejó hasta El Zapote, donde se hizo fuerte y derrotó limpia y completamente a sus contrarios, sin dejar de ello duda alguna, al grado de que tuvieron que huir en desbandada hasta León, perseguidos por él muy de cerca. Conocedor como ninguno de aquellas regiones, previsor e inteligente, estudió a fondo todas sus posibilidades militares y resolvió establecer su cuartel general en una eminencia llamada el Cerro del Sombrero, porque afecta la forma de los que se usaban entonces. Su cúspide cortada horizontalmente y sus empinadas laderas en derredor, lo hacían inaccesible. El señor don Agustín Rivera, el sabio historiador, fanático admirador de don Pedro Moreno, estuvo en el Fuerte a fines del siglo y tuvo la paciencia de medir la planicie de la coronilla que resultó tener unos quinientos pasos en su parte más ancha "... y está a una altura de más de mil pies sobre la llanura de Lagos, a una distancia de esta villa de once y media leguas y a seis de León". Y dice: "Contemplé el algebe; monumento que parece haber quedado en pie, solitario en medio de las calladas ruinas y de las calladas montañas, para recordar la terrible sed y el valor heroico de Moreno y sus compañeros. . .", "... viudas están las encinas de sus antiguas campañas, viudos los tordos azules que huían a nuestra presencia. . ."

"Vi la Barranca de Barbosa, donde creí encontrar todavía las huellas de mi padre. Al contemplar este lugar tan caro para mi corazón, me asaltó un pensamiento de inefable misericordia y un sentimiento de profunda gratitud... Ah... En 1817, todavía no había llegado el momento en que dos seres nacidos en muy apartadas tierras, se conocieran y se enlazaran por un destino eterno. Mientras mi padre combatía al pie del Sombrero, mi dulce madre, jovencita criada en la sencillez de los campos, oraba en la iglesia del Carmen en Guadalajara. Cien veces dirigió mi padre la vista a estas rocas inaccesibles y jamás pensó que un hijo suyo vendría al mismo lugar y contaría la historia de aquel espantoso sitio y la historia de él mismo". Don Mariano Azuela cuenta de muy graciosa manera cómo conoció y quién era el Padre Rivera, hombre raro y famoso en todo el país por sus ideas liberales y su criterio independiente. Dice Azuela, que además tenía fama de haber estado loco, y a él esa impresión le dejó el día que, siendo estudiante del Liceo de Guadalajara, le entró la curiosidad de conocerlo, cuando estaba de vacaciones en Lagos. Además Rivera era su tío. Tomó don Mariano como pretexto para presentarse en casa, la compra de un libro llamado *Los estudiosos a lo rancio*... que equivocadamente pidió como *Los estudiantes a lo Rancio*... y por ello, cuando le oyó el padre... "me miraba —dice Azuela— como al mono del cilindro. Mentalmente medí la distancia de la ventana a la calle y la potencia de mis piernas. El sonrió con ironía hiriente y me corrigió... Me puse muy colorado y él gritó tres veces: O... O... O...

"En mi casa decían que un padre había dicho que el señor Rivera estaba loco... O... O... O...

"Me acerqué a la ventana.

"Pero O... entró a devolverme la tranquilidad, en camisa de manta burda, chomite y descalza... Pero yo no veía ni oía nada... El viejo nimbado de canas, sus ojos penetrantes, su nariz aquilina no se me borraban de la memoria. Salí y a poco volvió.

"—Aquí está..."

"Volví la cara casi asustado. Me dio el libro. Saqué los veinte reales de la bolsa y se los conté en la mano. Entonces me dio un vuelto que yo no esperaba.

"—Oh... —volvió a gritar— registra este dinero, a ver si no hay alguna moneda falsa.

"Todavía se lo agradezco: Jamás me ha vuelto la gana de andar conociendo sabios. . ."

Pero volvamos al Fuerte del Sombrero. Sus grandes defectos eran, en primer lugar, la absoluta carencia de agua, que había que tomar de un arroyo cercano, a la entrada de la Barranca de Barbosa, como a ochocientos pasos del cerro, cuyas empinadas laderas y los acantilados rocosos de la cumbre, lo hacían inexpugnable para los ataques personales, pero no para los fuegos de artillería ni de los fusiles pues había muy cercana una colina que por su altura lo dominaba. Moreno reforzó los lugares débiles, dejando como única entrada el sendero angosto a cuyo lado se abría un profundo precipicio. Construyó muchas casas, trojes, caballerizas y largos galerones para la tropa, que llegó a ser muy numerosa. En las casas se fueron instalando poco a poco las familias de los principales insurgentes y también las de los humildes reclutas, viviendo todos allí en perfecta armonía bajo el mando de los señores Moreno, y en primer lugar de don Pedro. Las fuerzas de Moreno se componían como hemos dicho, por rancheros de sus propias haciendas y además, por los restos de todos aquellos cueros que se formaron desde en septiembre de 1810, y que desgraciadamente, después de las derrotas sufridas y del trágico final de los principales jefes, como resultado de la traición de las Norias de Acatita de Baján, se habían disuelto o mermado, o habían sufrido una temporal desilusión, ocultándose, para después reanimarse. Otros, al verse obligados a reanudar sus correrías, por la persecución encarnizada que los españoles emprendieron en su contra usando de todos los medios para acabar con ellos, volvieron a los montes. Don Pedro, hombre ilustrado, inteligente y patriota, desde que fue estudiante se entregó por completo y de corazón a la causa insurgente. Los fulgurantes acontecimientos que siguieron al levantamiento de Hidalgo en Dolores, lo hicieron ver con optimismo un rápido triunfo y por ello no tomó desde entonces las armas, quedando reducido a propalar la bondad de sus ideales en todo el ámbito en que tenía prestigio, tanto en su ciudad de Santa María de los Lagos, como en todos los lugares que con su atajo de mulas, en su profesión de la arriería, iba tocando frecuentemente. También ayudó en la medida de sus recursos a la sociedad secreta a que pertenecía desde hacía mucho tiempo, y en su último viaje dejó afianzadas con ella sus relaciones. No solamente Moreno sufrió el espejismo de una fácil y rápida

victoria de las armas independientes; sino la población toda. Ninguna imagen puede ser más justa y elocuente, para pintar con vigor cómo fue aquel grandioso despertar de nuestra nacionalidad, que la del estallar de un nuevo cráter volcánico. Sobre la tersa superficie de una tierra triste y esclavizada, cuyos sojuzgados pobladores más bien parecen autómatas o muertos, porque su alma está desmayada o embrutecida por la más inicua y violenta explotación de los conquistadores, apenas se nota una ligera elevación sin ninguna importancia. Pero de pronto se hincha y arde. Se eleva más y más, entra en gran actividad y rompe con furor, en estampidos roncacos, la corteza terrestre del valle de las lágrimas. Crece y se agiganta en unas cuantas horas, dando en su derredor una luz cada vez más cegadora y brillante. Su cráter encendido arroja gases, arenas ardientes, ceniza, proyectiles mortales, flamígeros bólidos y ríos de lava que forman en su derredor un mar ardiente. Y sigue subiendo hasta llegar a las nubes y se extiende con dominio tremendo por todos los confines y destruye cuanto le rodea. Cientos de leguas se cubren con sus emisiones y su luz. Su ronco bramar alcanza hasta otros países, y cunden su fama y el terror de su acción devastadora y justiciera. Así fue el histórico acontecimiento. En un espacio de tiempo increíblemente corto, la resolución de don Miguel Hidalgo y Costilla produjo iguales efectos en los órdenes moral, social y político de las colonias americanas de España y tuvo las características de un fenómeno volcánico. De ser pequeña eminencia, se convierte en una alta montaña respetable y temible que lo transforma todo, absolutamente todo, en el mundo del hombre mexicano. Y vibra irradiando sus mensajes hacia afuera, haciéndolos llegar a todo el dominio español en tal forma, que habrán de tener, con el transcurso del tiempo, gravísimas consecuencias en la historia universal y en el progreso de la humanidad, ya que, en el fondo, la Revolución de Independencia de México, contiene enérgica resolución de renovar la cultura occidental, cáduca y perjudicial. Las formas de esa cultura sufrirán en todo el transcurso del siglo XIX, modificaciones originadas por sus acometidas y las de todas las nacionalidades del mundo, sometidas por medio de la fuerza. Pasarán sus influencias hasta el presente siglo y revolucionarán todos los conceptos del Viejo Mundo. Volcánica fue, es y seguirá siendo, hasta que se obtenga la verdadera emancipación de nuestro pueblo en todos los órdenes.

Don Pedro Moreno y su dolorida familia

Casó nuestro héroe en 1798 a los veintitrés años, pues nació en 1775, en la hacienda de La Daga. A los treinta y siete tomó las armas en defensa de la independencia de su patria, contra la tiranía española; es decir, en 1812. En la pequeña escuela de La Daga hizo sus primeros estudios y después pasó a la de Santa María de los Lagos cuando sus padres, don Manuel Moreno Verdín y doña Rosario González, fueron a radicar allí. Don Manuel era pariente cercano del famoso canónigo Verdín, del Cabildo de Guadalajara. A esa ciudad fue don Pedro cuando su padre resolvió enviarlo a emprender los estudios de la carrera eclesiástica, que hizo con gran aprovechamiento desde 1789 hasta 1797, cursando hasta los altos estudios de filosofía, de jurisprudencia y de latinidad, con brillantes demostraciones en los actos públicos y en los exámenes que presentó. Si no llegó a ordenarse, fue porque así como otros de sus contemporáneos, dio en enterarse de ciertas nuevas ideas llegadas del Viejo Mundo, que eran propaladas por aquel otro seminarista, mayor que él, conforme a las cuales la carrera religiosa dejaba de tener todos los grandes atractivos que hasta entonces tuvo y se convertía solamente en un refugio de parásitos conformistas, de ánimo apocado, dispuestos a tolerar los caprichos y vejaciones de los españoles. Y don Pedro, no era de éstos, como no eran tampoco Montenegro, el otro compañero suyo, ni Francisco Severo Maldonado, a quienes hemos encontrado en San Juan al principio de este relato. Forrado, bien presentado, de estatura más bien alta, mereció en el colegio el mote de El Toro... que bien lo pinta en cuanto a lo físico. Cuando jefaturaba ya su ejército en El Sombrero, llevaba patillas al estilo de las de la gran mayoría de los guerrilleros insurgentes. Era hombre rico. Había heredado de sus padres una gran tienda de ropa y otras mercaderías en Lagos, y era dueño ya en 1812, de las haciendas de La Sauceda, Coyotes y Matanzas. Tenía cuatro hermanos: don Rafael, don Juan de Dios, don Pascual y don José María; y hermanas, María Antonia, Ignacia, Nicanora e Isabel; y eran sus hijos: Luis, de trece años; Josefa de diez, Severiana de tres, Lupe de dos y Prudenciana de uno. Si en la actualidad la vida en las poblaciones chicas es una cuestión de orden público, que se vigila acuciosamente por todos contra todos, imaginemos cómo

sería en aquellos tiempos en que muy graves preocupaciones de índole social, religiosa y política, afectaban las relaciones de las familias. La de don Pedro era muy apreciada en Lagos, pero se veía con frecuencia en pugna con las de los españoles que también vivían allí, como la de los Anaya; no todos, porque así como la familia de don Buenaventura y la de don Cirilo, se consideraban como realistas, en cambio la de don Juan Pablo era independiente; y hubo una rama de los Moreno, la de don Pedro Moreno Pérez y su sobrino don Juan Moreno Guerra, también amigos de los españoles y hasta la mayor de las hermanas de don Pedro, María Antonia, sinceramente se mostró su partidaria, empujada por sus ideas religiosas. En su honor, hay que decir que, cuando con sus hermanas fue detenida y llevada entre soldados, a pie, hasta Guadalajara, por el delito de ser hermana del héroe, jamás cambió de parecer a pesar de los sufrimientos y penalidades a que se le sujetó, y sintiendo en el alma que su hermano estuviera alzado en armas contra su religión y su gobierno. Y así todas las familias se encontraron divididas a muerte en los dos bandos que se disputaban el triunfo en los campos de batalla. Hasta los Gómez Portugal, que descendían directamente de don Juan de Portugal, fundador de Lagos, sufrieron esa suerte, no sin que la mayor parte de ellos, casi la totalidad, quedaran de parte de los insurgentes, hasta el sacerdote don Alejandro. Otro de ellos alcanzó el rango de general. Calleja había estado allí ocasionalmente desde mucho antes de que se levantara el padre Hidalgo; pero salvo los mencionados y algunos otros españoles, no tuvo mayor aceptación entre los habitantes. A don Rafael Moreno, le tocó combatir contra él en el Puente de Calderón y después, ya cuando cayó don Pedro, se radicó en Autlán, junto con don José María, donde contrajeron matrimonio y dejaron muchos descendientes. Los más duros golpes que sufrió nuestro héroe en sus afectos familiares, fueron los siguientes: Bajó en cierta ocasión a la hacienda de Cañada Grande, para buscar a su hijita Guadalupe, que allí estaba, al cuidado del padre don Ignacio Bravo. Los españoles quisieron sorprenderlo ahí, lo cual no lograron, porque también a él le avisaron que por un lado venían los hombres de Brilanti, el de Lagos, y por el otro los del cura Álvarez, de Matehuala, español apodado El Cura Chicharronero porque a cuanto prisionero caía en su poder lo achicharraba en la hoguera, así estuviera herido, o fuera an-

ciano, niño o mujer. Moreno escapó; pero al padre Bravo se lo llevaron maltratándolo mucho, pues era partidario de Moreno; y lo peor, también se llevaron a la niña, por la cual había bajado Moreno del Fuerte, donde su esposa doña Rita había quedado con gran cuidado, pues allá se sabía que ya la niña estaba en poder del Cura Chicharronero, lo cual decidió a don Pedro a bajar. Por fortuna, Brilanti se apoderó de la niña antes que el cura y como éste la reclamara para sí. Brilanti le dijo:

—Usted se ha llevado de esta hacienda cuanto ha querido. Yo ni un grano de maíz he tocado. Esta niña es mi prisionera y bajo mi cuidado queda. . .

El Chicharronero no tuvo más remedio que retirarse ante la ira del comandante Brilanti, quien llevó a Guadalupita a su casa donde le guardaban toda clase de consideraciones. Estuvo ahí hasta cuando fue enviado lejos de Lagos, mucho tiempo después, mirándola siempre como hija. No pudiéndola llevar, la entregó a una cuñada de don Pedro: doña Olaya. Pero así y todo, sin dejar de alabar la conducta de verdadero hidalgo del español, tampoco puede ignorarse que la pasión política lo tenía ciego; pues la niña mostraba en su cautiverio un collar con una medalla de plata que así decía: "Me salí de la causa insurgente para servir a la Monarquía Española". Contraste entre una generosa acción digna de toda alabanza como la de Brilanti de poner a salvo a la pequeña niña, amenazada de muerte por un criminal como era el Cura Chicharronero, y el acto bochornoso de colocar aquella ridícula inscripción en el collar de la misma niña, por las mismas manos de Brilanti; quien le sirvió de padre fielmente.

Otro cruel episodio familiar fue este: Uno de los cuñados de don Pascual, don Rafael Castro, cayó decapitado por unos soldados que lo espionaron, al salir de su refugio del Rancho del Chamuscado, donde su esposa doña Ignacia Moreno acababa de dar a luz. Dispararon después los soldados sobre el jacal donde se encontraban tanto la señora doña Ignacia, como su hermana doña Nicanora, ya viuda también de otro de los insurgentes; de don Manuel González. A los tiros salieron las dos del jacal, y como les presentaron la cabeza de don Rafael clavada en una lanza, se la arrebataron y como fieras se arrojaron sobre ellos, obligándolos a huir. Muestra de ello fue una imagen de la Virgen de las Angustias que llevaron ellas al Fuerte, salpicada con la sangre de don Rafael. Ahí en tales casos, el Padre Díaz, que vivía también en El Sombrero, llamaba repi-

cando las campanas colgadas de las ramas de una gran encina. Don Pedro las mandó fundir en Comanja y muchas veces tocaron solemnemente a muerto, como cuando otra tragedia ensombreció el ánimo de Moreno por mucho tiempo:

Su hijo Luis, valiente y resuelto como él, había ido con su tío don Juan de Dios Moreno a la Mesa de los Caballos, donde estaban fortificados otros insurgentes, los dos hermanos Ortiz, apodados los Pachones y el Padre Carmona, para llevarles refuerzo que mucho les urgía; pues después de derrotar ahí al comandante Ordóñez, al pretender quitarles el punto, éste consiguió que lo secundara Castañón, el realista sanguinario que tenía horrorizado todo el Bajío; y juntos los dos, con numerosas fuerzas, volvieron a la Mesa. Los Moreno llevaban muchos soldados, casi la mitad de los del Sombrero, y la acción fue larga y desastrosa. Ahí murieron heroicamente Luis, el hijo, y Juan de Dios, el hermano. También murieron numerosos soldados, pues los españoles no dieron cuartel y sus fuerzas eran muy superiores a las de las sostenidas por la artillería.

Cuando el general Cruz, Comandante General de la Nueva Galicia, envió a Moreno propuestas de indulto, reforzadas con la amenaza de quitar a la niña Guadalupe la vida, le contestó gallardamente: "Aún me quedan más hijos. Pueden también tomarlos. . ." Y en seguida mandó fusilar a los prisioneros que tenía; pues la propuesta de canje por ellos era la que envolvía la amenaza de quitar la vida a su hija. Doña Rita, en cada una de tales tremendas ocasiones, se reducía tan sólo a exclamar con tristada en medio del llanto, de rodillas, ante el cadáver de su hijo: "¡Que se haga la voluntad de Dios. . .!" Y cuando su madre le escribió desde San Juan de los Lagos, invitándola a dejar la vida azarosa que llevaba entre tantos peligros, con tantas penas; y que volviera a vivir en la casa paterna con sus hijitos, ella le mandó decir simplemente, que mientras ella pudiera y Dios le diera licencia, había de estar junto a su esposo don Pedro. Al oír esto el héroe, dicen los versos populares que lloró:

—Llora, corazón, llorad,
llora si tenéis por qué;
que no es afrenta en un hombre
llorar por una mujer. . .
—Y vi también a don Pedro,
llorar por una mujer.

Acabad mexicanos
de romper las cadenas.
—Llora don Pedro Moreno,
llora su capellán.
Lloran todos los que están
en el Fuerte del Sombrero.
—En fin, por lo que yo infiero
lo hace la necesidad,
pues la agua ya se acabó
y no hay remedio en lo humano.
—Llora don Tomás Rodríguez
llora todo americano
al ver el fuego graneado
que daban los gachupines.
—Llora don Manuel Rodríguez
y don Juan de Dios Delgado
porque se mueren de sed . . .
y yo sin saber porqué . . .

Metido en tal confusión
le digo a mi corazón:
Llora, corazón, llorad,
llorad si tenéis porqué

Llora don Encarnación
con el Capitán Delgado
en el Puerto Colorado
cuidando la prevención.

Llora, corazón, llorad,
llora si tenéis porqué,
que no es afrenta en un hombre
llorar por una mujer.

Don Uvaldo en la ocasión,
en una cueva se esconde
llora Pío siendo tan hombre
y le dice a su corneta:

Cuidemos esta galleta;
llora, corazón, llorad,
que no es afrenta en un hombre
llorar por una mujer.

En fin, llora señor Mina
y también llora el inglés,

llora el moro y el francés,
también Soto la Marina.
Llora, corazón, llorad,
llora si tenéis porqué;
que no es afrenta en un hombre,
llorar por una mujer.

Don Francisco Severo Maldonado

ENTRE los papeles que con frecuencia le llevaban a don Pedro Moreno desde Guadalajara, recibió en una ocasión algunos ejemplares de un periódico llamado *El Mentor de Nueva Galicia*, relativamente recientes, y otros viejos, como de 1811, de *El Telégrafo*. Venían en un paquete que le enviaba su antiguo amigo, el seminarista con quien estuvo en Jalostotlán y en Lagos cuando la tremenda sequía de 1798. Además de otras informaciones, en una carta le daba unas sobre el señor doctor don Francisco Severo Maldonado. Eran de una gran amplitud. Don Pedro las leyó entre curioso e irritado, por cuanto significaban para un hombre como él, digno y cumplido en sus compromisos, entregado por completo a un santo ideal patriótico, incapaz ni aun de imaginar que su viejo amigo Maldonado fuera un malvado. Pero no cabía duda. Los periódicos mostraban su nombre como director de ellos con toda claridad. De los dos, el primero en publicarse, *El Telégrafo*, era el más repugnante. Parecía como la total negación de aquel otro que se publicó en los meses de ocupación de Guadalajara por las fuerzas insurgentes, que al ordenar su aparición, el señor Hidalgo lo puso bajo la dirección del mismo Maldonado. *El Despertador Americano* se llamó para expresar así con toda claridad y brevemente, en el mismo título, el fin de la publicación: Despertar al adormecido, al aletargado pueblo americano. Aparecieron de él siete números. Fueron impresos en los talleres de don Mariano Téllez Girón que facilitó el insurgente don Francisco Parra, con la voluntad del regente de la imprenta don José Fructuoso Romero. En él se publicó una proclama excitando a los criollos a sumarse a la revolución, y llamaba al señor Hidalgo con el título de "Nuevo Washington, de alma grande, lleno de sabiduría y bondad, que nos ha suscitado el Cielo en su misericordia". La religión y el entronizamiento de Fernando VII como rey legítimo de España, eran

los fines propuestos por el movimiento, según el periódico. Diez páginas tuvo el primer número. En el segundo, apareció una carta suscrita por el Ministro de Guerra de Inglaterra y dirigida al general brigadier Layard que se había ya publicado en la *Gaceta del Gobierno Colonial* y que, según Maldonado, contenía implícita la aprobación del Imperio Inglés al movimiento mexicano, y le daba una gran importancia en la política internacional. En el número tres, aquel amigo del señor Maldonado, que también conocemos desde en San Juan, el doctor Ángel Sierra, se despachó con la cuchara grande y lo llenó por completo con las producciones de su pluma, y con una noticia relativa a las victoriosas campañas llevadas a cabo por los jefes insurgentes José María Hermosillo y Francisco Parra en el noroeste del país y en Sonora. El número cuatro se cubrió con una llamada "a los americanos que militan en las filas de Calleja y de Flon", incitándolos a dejarlos, pasándose a Hidalgo. Les hacen ver cómo los europeos se adueñaban de las riquezas para extorsionar a los hijos del país y utilizaban hasta el matrimonio con las criollas, hijas de los acaudalados españoles mineros, mercaderes, políticos, hacendados, industriales, sólo con fines interesados para que el dominio pudiera seguir, en manos de los europeos. El número cinco informó ampliamente sobre el combate de Tepecuacuilco entre los realistas del coronel Andrade y los insurgentes del capitán Francisco Hernández, con la información de este último como demostración de su triunfo, que el otro dolosamente se había atribuido. También publicó un amplio comentario sobre las discusiones entre los frailes crucíferos de Querétaro y los guadalupanos de Zacatecas, esclareciendo el origen de las dificultades entre ellos, con la explicación de que los queretanos eran españoles y los de Zacatecas mexicanos. En el fondo de este asunto, está el origen de la sociedad de los Guadalupos, refugio y sombra para las conspiraciones de los insurgentes. Contenía el número cinco, además, informaciones de los triunfos de Acapulco. En el número seis apareció un amplio informe del teniente general don Mariano Jiménez sobre sus operaciones en Matehuala, favorables todas a la causa, y enumerando los grandes contingentes con que ya contaba en sus cuerpos militares. La dirección del periódico ofreció presentar en el número siguiente un completo estudio estadístico de los Estados Unidos del Norte. De ese número siete y último solamente circularon algunos con-

tados ejemplares de los cuales no se conoce ninguno, porque habiendo aparecido el mismo día de la batalla del Puente de Calderón; y como se propalara la noticia de la derrota del señor Hidalgo, la imprenta fue abandonada, y al día siguiente, confiscado el periódico, fue públicamente quemado. Al parecer y según dijeron quienes lo imprimieron, estaba totalmente dedicado a loar de manera desmedida al señor don Miguel Hidalgo, y contenía una exhortación para que continuara el exterminio de los españoles hasta no dejar uno solo vivo en toda la América. Maldonado huyó y Sierra, su inseparable, se quedó oculto, prefiriendo la separación a los peligros de lo inseparable. . . Pronto apareció y se acogió al indulto ofrecido por Calleja. Poco tiempo después, también se presentó Maldonado, fingiéndose enfermo y prometiendo publicar un nuevo periódico para borrar lo dicho en *El Despertador*, "en el cual escribí forzado por Hidalgo", según dijo, mintiendo para salvarse.

No quería creerlo don Pedro, pero la cosa no era para dudarse. Ahí tenía ante sí en letras de molde, ahora en *El Telégrafo*, igualitas a las de las loas al señor Hidalgo, estas imprecaciones en su contra:

Flebis, et infamis toto cantaberis orbe.

Has de llorar y rabiarse,
teniéndote todo el orbe
por loco, intame, rebelde
cura hereje de Dolores. . .

Y en otro de los números, estos denuestos que Moreno leía con grande asombro y asco: "Sardanápalo sin honor, apóstata rapaz y sanguinario, infame y descarado", y llamaba en otra parte a los soldados insurgentes: "bandoleros, que cometían robos, saqueos, depredaciones, y asesinatos a millones de inocentes. . ."

¡Con qué desvergüenza se regocijaba en otros lugares el inmundo papel, de los triunfos alcanzados por los españoles y por los fusilamientos de los principales jefes en Chihuahua y en Durango. . .! Con razón en la carta, su amigo le informaba de los pormenores, explicándole que en Guadalajara, Maldonado era repudiado por propios y extraños y se le llamaba "el hombre de todas las facciones". Creó fama de gran cínico, pues era público y notorio que voluntariamente se había ofrecido a

Calleja y a Cruz para imprimir todas aquellas indignas traiciones, a cambio del perdón y de que la sentencia tan dura que contra él habían pronunciado los tribunales tanto religiosos como civiles, por su participación en la causa insurgente.

Después, *El Telégrafo* dejó de aparecer y en su lugar publicó Maldonado *El Mentor de la Nueva Galicia*, que ya lo dejó incluido en las filas de los políticos españolistas. La sentencia contra él, concluía así: "... como prófugo, a perder todo fuero y privilegio por sagrado que fuese. . ." "a ser quemado en auto de fe pública el periódico herético y confiscados los bienes de Maldonado. . ." Toda ella fue letra muerta ya, perfectamente muerta. . . Pero en cambio, el señor doctor iría a ocupar una de las curules de la representación de Nueva Galicia en las Cortes de Cádiz. En ellas pensó brillar; pero no, algo pasaba en el interior de la conciencia y del alma del gordo totache: alma y conciencia estaban muertas. . . ¿Cómo lucir pues, sus sapiencias filosóficas, económicas y sociológicas. . .? Muerto estaba aquel vivo señor, mirando por dentro sus podredumbres morales, acongojado por haber vendido su primogenitura por un plato de lentejas. . . Su conducta le ocasionaba por las noches, gran desasosiego y remordimientos, así como los denuestos publicados de su pluma en sus periódicos traidores, y no podía dormir. . . Nomás morir le quedaba. Aquel terceto que escribió en el *Anti-Hidalgo*, se volvía ahora en su contra, como justo castigo; y lo oía constantemente en sus oídos reproducido con enormes resonancias morales, acusadoras, vengadoras:

Has de llorar y rabiar,
teniéndote todo el orbe
por loco, infame y traidor. . .

En el cementerio de Mexicaltzingo de Guadalajara, el día nueve de marzo de mil ochocientos treinta y dos, fue sepultado el cura de Jalostotitlán, Dr. D. Francisco Severo Maldonado. El día anterior, su antiguo condiscípulo y gran amigo, el canónigo Dr. D. Francisco Arroyo, le había suministrado los auxilios espirituales, y luego había muerto confortado con los Santos Sacramentos. En el sagrario se le hicieron solemnes exequias habiéndolo trasladado para ello de su domicilio de la calle del Liceo núm. 210. Cuentan que cuando la fiebre lo agobiaba poco antes de morir, partía una gran sandía por la mitad, le vaciaba la pulpa y se colocaba en la cabeza el

casco, costumbre vieja que tenía para cuando, por el mucho estudiar o escribir, sentía que su cerebro se irritaba. Sus últimos días fueron tristes y sin halagos. Dice el señor doctor Rivera en su estudio *Los hijos de Jalisco*, que al visitarlo sus amigos los doctores D. Clemente Sanromán, tío de Maldonado, y D. Manuel Moreno, cura de Tepatitlán, les dijo y probó en la conversación, "que los mexicanos eran ocho millones de orangutanes y que el único hombre era él. . ." No era esta opinión nueva; pues después de recibir la borla de doctor, por haberla obtenido brillantemente, se dirigió a sus sinodales y réplicas, entre los cuales había capitulares de la Catedral y les dijo, terminadas que fueron las felicitaciones de rigor por haber alcanzado el grado:

"—Mientras yo estudio vosotros dormís y descansáis, y por esta causa el Venerable Cabildo está compuesto como el Arca de Noé, de animales de toda especie. . ."

Nada de todo lo dicho quita méritos, sin embargo, al petulante señor, respecto de su obra escrita, *El triunfo de la especie humana*, era un proyecto utópico para el establecimiento de un sistema de comunicaciones, empresas industriales, agrícolas y mercantiles, al que puso esta dedicatoria: "Al rey—de la naturaleza—al vice-Dios—de la tierra,—a la obra maestra—de la bondad, sabiduría y omnipotencia—del Ser Supremo: —al hombre, — a la universalidad de las naciones— esparcidas por la superficie— de la pequeña esferoide— en que gravitamos: — al género humano, —envilecido y degradado— por el despotismo y la miseria— bajo el nivel y condición del bruto, — para su pronta y completa reparación, —y para la indefectible y rápida— conquista— de todos sus derechos— naturales e imprescriptibles, — ofrece, dedica y consagra— esta irresistible y poderosa palanca, —su más activo y fiel representante; —el cosmopolita". . . Dije puso, y debí decir dictó; pues cuando la compuso, ya estaba casi ciego, tenían que leerle lo que quería, y dictaba lo que componía. Así hizo sus colaboraciones para *La Estrella Polar*, el paladín del Partido Liberal Federalista de Guadalajara. Don Carlos María Bustamante dice en su diario histórico lo siguiente: "Ayer (28 de mayo de 1823), han salido para Guadalajara el ciego don Francisco Severo Maldonado, autor de 'El Pacto Social', y hombre de todas las facciones; acompáñalo el canónigo don Toribio González, Diputado de aquella Provincia en el Congreso". Los dos políticos eclesiás-

ticos fueron detenidos en Querétaro porque con don Toribio salió sin permiso del Congreso, apresuradamente, pues el derumbamiento del Imperio los puso en peligro. Estuvieron presos quince días y llegaron a Guadalajara hasta abril, en donde él se vio solo y abandonado, sin volver ya a su curato de Jalostotitlán, que había obtenido en propiedad después de ganar el de Mascota, renunciado, primero, el de Ixtlán que primeramente ocupó y luego el de Mascota, para ocupar el de Jalos. Algún tiempo antes de salir diputado a Cortes, se le nombró Abogado de la Audiencia de Guadalajara. En 1821 publicó el *Nuevo pacto social* para presentarlo a la Asamblea. En su introducción, dice: "...regenerar políticamente a la nación española, de manera que con una forma de gobierno mejor de cuantas hasta ahora han existido y existen hasta el día, y que incesantemente camine a toda la perfección que puede darle el entendimiento humano, se efectúe la regeneración sin convulsión ni trastorno de un solo español o de modo que la felicidad no sea más que la suma de las felicidades individuales de todos los miembros que actualmente la componen". Disminuía en él a la mitad las contribuciones eclesiásticas y los diezmos desaparecían poco a poco, gradualmente. El clero facilitaría los fondos para la deuda pública y fundaría las escuelas públicas gratuitas y aumentaría las rentas de los sacerdotes. En lo civil, propugna por el establecimiento de un sistema de Congresos, siendo el primero uno que llama radical, en cada población, presidido por el hombre más instruido; el segundo lo formarían estos seres reunidos en las cabeceras de los distritos; el tercero estaría compuesto por tantos diputados como distritos, y residiría en las capitales de las provincias y por último el nacional, con diputados por las provincias y por el Arzobispado de México y los Obispos de Guatemala, y Guadalajara y las Órdenes Religiosas y el Ejército y la Marina.

Preparaba Maldonado su imaginada entrada triunfal a Cádiz, cuando tuvieron lugar los sucesos que culminaron con el triunfo del Ejército de las Tres Garantías, con Iturbide a la cabeza —en septiembre de 1821. Don Agustín lo nombró entre los 34 miembros de la Soberana Junta Provisional Gubernativa, en la cual tomó activísima parte como consta en el Diario de las Sesiones de aquel Cuerpo, al grado que por sus capacidades el Emperador lo hizo noble con su respectivo título, imponiéndole en solemne ceremonia la Cruz de Caballero Supernu-

merario de la Orden de Guadalupe. A renglón seguido lo comisionó junto con los licenciados Espinosa de los Monteros y Pérez Marañón, y del doctor López, para dar forma a la Constitución Política del Imperio. Su participación en tal grupo, fue sobre las mismas bases del *Nuevo pacto social* bajo el nombre de "Contrato de asociación para la República de los Estados Unidos del Anáhuac por un ciudadano del Estado de Jalisco. Año de 1823. Tercero de la independencia". Éste contenía la influencia visible de Rousseau. En esa misma época, fundó su otro periódico, *El Fanal del Imperio Mexicano*, en la capital. Dos años vivió el órgano periodístico, hasta que cayó Iturbide y él salió como hemos visto, ciego y derrotado, rumbo a su Guadalajara. Entre sus obras se menciona también un *Análisis de lógica*. En el Seminario, desde muy joven, tuvo la cátedra de Lógica de Condillac.

Nunca fue popular. Todo lo contrario, se le aborrecía. Durante el gobierno del general Cruz, recibió este anónimo: "El cura de Mascota, Dn. Franco Maldonado que siempre será el oprobio del sacerdocio y el ejemplar de la perversidad del corazón (h)umano como severa por sus papeles de la Gazeta pública de esta ciudad, como se puede examinar por su conducta desde pequeño que siempre ha sido perversísima, avnque se ha huido tiene vna Capellanía q.e. debe quedar secu(e)strada y el Gobernador publicar q.e. queda privado de Licencias de confesar, predicar y decir misa, inmediatamente nombrar interino p.a el curato de Mascota y igualmente (h)aser las maiores diligen.s.p.a ver si pueden recoger las obras que tenía de Bolter, Roson, y Dorat, Reynal y de otros impíos que era su biblioteca p.a dar un testimonio al público qual era el órgano del gno. . . y de la impiedad de este perversísimo sacerdote". En su descargo, debe decirse que cuando fue cura de Ixtlán, estableció una escuela gratuita para niños indígenas, y construyó a su costa las casas curales, reconstruyendo y hermoheando la iglesia y el coro.

Nació Maldonado en Tepic, el día 5 de noviembre de 1775, siendo sus padres don Rafael Maldonado y doña María Teresa de Ocampo, hijo legítimo de ellos y todos de calidad de españoles.

Por su manera de vivir y por su obra, se advierte que Maldonado tuvo inclinaciones políticas, muy elevadas, que se desorbitaron en su medio social hasta convertirlo en un ególatra.

Pero el mérito intrínseco de su obra queda en lugar distinguido en la historia de las ciencias económicas y políticas de México y en la particular de Jalisco.

Llega don Francisco Javier Mina

MUY grande fue el revuelo que se armó en el Fuerte del Sombrero cuando se supo que en el Golfo de México, en Soto la Marina, había desembarcado un caudillo español, de nombre don Francisco Javier Mina, con el objeto de ayudar a la independencia de México. Un buque y un bergantín, llamados Cleopatra y Neptuno, habían entrado por la Barra del Río Grande del Norte, primero; y después por la boca de Santander, hasta llegar a la villa de Soto la Marina, donde combatieron con el comandante Garza que estaba ahí de guarnición; pero como presentó escasa resistencia, entró Mina sin mayores consecuencias a la población. Ahí estableció su imprenta e hizo publicar un manifiesto. Don Lucas Alamán, dice al respecto: "Uno de los motivos de esperanza de Mina, consistía en los mismos cuerpos Expedicionarios que había en la Nueva España. La Masonería había hecho en España grandes progresos, especialmente en el ejército, y casi todos los oficiales de aquellos cuerpos estaban iniciados en ella, como el mismo Mina, por cuyas relaciones y por la fama de su nombre se prometía que apenas se presentase, todos los adictos a aquella confraternidad se declararían por él; esta esperanza no era infundada, pues como veremos, las sociedades secretas propagadas en el ejército, vinieron a ser el gran móvil de todos los sacudimientos políticos de España y de México".

El fin que perseguía Mina al lanzar su manifiesto, era precisamente el de hacer saber a todos aquellos a quienes debía dirigirse, que ya se encontraba en el país, y que los deseos suyos eran los del restablecimiento de la constitución y la vigencia de los postulados liberales. Los resultados de la proclama se hicieron sentir muy pronto; pero de todas maneras, en la opinión nacional causaba desconcierto y gran extrañeza el hecho insólito de que un caudillo español del renombre de Mina, viniera a pelear en contra de la dominación española a México. Y sin embargo, la explicación era sencilla: Mina era de Pamplona, en Navarra, donde se guarda un cierto rencor para Madrid. Allá peleó valientemente contra la invasión francesa, y fue él

quien estableció la resistencia heroica de los guerrilleros montañeses que causaron tan grandes desastres a los invasores, hasta que fueron por ellos arrojados. Fernando VII, despótico, lo expulsó con Espoz Mina, guerrillero también y tío de don Francisco. Eran los dos republicanos constitucionalistas, liberales y enemigos del militarismo y de la tiranía monárquica. Como todos los hombres progresistas de Europa, creían firmemente que en América sería donde las ideas liberales podrían marcar el derrotero moderno de una verdadera felicidad humana. En su destierro de Londres, D. Francisco trabó conocimiento, dentro de las logias masónicas, con el mexicano fray Servando Teresa de Mier. Entre los dos organizaron una expedición durante muchos meses, dedicada a venir a cooperar en la liberación de la Nueva España. De Inglaterra pasaron a los Estados Unidos, para buscar ahí elementos y hombres; pues aun cuando de Europa venían muchos voluntarios, querían reforzarse para asegurar el triunfo, ya que la escuadra española los venía vigilando; efectivamente, obtuvo muchos y buenos elementos entre los liberales del vecino país, y tropa con sus respectivos jefes, reclutada entre los desocupados de los puertos; y hasta unos piratas con su capitán Aury, se alistaron con él. Pero tales elementos no permanecieron por mucho tiempo, sino que desertaron unos, y otros con franqueza volvieron a su país, como aconteció con el conde Ruuth, quien volvió hasta la boca del río con su gente después de manifestar a Mina que no le agradaba la expedición. También, al efectuar una maniobra en el territorio que ocupaba el enemigo, el americano coronel Parry decidió tomar el camino de su país con toda su gente, y lo hizo así a campo traviesa, con muy malos resultados; pues por el camino antes de llegar a la frontera, fueron quedando todos ellos, bien por la acción de los españoles que los perseguían, bien por las enfermedades; y él, muy herido, se suicidó antes de caer prisionero. Había embarcado Mina en Liverpool el 15 de mayo de 1816 y el 18 de abril de 1817 llegó al país. Menos de trescientos hombres le quedaron después de las deserciones. Con ellos maniobró con habilidad y ya para junio tenía perfectamente dominado el territorio costanero, y con la gente del país que ya le venía ayudando, penetró al interior después de obligar al comandante Garza a retirarse. Llegó a la Villa del Maíz en el mismo mes, tras de librar acciones importantes contra el capitán Villaseñor, comandante en esa villa; con el coronel Armillán en Poetillo; con el subdelegado López Por-

tillo en el Real de Pinos, y logró llegar triunfalmente al Fuerte de Sombrero el día 24 del mismo mes y año, tras una campaña fulgurante que le dio enorme prestigio. Anteriormente se sabía ya la noticia en el Fuerte, porque al pasar Mina por las zonas de Zacatecas encontró la partida del guerrillero Cristóbal Nava y la noticia cundió por el país. Por cierto que el encuentro con Nava no fue pacífico, pues viendo éste que la gente que se aproximaba a su cuartel venía bien armada y con uniformes, inició el fuego y tal vez se hubieran hecho bajas en las avanzadas; pero el oficial de las fuerzas de Mina hizo grandes esfuerzos para lograr un parlamento, del cual resultó que fuera una comisión de los insurgentes a entrevistarse con dicho jefe, mientras quedaba con Nava en rehenes el oficial. Vino en seguida con ellos don Francisco Javier, y habiéndose entendido inmediatamente con Nava, volvió en su compañía al campamento, donde el regocijo era muy grande; pues al fin tomaban contacto con quienes deseaban desde su desembarco, y si ya su confianza en el triunfo era muy grande, luego lo fue mayormente. Entonces supieron que a cinco leguas había un rancho donde podían alojarse y que a otra jornada de cuatro, encontrarían a la gente de don Pedro Moreno. Emprendieron con ánimo la marcha y echaron al olvido las penalidades de las batallas anteriores y de la sed y el hambre sufridas en el desierto zacatecano, así como la visión de los destrozos causados en ellos por la cruel destrucción que los españoles tenían hecha de cuanto poblado sospechaban o sabían enemigo, en los cuales no quedaban más que cenizas de los incendios y huesos humanos calcinados. También los llenaba de regocijo el no verse ya en los tan grandes peligros que hasta entonces habían sorteado, como el de la hacienda de Peotillos, en la cual Mina dio pruebas de sus capacidades de gran jefe militar, al derrotar a cerca de dos mil quinientos realistas, de los cuales setecientos eran de caballería. Con solamente unos doscientos hombres los destrozó tan completamente que los jefes, Armiñán, el principal, no pararon sino hasta muy lejos, y la tropa huyó llena de pánico. Para su triunfo, aprovechó Mina la circunstancia de que sus enemigos no estaban llegando juntos; sino con una extensión grande entre ellos, y salió de Peotillos a batirlos, con la esperanza de lograrlo poco a poco; pero la maleza no le dejó ver que por uno de sus flancos se aproximaban dos cuerpos de infantería, que al darse cuenta de que sus compañeros

eran sorprendidos y puestos en fuga, entraron en acción. Eran tan superiores en número, que Mina no tuvo más remedio que formarse en cuadro, ordenando a sus soldados que estuvieran firmes y listos para disparar a su orden sobre la caballería, que ya se había rehecho y venía sobre ellos a toda carrera. Entusiasmados por el valor de su jefe, así lo hicieron con tan buen resultado, que los montados al retroceder ante el fuego certero y constante, y contenido por las bayonetas caladas, cayeron en completo desorden sobre la infantería, causándole más daños que los que hubiera podido hacerle Mina con su corto ejército. Al darse cuenta de tal desorden, avanzó para consumar la victoria que fue completa. Posteriormente Armignán quiso presentar la acción como un triunfo; pero fue de tal naturaleza su desastre y tan ostensible su huida, que pronto se supo la verdad, para honor de Mina y mengua del suyo.

Fiesta grande y con repiques y disparos de fusil y de cañones, fue en El Sombrero el día en que el caudillo navarro llegó, después de enviar a don Pedro un oficial con sus saludos. Ya un boletín de la Junta de Gobierno de Jaujilla, había noticiado la entrada al país del caudillo y daba informaciones de sus triunfos. Su popularidad era tan grande, que todo mundo volvió a reanimarse y abundaban las nuevas adhesiones a la causa y el regreso de quienes la habían abandonado. Otra canción se oía ya por todas partes:

Acabad, mexicanos,
de romper las cadenas
con que infames tiranos
redoblan vuestras penas.
.....
De tierras diferentes
venimos a ayudaros
a defender valientes
derechos los más caros.
.....
Mina está a la cabeza
de un cuerpo auxiliador;
él guiará vuestra empresa
al colmo del honor.
.....
Si españoles serviles
aumentan vuestros males,

también hay liberales
que os darán lauros mil.

.....
Los mozos, los ancianos,
las mujeres también,
esfuerzos sobrehumanos
hagan por su bien...

.....
Acabad, mexicanos,
de romper las cadenas
con que infames tiranos
redoblan vuestras penas.

Los realistas no habían permanecido inactivos. Venían del norte los jefes que Mina derrotó en su entrada, rehaciéndose, reuniendo a sus soldados dispersos. Ya en el Bajío, Ordóñez y Castañón cercaban a Moreno. Galdámez, su primer contrincante, había sido muerto en el encuentro de Las Jaulas y en su lugar quedó Revuelta, uno de los que salieron milagrosamente con vida de Granaditas, vengativo y cruel. Éste acudió también en contra de Mina y de Moreno unidos.

Inmediatamente salieron ellos del Sombrero a dar batalla a las numerosas fuerzas que se habían venido aproximando y se dio la acción en Los Arrastres, o Rancho del Terrero, cercano a San Juan de los Llanos, quedando otra vez la victoria del lado de los insurgentes, con el desastroso resultado para los contrarios, de más de trescientos muertos. Entre ellos estaban el coronel Ordóñez, el comandante general del Bajío don Felipe Castañón y el capitán Calderón. Tuvo Mina necesidad, en esta acción, de usar como proyectiles, monedas de las llamadas pesos fuertes, de plata, porque no tuvo más remedio a falta de la metralla que se acabó por la intensidad del combate y por su larga duración. Don Pedro Moreno se distinguió tanto, que Mina lo mencionó con todos los honores en su parte a la Junta de Jaujilla, suprema autoridad de los independentes. Sabedores de que los restos del enemigo se estaban concentrando en la hacienda del Jaral, propiedad del Marqués del mismo nombre, don Juan Moncada, allá se dirigieron ocupándola sin ninguna resistencia, a pesar de que había ahí de refresco un regimiento completo, bien equipado y pagado por el Marqués; pues éste y los suyos, así como los de la desbandada, huyeron ante la presencia de Mina y Moreno. El botín

del Jaral fue muy rico. Solamente en numerario, fueron recogidos ciento cuarenta mil pesos que había enterrado el Marqués y que fueron conducidos en cuatro grandes carretas hasta El Fuerte. Desgraciadamente, en el camino se perdieron treinta y tres mil, que no por su gran suma, sino porque provocó divisiones, vinieron a representar en el campo insurgente la manzana de la discordia y dieron origen y pábulo a suposiciones, difamaciones y disgustos entre los jefes. Los historiadores han tenido en ello lugar para comentarios de toda índole.

El Fuerte del Sombrero seguía convertido en un seguro refugio, al cual acudieron cuantos habían quedado dispersos después de la derrota del Puente de Calderón, así como los nuevos elementos que la popularidad de Mina y de Moreno atraía. Cuando reciente todavía su instalación ahí, don Pedro fue atacado por Brilanti, en combinación con Negrete y a pesar de que no estaban terminadas las obras de fortificación completa, los derrotó de tal manera, que el parte de Brilanti es una clara confesión de ello y de la valentía y habilidad de Moreno. Ya antes, en otros encuentros, los había derrotado, como en El Ojo de Agua y en las cercanías de Lagos, en combinación con Hermosillo, Santos Aguirre, San Román y otros guerrilleros; y en la persecución que Orrantía y Negrete emprendieron contra ellos en la Sierra de Comanja, los fueron sosteniendo con verdadera pericia, sin presentarles batalla por el gran número de realistas, y quienes por fin desistieron de la persecución, perdiendo Moreno solamente un soldado que fue alcanzado por el enemigo. Fue después de estas escaramuzas, cuando atacaron Moreno y sus aliados las cercanías de Lagos, primero, y después las de León.

Esperaban ya en el Fuerte a Mina y a Moreno, dos de los tres miembros de la Junta de Jaujilla: el doctor San Martín y el licenciado Cumplido. Habían llegado días antes, según les informó el guerrillero Miguel Borja, a quien encontraron en una rancharía cercana al Sombrero. Ya en Jaujilla se tenían noticias de la llegada de Mina al Fuerte, así como de su brillante campaña desde el Golfo, y uno de los fines de la visita era el de felicitarlo y agradecerle a nombre de la Patria, su ayuda tan efectiva. Además, se trató lo relativo a la forma de continuar las operaciones y de hacer la designación del jefe de los grupos de la región, que recayó en Mina. El primero en reconocerlo fue Moreno. Solamente el Padre Torres, que era

antes el teniente general quedó molesto e inconforme con el nuevo jefe. Era la Junta de Jaujilla el resto y continuidad de los Congresos organizados anteriormente y que funcionaron en Apatzingán, en Tehuacán y en Zitácuaro. La formaban tres personas que designaban en su representación los principales jefes insurgentes. Para su seguridad eligieron la Isla de Jaujilla como residencia, la cual fue debidamente guarnecida y fortificada. Estaba en el lago de Zacapu y el acceso a ella era casi imposible.

Los insurgentes del lago de Chapala

LLEGARON al Sombrero, por esos días, en diferentes partidas, muchos de los valientes rebeldes que por años se hicieron respetar en una extensa zona de la laguna de Chapala. Tenían por centro y fortaleza la isla de Mexcala, actualmente llamada del Presidio. Era gente muy fogueada, en su mayoría campesinos indígenas; pero entre ellos venían también hasta ex seminaristas, que les servían de jefes y de consejeros. Pronto se hicieron todos ellos muy queridos de los insurgentes del Bajío y de los Altos. En las horas del descanso, en derredor de las fogatas o de las mesitas de pino de las fondas del mercado del Sombrero, contaron las asombrosas noticias de aquel otro episodio en el que valor y temeridad fueron alternándose continuamente durante cuatro años, en los cuales los españoles sufrieron muchas derrotas de importancia. La isla de Mexcala está frente al pueblo del mismo nombre; en él vivía el capitán Encarnación Rosas, veterano de las fuerzas que se levantaron en Nueva Galicia en el mismo mes de septiembre de 1810, retirado ahí para estar cerca de su pueblo natal, Tizapán. Decepcionado como tantos otros, como ya lo hemos apuntado, después de la batalla de Calderón, volvió al oficio de pescador a seguir su antigua vida; pero un jefe español, Iñíguez, sabedor de que estaba ahí, pretendió aprehenderlo. Rosas se preparó convenientemente. Era inteligente y audaz, fuerte y muy querido de los indios, que al saber que venían por él, se pusieron a sus órdenes y haciendo provisión de gran cantidad de piedras, recibieron a los gachupines con tanta furia, que derrotados volvieron a Chapala. Rosas que ya era famoso, adquirió con ese triunfo mayor renombre y de nuevo entusiasmado, organizó la gente, que luego se vió muy aumentada por numerosos simpatizadores

que llegaron de los lugares comarcanos, Ixicán, Tlachichilco, y del otro lado de la Laguna, procedentes de Tizapán, de Columba, de Palo Alto, Soyatlán y Jocotepec. Reunió doscientos hombres y con ellos se estableció en Ixicán, en donde a los pocos días fue sorprendido por el español Serrato con mayores fuerzas y desalojado. Pero como se diera cuenta, ya fuera de la población, de que la estaban incendiando los enemigos, regresó rápidamente a tomar venganza, ayudado por los vecinos pacíficos que antes no habían participado en la lucha, y todos unidos inflingieron completa derrota a Serrato que huyó dejando su armamento abandonado, y no parando hasta Poncitlán, donde se unieron sus pocos soldados con los del comandante Rafael Hernández para resistir a Rosas. Éste traía ya más de cuatro mil hombres, unos armados con los fusiles que abandonó en Ixicán Serrato, otros con machetes, lanzas, hondas, arcos y con cuanto podían. Triunfaron nuevamente en Poncitlán, y con las armas que ahí recogieron continuaron su recorrido por la ribera de la Laguna, agregándoseles día a día numerosos reclutas, mientras que uno de los más sanguinarios e impopulares realistas, el Cura Chicharronero, Manuel Álvarez, era llamado a combatirlos, pues se creía que él si los dominaría. Se hizo el cura fuerte en Poncitlán, pero como era odiado por su crueldad, que ya en el Bajío y en los Altos era proverbial, como hemos visto anteriormente, más bien que unírsele, los pobladores de la región le huían. Volvió sobre Poncitlán Rosas al mes siguiente, y el resultado del encuentro fue una vergonzosa derrota del cura, que escapó como pudo, herido en el cuello, y estuvo a punto de ser lazado por Encarnación, habilísimo en el arte mexicano de la charrería, al grado de que en plena batalla de Calderón, fue autor de una acción que aún se recuerda: la muerte de don Manuel Flon, Conde de la Cadena. Rosas fue quien lo apresó lazándolo en Calderón, y muerto por la tropa en el mismo campo de batalla, a pedradas, balazos y puñaladas, pues se le guardaba rencor por ser el segundo comandante de las fuerzas de Calleja. Flon la pagó con su vida; pero el Cura Chicharronero, Álvarez, fue premiado por el Rey de España con una canonjía en la catedral de Durango, que le hizo olvidar la herida y la lazadura de Encarnación. Tras del cura llegó otro jefe español llamado Linares, quien no pudo llegar sino hasta el cerro de San Miguel, donde Rosas lo destrozó completamente. Recogió ahí cañones, fusiles, sables y parque en abun-

dancia, que vinieron a aumentar el numeroso armamento que ya tenía reunido, después de sus continuos éxitos. Su artillería era ya imponente y fuerte. Al terminar el año, por consejo del sacerdote Marcos Castellanos, cura de Ocotlán, que era indígena de Sahuayo, resolvió establecer un cuartel general y se decidió que lo fuera la isla de Mexcala. Resolución semejante a la que por su parte, había tomado don Pedro Moreno al fortalecer la cumbre del cerro del Sombrero. La isla de Mexcala presentaba mayores ventajas para el caso; pues era como de kilómetro y medio de larga, tenía casi unida otra pequeña isleta, y a lo ancho medía unos ochocientos metros. Bajo la dirección del cura Castellanos se procedió activísimamente a fortificar la isla de muy diferentes maneras, todas resueltas y ejecutadas con tino. Y como en El Sombrero, levantaron casitas, galerones, caballerizas, trojes y organizaron las defensas ribereñas de todo el lago, dejando establecida la principal y más fuerte comunicación por el lado oriente, con el dueño de la hacienda de La Palma, el comandante insurgente brigadier don Luis Macías, dependiendo del comandante del poniente, doctor José Sixto Verduzco, nombrado por la Suprema Junta de Gobierno de Jaujilla. La primera acción fue contraria a los insurgentes, pues el capitán Cuéllar derrotó a una partida de 300 indígenas cerca de Tuxcueca. Alentados los españoles, pidieron al general José de la Cruz, gobernador de la Nueva Galicia, que los reforzara, lo que hizo enviando al comandante Linares con muy numerosos elementos, con los que se apoderó de Tizapán, aprehendiendo y fusilando a cuanto vecino encontró sospechoso y secuestrando a la esposa de Encarnación Rosas. Antes de abandonar la población, la incendió dejándola destruida, sin posibilidades de ser habitada en mucho tiempo, como sucedió. Pero Linares cometió la imprudencia de embarcarse en una canoa grande y en seis más chicas, en el pueblo de Cuitzeo, para intentar atacar la isla. Rosas era hábil marinero, tenía numerosas canoas grandes y muchísimas chicas, con las cuales atacó a Linares en cuanto tuvo noticias de que se acercaba, y lo destruyó por completo, apresándolo y llevándolo a Tizapán, donde lo ahorcó haciendo justicia al destruido pueblo. Solamente escapó de este desastre el capitán Galli con los soldados que iban con él en una canoa que retrocedió a Ocotlán. Ya para entonces otro indígena bravo el teniente coronel Santa-Anna, se había hecho cargo de la jefatura de los insurgentes, y en las acciones de Atequiza, Las

Peñas y Tlachichilco aumentó el número de los triunfos de la causa de la independencia, todos ellos contra el Cura Chicharronero. Entre tanto, el general De la Cruz había mandado construir al puerto de San Blas unas falúas, con el fin de servirse de ellas para sitiar la isla. Establecía al mismo tiempo un arsenal en la hacienda de Cedros y un destacamento fuerte frente a la isla, compuesto de más de mil hombres; pero Santa-Anna, por su parte, tenía ya instalada en su fortaleza una fábrica de cañones y de parque. A mediados del año de 1813, llegaron por fin a Chapala las embarcaciones hechas en San Blas, y organizado el asalto, salió de Tlachichilco el grueso de las fuerzas de tierra con el coronel don Pedro Celestino Negrete al frente; y de las embarcaciones, el capitán don Felipe García. El primer ataque fue contestado por los mexicanos con furia, y los españoles retrocedieron; pero reanimados por sus jefes, volvieron al asalto haciendo llegar las embarcaciones hasta la orilla misma de la isla, donde cada una iba quedando encallada, pues bajo el agua habían sido formadas barreras de piedra en las cuales quedaban presas las orgullosas naves, y sus ocupantes desesperados por no encontrar los medios, no ya de vencer, sino de salvar la vida. Ahí la perdió el jefe de las falúas, capitán García, y Negrete resultó con varios dedos de la mano izquierda menos, herido por una piedra. Por fin, después de perder muertos más de doscientos hombres, se retiró poco a poco conforme quisieron alejarlo las aguas, pues los remeros estaban o heridos, o muertos, a la orilla del lago o en el fondo de las canoas. Alarmado el gobernador Cruz, se presentó en la hacienda de La Calera, a donde hizo ir a todos los hacendados de la región para apremiarlos a tomar medidas urgentes, pues el movimiento tomaba ya grandes proporciones. Acordaron establecer un cordón militar estricto, y al mismo tiempo mandaron emisario de paz, en una canoa pintada de blanco llevando bandera blanca, que los isleños recibieron con caballerosidad, habiendo escuchado el mensaje de paz que se les enviaba. Los insurgentes estaban representados por su parte, por el teniente coronel Santa-Anna, que había sido de los mejores oficiales de don José Antonio Torres y era además nativo de Tizapán; el capitán Encarnación Rosas, primer rebelde de Mexcala; el padre Castellanos y los capitanes Julio Navarro y Pedro Nicolás Padilla. Toda la tropa presenció la conferencia, y al final de ella, después de que todos se dieron cuenta de que se les ofrecía el indulto, bajo la ame-

naza de que, de no aceptarlo, correría mucha sangre, todos los presentes respondieron con gritos: "¡QUE CORRA EL SANGRE...!" Los indígenas no dominaban aún las formas del idioma español. Inmediatamente después, los realistas fueron poco a poco cerrando el cerco. Al final del año, por el mes de septiembre, Santa-Anna salía con frecuencia por las riberas de la Laguna. Atacó a Ocotlán, salió hasta la hacienda de Buena Vista, y llegó más allá hasta Ixtlán. Las fuerzas de los españoles en el agua, eran ya fuertes y numerosas. Se componían de una balandra, dos falúas (pues la mayor quedó presa en la isla), una lancha y cuatro botes, llevando siete cañones y numerosos soldados. Cuando Santa-Anna iba rumbo a Tizapán, se trabó en dos combates con el comandante José Navarro, de la armada española, pero solamente perdió una canoa, regresando a la isla, para espiar el momento en que tomaría la revancha. Y fue a los pocos días cuando Navarro estaba en las cercanías de Mexcala, donde lo atacaron los insurgentes con éxito. Desesperado el general Cruz, fue personalmente al teatro de las operaciones, donde permaneció más de un mes, volviendo sin ningún resultado práctico.

Ya en mayo de 1814, reunidos muchos de los guerrilleros insurgentes, acordaron dar una acción de importancia, atacando la estancia de Los Corrales, cercana a Tizapán en la hacienda de San Francisco. Iban al frente Gordiano Guzmán, el canónigo Lorenzo de Velasco y don José María Vargas; y del lado de los realistas estaban los coroneles Juan N. Cuéllar y Manuel Arango. El triunfo de los insurgentes fue completo, habiendo caído prisionero Arango y muerto Cuéllar. Cuando ya terminaba la acción, llegó al campo de batalla el doctor José María Cos y Pérez, famoso intelectual insurgente, quien ordenó la inmediata ejecución de Arango, aprehensor del héroe don José Antonio Torres, y culpable de muchas de las crueldades inhumanas de que se le hizo víctima. Se recogieron cuatro cañones, más doscientos fusiles y mucho material de guerra. Posteriormente, Santa-Anna atacó Jocotepec, en el extremo poniente del Lago, y obligó al comandante Mangino a guarecerse en la parroquia, mientras que su gente saqueaba el cuartel y las casas de los españoles, llevándose buen botín y numerosas provisiones. Así se pasó el año de 1815, y en los primeros días de 1816 Santa-Anna fue a recoger leña y provisiones a Columba, y ahí se encontró con la armada enemiga, con la que trabó combate en

condiciones de inferioridad, pues no llevaba suficiente gente ni armas. Se batió en retirada, y envió urgentemente una canoa pidiendo auxilio a la isla, que le llegó pronto pudiendo salvar sus provisiones totalmente. Por fin, después de un fracaso en el asalto de fines del año a Ocotlán, una epidemia invadió la isla, cayendo víctimas de ella la mayoría de sus defensores. No podían salir las expediciones para traer víveres, no había vigilancia, los remeros faltaban y los que no caían un día caían al siguiente. En el mes de noviembre, insistió Cruz con sus proposiciones de indulto, sabedor de las condiciones en que se encontraban los rebeldes; pero sin decidirse a atacarlos conociendo por propia experiencia cuán grande era su valor, envió mensajeros de paz. Los isleños contestaron de nuevo como anteriormente: "¡QUE CORRA EL SANGRE...!"; pero en la conferencia, habiendo preguntado Santa-Anna a los parlamentarios qué le haría Cruz si personalmente se le presentaba; y como le dijeron que nada, sino al contrario, se vería agradao de tratar directamente con él, se decidió a acompañarlos. Trataron el mariscal Cruz y el jefe insurgente sobre las condiciones de la rendición, y se llegó al acuerdo de que a cambio de ella, el gobierno español devolvería y reedificaría las poblaciones destruidas en el bloqueo y que se darían los servicios religiosos gratuitamente a los isleños. Todavía obtuvo mayores franquicias el cura Castellanos, a quien Santa-Anna comunicó lo tratado con el gobernador y mariscal; pues se dirigió a él inmediatamente y se estipuló que, además de lo ofrecido, se diera a los rebeldes tierra de labor y de riego, yuntas de bueyes y semillas para el trabajo del campo, y que quedarían exentos de tributos. Al cura Castellanos se le concedió un curato o una capellanía, y Santa-Anna fue nombrado gobernador de la isla de Mexcala.

A pesar del compromiso del gobierno español de respetar las vidas de los indígenas del movimiento de Mexcala, las autoridades inferiores no lo cumplían sino que frecuentemente lo burlaban, por lo cual numerosos de ellos tomaban el camino del Fuerte del Sombrero para continuar la lucha por la independencia.

El sitio

EL Fuerte del Sombrero había servido a don Pedro grandemente como base de operaciones, y también fue en ello utilísimo a Mina. Pero éste, desoyendo a la Junta de Gobierno y a los

jefes mexicanos, dispuso encerrarse todos en El Sombrero, porque después de la victoriosa expedición del Jaral y de la del Terrero, sufrió un descalabro de consideración al intentar sorprender a Negrete en León, en lo cual fracasó. La expedición del Terrero fue pocos días después de que llegó Mina y en ella derrotaron a tres jefes españoles: Ordóñez, Castañón y Calderón, quienes quedaron muertos juntos con más de trescientos de tropa. En El Jaral, como ya se dijo, donde el dueño Juan Moncada, español riquísimo, tenía a su costa un ejército, armas y pertrechos de guerra, los insurgentes los hicieron huir con Moncada a la cabeza y ahí tomaron muchos elementos para sus campañas y ciento cuarenta mil pesos en plata, de los cuales se perdieron treinta, dando así origen a lo que se ha llamado por los historiadores "El robo del Jaral", atribuyéndolo sin ninguna razón a Mina, pues fue solamente el resultado del desorden de toda empresa militar en el momento de su culminación. Al llegar en triunfo los jefes al Sombrero, encontraron ahí a los miembros de la Junta de Gobierno de Jaujilla, doctor San Martín y licenciado Cumplido, quienes designaron mariscal en jefe a Mina, siendo reconocido por todos, inclusive por el Padre Torres, del Fuerte de los Remedios, que era irreductible para otros, aunque no dejó de advertir que él era teniente general y Mina sólo tenía el grado de Mariscal. . . y que por ello, debería ser él el jefe. La Junta dio a Mina instrucciones para que siguieran con la misma táctica que hasta esos momentos, puesto que les daba tan buenos resultados; pero Mina, decepcionado por el adverso resultado del asalto a León, resolvió resistir el sitio en el Fuerte. El ejército realista estaba ya bajo las órdenes del nuevo mariscal de campo, Liñán, recién llegado de España con mucho prestigio militar. El clero, por su parte, alarmado por los éxitos de Mina y de Moreno, a quienes tenía ya excomulgados, armó en Guadalajara un cuerpo de cien soldados de infantería y veinticinco de caballería, pagándoles todos sus gastos.

Liñán se estableció en Querétaro, colocó a Negrete en León, a Orraintia en Dolores y al coronel Ruiz en San Luis Potosí. Formó la División de Guanajuato a las órdenes de Loaces, que había llegado con él llevando sus fuerzas de Zaragoza. El coronel Rafols mandaría la División de San Luis. En el Fuerte se encontraban, además de las fuerzas de Moreno y de Mina, las de los Ortiz, las de Borja recién llegado y las de don Santiago González y llegaban apenas por todos los habitantes, in-

cluyendo las mujeres, los ancianos y los niños, a unas mil personas. Diecisiete piezas de artillería en mal estado eran las que había en el Fuerte. Por parte de los españoles, se contaban dieciocho piezas grandes y cuatro obuses y mil doscientos infantes, más mil cien dragones. El día último de julio de 1817 se dispararon los primeros cañonazos por las fuerzas de Negrete y de Ruiz, colocado ya el primero al pie del cerro de Comanja y el segundo en el de Las Tablas. Mina envió órdenes al Padre Torres, a Los Remedios, para que aprovechara el estar reunidas las fuerzas españolas en el sitio y tomara a Guanajuato, lo cual desobedeció. El dos de agosto quedó cortada la comunicación de los sitiados con sus abastecimientos de agua de Barbosa, lo cual se agravó por la falta de lluvias y empezaron los terribles sufrimientos a que desde ese momento se vieron sujetos los heroicos defensores, que vieron pasar por encima de sus cabezas las grandes nubes cargadas de agua, que iban a caer sobre los campamentos españoles pero que no llegó a favorecerlos a ellos hasta el día seis, después del combate del cinco en la noche, en el que rechazaron un terrible ataque que dio Liñán, pues no lo dejaron llegar ni a los parapetos, mostrándose Mina muy valiente, al lado de Moreno. El ocho dieron una salida y arrancaron a Negrete un reducto que por falta de oportuno refuerzo no conservaron en su poder. Al regresar al campamento, Mina decidió hacer esa misma noche una salida para traer abastecimientos, siendo acompañado por Ortiz y por Borja con lo mejor de la caballería. Al mismo tiempo que faltaba agua en el Fuerte, escaseaban también los alimentos, al grado de que ya casi no recibían los soldados sino una vez al día una regular ración. Mina intentó varias veces, desde fuera, introducir víveres, pero las partidas que aproximaba con ese objeto eran derrotadas por los españoles que cada vez recibían nuevos elementos. Las nubes continuaban su desesperante paseo por sobre las cabezas de los sitiados, pero no llegaron más a favorecerlos con la lluvia. El día 15 Liñán volvió al ataque de manera tan resuelta, que sufrió más bajas que en ninguna otra vez, puesto que perdió 35 oficiales y más de 400 hombres, lo cual lo convenció de que no rendiría jamás ni derrotaría con las armas a los valientes insurgentes que, entre tanto, con muchos heridos y sin alimentos ni agua, fueron víctimas de las epidemias. Los que quedaron sanos no alcanzaban a cuidar de todo, ni de la defensa; pues desde la Mesa de Las Tablas, la artillería enemiga les causaba grandes males. Por todo ello hicieron lo posible por alcanzar una hon-

rosa rendición, pero Liñán se negó a ello. El general Young, que había entrado junto con Mina procedente de su patria, los Estados Unidos del Norte, murió heroicamente en esos días, pues una bala de cañón le llevó la cabeza. Algunos de los familiares de Moreno y otras personas no militares, tuvieron ocasión de huir del Fuerte gracias a un indígena que los sacaba por la barranca del Rincón, la más empinada, por medio de unas sogas y siguiendo veredas inaccesibles conocidas por él. Les cobraba veinticinco pesos por cada persona. Desesperado Moreno por aquella situación tan grave, decidió abandonar la fortaleza el día 19 por la noche y dio las órdenes del caso, pero desgraciadamente se permitió dejar salir por delante a las mujeres y demás personas incapacitadas para la lucha, por lo que el sitiador se dio cuenta, fusilándolos materialmente y causando tales destrozos que puede decirse que ahí quedó aniquilado el núcleo rebelde. Moreno y Bradburn regresaron a la meseta, pero no tenían ya ni elementos de combate ni quién los secundara, porque las trincheras, los cañones y la pólvora, habían sido inutilizados por ellos mismos antes de la salida. Los españoles entre tanto, cebaban su rabia matando sin compasión y a sangre fría, a quien encontraban, fuera quien fuera, heridos, enfermos, mujeres, niños. Moreno se precipitó en una barranca y en ella permaneció tres días oculto, enfermo de disentería, hasta que un vaquero pasó casualmente por donde estaba y lo llevó casi sin vida al rancho del Chamuscado, donde se rehizo. Ya a mediados de septiembre, estaba otra vez en campaña junto con su hermano don Pascual, con Zermeño, Orozco y González. Doña Rita su esposa, que valientemente esperó su suerte en las alturas del Fuerte, fue hecha prisionera junto con su hijos pequeños y llevada de manera brutal a la cárcel de León, a pie y con su hijita menor en brazos. Gracias a un caballeroso oficial español de nombre Pozos, fue enviada a Silao, donde la cárcel era menos sucia y penosa que la otra. Ahí murió su hijita Prudenciana y sufrió un aborto. Por fin, en 1819 se la dejó en libertad y volvió al hogar de sus padres, en San Juan de los Lagos, donde alcanzó la avanzada edad de 82 años. Cuando refería los gloriosos hechos que le tocó presenciar, en muchos de los cuales fue una heroína, se interrumpía para cantar lo mismo que cuando dormía, a su hijito, allá en el Fuerte:

Perrito de lana,
bolita de armiño . . .
pídele a Santa-Anna
que se duerma el niño . . .

Y al final, toda llorosa, cantaba también así:

Acabad, mexicanos,
de romper las cadenas,
con que infames tiranos
redoblan vuestras penas . . .

De tierras diferentes
vinieron a ayudarnos,
a defender valientes
derechos los más caros.

Mina está a la cabeza
de un cuerpo auxiliador;
él guiará vuestra empresa
al colmo del honor.

Si españoles serviles
aumentan vuestros males,
también hay liberales
que os darán lauros mil.

Los mozos, los ancianos,
las mujeres también,
esfuerzos sobrehumanos
hagan por su bien . . .

Acabad, mexicanos,
de romper las cadenas
con que infames tiranos
redoblan vuestras penas . . .

La letra de aquel canto no era sino la misma verdad; pues hubo mujer que con una granada en la mano se arrojara corriendo sobre la tropa de Negrete que subía ya por la última barricada, arrojándola en los mismos momentos en que estallaba, dejándola moribunda. Sin embargo, alcanzó todavía a llegar a la encina donde estaban las campanas y las tocó con gran entusiasmo quedando muerta ahí mismo. Otros actos por el estilo se registraron en aquel memorable sitio.

El ocaso

SON los últimos días del año de 1817. Santa María de los Lagos sufre una de esas lluvias pertinaces que cae tristemente, como llorando, del velo gris-perla formado con gruesa neblina, que envuelve la luz del sol y la hace morir casi. Por la entrada de Buenavista, estas aguas-nieves, o cabañuelas, que también se llaman, calman un poco y el cielo se medio abre en un rompimiento muy parecido a los que pintaron nuestros artistas coloniales y en los cuales colocaban los grupos gloriosos de ángeles y serafines. Aunque sin ángeles, clavada en una larga pica guerrera, aparece en el centro del rompimiento una cabeza, muy limpia, porque la lluvia helada le lavó la sangre de sus heridas. Pero su color cadavérico y su gran cabellera lacia, las barbas en forma clásica insurgente de abundantes patillas, le dan una grandeza que transforma en gloria la injuria que los tiranos quisieron causarle al exhibirla extramuros de la ciudad, para escarmiento de las otras cabezas que pensarán en la libertad. Aquélla estaba sola y abandonada. Gallarda cabeza la del *Toro*, como le llamaron a don Pedro desde en la escuela. Los lagunenses habían oído, no más, los clamores de triunfo de los Panzas Coloradas que avanzaban desde El Venadito y Silao con aquel espantoso trofeo. Ocultos en sus casas, doloridos por la muerte de su héroe, temerosos de mayores atropellos, los oyeron con desesperación. La pica española en que se encontraba clavada, pasó primero entre la expectación de los pueblos y el regocijo de los gachupines, por todo el Bajío, remitida por Orrantía, el jefe del grupo que consumó la vergonzosa hazaña. Con muestras de contento, la recibió vestido de gran gala el comandante Pedro Celestino Negrete en su cuartel general de León, y con lujo de burlas ordenó que siguiera su camino hasta Lagos. El Día de Muertos, 2 de noviembre, fue colocada en Buenavista tras de pasearla por calles y plazas, y duró ahí hasta que por fortuna, el jefe español Revueltas y los demás peninsulares distrajerón su atención cuando, dos meses después, pasó rumbo a Sonora el obispo electo. Aprovechando los agasajos, un pariente del héroe, llamado Pedro Moreno Guerrero, la recogió y le dio sepultura en secreto. Como recuerdo del drama, sólo quedaron festones negros en las ventanas y en el portón de la casa de los Moreno, al lado oriente del Santuario, ahí donde pocos años antes, la gran tienda prosperaba, donde sentados sobre amplios equipales, los amigos de don Pedro iban a

platicar con él en cuanto llegaba de sus largos viajes. Aquellos tristes paños negros de luto, se habían ido acumulando, uno sobre otro, a medida que la lucha guerrera iba cortando el hilo de las vidas de los Moreno. El del hijo Luis era el primero, de color ya indefinible y luego seguían otros muchos, por los mártires que caían.

Los tiranos tienen cierta predilección por cortar las cabezas de quienes se les oponen. Y gozan mostrándolas en público, como si el hecho del sacrificio llevara consigo, también la desaparición de las ideas que aquellas cabezas defendieron. Pero las ideas son inmortales. Vuelan de una en otra cabeza, se multiplican, persisten, hasta que los tiranos enloquecen de impotencia y las ideas triunfan y se establecen.

La muerte de don Pedro fue admirable.

Después de que, tras del sitio del Fuerte del Sombrero, Mina y él volvieron a reunirse en el cerro de San Gregorio, en donde también se les unió de nuevo el guerrillero Ortiz y juntos hicieron frente con éxito a don Anastasio Bustamante, que mandaba una parte del ejército de Orrantía. Asaltaron la hacienda del Bizcocho donde Mina mandó fusilar a treinta y un prisioneros realistas, que se habían hecho fuertes en la torre de la iglesia. En descargo de don Francisco Javier, se ha dicho que al dar la orden estaba muy enardecido por los informes que Ortiz acababa de darle de los actos sanguinarios e inútiles que habían cometido los bárbaros triunfadores del sitio del Fuerte del Sombrero. Poco tiempo después, se trabó nuevo combate en las cercanías de Irapuato, en un lugar llamado La Caja. El jefe contrario era Orrantía, quien había desplegado una fuerza numerosa queriendo alejar a los insurgentes, porque desde hacía tiempo impedían la entrada de víveres y recursos para su cuartel general, que sufría los rigores de tales privaciones, como en un sitio. Entre las fuerzas de los independentes había un cuerpo que tenía el apodo de Los Cueros, porque sus hombres vestían chaquetas de gamuza, como las usadas en el Bajío, los cuales hicieron fracasar los planes de Mina por la poca resistencia y la falta de valor que mostraron en esa acción; por lo que Mina, desilusionado, dejó el mando a Moreno y marchó a Jaujilla, a conferenciar con los miembros de la Junta de Gobierno. Cuando volvió, decidió atacar a Guanajuato, después de una junta con sus subordinados, en la cual don Pedro y don Pascual su hermano opinaron que lo indicado era remontarse a la sierra de Michoacán, para reforzar sus tropas y después, sí,

bajar a tomar la plaza. Pero Mina objetó que tenía órdenes precisas de la Junta de Gobierno, y casi se adueñaron de ella, pero la guarnición tuvo tiempo de encerrarse en su cuartel, y de enviar mensajeros a Orrantia y a Liñán, que se encontraban muy cerca y que acudieron en seguida, por lo que se impuso una retirada, después de causar muy duros castigos al enemigo. Además, se apoderaron de las minas de La Valenciana y Mellado y de los arrabales de Guanajuato, habiendo reunido muchos elementos de guerra. Transcurrió así todo el mes de septiembre; y el 26 de octubre después de una penosa jornada, quisieron descansar en una hacienda llamada La Tlachiquera, que era de un partidario de su causa. Llegaron a ella, pero habiendo meditado en el mal que seguirían a don Manuel Herrera, el propietario, decidieron ya tarde seguir hasta una estancia del cerro, llamada del Venadito en donde, con gran confianza, desensillaron sus caballos y se acostaron a dormir tranquilamente. Entre tanto, un tal Chagoya, dueño de un rancho cercano, que se había dado cuenta de la llegada de los insurgentes, fue a dar parte a Orrantia, quien los sorprendió en la madrugada del 27, estando Moreno acostado. Al tiroteo, despertó, y sin cuidarse del vestido ni del sombrero, salió en paños menores abriéndose paso entre los españoles con su espada y llegando hasta un peñascal en donde logró ocultarse. Deseoso de salvarse, de prisa, mandó a Mauricio su asistente, que estaba con él, a buscar los caballos; pero los españoles lo apresaron y denunció el lugar del escondite. Quisieron tomarlo prisionero vivo; pero como fiera acosada, derribó cuanto enemigo se aproximaba a él, hasta que por fin recibió un balazo en la cabeza. Otras heridas tenía ya, pero no llegó a rendirse. Así murió El Toro. Como coyotes cayeron sobre él los españoles; le cortaron la cabeza y se la enviaron a Orrantia en los términos y forma que antes hemos dicho. Poco después, don Pascual Moreno su hermano, don Manuel Zermeño, Orozco y otros de sus compañeros que pudieron salir ilesos de la acción del Venadito, bajaron al peñascal en que habían quedado los restos de don Pedro y les dieron sepultura.

Mina cayó sin combatir. Sorprendido en el lecho en que dormía, fue hecho prisionero por el dragón español Miguel Cervantes. Cuando compareció, amarrado, ante Orrantia, fue insultado por el bárbaro gachupín, golpeándolo además con dos cintarazos de su espada. Mina le gritó, ofendido:

“¡Siento haber caído prisionero; pero tal infortunio es para

mí mucho más amargo, por haber caído en manos de quien no respeta el nombre de español ni el carácter de soldado!"

Lo mandó Orrantía al campamento de Liñán, en el cerro del Bellaco, frente al Fuerte del cerro de San Gregorio, donde otras fuerzas insurgentes estaban sitiadas. El 11 de noviembre, Mina fue fusilado en un lugar que los defensores del Fuerte de San Gregorio alcanzaron a ver. Esta fortaleza cayó en poder de Liñán en enero del año siguiente. Las atrocidades del Fuerte del Sombrero se repitieron ahí. Enfermos, heridos, mujeres, niños, fueron quemados en el hospital, y a quienes encontró fugitivos, los mandó balacear, todo ello tras de fusilar a más de doscientos prisioneros. Después, fue llamado el sanguinario chacal a México, donde se le rindieron honores habiéndole prendido en el insano pecho la Cruz de la Orden de Isabel la Católica... Tal condecoración era llamada por el pueblo "La Mataindios"...

Dieron a Bustamante el grado de coronel...

A Negrete también le colgaron la famosa Cruz...

A Orrantía le dieron otra más chiquita, la de San Fernando...

Y al dragón Cervantes, otra igualita, que le valió la enemistad de Orrantía.

A Chagoya no le dieron nada.

A Mauricio lo colgaron de una encina... y

Al señor Virrey, lo hicieron Conde del Venadito... Sainete tragicómico... Todo el mundo se rio mucho de la ocurrencia, por aquello de los largos y bien distribuidos cuernos, y él, el señor virrey, suplicó que le cambiaran el nombre. No lo consiguió y el ridículo rubricó el pergamino.

Ofuscados los españoles por su prurito de ennoblecimiento, hacen con mucha frecuencia las cosas más risibles...

Poco tiempo después de estos inolvidables sacrificios, movidos por circunstancias distintas a la verdadera autonomía mexicana, la casi totalidad de los jefes españoles y criollos que han desfilado en esta relación secundaron a don Agustín de Iturbide en su Declaración de Independencia. La mente se conturba necesariamente cuando recuerda que Negrete, Villaseñor, Bustamante y tantos otros, que se condujeron hasta entonces con tanta saña en contra de los verdaderos insurgentes, serían después los directores del primer período independiente y que llegarían a escalar los más altos puestos de la administración pública y del ejército. Pero el espíritu esclavista parecería en todos sus ac-

tos, y su falta de lealtad, en forma de legislaciones contrarias a las libertades y al pueblo, y en una serie de constantes cuarte-
lazos y asonadas realizadas precisamente por aquellos militares
en forma tan desorbitada, que llegaron a más de cien en menos
de medio siglo.

Pero el verdadero pueblo premió a Moreno con su recuer-
do puro y agradecido, no con títulos ridículos ni con honores
materiales; sino con su voz significativa y profunda, que se ha
perpetuado así:

Aquel bizarro insurgente
que fue gloria del Sombrero,
el compañero de Mina,
el que brilló en Los Remedios,
el asombro de Jalisco,
es gloria de los Lagueños. . .

LA SIMBOLOGÍA MÁGICA EN DÍEZ DE MEDINA

"Nuestro porvenir no debe preocuparnos más que nuestro pasado. ¿No venimos de la nada? ¿No estábamos muertos antes de nacer?... Y la eternidad pasada nos deja indiferentes cuando es el espejo donde la naturaleza nos permite ver la eternidad futura!"

LUCRECIO.

I

EL decurso de Fernando Díez de Medina como escritor representativo de una Bolivia literariamente india, ha sido para mí una de las experiencias más instructivas y más desconcertantes. Cuando publicó *Thunupa*, mi asombro, no obstante —y las espesas columnas que le dediqué no lo contradicen— tuvo la prudencia de mantener un compás de espera, puesto que en *Thunupa* si bien se había aprehendido el gran mito del Santo racial, éste estaba acondicionado a una ataujía de técnica católica que, de hecho, fue ley para todos los conversores coloniales, quienes a trueque de hacerse ininteligibles a la mentalidad mágica del indio, no vacilaron en estigmatizar el barro totémico con el fuego de la transfixión mariana; resultando que si no llegaron a infundirle sus teológicas sutilezas al menos extirparon su candidez animista de manera en que lo sucesivo vería en el Sol al Cristo y en la Luna a la Madre-Virgen; en Thunupa rupestre a Bartolomé o Tomás, discípulos de Jesús que, según es fama, salieran de Judea a sembrar en las lindes del Oriente fabuloso.

Era pues inquietante comprobar de qué raíz procedía esta insólita emergencia mitológica; si se trataba de renovar el sistema eclesiástico por ósmosis con simples finalidades éticas o estéticas; o si, realmente, nos hallábamos en presencia de un deliberado retorno al paganismo indio, posibilidad que encandiló a más de un propincuo.

El paso de extraño misionero de vestido talar y barbas flabeladas, que se apoyaba en bronco báculo, fue hallado lo mismo en México que entre los "bocotudos" siempre en misión reformista y de buenas nuevas. Nada extraño que apareciese también en las llanuras del Titicaca, unas

veces corporizando el ideal abstracto del bien, otras adoptando los atributos del caudillo poderoso y sabio erguido contra los felones —especie de señoretos de horca y cuchillo; reyezuelos los llama Simmel— que tiranizaban en la behetrías de esa edad en que creció o se disolvió Tiaguano. Salta a la vista que la frecuencia con el mito se reproduce allí por donde pasó el catequista de la Colonia, y que la trasmutación responde a un propósito sistemático, ya sea el misionero el célico Francisco Solano, o el iracundo Villagómez; a menos que nos forzásemos a admitir que en remotas edades anduvieron fenicios, babilónicos o egipcios entre nosotros. (El P. Salas sostiene haber encontrado escritura púnica en Copacabana).

El mérito de Fernando Díez de Medina es haber levantado las losas de la tradición transeuropea, para hurgar en el "humus" nativo. Así su leyenda de *Thunupa* aparece nueva, fresca, original, como brotada de la tierra india por imperio de una ley natural de reviviscencia. En su pluma, por primera vez, el mito aimara adquiere categoría de gran obra de arte. Así su vibrante *Thunupa* nada tiene que ver con las barbas flavas de Tomás, cuanto con el bronce del indio y su primitividad mosaica. De tal tiempo, cronológicamente inlocalizable, cargado de sustancias germinales, procede Mankho Khapak, no mito él pero sí tránsito de mito, poseído del mismo fuego mágico; tanto que para transportarse al Kosko fue necesario movilizar un escuadrón de "kenayas" que desde el Titi-Karka lo condujeran con su esposa y hermana hasta la patria prometida donde, al hundirse su barretilla de oro, identificaría la tierra a esa extraordinaria substanciación destinada.

Cuando se estudie la palingenesis americana con otros métodos que los empleados hasta hoy, se verá que ahí acaba nuestra prehistoria y comienza la historia de los Incas, es decir nuestra historia. Lógicamente lo mítico del Inca tenía que tentar a la etnología moderna, y el mito fue impiadosamente develado, o por el alemán arqueológico (Max Uhle, Cunow) o el etnólogo anglosajón (Morgan) y el proceso quedar reducido a eso: a proceso, en el cual concurren el estrato punalúa o la "Huasintin", las migraciones asiáticas o las fantasmales Atlántidas, todo ello tan enigmático como el mito mismo. El Inca da fin a la edad mítica del indio, a su animismo o sabeísmo sistemáticos; y el Sol deja de ser para él centro de la teogonía heliolátrica, para devenir punto de partida de la endolatría de los "orejones". El Sol ya no fulgirá en el mito sino en la medida que sirva a la planificación del Estado, pues su divinidad se transfiere en la naturaleza del gobernante y de su casta. Es decir, el mito se había politizado.

II

EN Díez de Medina, poeta y pensador dedicado al culto telúrico, y en los escritores, artistas y filósofos como él, si hay algunos, se ha producido el mismo fenómeno: se adueñaron del mito pues así se apropiaban de la sustancia de único valor mental que cabe a los americanos. Vamos con tiento.

Es indiscutible que este escritor recibió un mensaje profundo venido de la tierra que su mente, poco ha embriagada con destilaciones occidentales, manó en orgiástico perfume de "kariwas", y su palabra tremuló con acentos arcanos, tan súbita e inesperadamente que algunos callaron atónitos. ¿Cómo era eso posible? Mas los que saben que al viajero sin ánimo prevenido puede alcanzarle el trueno de Damasco, comprendieron que Díez de Medina fue arrullado por un trueno con arrullo de madre, y que cuando tal arrullo arrulla no hay Saulo que no caiga fulminado. El llamado que oyó el escritor, y en el cual vio hundirse su barretilla de oro, procedió de la única madre que puede alumbrar poetas y políticos en América: la tierra.

No conviene perder de vista a este mito de la tierra hecho hombre. En él se fracturan los días formativos del Génesis; todo lo que detrás de él queda es panteón; lo que delante de él se ve es el panteón que avanza. Ni los hebreos, y menos los romanos con toda su perspicacia política, lograron fundir en el epígono del ancestro el cetro del poder, el dardo de la guerra y el turíbulo del numen. El Inca sí, puesto que en su persona demonial se amalgamaban sacerdote, gobernador y estratega; y su sola presencia era capaz de modificar los fenómenos de la naturaleza. Sólo así se explica que algún "orejón" cierta vez deslizase —escéptico filósofo de sangre fría— la observación de que el Sol no era un Dios completo si cualquier frágil nubecilla nublabla su esplendor. Parece que sólo entre los chinos se observan estos vestigios de los poderes mágicos del rey sobre la vida misma.

Los andinos adoraron a la Tierra, en cuyo seno sentían agarfiadas sus raíces. Por lo demás una arquitectura política de la magnitud del Tahuantinsuyo, ni hoy, ni mañana, podrá sustentarse sin un eje mitológico, sólido y ordenado, de cualquier linaje que él sea. Y los "orejones" para cohonestar los derechos de la prole monárquica, tenían a manos el caos mágico heredado de sus antepasados: los espíritus de montañas y fuentes, lagos, ríos y cascadas, sobre todo del agua, pues sentían que como la sangre para el hombre el agua es promotora de vida en la tierra. Vasta catedral animada por el rumor primigenio de la vida.

Nayjama, el segundo libro importante de Fernando Díez de Me-

dina, está iluminado por espíritus totémicos. Recorre sus páginas el aliento de Hesíodo, trocado en la voz del cosmos incaico. Ilumina las leyendas tomándolas no de los libros sino del paisaje, de la tradición verbal, trayéndonos la presencia fidedigna de lo americano. Revela lo aymara con fuerza de naturaleza pánica y veraz. Por eso es que el señorío aymara del Kosko —aymara fue a mi entender— orillada la seducción poemática que provoca, se nos presenta como el efluio de una mentalidad de valores poéticos que asombran. . . De aquí puede seguirse que si el poema es el medio de interpretación supra-sensible del mundo prehistórico andino; la ciencia experimental debe serlo del incaico, sin perder de vista que si estudiamos al Inca habremos estudiado la totalidad del cosmos americano.

III

¿SE trata pues, en escritores de la garra intuitiva de Díez de Medina, de una explícita invitación al Inca, o sólo se busca sustituir los mitos griegos por los mitos aymaras, esto es la metáfora internacional por la metáfora patricia? Si así fuera, estaríamos en el dintel de un nuevo disparate latinoamericano a los que alude Ortega. No se trata afortunadamente, de sustituir los *Motivos de Proteo* por los *Motivos de Nayjama*; calzar al dios pclasgo con el "Iluchu" del aymara, lo que sería ridículo, monstruoso. Se trata, más bien, de sustituir esencialmente a Proteo, espíritu de la ola cambiante, símbolo del alma helena, armonioso y versátil, por el espíritu terrizo, enterizo y grávido de la "Pachamama", base angular del edificio histórico de un pueblo, su raza y su cultura. De su economía biológica para decirlo de una vez. Para esto hay que revivir al *Thunupa* rupestre, verdadero. Atenernos en la sabiduría de Quetzalcóatl. Se trata de comprender al Inca.

Esto es lo que hace Fernando Díez de Medina en sus libros y polémicas, siendo sorprendente su afiliación indigenista —no superficial ni episódica, sino raigal y profunda— anunciando el nacimiento de una sensibilidad neo-mágica en la ideología del boliviano de hoy, orientado estética y políticamente a la tierra, a sus derechos y potencialidades. La patria telúrica que este poeta y pensador funda en el sustento del mito; y no acudió, como Rodó a la Madre-Grecia, sino a la Madre-Tierra americana. "Pachamama". De aquí el reverberante poder de impulsión de sus escritos, que se vuelca no en el perfil de su letra, sino en el espíritu de su letra. Tanto es así que no pasó un año de ofrecernos *Thunupa*, anuncio si se quiere larvático pero rico de intuiciones esenciales del suelo y de la raza, cuando ya estuvo entre nosotros *Nayjama*,

armado de arco y flecha para cantar la verdad del Ande; mas sobre arco y flecha de *Nayjama* irrumpió *Literatura boliviana*, libro en el cual el mito decide su valor de entelequia, pues el analista mágico hace proceder de él la parábola de la República. No hay modo más audaz de hacer historia ni forma más penetrante de hacer poético el pasado. El *Illimani*, el *Huayna-Potosí*, el *Illampu*, o el *Descabezado* —los grandes montes— lo mismo que los reyes legendarios del ancestro aymara, adquieren la naturaleza numinosa que conviene a los epónimos, arca de los valores de la tierra. El escritor con certero enfoque, pone a la cabeza del fenómeno cultural la gesta telúrica; y para discurrir por los canales de la inteligencia contemporánea, el mito se torna filosofía y pedagogía bolivianas.

Avanzando siempre hacia mayores y más temerarias honduras, Díez de Medina ordena, clarifica, embellece el pasado andino. Así, por absorción mágica, se ha convertido en el más profundo intérprete de su suelo y de su raza. Magia india, sortilegio de artista.

Tanto a *Tbunupa* como a *Nayjama*, dediqué sendos estudios, no tan breves cuanto apresuradamente trazados, pues sobre todo al último, tan comentado fuera, les rumiaba un silencio, aquí, muy parecido a la bobería. (Después de eso vino al autor el Premio Nacional de Literatura). Y era urgente señalar la intersticial anécdota que se producía en el pensamiento boliviano, tan extrañamente criollo, aunque también tan inexplicablemente anti-indígena.

IV

Es decir la más somera verdad que ninguno de estos libros ha obtenido, entre nosotros, la crítica favorable o desfavorable que compulsados desde este ángulo merecen. En la vasta obra literaria de Díez de Medina se ha justipreciado sólo al escritor de temple hispanista, de tersura impecable, de un estilo gimnástico acaso sin pareja en este momento. Su esquema crítico es audaz, dijo de *Literatura boliviana* Renán Estenssoro según me parece. Luis Alberto Sánchez se limitó a señalar que era personal. Audaz y personal es *Literatura boliviana*, precisamente porque edifica la tesis mental en la antítesis telúrica, y procediendo con normas genéticas estima que la literatura de Bolivia —toda historia, toda literatura digo yo— será boliviana en cuanto Bolivia es hija de la mitología boliviana, o lo que es lo mismo de la historia aún no escrita de la Pachamama, la Madre-Tierra. O es ecolalia de ecolalias.

Hizo pues el autor de *Nayjama* tarea gigante de profeta, de ráp-

soda, hiriendo en la entraña de su pueblo, re-vitalizando la planta primordial del pasado legendario. Creando verdad, creando belleza.

Posición semejante—en aquello de partir del útero nativo—sostuve yo en un breve ensayo publicado por José Carlos Mariátegui en *Amauta* hace la friolera de dos décadas y más: "Filosofía de la Chujlla", al cual se refiere Díez de Medina en su *Literatura boliviana*, con esa bondad "thunupiana" que le honra, como antes lo hiciera ese gran maestro que fue Carlos Medinacelli, adscribiéndome a la familia boliviana de escritores indigenistas. Dije allí que para nosotros, los indoamericanos, en la tierra estaba también el cielo; que los valores del indio son los únicos valores tutelares de que podemos disponer; y que en nada como en esto se evidencia el monismo mágico de América, para el cual el alma—la "ajayu"—es también tierra, materia de vibraciones sutiles dentro del devenir de la materia.

Descontando el valor de *Pachakuti* y de *Siripaka*—obras políticas, polémicas—he aquí el gran mérito de *Thunupa*, de *Nayjama*, de *Literatura boliviana* y de *Sariri*: sorprender la peripecia de América no en el triángulo teológico, sino en la "Gana", la mónada india, que con genial intuición identificó Keyserling, y nadie aprobó ni desaprobó hasta ahora como si los visajes mágicos del filósofo les transmitieran su pavor. Y sin embargo no se han escrito páginas más profundas sobre América-problema, ni más agudas y cenitales que las suyas según alcanza mi penetración.

Estamos pues en que Fernando Díez de Medina no soltará ya la materia primordial en que ha comenzado a modelar su obra creadora, pues ella, al descubrir su boliviñidad entrañable, le permite columbrar una América vestida de su propia piel y sustentada en sus propios huesos. Ya no la América que empeñó su oro para emprestarse un alma.

He aquí por qué decimos que su obra literaria trasciende el límite local y se proyecta sobre el continente cuya voz profunda interpreta.

V

EN *Sariri*, su último gran libro, el mito no filosofa tanto como fustiga y condena. Es activo profetismo iracundo; y está declaradamente destinado a expulsar de la patria americana los ídolos extranjeros. Y extranjeros a nosotros indoamericanos son tanto el imperialismo cartaginés, con su secuela de hipócritas humanismos, como el espíritu pseudo griego de Rodó. *Sariri* esgrime un profetismo anti-rodoniano, de contrapelo, eutrapélicamente hereje. Basta de evanescencias greco-latinas.

América necesita volver a su pasada realidad telúrica, que en nada obstaculiza su destino aluvional.

La realidad de América, la realidad fuerte, vibrante, de este alegato ennoblecedor es la magia de ayer y la miseria y el hambre de hoy: el analfabetismo del pueblo frente a la mañuda democracia de los oligarcas. Para decirlo en una síntesis: el indio. Lo que duele. Y América duele allí donde padece la vida. Filosofía, literatura, arte, política que deformen y disfracen esa realidad deben ser sometidos a la acción de asépticos severos y oportunos. *Saviri*, que sólo es el primer ensayo del libro —y en los demás cuán rico es de sustancia polémica y de sagaces intuiciones— exhibe un mensaje oratorial implacable, pues tunde sobre la tragedia continental desde sus zahurdas plutocráticas hasta el síndrome gamonalista, desde el cubil de raposas de Wall Street, a la cuaternaria demagogia de nuestras republiquetas. Es la siembra apostólica del Sembrador; aunque bien podría constituir la osadía del arúspice que descorre y revela fecunda belleza: la belleza de la verdad, de la necesidad, de la solidaridad entre hombres activa, irrenunciable.

El malletazo era oportuno, pues los americanos habituados a pensar y vivir asentados en nuestro escapulario de llagas hemos asimilado —muchas veces con gracia deleitosa— todos los esporos de la excrecencia occidental, y en nombre del Nuevo Mundo hemos rendido la más repugnante pleitesía al miedo y la codicia que inspiran la bolsa y la daga de los poderosos; pero no hemos cambiado el arado hispano cuatro siglos ha tirado con sangre india, y seguimos sacrificando millones de esclavos a la voracidad de la democracia de los patronos; aunque no ya en Bolivia ni en algunos pocos países por fortuna, porque el nombre de Víctor Paz Estenssoro —y así lo reconoce agudamente el propio Díez de Medina en su obra— es elemento raigal de un nacionalismo resurgente, de un indoamericanismo en acción viviente.

Y todo esto viene dicho en novedad de cosa nueva; con fuerza humana irresistible: ese "humanismo de la necesidad" es capaz de hacer oír a los sordos; y en forma bella, escultural, sin dejar de ser enérgica en su impulso bárbaro de alud incontenible.

Recorrer las páginas vibrantes del *Saviri*, lo mismo que las de sus libros anteriores, es comprobar que en esta tierra del Inca órfica y destemplada, la literatura no es ya un esparcimiento de ociosos coloniales, sino clara y agónica purificación en la cruz (no infiere esto un sentido católico por si convenga decirlo); que es a este título que la atauja "thunupiana" dejó entrever al sucesor de Rodó que ha cuajado en él; un nuevo Rodó, un Rodó indio y no europeo, que busca la unidad de los contrarios no en la caducidad de la lucha sino en el vigor de la pelea consciente, apretada, responsable mejor si frente al maestro aguerrido:

pues el hijo que no rectifica a su padre y le supera no es hijo, es hijuela, y no merecerá haber sido engendrado.

Y esto significa que en Fernando Díez de Medina hay un escritor de virtuosismo rodoniano, tocado empero del temblor terrígena que al uruguayo le faltó hasta convertirlo en un humanista no por seductor y eurítmico menos estéril.

Quien dijo que en Díez de Medina se anunciaba un Rodó en cuanto éste tuvo de destino apostolar; que en el boliviano había un Rodó cargado de calvario por el dolor del indio redimido de toda tentación pentélica, puede ya sosegar tranquilo, pues *Sariri* es la rectificación de *Ariel* no sólo por la carga de razones empíricas con que despluma al andarín del aire, sino porque enseña que el "arielismo" bien está si no olvida que sus destellos alacres son hijos de la tierra que lo nutre, como lo es el prodigio de la "jawasa" o el perfume hondo y beato de la "Mamita-tho-sankheyo".

¿Es Díez de Medina el escritor indigenista, o indio, radical y radial de la Nueva Bolivia?

Sostengo que siendo, por otros méritos, uno de los escritores americanos de más aliento universal, este boliviano no ha hecho más que comenzar su camino; y que si antes que él se tuvo del indigenismo nociones costumbristas, pintoresquistas y hasta guiñolescas, sólo por sus últimos libros —y persistir es ser— se tiene la respuesta definitiva: él, en plena juventud, ha llegado a mitad del acérrimo sendero, mientras otros, otoñando ya, apenas alcanzamos los labios de la colina.

¡Qué gran lección la que mana de la obra de este escritor: el "pathos" indio es nuestro deber, nuestro destino!

Lo indio hay que vivirlo y pensarlo con los huesos, el corazón, los cartílagos, el hígado y la mente, con la pólvora y la metáfora, como lo hace Bolivia en este momento. Como deben hacerlo escritores, artistas y políticos, pues no hay manera de acreditar que realmente vivimos la vida, sino muriendo por ella. Si el indio nos duele, es prenda de que vive y si vive en su vida se contienen su espacio y su tiempo; hay que tener la sensatez de reconocer que en ese espacio-tiempo indio está el nuestro, o somos cadáveres que andan, eso que Uriel García llamó, para endulzar el híbrido: "nuevo indio". No. El indio no puede ser nuevo ni siquiera en nosotros, los mestizos; así como el Nuevo Mundo fue nuevo sólo en la pupila del argonauta; por lo que es punto menos que rendirse ante el lechuguinismo colonial que lo admitamos, cuando el indio que llevamos dentro —doliente y caótico— es tan viejo como el dolor humano...

VI

ENCONTRAR mestizos que se esfuerzan por arrancar a la zampona aymara no sólo vibraciones intelectivas sino arpegios pasionales y castizos, bien demuestra que el indio padece y pelea en ellos; y porque en ellos padece y pelea, es que también algo en ellos se ausenta y muere: España... ¡España! Nada hay más somáticamente parecido a la "Mamacuna" que la dama hispano-fenicia de Elche. Es que si hay que insumirse en el vientre del habitat indígena para comprender cómo España se volcó en torrente seminal en la "Pachamama"; si en los más ariscos peldaños del Ande encontramos indios barbudos reteñidos por el yodo del ventisquero, que no adivinan una sílaba del romance y degustan el zumo de la coca y de ella obtienen la insensibilidad hierática con que el indio encubrió los volcanes de su miseria cuatro veces centenaria. Esos indios a quienes Uriel llama los nuevos, son los tartesios que llegaron retrasados pero también llegaron... Sin embargo, si España alguna vez muere —y pueblo alguno poseyó nunca más carga de relámpago— será porque la mató su esclavo, el indio; es decir, América. También de mucha vida se muere.

Nada de esto entrevió Toledo cuando dióle por darle el gusto a Areche descuartizando al Inca. Su amo sí que lo vio.

—¡No te mandé, don Francisco de Toledo y Figueroa, Clavero de Alcántara y Virrey del Perú, el follón; no te mandé a descuartizar reyes sino a servirlos!

Y el humillado bajó los ojos para siempre, el que por tantos títulos bruñidor de la dignidad de España en las Indias pudo ser llamado.

Pero el descuartizado de Tinta no ha muerto; aún late y duele. Todavía manda en nosotros y nosotros le obedecemos. Es que el Inca es la tierra y el cielo, indescuartizables y perennes. ¿No veis si manda? Manda con tanta autoridad que con la misma sangre y en la propia lengua de España se le obedece...

VII

BASTA añadir que Rodó, en tanto representativo estético de los despañolizados, español siempre, pese a sus grecas y marmóreas volutas, no es lo que el indio Tamayo —el gran maestro— un helenista que puede ser tan esquiliano como tiaguanacota, pues el espíritu clásico es uno a través de todas las razas y las lenguas ("voluptua" de lo clásico no es lo mismo que amaño clasicista); sino más bien trasunto del ambidextro

siglo XIX —el siglo sin estilo que dijo Weidlé— bellamente ocluido en el preciosismo coruscante del árabe, sea entendido sin agravio de Rodó ni mengua del genio arábigo, que tanto tuvo que ver con nuestra sangre y nuestros jeroglíficos en cuanto somos filamentos de España. Y que si algo veraz señala en América es la falta de un estilo patricio, la ausencia de un pulso sanguíneo en la palabra.

Ese estilo patricio, ese pulso sanguíneo en la palabra los tiene Fernando Díez de Medina, escritor de Bolivia y de América, cuyos libros son como eslabones del misterio telúrico, músicas órficas del tiempo mítico: *Pachakuti*, *Siripaka*, *Thunuña*, *Nayjama*, *Sariri*. Mensajes al futuro que no agarramos todavía porque tienen alas. . .

Confieso no haber hecho más que una incisión en la materia enjuiciable de la obra de Díez de Medina, sobre todo en lo que mira a los valores mágicos, taumatúrgicos de su diálogo. A la lección vital y permanente de su filosofía terrígena, tan nueva y tan vieja, para los americanos de hoy. Ni el tiempo ni la vida me permiten más. Pero si tiempo y espacio me lo dejara un día intentaré abarcar su profundidad. Pues me tienta, como el filo del monte cuajado de fuerza y de belleza.

Gamaliel CHURATA.

Dimensión Imaginaria

YACENCIA

POEMAS CON UNA CANTATA FINAL

Por *Leda VALLADARES*

Al dolor, perverso dios de la lucidez.

HAY que desafiar al impasible cielo solo
con furia de labios lastimados,
con voz que alcanza a ser desolación.

Hay que exigirle al monstruo insomne,
y estremecer a lo eterno
gimiendo, tocando lo feroz.

Si es que somos los dioses desterrados,
los finos y terriblemente hombres,
juremos turbar la parsimonia de los cielos
y exasperar lo celestial.

VOY hacia el viento que perturba,
hacia la monstruosidad del sueño.

Se mira tan hondo que se ve sólo el vacío
y la noche despedazada, golpeándose entre sombras.

Algo fatal transcurre.
La sonrisa que se tuerce, la quietud, el universo.
Algo que es sollozo entre las cosas queridas.

No es que me lamente sino que soy inconsolable,
dura en la tristeza, desesperadamente inmóvil.

Me encontrarán sollozando entre mis cosas queridas.

SOBRE un inmóvil fondo
alzo mi risa.
Risa de vivir porque sí.

En tambores lanzo agonía,
paroxismo que me corrompe.
Y tocando el furioso y lúgubre ritmo
viene el hermoso a escucharme
y el demonio a morder su vientre.

Para embrutecerme es que canto,
para oírme las raíces.

No dirían que estoy loca
pero yo sé que estoy, de sombras y espejos,
de escuchar el latido de las cosas.

Estáis hablando de vida.
Pero escuchad las campanas,
el sol de la siesta;
oíd esas puertas moviendo el aire,
acaso no apestan a muerte?

Nada más sarcástico que el sol.
Y meted el rostro entre las manos,
mirad detrás de un vidrio,
poned el cuerpo en la ventana,
queréis algo más para sentir este horror de vivir?

QUE a los hombros me trepe el peso de la vida,
el cavernoso tacto del tiempo.
Que al mirar el piso yo sepa.

Que me empuje el día y me toque su carne.
Que una puerta me enferme.

Que no me olvide:
el abismo está en un niño.
En la juntura de unos labios.

PROCLAMAR la noche,
tenerla,
gozarla por terrible,
saber que somos tristes y orgullosos,
que si nadie viene a mirarnos dormir
tenemos el cuidado de ser suaves,
seriamente dulces en el sueño.

Y perdonarnos el alma si se duerme.

Y darse cuenta,
ahondar el oído,
poner acero, desesperación, dulce pasividad.

Saber que somos tristeza,
que pedimos que no acabe el rumor,
que nos cedan las temibles noches,
los oscuros llantos y las alegrías.

Saber tanto sin saber.
Y morirnos de manos
porque hay culpa en estar vivo,
en callar,
en yacer,
en sentir con furor,
con mansedumbre gravemente humana.

HACE hondo,
hace alma,
hace amor a llanto
y un olvido de mundo.

Yo siempre,
en la lluvia,
yo, desde la vida.

Hace alma
y solloza.

Un desatino de brazos,
un algo de mundo
de nuevo entre la muerte.

Hace siempre,
hace,
solamente hace.
Y yo,
desde la vida.

DIOS mío,
no me dejes mirar locamente
el amor que no aparece.

Esos pinos sin sosiego,
esa noche,
ese helado viento en la persiana,
este oído,
esta vena silenciosa,
dónde han de llevarme?
por qué?

HAY un canto que se canta odiosamente,
sin sentido,
con rostro enajenado
y ritmo de impiedad.

Es una colérica y difícil melodía,
como un orgullo inútil,
como un amante
que al no tener amada
ni pecho adonde ir,
rompe en diabólica ternura
y en ojos que quieren destruir la inmensidad.

Canto del salvaje que se muerde el corazón,
del funestamente solo,
del que busca a la siniestra y dulce muerte
por vengarse del amor.

Canto que termina en la última pared,
en el más risible llanto.
Tan desierto,
tan perdido huésped
como un golpe de tambor.

Es raro:
cuando me miran
recuerdo mi alma.

Es triste:
yo necesito miradas
y el apoyo de las tardes que se mueren.

TODO esto que no tiene nombre,
que está entero y deshecho en el alba y la sangre,
que es cuerpo de escalofrío y mirada de pozo,
que hace tristes a los huesos y bruto al latido,
que enrarece el pecho,
que levanta círculos de sueño,
que sufre y es lo insoportable.

Esa pulpa de látigo y acero,
esa bestia pura de aire,
sostiene el dolor de las cosas.
Y es lo que llamamos alma.

UNA tristeza de vida.
Una sensación tristísima de estar viviendo.

Todo ímpetu en invierno.
Inútil la dulzura de las ramas.

Cuerpo apenas reclinado.
Sólo una tristísima presencia del mundo.

CLAVO aquí mi alma,
en esta tarde deshecha por la lluvia.

Aquí la pongo contra todo el horizonte,
contra el más mojado verde,
contra nadie.

La dejo,
la arrumbo contra el hueco de la vida,
sola contra su hambre de vivir.
Y que alguien me la arrase,
que la arrase el mundo entero
y la acribille el frío de amor.

Que el orgullo de existir se le haga trizas.
Que su furia en línea recta se desvíe por la tarde,
que se pierda,
y si es preciso
que de bruces me la encuentren,
porque al fin, lo sublime, dónde está?

QUERÍA morir como una hermosa,
quería decir adiós hasta morir.
Hubo acaso un río?
Alguien vino por mi alma?

Solamente adiós.
Esa palabra inventada en el abrazo
para hacerlo inmenso en medio de la muerte.

No me lloro,
ni del mundo me apiado.

Sólo guardo un odioso silencio,
una imposible venganza
contra todo lo que existe.
Contra esa turbia belleza
que gime en las criaturas de la tierra.

Que alguien se dé cuenta:
del mundo no me apiado.
Él esgrime su enigma,
su estrategia de sonrisas
y frías reservas.

No me lloro:
pues si en espejos busco
los dedos que el tiempo me ha hundido,
de orgullo quedo llorando.

Ah el desprecio más raro!
La sonrisa glacial del deseo!

VENGO a que me mires
y a mirarte.

Para excitar mi corazón nada más inmenso.

La inclemencia,
la locura absorta,
el feroz quietismo
entre tus ojos y los míos.
Ser acorralado contra el viento.

Sin miradas nada escucho,
nada vivo ya ni muero.

Y oye el tono,
oye el llanto de absoluto:
vengo a que me mires
y a mirarte.

Dios mío:
yo soy un alma atroz.
Un silencio de bárbara tristeza,
una ternura hecha pedazos contra el pecho,
un pánico de amor.

Yo subo como un cántico de ira.
Yo caigo en precipicios gritándole a tus astros que me muero.

Mi alma estalla en el espacio,
muerde el vértigo en lo súbito del viento,
y frente a tus estrellas,
frente al mar que me subleva
me alzo en labios indignados
para proferir lo infernalmente misterioso,
lo que muda con escándalo el llanto en impropio.

Estoy Dios mío, estoy entre tus cosas,
y aquí en la oscuridad de lo sublime
me espanto y quedo murmurando:
aire, álgido aire para ser inmensamente lo que soy:
un infierno de sonrisas solitarias,
una inmóvil catástrofe de alma,
un negro resplandor.

Ay terrestres,
dulces y nefastas criaturas del olvido,
oíd mi despedida,
mirad:

aquí alzo mi mano,
aquí toda digo adiós,
para quedarme.

Adiós quiero decir
como lo dice el viento.

Adiós.

Por llevarme la altivez de la distancia,
por alzarme solitaria entre las cosas
y decir únicamente:
no sé si volveré.

Quiero ser aquella ausente
la que huye por prenderse a lo eterno
por ser un rostro más soñado
volviéndose prohibido.

Y no puedo contener esta sonrisa del adiós:
vértigo del mundo a quien provooco en despedidas.
Libre vestidura de mujer.

LLAMARÉ a todos mis tiempos
para endiosarme muriendo,
para mirar lo ido,
lo que llega a muerte por desentrañado y terrible.

Nombraré todo temor, toda ansiedad y desgarramiento.
Lo infinito audaz,
la implacable lucidez del vértigo,
de la pendiente que sufre en inmensidades.

Será profecía, severidad, poder,
porque así se escucha a la muerte,
en derrota de hombros,
soñando en llamaradas,
en soberbias y llantos y coros grávidos de espera.

Cuando me llegue la enorme
llamaré a todos mis tiempos para mirarla,
para asestarle mi vida y mi bestia de sombra.
Que mi horror de mundo,
que mi espanto de nada eternas
encaje en su hambre.

LO que una boca lleva de silencio
de sueño desdeñoso
y solitaria soberbia.
Lo que una boca puede contra el mundo.

Antes de amar nos huele a hoja,
después a escarnecida tristeza,
a delito glacial.
Y si ella elige el mutismo
sabe ya lo extraño
y lúcido del miedo.

Pero bocas de hombres,
altísimas bocas de criaturas:
rezad todo el espanto de vivir,
rezad furiosamente en catacumbas de alma.
Moved las lenguas y la asfixia de ser.

NO he dicho aún por qué nace tu mirada,
en qué se nutre para derramar lo extraño,
para encender el secreto del mundo.

Ah, tus ojos,
espacios de la soledad.
De alma, tenebrosos,
y ciegos de ausencia.

Están amenazando al universo
y son solos.

Reconcentran pasión
como en venganzas
y se oye algo que sube y ordena,
algo que ejecuta tinieblas
y mortificaciones.

Son de lo recóndito y desmedido.

Por estremecerse en soberbias
se apartan lejanos,
como si desearan crepúsculos,
absortos labios y desdenes.

No he dicho aún por qué existen tan míos,
tan rotundos en su angustia.
No he dicho aún si se llaman llanto o abismo.

Soy alguien entre el cielo y esta tierra
alguien en medio de la noche
que sitiado por ímpetus antiguos
puede enloquecerse en la hermosura.

No me habléis de la esperanza.
Dadme lo profundo.
El desastre,
el presentimiento del desastre
que me embriaga como un cáustico violín de los infiernos.

Soy una criatura que puede enloquecer
o morir dulcemente envenenada en el delirio.
Alguien que enrojece ante su nombre
con un vértigo de vida.
Alguien turbado ya de muerte.

No me habléis de la esperanza.
Un rumor de tragedias invisibles,
de extrañas y lívidas desgracias
me tiene enamorada.

Y si alguien se lastima al perseguirme,
si alguien me solloza,
circunda el secreto de mi corazón.

CON luna y caballos quietos
tu espalda llora lo inmóvil.
Con un estar atroz que es tu vida.

Tú eres.
Existes con toda la yema de tus dedos.
De un desastre tranquilo,
de una sombra de muertes.

Y por tu soledad siento.
Por tu desolado estar yo sé.

Tú eres sólo el hecho de vivir.

ENTUBAMIENTO de locura
es mi silencio.

Como el puro comienzo,
como el aire del algo,
del hermético llanto
en enloquecido ordenamiento.

Como sentirse entraña y letargo
y ensimismado goce
y oscuridad temblando.

Es así como quererse.
Como ausentarse en el corazón
y necesitar el jamás.

TOCO el sueño mío,
toco el hombro ajeno,
el hombro de la dicha muerta.

Toco el gran desvelo desvalido
y el cerrojo del que vive en sí.
Toco con la palma de mi vida.

Unos dedos de presagio
nacén de mi mano.
Y un absurdo me la mueve.

Yo no sé hasta qué desgracia
he tocado con la palma de mi vida.

EL campo es esto:
el espacio que me hace universal,
el que me lava de mundo
y me pone desprevenida en lo inmenso.

Yo quería esto:
esta humildad para sobrellevar el aire,
esta audacia en el sol,
esta antigua alegría de no comprender.

Aquí está la profundidad elemental.

Una sustancia directa alivia al alma,
reverdece,
pone límpido y rústico al deseo,
pone distancia entre dolor y dolor
y obliga a obedecer.

Sustancia sencillez,
ley pasto,
deseo de lo dulcemente antiguo y cierto.

SUBO por la noche y nada veo.
Sólo tú el aire.

Dónde está la vida,
en qué lugar resisto.
Nada veo.

Sólo tú el aire
que das contra mi pecho.
Yo y el mundo. Ellos.
Dónde ellos. Dónde existo.
Sólo tú el aire
amigo desteñado y tan desierto.

Es la tristeza.
Anda entre paredes de rencor y nada sabe.
Mira fijamente sus ojos,
su desfiguración,
su altar de pena.
No quiere sino seguir siendo.
Busca su corredor de incertidumbre,
su empecinamiento,
su túnel de frío,
y nadie ha de alcanzarla.
Que de ella se diga:
es la incomprendible,
la que calla,
la que sola se turba.
Nada necesita ansiándolo todo.
Es la inconsolable.

DE la soledad al llanto,
del llanto a lo dulcemente bruto,
luego al puro labio,
a la mirada siniestra,
a la mirada alma,
a la caverna ojos.
Del mirar horrendo a la nada.
El silencio mientras, con ritmo de tragos.
Y un final de loco abrazado a su cama.

PONERSE en lo profundo simplemente para nada. Ni para decirle al viento: "he tocado los fondos develantes".

Es el estar. Yacer, prenderse a los objetos, soltarlos con cuidado, caer entre sillas y paredes.

El estar tiene ojos que devoran, oídos que al oír no subdividen porque beben enteros los sonidos y se embriagan en la torpe fuerza. Es una inmóvil mano que siente, una agresiva yacencia de dedos sobre el muslo, un recostarse en las puertas.

Entonces, cualquier cosa parece destino, especialmente lo inútil, lo que se pierde en el silencio. Pero algo sobre todo: el mirar.

No hay mayor soberbia que la de estar vivo, ni hay peor vergüenza o turbación. Sin orgullo de grandeza o vergüenza de miseria. Sólo orgullo de ser ojos, de aislarse en el peligro de mirar. Y vergüenza de la interna desnudez, del misterio y horror de ser eso: alma.

ESTOY, y me recuesto en paredes, me hundo sin saber nunca del cosmos, sin entrar a la locura ni insultar a las estrellas.

La inmensidad es sorda y ofende. Miente el universo, fatigan los astros porque no tienen corazón.

Yo no vivo a planetas, ni a mares, ni a cosmos. Vivo a techos y a muros, a sillas y objetos donde tropiezo llorando y golpeándome las piernas.

De un sollozo insulto al espacio, al árido cosmos. De un sollozo salpico mi furia a ese aire del mundo que llaman destino, a esa vana obsesión de fines y hazañas. Nada huele a destino como mis ojos huelen, como esa terrestre y perdida mirada del hombre. Y en los ojos soy, y en la mirada pongo mi ser y mi desprecio a la mejor finalidad.

Me quedaré entre sillas a oír, entre cortinas a respirar.

Me quedaré a estar. Como un llanto ante las puertas, como un sufrimiento. Como alguien que elige lo inútil, lo absurdamente triste.

Entre sillas a oír, entre cortinas a respirar. Y ante los muebles, sobre el piso, entre las cosas, lloraré sin razón. Lloraré como un bárbaro asustado, como un niño embrutecido por el viento.

Es destino el mirar. Arrastra sustancias quemadas, va de lo confuso a lo que tiembla.

Si alguien mira a sabiendas es como si pensara con llanto. Mirar es yacer, es residir en un secreto de dioses. El que ha mirado como hombre se ha vuelto atroz y maldito, peligro inmóvil y se ha preñado de noche para siempre.

LAS iras sólo aman lo trágico y salvaje. El golpe de la vida. Las iras de alguien terriblemente alguien.

VENGO del espacio hacia la muerte. La vida es lo que duele. La muerte lo que humilla.

SI alguien mira es que quiere decir llanto, inútil llanto. Es que quiere decir alma.

Poderío deja el tiempo, poderío de miradas. De tus ojos a los míos viene el mundo, el misterio del espacio, la vergüenza del existir. Y un horror de ser con gusto a lengua.

Lo enigmático sucede entre miradas y el mirar se hace perverso en lo profundo, totalmente fatal.

ME voy hacia la noche y su caverna. Un espionaje a la luna tras del vidrio, un enfriamiento corto, una tristeza colgada del cielo.

Y cuando cierro el postigo, la vida cae por dentro, la vida, como mariposa negra aleteando en el pecho.

Entonces destila la cosa infinita del cuarto; el terror que sólo en cama se escucha. Terror de gestos y esperas nocturnas, porque las noches no acaban su crimen ni ejercen totalmente el maleficio. Y en esperas de magias malignas se alcanzan las sombras, se enferman las manos, la frente avanza hacia lo negro. Entre cobijas, lugar donde se huele a misterio cotidiano y a tragedia sin suceso.

ESA que allí viene es la poesía. La despojada, la tranquila desesperación.

Con su blasfemia de llaga, con su resplandeciente locura de huesos viene arrasando lo fatal. Le pesa el mundo como una atrocidad de olvido; como escarnecimiento las razones; y se le agita la piedad ante el apuro de los hombres por salvarse el alma. Qué salvación, qué alma ha de perderse si tan sólo vale el estado original de sollozo, la primitiva danza de horror ante la vida, el pánico terrestre.

Extraño salvajismo, indomable furia, sinuosidad y violencia imperturbablemente taciturnas. Soledad entera donde queda sólo el tiempo y la mirada, el valor como un aborto del espanto y un dolor de hombre erizado en el orgullo.

Aquí la despiadada libertad, la desprendida pierna del vacío.

Y en el círculo frenético del caos, a pura soledad y mirada, ella irrumpe contra el orbe. Estalla y desciende hasta el silencio, lugar donde gime lo bruto. Allí reza el inmóvil sufrimiento. En la ventana de la ira, del extraviado sollozo. Y se fuga con el aire. Poesía muda, aire cargado. Fuga sin refugio, sin destino, sin alcance.

Un terror ardiente necesita, un llanto pedregoso. Un terror donde mojar el vivir. Su sensación de vivir que se le muere.

CON los ojos sabes, con los ojos hundes, con los ojos mueres y existes.

Irme por detrás de la mirada. Tocarle su nuca de silencio ennegrecido. Irme hacia la muerte y sorprenderla. Asestarle mi mirada, enturbarle mi voz en su fúnebre tímpano. Irme hacia la nada y gritar con largo cuello, con desatadas sombras de trompeta. Allí buscar el aullido del alma.

EL llanto moja lo interno. Todo el cuerpo está llorado por dentro. Llorar es como arrancarse olvidos, como caerse a pedazos por tubos de alma.

ALTA, altísimas y oscuras bellezas del mirar: pongo aquí sobre la vida, mis ojos. Que yo exista por aquellos que me miran. Ojos de hombres, de niños y de perros, tocantes y perdidos, furiosos de hermosura y herméticos de muerte; ciegamente lanzados a lo eterno. Ojos que me cerquen.

AMANECER, OCASO Y MEDIODÍA DE JOSÉ SANTOS CHOCANO

Por Luis Alberto SANCHEZ

SI hubo algún poeta que disfrutó, hacia 1910, de tanta celebridad como Rubén Darío, ése fue José Santos Chocano. Poco más joven que el nicaragüense, y con un ansia irrefrenable de poder político y poético, el peruano imponía su doble reciedumbre: de inspiración y de expresión. Usó todos los elementos adecuados para domeñar a la gloria, salvo uno, y ésta fue una de sus grandes equivocaciones: perdió la posibilidad de permanecer en Madrid, "meridiano intelectual" de nuevo entonces, y no supo aposentarse en París, "meridiano universal" como en sus mejores tiempos. Porfió por vivir en América, y en la tropical. No era el mejor proscenio ni la más adecuada escuela o laboratorio de arte. Pero, desde 1893, es decir, desde los dieciocho años, Chocano había creído tercamente que América es un *ente* poético en sí —y en sus apariencias— y que requiere un tono especial, por sí —y por sus apariencias. Pensaba con lógica irrefutable que esto y aquello habría de lograrse mejor en nuestras propias tierras y sin perder demasiado nuestras maneras, incluso los amaneramientos que vienen a ser vicios de aquéllos. Ahora parece que ése fue un error, insisto: no sabemos qué dirá el futuro. Cuando un escritor demuestra la dosis de vigor y fantasía que Chocano, es muy arriesgado anunciar su muerte, y perder de vista el calendario por si hay que inscribir su resurrección.

Además, en Chocano se mezclaron con exceso el poeta y el militante, verdad que para no dar sino un solo matiz: el individualismo más desatado. Como ambos eran autocráticos, el público admitió tal individualismo en el artista; pero lo rechazó en el hombre público. No obstante, conviene recordar que en ningún instante, desde 1896 hasta 1934, Chocano fue infiel a su culto al Hombre Fuerte en vida y arte; perseveró como devoto del *Übermensch*, su nietzscheanismo reiterado. Por ello

gozó y sufrió. También a causa de ello, al día siguiente de su muerte, la impopularidad ganada por su arrogancia, se sumó a la proveniente de su verbalismo trompeteril. A lo cual vino a agregarse el inevitable descrédito que se cierne sobre todo escritor recién muerto, cuando la generación que le sigue se lanza con hambre de caníbal y torpe impaciencia, contra los que les abrieron —y cerraron— el camino, a fin de afirmarse en los nuevos puestos apenas conquistados.

Chocano pertenece cronológicamente a la generación del modernismo. Bastará señalar que nace el mismo año que Herrera y Reissig (1875), dos años después de Guillermo Valencia y Enrique Gómez Carrillo; cuatro después de González Martínez; cinco más tarde que Nervo; ocho después de Darío. Su ámbito social y literario no fue, en apariencia, distinto al de aquellos, pero observemos. El clima literario y político del Perú, en la hora de la aparición del modernismo, difería de los de Santiago. Buenos Aires y Montevideo, donde se perfila el nuevo movimiento. Mientras una creciente marejada de inmigrantes europeos renovaba la atmósfera todavía virreinal de dichas ciudades, en Lima sobrevivía el ambiente español, en sus más rancias modalidades. España atravesaba una etapa de retórica desesperación ante su ya inminente desastre colonial, culminante en la derrota de 1898 y la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Se abría lo que se conoce en la historia literaria con el nombre de *Generación del 98*, cuyos penates, lejos de ser Baudelaire y Verlaine como entre los modernistas, serán Larra y Nietzsche, según observa Díaz Plaja (*Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Espasa-Calpe, 1951). Chocano, desde 1896, descubre algo entonces poco visible: que tras de Baudelaire estaba Poe y que Poe era un americano; por tanto, ya lo oiremos, América debe construir su propia poesía.

Las primeras producciones poéticas, orgánicas, de Chocano se remontan a 1893; sus primeros folletos a 1895; sus primeros libros a 1895 y 1896. Este último es el año de *Prosas profanas*, aquél el de *Los Raros*. Los escritores de ese tiempo mantenían relaciones epistolares e intercambiaban colaboraciones seguramente impagas. Los núcleos de Buenos Aires, Montevideo, Lima, Santiago, Bogotá, Caracas, Guatemala, Panamá, México, Nueva York, etc., están caracterizados por Lugones y Díaz, Herrera y Reissig y Vasseur (aún vivo), Rodríguez Mendoza y Pezoa Veliz, Chocano y Clemente Palma, Valencia y Grillo, Díaz Rodríguez y Coll, Soto Hall y Gómez Carrillo, Darío He-

rrera, Bolet Peraza, etc. Rubén envió un ejemplar dedicado de *Los Raros*, a Chocano, a la sazón director de *La Neblina* (Lima, 1895-1897). El peruano comenta: "Rubén Darío ños debe otra obra en que sea menos francés y más americano... Ensaye sus fuerzas, ensayémoslas todos... ¿Qué fin artístico ha querido Rubén Darío dar a *Los Raros*? Si hacer de su obra un misal para la religión del nuevo arte americano, se equivoca porque aún hay entre nosotros algunos lo bastante capaces para no encerrar en el cartabón francés exclusivamente sus producciones... Gómez Carrillo en su *Literatura extranjera*, le aventaja sin duda desde el punto de vista crítico... Lo curioso es que Leconte de Lisle cante al cóndor de las Américas... Rubén no repara en que todas esas ramificaciones de Baudelaire y todas esas cabrillas de la musa actual tienen su raíz en las Américas, en un cerebro americano, el de Edgar Allan Poe, que retrata muy 'superficialmente' y con menos amor que a cualquier europeo".

Las citas anteriores nos dan la clave del futuro arte chocaneco. El noble antagonismo estético con Darío no surgió en Madrid: se remonta a la juventud.

Cuando apareció *Prosas profanas*, Rubén insistió en remitir su libro al limeño. Inscibió en su exergo estas palabras alusivas: "...Y negó Pedro otra vez, y luego cantó el gallo...". Chocano respondió en *La Neblina*: "Admirado Rubén: Los maestros franceses pueden estar seguros de que a mí no me canta ningún gallo" (Chocano, *Memorias*, 1940, pp. 114-122). De lo cual se infiere que Darío consideraba ya a Chocano como a un modernista más (su discípulo, por tanto) y que Chocano, enrostrándole afrancesamiento, defendía su propia originalidad. Anteriormente, había insistido en la posibilidad de un "arte americano", al margen de lo galaico. Rodó, en 1899, respondería en forma dubitativa, si no negadora: recuérdese su comentario a *Prosas profanas*, cien veces reeditado.

Chocano fue, pues, siempre un convencido de la viabilidad de un arte de origen, meta y ámbito americanos. Su actitud de 1906 tiene su arranque en la adolescencia del autor. Debe eximirse de todo cargo de oportunismo o súbita emulación. Además, sostenía que América (Norte y Sur) eran un todo. Se anticipa su famoso verso: "Walt Whitman tiene el Norte; pero, yo tengo el Sur". Rubén escribió el prólogo para *Alma Améri-ca*. No sé quién eliminó de allí los versos finales:

Siempre blande su verso para las cosas grandes.
 Va como don Quijote en ideal campaña:
 vive de amor de América y de pasión de España.

El último renglón es aseverativo y hasta premonitorio. Agreguemos: la cita de Leconte de Lisle y su cóndor ratifica la cercanía de Chocano a la escuela parnasiana.

Se arguye que Chocano carecía del don de síntesis y musicalidad propio de los modernistas. Tal vez... Anotemos empero algunos hechos: de todo su libro *Azabares*, sólo conservará dos renglones —¿reminiscencia verbal?— transferidos a la ofrenda de *Alma América*: "que un anillo de oro, hecho pedazos, / ya no es anillo, pero siempre es oro". De *En la aldea* elimina medio ciento de composiciones, y las dos únicas sobrevivientes en *Fiat Lux* sufren serias modificaciones. Todo el *Canto del siglo* perece. De los 1,541 versos de *La epopeya del Morro*, salva poco más de 500; de los 1,500 y más de *El derrumbamiento*, subsisten menos de 600. Esto hasta 1908. La dramática salida de España y la complicada vida en Centroamérica y México le impedirán corregir. Chocano produce desde entonces como un periodista en verso. Sus temas serán: él y un poquito los acontecimientos que le rodean. Mas, ¿no hubo algún periodismo también en los versos de Darío y Neruo?

La riqueza metafórica de Chocano fue, en gran parte, causa de su fama. Hoy se la menosprecia: en realidad, hablando en términos muy claros: se la desconoce. Se ha puesto de moda decir mal de quien ayer se decía tanto y tan bien, y, en ese trance de negación metódica, todo cuanto contribuya a reducir la dimensión de lo pretérito se considera útil y hasta laudable. Pero, vengamos a cuentas. El poeta que comparaba al ferrocarril cruzando los Andes, con "una aguja que cosiera montes"; el que, refiriéndose a la ruptura con España, señalara: "un anillo de oro hecho pedazos/ya no es anillo, pero siempre es oro"; el que viera a una cumbre bicéfala como un monje "con las manos juntas/en la actitud de una oración cristiana"; el que, desde muy joven (*La selva virgen*) hallara símiles concretos para caracterizar al volcán, al sapo, al caimán, a la boa, al cóndor; el que usara verbos insólitos para dar vida y vigor a sus expresiones; el de los lentejuelos y zigzagueos, el de los acuñados versos sobre los Conquistadores; el de las terribles antítesis; el que compara las olas que mueren en "la playa tropical" con la genuflexión de unos lacayos con sus "empolvadas pelucas de al-

godón" —ese poeta, ese imaginífero, está en pie, a la espera de quien penetre en su terrible selva de figuras, tropos, imágenes y metáforas para erigirse en Virgilio de sí mismo a través de la inextricable madeja de ese perenne infierno. ¿No es acaso una sospechosa coincidencia las veces que se llama Dante, o invoca el testimonio del florentino para expeditar sus desplantes contemporáneos?

Enrique Díez-Canedo, perteneciente a una generación que arrancaba directamente del simbolismo francés; que había aprendido la difícil lección de la parquedad verleniana y del sincretismo juan-ramonesco —Enrique Díez-Canedo fue uno de los primeros en asestar tremendo golpe a la poesía de Chocano, descartándola de sus fines propios e identificándola con su autor y gran prestidigitador. La reacción de Canedo se justifica en sí, porque corresponde a la inevitable rebelión de todo hombre contra los valores consagrados por la generación inmediatamente anterior. Pero, cuando esa generación ha pasado y los términos tienden a normalizarse, ¿cómo seguir repitiendo la antigua monserga sin pasarla por el cedazo de una nueva experiencia y de una vieja lección?

Chocano, cierto, fue verboso; mas, repitémoslo: cuando hubo tiempo para morderse la lengua, no tuvo necesidad de ayuda ajena para amordazarse o, cuando menos, asordinarse. Ya hemos mencionado los casos de sus propias selecciones. Añadamos el de sus *Antologías*. Si comparamos los textos de los tomos titulados, sucesivamente *Poesías completas* (una síntesis de los volúmenes sueltos, juveniles) con *Los cantos del Pacífico* (síntesis de lo anterior) y *Fiat Lux* (síntesis de síntesis), vendremos a parar mientes en que la capacidad de podar era en Chocano algo definitorio. La vida le arrastró a repetirse y no enmendarse. Pero, con todo, observemos que el tomo *Puerto Rico lírico* (1914) lo hace desaparecer de su obra, aunque extraiga de él la mayoría de las composiciones con que pensaba formar el recio caudal de *Oro de Indias* y, antes, *Arte y vida*. La súbita y cruenta muerte le impidió concluir su plan: una de sus viudas lanzó así no más, lo que ella creía que su marido tenía resuelto, y así han salido los desordenados, repetidos y contra-productores cuatro tomos de *Oro de Indias* póstumos. No se culpe al poeta de ello.

Pero, lo que alejó a Chocano de los jóvenes fue el homicidio de Edwin Elmore Letts, joven ingeniero y escritor peruano, de fina sensibilidad, gran pureza, notable cultura y franca filia-

ción democrática. Aconteció el 31 de octubre de 1925. Un hecho anterior estaba reduciendo el tamaño del poeta: su defensa de las "dictaduras organizadoras", lo cual en el Perú de 1922 se traducía en alabanza a Leguía y, por tanto, rechazo a los adversarios de éste. Que no perdonarían a Chocano.

Aunque no sea éste un aspecto estrictamente literario, nada de lo concerniente a la personalidad de un escritor puede ser apartado radicalmente de su obra. Mucho menos cuando, en el caso de Chocano expresión y vida se funden y confunden de inseparable modo.

Chocano fue siempre un adorador del hombre fuerte, del individuo. Como poeta, su credo será el de la superioridad del inspirado: "(al tirano) encerraré en la cárcel de mis versos/y como reja le pondré mi lira", decía a los dieciocho años, cuando preso en las Casamatas del Callao. A los treinta y uno será más explícito aún, cuando al fijar su *Blasón* afirma que él debió haber nacido en otra época para haber sido "un blanco aventurero o un indio Emperador". En la vida real ése fue su signo. A los veinte publica un *Discurso de la Revolución* de elogio al caudillo civil triunfante y que le extrae de las tinieblas de la cárcel. Aquella experiencia se le graba en la memoria, talla su voluntad. No perderá ocasión de ponerse a buen recaudo de turbas, al amparo de criollos *Urbemensch*. Así, a los 26, conoce a Estrada Cabrera en Guatemala y le rinde tácita pleitesía (Rubén había hecho lo propio, y Gómez Carrillo, y Soto-Hall). A los 29 se constituye en consejero y emisario de José Santos Zelaya, el discutido autócrata nicaragüense. A los 33, le vemos de nuevo —y hasta el fin— con Estrada Cabrera. Cuando éste cae mucho después —Chocano ya tiene 45 años— su amigo poeta será el último en acompañarle y hasta le urgirá, según versión luego desmentida, a disparar los cañones del Fuerte de Matamoros contra la ciudad capital. Antes de eso, se ha arriesgado, en pleno Puerto Rico, por la independencia de la Isla. Se complica en la Revolución Mexicana; salva de milagro de la década trágica, cuando Madero fue abatido en la inolvidable felonía de Victoriano Huerta. Al lado de Villa corre los inherentes riesgos de semejante compañía. Cuando va al Perú de nuevo, tras quince de ausencia, su agradecimiento al dictador Leguía (entonces no había iniciado la dictadura, que se hace carne a partir de 1923) se manifiesta en un apoyo total contra la oligarquía conservadora que se oponía a aquél. Chocano no navegó a dos aguas. Se puso de lado de Leguía en teoría, poema y actos. Lo

que recibiera no fue a título gratuito, ni para atesorarlo. Hombre de un criollo Renacimiento, ya que faltaban "donnas" cultiparlantes y Miguelángeles, se hartó de champaña, mantuvo a una pequeña corte, amó a las mujeres y fue un Borgia sudamericano. Su moral era la de Cellini. Su consuelo, el Dante... en sus prisiones. Si creyó en Cervantes fue por presidiario. Pero, jamás, eso se puede afirmar, jamás admitió servir a una oligarquía adinerada. Prefería la autocracia. No fue defensor de ricos, sino de hombres de presa. Cumplía así, acaso inconscientemente, lo que un verso leído en la mocedad, de su maestro Díaz Mirón, había impreso en su espíritu: "los gorriónes se agrupan en bandadas: las águilas van solas". En su irritada soberbia ("águila sola") se revolvió contra quienes le cerraban el paso, en 1925, sin distinguir que eran jóvenes, desinteresados, hambrientos de belleza y justicia, y segó la vida de uno de ellos. Durante el proceso, no quiso oír la voz del arrepentimiento ni de la humildad, sino la de una insistente arrogancia. La obra entera de Chocano sufrirá las consecuencias de aquel error vitando.

Pero, llega la hora de las revaluaciones.

Decíamos que en Chocano el arte y la vida se funden y confunden. ¿Qué hizo a lo largo y ancho de toda su obra sino contarnos sus experiencias, referirnos su odisea? Jamás apartó los ojos de sí mismo. En vano se tratará de hallarlo "objetivo" como se solía apodarlo. Grave yerro. Un hombre tan lleno de sí, tenía que ser y fue un "subjetivo". Lo que despista en la obra de Chocano es el escenario, la escenografía, pero nunca dejó de ser él meta y camino de su verso.

Uno de los ejemplos más claros de esta característica, se halla en el libro ahora inhallable titulado *Puerto Rico lírico* (San Juan, 1914). Cuando después diluyó casi todo su contenido en *Primitias de oro de Indias* y su viuda lo hizo en *Oro de Indias*, nos damos cuenta, de que rimaba diariamente sus impresiones, componiendo así un diario verseado.

Como él era el centro de su poesía —y de la vida—, y como era imperialicio, autocrático e imperioso, trataba de evitar que sus lectores lo interpretaran: dictaba la lección poética completa. De ahí la resistencia que frente a él tuvieron los simbolistas españoles y americanos, en especial, Díez-Canedo y Jiménez. De ahí la animadversión mal disimulada de Rubén. Chocano se lo tenía merecido.

Si examinamos sus expresiones, veremos que le obsesio-

naba ser exacto: "a la manera de..." "Tal es a modo de...", son giros frecuentes en su obra. Sus comparaciones siempre son completas y descriptivas. Mientras Rubén insinúa, Chocano define. Y tanto, que echa mano a los guarismos con demasiada facilidad, sobre todo a partir de *La selva virgen*, que es cuando trata de volverse hombre de empresa... para quedar de poeta de presa.

Obsevemos: "treinta noches estuve (siento horror todavía) treinta noches haciendo el amor a una muerta..." "veinte pastores con sus cuarenta bueyes..." "cuarenta mil esclavos..." "no trece hombres, trece pueblos pasarían esa raya..." La cuenta sería inagotable. Cabe añadir: la presencia de "oro", "plata", "pedrería", "perlas", "piedras preciosas", "metales", "tesoro" adquiere a veces un carácter obsesivo. ¿Será preciso recordar que en una de sus últimas composiciones canta a un tesoro escondido, y que, a consecuencia de su pública busca de ese tesoro que se suponía hecho por los jesuitas en Santiago de Chile, recibió (según versión no mellada aún) las puñaladas con que un delirante le arrebató la vida?

Era joven Chocano, en 1901, cuando don Manuel González-Prada, al darle el espaldarazo de un prólogo (rara avis) para las *Poesías completas* (ed. Maucci, 2 t., 1902), escribió estas palabras: "Si de muchos hombres se ha dicho que vivieron en estado de gracia, puede afirmarse que Chocano vive en estado de poesía... No habiendo encontrado maestros que le enseñen, ni modelos que le inspiren, Chocano se lo debe todo a sí mismo. Todo se lo debe a su esfuerzo solitario". Por eso cuando sus contemporáneos pugnaban por adecuarse al aire francés, él, de contradictor, se volvió al español y le insufló vientos de América. Ensayó entonces modificaciones métricas: un desusado verso de 17 sílabas; practicó el de 15, apeló al de 9 (tan descuidado siempre), ensayó un nuevo dodecasílabo, y, a los 40 años, renegó de toda su obra pasada, salvo el puñado de poemas que salvó en su riguroso *Fiat Lux*. Además, dijo: "En mi arte caben todas las escuelas como en un rayo de luz todos los colores". Era su respuesta al coro modernista. Por segunda vez, cantaba el gallo —pero "a mí no me canta ningún gallo" ("mi querido Rubén").

Cuando Chocano cayó asesinado el 13 de diciembre de 1934, emprendía el camino de Damasco... cívico, y el de la transfiguración poética racial. Persistía en atacar con denuedo a la oligarquía limeña, trataba de acercarse a los jóvenes a

quienes hirió tan inmisericordemente en Elmore y había encontrado una veta *sui generis* en ciertos aspectos del "alma indígena". Es penoso comprobarlo: al borde de los sesenta Chocano reentraba en la juventud. Habría sido aleccionante asistir a su rehacimiento. O tal vez fue mejor ahorrarle una larga agonía literaria. Él que tuvo imitadores doquier se hablara castellano, estaba terriblemente abandonado.

LAS ÚLTIMAS NOVELAS DE VALLE-INCLÁN

Por Emma Susana SPERATTI PINERO

Es suposición corriente, pero inexacta, que la obra novelística de Valle-Inclán termina con *La corte de los milagros* y *¡Viva mi dueño!* Un lector curioso que hojeara las páginas de *El Sol* correspondientes a 1932 y las de *Ahora* de 1936 encontraría elementos suficientes para convencerse de que estaba equivocado, pues hallaría dos obras—por desgracia fragmentarias—que nunca fueron recogidas en volumen.

El 7 de abril de 1932, *El Sol* anunciaba una nueva novela de Valle-Inclán. Comenzó a publicarla en folletón dos meses después. Era la primera parte de *Baza de espadas: Visperas setembrinas*. La publicación continuó hasta el 19 de julio, y se interrumpió definitivamente. Ese largo fragmento es lo único que nos queda de la novela que iba a cerrar la trilogía de *Los amenes de un reinado*, grupo inicial de *El Ruedo Ibérico*. *Visperas setembrinas* expone la agitación, las idas y venidas de los revolucionarios que no lograban entenderse, los intereses que se entrecruzaron antes del movimiento de 1868. Ésa es la trama histórica. Pero no es la historia lo que nos interesa aquí, sino la visión que de ella tenía Valle. Su visión agria y angustiada de una época que se desquiciaba hacia el derrumbe de *Los campos de Cuba*. Bajo el signo del esperpento y de su estética deformante se desarrolla la narración, contorsionada y ridiculizante, estentórea y amarga. Todos los recursos esperpénticos, exasperadamente acentuados, reaparecen en *Visperas setembrinas*.

La orden de prisión y destierro contra los generales unionistas con que se cerraba *¡Viva mi dueño!* empieza a mostrar sus consecuencias desde el primer capítulo de *Visperas setembrinas*. Los dos breves trazos que enmarcan el capítulo inicial

concentran la inquietud y la agitación de Madrid. La Bolsa es un índice:

Fluctuación en los cambios. La Bolsa en baja. Valores en venta. El marqués de Salamanca sonríe entre el humo del vengero. Un agente de cambio se pega un tiro.

—¿Qué pasa en Cádiz?

La Villa y Corte está pendiente de lo que ocurre en el lejano puerto donde serán embarcados los generales:

El zapatero remendón y el cajista petulante, el marchoso de la garlopa y el terne de las chapas, entre vaso y vaso de morapio, trascendían a timo chulesco la inquietante pregunta de los círculos bursáticos:

—¿Qué pasa en Cádiz?

Entre los dos parrafillos Valle-Inclán nos ha introducido en los salones del opulento marqués de Salamanca, en donde se dialoga largamente sobre temas que van desde el disfavor del Pollo Real —Adolfito Bonifaz— hasta la necesidad de un cambio de ministerio, y donde las conjeturas acerca de la suerte de la dinastía y el pronunciamiento de Cádiz se entretrejen en pomposa e interesada superficialidad. El segundo capítulo nos lleva a Cádiz. Allí conspiran militares y civiles, hombres y mujeres. Mucho movimiento, muchas palabras. Pero nada se concreta y los generales salen rumbo a Canarias. El tercero transcurre a bordo de un barco inglés que se dirige a Londres desde Gibraltar. Viaja en él un grupo heterogéneo: masones españoles —entre ellos Paúl y Angulo— que van a entrevistarse con Prim a fin de que se resuelva a dirigir el movimiento; anarquistas ilusos: Bakunin, Fermín Salvochea; un trío de maleantes cuya secreta finalidad es eliminar a Prim; una mísera artista de café. Las discusiones de los revolucionarios, los hilos que se van descubriendo, la presentación y dibujo de Salvochea, Inda, don Teo y la Sofí, y las situaciones violentas y melodramáticas que entre ellos se producen, constituyen el núcleo de atención. Las tentativas de entendimiento entre los revolucionarios y Prim, entre Prim y el Pretendiente, forman el capítulo cuarto, que transcurre en Londres. Y con el quinto volvemos a Cádiz, donde pese a la actividad civil fracasada el

primer conato de movimiento por causa de los militares y marinos que a último momento no cumplen sus promesas.

Hasta aquí lo que queda de la novela. Veamos ahora la interpretación esperpéntica. Podemos decir que la *teatralización* es el eje principal, el cuerpo del procedimiento.

Gustador constante del teatro, histrión en la vida y a veces en las tablas, Valle captó con agudeza no siempre benévola la interpretación de los actores. Por esto, quizá, cuando no simpatizaba con los personajes que iba presentando, subrayaba en sus movimientos la afectación de la escena. Son picos de ironía los que vuelven tan evidentemente exteriores algunas actitudes y sentimientos en las *Sonatas*:

En aquel momento el señor Polonio apareció en la puerta del salón, y en ella se detuvo. La Princesa incorporóse en el sofá y se enjugó los ojos. Después, con noble entereza, le interrogó:

—¿Ha muerto?

El mayordomo inclinó la frente:

—¡Ya goza de Dios!

Una onda de gemidos se levantó en el estrado. Las damas rodearon a la Princesa, que con el pañuelo sobre los ojos se desmayaba lánguidamente en el canapé, y el Colegial Mayor se santiguó (*Sonata de primavera*).

Estamos aún frente a una comedia fina, acicalada, que se ha deslizado en una novela. Pero con el humor de Valle la comedia evolucionará primero hacia la farsa, luego hacia el esperpento. Valle-Inclán piensa, en definitiva, que el mundo que lo rodea es un teatro en que los actores casi siempre son malos actores. Las primeras obras esperpénticas, con su forma dramática, disimulaban en cierto modo esta faceta del pensamiento de Valle. Las que hasta hoy creíamos últimas, esencialmente narrativas, la muestran en toda su fuerza sarcástica. Domiciano de la Gándara, después de su grandilocuente defensa ante el ranchero, es llamado "mal tragediante" por la abuela italiana. Celes Galindo, el "asno divertido", mientras espera la audiencia de Tirano Banderas, tiene "esa actitud petulante y preocupada del cómico que, entre bastidores, espera su salida a escena" porque "presentía su hora, y la trascendencia del papelón le rebosaba". Y en el juego de transposiciones de hombre a bestia y de bestia a hombre, que es

también factor esperpéntico, Valle suele ofrecernos visiones en que se advierten cruces teatrales, como éste, de *La corte de los milagros*: "Fanny, la yegua inglesa, elegante desfallecida, romántica, tose y parece contagiada por la Dama de las Camelias".

Si recordamos que un caballero no debe *actuar* ni por orden real, como leemos en *Sonata de invierno*:

El Rey me miró al fondo de los ojos con expresión de burla:

—Oye, dinos el soneto que has compuesto a mi primo Alfonso: súbete a esa silla.

Los cortesanos rieron: yo quedé un momento mirándolos a todos, y luego hablé, inclinándome ante el Rey:

—Señor, para jugar nací muy alto.

Si pensamos en los espejos cóncavos del Callejón del Gato en que los héroes clásicos se convierten en esperpentos, si reunimos las dos ideas, comprenderemos aún mejor el porqué de la *teatralización*. Toda la aristocracia del *Ruedo Ibérico* vive en continua afectación teatralera, su emoción es melodramática y sentimentaloides. Y del mismo modo que el espejo deforma a la aristocracia, deforma también al pueblo, "toda la vida miserable de España". Naturalmente, el pueblo resulta en la nueva visión teatralero y sentimentaloides. Con bases humanas falseadas por las circunstancias, lo que los personajes muestran es pura apariencia. La falta de densidad se convierte en lo externo, en teatralería. Es decir, falsedad, hipocresía, sea inconsciente, sea meditada. Los personajes de Valle-Inclán actúan por ocultación o por vaciedad, o porque no pueden hacer ya otra cosa. En *Visperas setembrinas* casi nada y casi nadie escapa a la teatralización. En este fragmento hay como una vuelta a los primeros esperpentos, a los que eran *teatro*, en sentido más o menos estricto. No podemos saber si la forma que Valle había adoptado en la versión publicada por *El Sol* iba a ser la definitiva. Nos damos cuenta, por muchos detalles, que todavía faltaba la lima perfeccionadora. Pero la estructura total nos indica una nueva manera de encarar la narración larga. Los diálogos, muy extensos a veces, son casi lo más importante. Las partes narrativas, mínimas, tienen valor descriptivo y se convierten por lo general en telones de fondo, en apostillas que señalan actitudes de los personajes, que ex-

plican o encuadran los diálogos, y que a veces parecen detener la acción en una escena que se convierte en cuadro:

Los sesudos carcamales de la disidencia moderada, con pausas y resoplos de ciencia política, opinaban repartidos en corros. Calvas y levitas, almidonadas pecheras y bigotes de moco de pavo, asmas y reumas disidentes de moderantismo, en duelo y apuro por los patrios males, hacían oráculos fumándose los habanos del marqués de Salamanca. Sus nombres, exornados con lujosos adjetivos, han quedado en una página de Asmodeo.

En éste, como en otros casos —“El barón de Bonifaz, la chistera y el junco sobre el pecho, el codo al aire, saludaba en la puerta con amanerado estilo de pollo gomoso”— lo único que nos mantiene dentro de lo narrativo es el uso de los tiempos verbales. En *Vísperas setembrinas*, pues, el esqueleto de la obra está ya en íntima función esperpéntica.

Pero la *teatralización* puede acentuarse aún, tanto en los fragmentos narrativos como en los dialogados, por medio de expresiones que subrayan intencionalmente ese carácter. Cuando Adolfo Bonifaz afirma a propósito del casamiento de su hermana: “—No hubo sino ceder... La niña se ha encaprichado”, Valle nos dice de la actitud de su interlocutor: “El marqués de Salamanca se puso en el mismo aire de comedia”. Como nos lo dirá también de Bakunin: “El gigante barbudo había cruzado los brazos en teatral silencio”: “Aquel gigante de ojos azules ni siquiera se daba cuenta de la comedia que representaba”. Los cantos de uno de los maleantes, que habiendo intentado matar por celos a Salvochea ha sido puesto en el cepo, “encendían candilejas de melodrama”. Este mismo personaje, Indalecio Meruéndano, al verse favorecido por la opinión de varios pasajeros, “con vanidad de primer actor ganoso de aplausos declamaba su monólogo de melodrama”, lo que le vale un juicio despectivo: “Es probable que prepare su defensa declamando el papel de Otelo”. Otro personaje, el Pollo de los Brillantes, “representaba la farsa del filisteo patriota”. Ni don Carlos escapa al teatralismo: “El pretendiente dignificóse con un gesto de galán que ensaya grandes papeles: Como ante un espejo, proyectaba la bella figura ante la Historia”. Pero quien lo refleja en mayor dosis es Juan Prim: “El conde de Reus le abrazó, siempre con extremos de comediante en tablas...” “El soldado de África respiró el aura de sus grandes

horas. Arranque teatral, gesto fogoso de farsa mediterránea". Y en un momento de duda acerca de su sinceridad se le escapará a uno de los revolucionarios: "Algunas veces me parece que está representando una farsa". Valle-Inclán suele emplear también elementos indirectamente evocativos. Las figuras de un baile de época provocan un efecto equivalente a la mención de las formas teatrales: "Sobre el umbral, dos pulcros vejestorios hacían una figura de lanceros cediéndose el paso".

El esperpento teatralero se organiza, además, con otros rasgos. La afectación, la pomposidad y la pedantería, a las que se mezclan muchas veces las vulgaridades y los lugares comunes, lo integran en los diálogos. El conocimiento de la verdadera calidad moral de un personaje nos hace sentir profundamente la falsedad de la postura en que se coloca y el entrecruzamiento de despecho y pseudo-romanticismo que infla sus palabras:

Adolfito sonreía nervioso, el sombrero y el junco sobre los olanes de la pechera:

—¡Me lo he jugado todo, y todo lo he perdido por servir a la Reina!

Se asombró con rubicunda soflama el marqués de Salamanca:

—¿Es posible?

—Me ha despedido con una escena de lágrimas.

—Volverá usted a consolarla.

—Se propone vivir santamente.

—¡Qué candidez!

—No se puede luchar con Sor Patrocinio. ¡Me he sacrificado estúpidamente por servir los intereses de ustedes, los de la disidencia moderada!

—Hablemos sin romanticismo. ¿Hay sustituto?

—No lo creo...

—¿Lo habrá pronto?

—Usted conoce la magnanimidad de la Señora.

—¿Quién está en ciernes?

—Vaya usted a saber la terna que le presentará la Seráfica.

El afectado hablar de Cánovas, siempre en orador, se acota en las partes narrativas y se intensifica en las habladas:

Y rectificó con pedante gramática el señor Cánovas:

—Será, en todo supuesto, con mi dialéctica. La raíz del acto

cognoscitivo está en la deducción lógica, y la elocuencia no mueve la razón, sino el sentimiento. ¡Con tantas máculas como dañan la política española, ninguna de tan funesto resultado como la ñoñez elocuente de nuestros gobernantes!

Y poco después:

Tenía su discurso un encadenamiento lógico y una gramática sabihonda de mucho enredo sintáctico:

—No pertenezco, no he pertenecido jamás, al moderantismo histórico, y mi asistencia a esta reunión no supone, no puede suponer, mudanza en el ideario que durante toda mi actuación política he sustentado. . .

El torrente discursivo de Cánovas fluye durante largo rato y el comentario de un personaje accidental y secundario hace aún más notoria tanto la longitud de la tirada como su aparatosidad: “—Dame un traguete, Jorge. Oyendo a ese tío se me ha secado la lengua”. La hueca pomposidad de Asmodeo y del marqués de Salamanca está hábilmente destacada:

—Querido Marqués, seré lacónico como un espartano.

—Usted será siempre un ateniense. ¿Qué se cuenta en el Agora de la Puerta del Sol?

Y la grandilocuencia vacua y patriotera contribuye también a acentuar la farsa: “—Yo respondo con mis leones de Cantabria”. La respuesta, al aplastarla, agudiza paradójicamente la caricatura: “—¡Eso tiene música de Dos de Mayo!”

En cuanto a las partes narrativo-descriptivas, intensifican la afectación de los personajes: “El Duque de la Torre, ceñido el talle en la levita de uniforme, espejos las botas, perejiles los andares, paseábase en la galería con el pomposo don Adelardo López de Ayala”. De estas apostillas la más lograda quizá es la que se refiere a Prim, hacia quien se dispara buena parte de la antipatía de Valle-Inclán: “Don Juan Prim, verdense, cosméticas la barba y la guedeja, levita de fuelles y botas de charol con falsos tacones, que le aumentaban la estatura, sacaba el tórax. Pisando fuerte y abriendo vocales catalanas, hacía temblar el trono de Isabel II. Decoraba sus jaquetones propósitos con la retórica progresista que resplandece en los himnos

nacionales. Si juraba, era por su espada; si prometía, era por la gloria de sus laureles —César, en las tragedias de los corrales, no declama con más pompa endecasilaba sus hechos de Farsalia—. Don Juan, enarcando el pecho, lucía los dijes del reloj, la botonadura de diamantes, el chaleco de seda. En su alma de falacias y ambiciones púnicas encendía gallos matachines la jota del Ebro”.

En función de desvalor —y en relación con la teatralería— aparece el sentimiento de la honra, pues quien intenta sostenerlo, lo rebaja. Indalecio Meruéndano, el chulapo que vive de la Sofí, que la maltrata y la cela, es el campeón del alto sentimiento que se va descalabrando a través de sus palabras: “...¿Cuál es mi culpa? ¡Volver por mi honra, no avenirme a ser un cabra!... A Indalecio Meruéndano no hay nacido que le ponga mancha en su honra. ¡Ni hombre, ni mujer! ¡Y adonde lo haya lavará su honor con sangre!” Este personaje que con tanto énfasis sostiene la pureza de su honra es el mismo que vemos en uno de los pasajes en que un feísmo repugnante está subrayado por cada palabra, por cada actitud:

—No me atormentes, Inda. Calla, por favor, que se me saltan las sienes.

El tuno remató un arpegio con muchas fiorituras y alargando el zancajo hizo rodar el balde que la desgredada tenía a su cabecera.

—¡A ver, tú, si te enciendo el pelo para que dejes la monada!

—¡Y serás capaz, mala sangre!

El chulo volvió a teclear, con postinero entorne de párpados:

—¡Parece que no me conoces!

La rubiales se incorporó, oprimiéndose las sienes, y salió del camastro, desatadas las faldas, un pecho fuera:

—¡Verdugo!

Arrimada a la litera, se metía los zapatos. Indalecio ponía en la coima un ojo atravesado:

—Cúbrete ese pecho, relajada.

—¡Vas a enseñarme tú decencia!

—¡Y tanto!

La prójima, sin cubrirse el pecho desnudo, se ataba las faldas:

—¡Pirante!

—¡Abotónate!

—¡Y que me quede con el fandango al aire!

—¡Abotónate, so pingo!

—Cuando me ate las enaguas. . .

—¡Que vas a ganarte una solfa!

El chulo había soltado el acordeón y se rascaba tras de la oreja. La coima se descaró con un impulso de rabia:

—¡Luzco lo mío!

—¡Tirada!

Indalecio la tomó del moño, zarandeándola con requemada soflama:

—¡Lo tuyo! . . . Guárdate esa gaita. . . ¿Tienes tú algo, so perdón? . . . ¡Lo tuyo! ¡Esto es lo tuyo!

De un revés le llenó la cara de sangre.

Valle-Inclán, no satisfecho con lo que le ofrecía el teatro para construir su esperpento, recurrió a veces al cinematógrafo. En *La rosa de papel* nos había revelado, ocho años antes de *Visperas setembrinas*, su inclinación a tomar del séptimo arte la gesticulación de sus creaturas: "Entre el baratijo de lilailos sale un revólver antiguo, tomado de orín—el revólver romántico que de soltero llevaba Julepe—ahora lo empuña con gozo y rabia de pelicularo melodramático". En *Tirano Banderas* había adoptado la técnica del movimiento de las cámaras. En *Visperas setembrinas* logra una acre caricatura combinando a su voluntad de ver y oír en tono de farsa cruel una serie de enfoques rápidos, de impresionismos violentos, de trasposiciones animalizantes:

Gaviotas. Filas de roses y bayonetas. Un oficial que saluda con el sable. Pañuelos. Un grupo de uniformes sobre la toldilla del "Vulcano". Coros marinos de zarzuela. Cádiz saca sus catalejos por galerines, miradores y azoteas. Loros y cotorras, embardunado el pico de chocolate, ordenan la maniobra, con voces de zafarrancho:

—¡A babor! ¡A estribor! ¡Fuego! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Quizá por ser gallego, Valle tuvo siempre simpatía especial por lo que fuera misterio sobrenatural y superstición. En la etapa esperpéntica asimiló con destreza algo de aquello a su nuevo estilo. No podíamos dejar de encontrarlo en *Visperas setembrinas*. Lo encontramos enlazado premonitoriamente a una anticipación y entrecruzado con las creencias de otra región supersticiosa por excelencia: Andalucía. Paúl y Angulo habla

con otro revolucionario acerca de la sinceridad y la lealtad de los compromisos de Prim. Su compañero teme que no los cumpla, que se convierta en traidor a la causa y merezca pena de muerte por ello:

—Caería sobre su cabeza la sentencia de los Hermanos.

—Esas sentencias ya no se cumplen. ¿Se ha cumplido la de Pío IX? ¡El general Prim traicionará a la Revolución!

—¡Y le costará la vida!

—Otra sentencia de muerte, y son dos. Falta una tercera, y también te digo que de ese número cabalístico no escapa.

Paúl y Angulo levantó los brazos, negro y blasfemo, jurando con estilo de Fernández y González:

—¡Rayo de Dios! Parecemos gitanos... ¡La tercera ya la tiene encima, que se la impuso un Consejo de Guerra!...

Era tan justo el parecido cañí, que ladró un perro.

En *Visperas setembrinas* Valle parece dispuesto a disolver con ácidos corrosivos al *Ruedo Ibérico*. Todo lo español le disgusta, y lo marca con el fuego de la burla y el desdén. Especie de anarquismo convertido en arte. Los que de un modo u otro dirigen a España tienen a través de su visión un carácter ruin: "El marqués de La Habana, con el veguero de través y el ojo en guiño bajo la espiral del humo, tenía una rufa expresión de carabinero veterano, impuesto de todos los secretos del contrabando". Y la ruindad tendrá dotes, según Valle, para merecer las más altas cumbres del gobierno español: "El patriota contrabandista apiponado, con patillas de jacha, con aretes en las orejas, con el costurón de un chirlo, tenía las mejores hechuras para Emperador del Ibérico Ruedo". El juicio que le merece la historia de España no es menos piadoso: "Toda nuestra historia en lo que va del siglo es un albur de espadas. Un albur o un barato". Juicio que se completa con la caracterización de un grupo de militares: "Una floresta de bélicos lauros para condimentar por siglos y siglos los guisotes nacionales". Y quien haya leído *Tirano Banderas* y recuerde la pintura que ahí hace de la Colonia española, no se sorprenderá de encontrar un eco parecido en *Visperas setembrinas*. Al hablar de la actitud de Inda y don Teo, recién embarcados en Gibraltar, nos dice Valle que "se mantenían aislados del pasaje, con un secreto y agresivo resentimiento de españoles fuera de España".

Para que la segunda novela resulte más comprensible, quiero atraer la atención sobre varios personajes: el siniestro don Teo, el chulapo Indalecio, la Sofí, Fermín Salvochea. Son personajes que volverán a aparecer y que quizá iban a estar relacionados, por la insistencia con que Valle vuelve a ellos, con acontecimientos que pensaba exponer en obras posteriores. Don Teo, sobre todo, es el que más llama la atención en ese sentido. Su falta de escrúpulos, la tranquilidad con que habla de eliminar a Indalecio —su compañero y cómplice en una frustrada tentativa de matar a Prim— son rasgos que dibujan demasiado al personaje para que podamos pensar en una figura accidental. Es necesario recordar que aunque se culpó a Paúl y Angulo de haber baleado al conde de Reus, nunca se ha sabido con seguridad quién fue el asesino ni cuál fue la cabeza que dirigió el crimen. Por algo que nos dice Valle en su artículo de 1935, sospecho que don Teo iba a encarnar a una de las figuras misteriosas que estuvieron ligadas con el sangriento episodio.

Al revisar las páginas que *El Sol* dedicó a Valle-Inclán después de su muerte, un título me llamó la atención. Decía escuetamente: "La primera y la última cuartilla de Valle-Inclán". Este ambiguo título encabezaba la transcripción de dos breves párrafos. Era algo que yo no conocía, algo que no había sido publicado en libro. ¿Pero de qué se trataba? ¿Dónde podía yo encontrar el resto, lo que debía estar entre la primera y la última cuartilla? Meses después hallé el texto completo en las páginas de *Ahora*. La novela póstuma, publicada a partir de marzo de 1936, era *El trueno dorado*. Una vez más estaba yo frente a un fragmento, curioso en sí, curioso por el destino que quizá iba a tener.

Todos los que hayan leído *La corte de los milagros* recordarán el pasaje en que un grupo de calaveras pertenecientes a la aristocracia culminan su juerga arrojando a un guardia por la ventana. Recordarán también cómo se intenta paliar hipócritamente la fúnebre broma, y la visita cobarde y grotesca que hace la madre de Gonzalón Torre-Mellada, uno de los juerguistas, a la casa de vecindad en que vive la familia de la víctima. Valle-Inclán retomó el episodio y lo amplió, incertando allí personajes que se relacionan con *Vísperas setem-*

brinas. Trataré de reconstruir la trama de *El trueno dorado* a partir del momento en que el guardia es sacrificado al capricho de la brutalidad.

El Pollo de los Brillantes y Pepe Garabato, el dueño del colmado, se reúnen con Adolfo Bonifaz y Gonzalón Torremellada en el cuarto donde ambos se han refugiado. Hablan de que "se impone una untada de parné entre el sacerdocio de Themis", conversan acerca de la posibilidad de que otro cargue con la culpa:

El Pollo de los Brillantes volvía a darse aire con el moquero, esparciendo brisas de pachulí:

—No hay prenda como la vista, Garabato. . . Quinqué y mucho quinqué. . . ¿Vas a decirme que no conoces al punto que riñó con el guardia? Tú te las apañas hasta dar con la pista de ese silbante.

El patrón requirió una silla y se apoyó sobre el respaldo con reservona soflama.

—A lo que barrunto, la "combina" de ustedes es camelar a un pelanas para que se declare autor del estropicio. No me parece mal cavilada, y como haya luz. . . ¡Es mucha el hambre, caballeros!

Recomendó el Pollo:

—Echa el catalejo entre tu parroquia.

—Ya está echado.

Pero lo que Garabato va a proporcionar no es al pseudo-culpable sino al hombre capaz de encontrarlo. Ese hombre es don Teo, el mismo traicionero don Teo de *Visperas setembrinas*, cuyo currículum completo nos ofrece Valle: "Don Teo había comenzado su vida de apagacirios en el oratorio del Caballero de Gracia. Allí sirvió como correo en las intrigas apostólicas y saltó al ruedo del mundo con una credencial de cabo de Resguardo. Le empapelaron por un gatuperio y escapó a Portugal. Archivado y olvidado el proceso, regresó cantando fados con acompañamiento de vihuela. Se anunció como memorialista y profesor de solfeo. Fue músico de café y corista de zarzuela, soplón y espía, cherinol de lenocinios y baratero de chirrata. Aquel borrachín de mala entraña, falso y bufonesco, era notorio arbitrista de fullerías, escalos y matutes y huésped frecuente del Saladero. Como nunca alternaba mucho tiempo entre rejas, susurrábase en aquellas aulas de la

picaresca que tenía misteriosos valedores". Lo que a don Teo se le ocurre es lo siguiente: "...Se da la circunstancia favorable de que por mediar conocimiento con el difunto, me hallo algo informado. Una hija del difunto, estos tiempos, se ha ido a vivir con el silbante que hace el acompañamiento en el tablado del café Minerva. El padre se había sacrificado para tenerla en una academia de baile, y cuando empezaba a llevar algún dinero a la casa, un buen día desaparece. Como la "gachí" va camino de ser una estrella coreográfica, natural, el difunto se hallaba peleado a muerte con el apaño. ¡Una ficha muy grande! Si le ponen entre rejas, será razonable, porque no le falta pestaña. Ustedes deciden. Mi dictamen ya lo conocen, y si lo dejan de mi cargo, formularé el oportuno escrito para ayudar al esclarecimiento del hecho. El "gachó" tiene antecedentes penales, y reiteradamente ha proferido amenazas de muerte contra el difunto. ¡Un juez competente le saca veinte años de cadena!" —Tanto la hija del guardia como el candidato de don Teo son personajes de *Visperas setembrinas*: la muchacha es la Sofí, su amante es Indalecio—. Decidido el destino del chulapo, los verdaderos culpables abandonan su refugio con el Pollo de los Brillantes. Su salida es un rápido trazo de guiñol: "Se echaron fuera, en fila india, recatados en los embozos como terceto de conspiradores en número de zarzuela. . ."

Lo que sigue también es parte de *La corte de los milagros*: el despertar de Gonzalón Torre-Mellada, las lamentaciones de la madre, las inculpaciones semidisciplpantes del padre, la intervención de Feliche Bonifaz quien propone a la marquesa que se socorra a la familia de la víctima, víctima que no ha muerto, como ocurría en *La corte de los milagros*. La visita se realiza, y a partir de este momento vuelve a ampliarse el texto. Por la portera de la casa de vecindad nos enteramos de que la mujer del guardia "...ha salido a pretender de asistenta. Pues ¿qué otra le queda? ¿Tirarse por la ventana con sus cuatro críos? ¡El marido, estropeado de por vida si sale adelante! ¡Hay que considerarlo! ¡Cuatro críos y un inútil vitalicio!" Las damas deciden regresar al palacio de la marquesa, pero una riña callejera les impide alejarse. Se refugian en la casa de vecindad. La visión del patio, en que lo esperpéntico se transmite a las cosas inanimadas, es una de las mejores descripciones de Valle: "El patio era grande, y la casa, de corredor con balconaje pintado de ocre. En cordeles colgaban innumerables prendas de ropa. Las camisas, crucificadas por las mangas, estremecían

impúdicamente sus faldetas. Se inflaban enaguas y refajos. Vistosos pingos flameaban como gallardetes y resaltaba al sol la tela nueva de los remiendos. Eran tan profusos los colgarines que entoldaban el patio y lo alegraban de luces y colores, en baile ventolinero". Llega la mujer del guardia. Ella y las damas suben al sórdido cuartucho del moribundo. Todo el cuadro nos trae recuerdos de *Romance de lobos* y de *La rosa de papel*. La muerte, las circunstancias de la muerte, siempre proporcionaron a Valle-Inclán elementos que se complacía en acentuar violentamente. No falta esta vez ni el gato fatídico: "La alcoba en penumbra, tenía un alto ventanillo con las luces verdes de un gato". La escena —¿por qué no llamarla así?— que se inicia pudo haber resultado insoportable:

El moribundo, envuelta la cabeza en sangriento vendaje, volvía el rostro cargado de sombras a las cuatro criaturas que rodeaban el camastro y se miraban entre sí con asustado y reprimido lloro. La madre llenó una copa de anisete y la repartió, haciendo beber a los cuatro:

—Ahora vais a decir conmigo: ¡Padre del alma, adiós para siempre!

Los niños repetían las palabras de la madre, envueltos como en una niebla, en el deseo de fugarse. La abuela, en el umbral de la alcoba, alzaba la muleta:

—Ordénales que se arrodillen, Macaria.

pero para alivio del lector, la escena se corta oportunamente:

Entre el susurro de los rezos aconsejó una voz mesurada y severa:

—Alejen ustedes a esos niños.

La abuela se volvió, ladeada sobre un hombro la cabeza perlática:

—¡Don Fermín, no hay más que un padre!

—¡Tiempo tienen de saber lo que son penas!

Ha hecho su entrada Fermín Salvochea, el angélico Fermín Salvochea de *Vísperas setembrinas*. Su carácter, sus ideas, están subrayados en *El trueno dorado* por las palabras de una vecina: "—¡No hay otro más bendito! Un santo con las peores ideas. Propio anárquico, señorita, de los más anárquicos. Es, por lo que dicen, sujeto de muchas luces, y algo de trastorno tiene.

En el verbigracia de no mirar al dinero ya es dexagerado. Donde hay una lástima, allí "perene". El mal suyo son las ideas. Sin esa tacha, un santo de los buenos, señorita, pero de los buenos". Fermín Salvochea, personaje histórico, es uno de los pocos, por no decir el único, que merece algo de la simpatía de Valle. Con todo, también a él le ha retaceado plenitud humana. Demasiado austero, demasiado puritano, nos dice Valle en *Vísperas setembrinas*.

Llega el viático para el moribundo. Valle-Inclán prodiga los contrastes entre la actitud de los personajes y su ministerio:

El clérigo, panzudo y rebollo, penetró en la alcoba metiendo prisa al acólito, que, arrimado al quicio de la puerta, raspaba una cerilla en el zapato para encender la vela. Interrogó avendavalado:

—¿Podrá confesar?

.....
El clérigo abrió el breviario, reviró la mano y atrajo por una oreja al acólito:

—¡Alumbra, papanatas!

A seguida comenzó un barullo de latines, encorvándose sobre el moribundo. Volvió a preguntar:

—¿Tampoco podrá recibir al Señor?

Tuvo un gesto de incertidumbre la Macaria:

—Eso, usted lo verá.

Resolvió el clérigo:

—Vamos con los Santos Olios.

Y otra vez el barullo de latines. . . El capellán apresuraba los rezos y manipulaciones. Al signar la frente del moribundo. . . volvióse con brusca advertencia al monago, que se dormía en los amenes:

—¡Vivo, mastuerzo, que se nos va por la posta!

Pasó con negro revuelo tras la luz de la vela y, levantadas las cobijas, puesta al descubierto la cera de los pies, ungió las plantas y los calcañares. Remató la faena con una genuflexión, haciéndose la cruz con dos dedos. Por la sisa de la sotana sacó la petaca, lio un cigarrillo, bambollando los consuelos de rutina, y lo encendió en la vela del monago.

Feliche y la marquesa consiguen huir hasta el coche. Llegan Inda y la Sofi. Mientras ella trata de enternecer el bolsillo de las damas, se aproxima una pareja de gendarmes que de-

tiene a Meruéndano, como lo había planeado don Teo. La Sofi sube a ver a su familia. Después de una violenta escena, y para calmar su congoja, las vecinas la introducen en la buhardilla de otra, en donde se encuentra Salvochea cuidando de los hijos del guardia:

Cuando entró la hermana, los huérfanos jugaban bajo las miradas miopes de don Fermín. La Sofi los abrazó zozobrante:

—¿Me recordabais?

Las criaturas hacían pucheretes, recogidas sobre el pecho de la hermana.

Don Fermín se desvaneció sin ruido, como una sombra.

Obsérvese que don Fermín es miope, que el episodio es rápido. Concentrada la atención de los hermanos, la Sofi no lo ha visto. Habiendo estado juntos un momento, no se han encontrado en realidad. Y se explica la situación. Es muy posible que *El trueno dorado* fuera a incorporarse a *La corte de los milagros*. ¿Cómo, si por casualidad los dos personajes se hubieran cruzado algunas palabras, si se hubieran visto con detenimiento los rostros, no iban a reconocerse luego en *Baza de espadas*? Porque como perfectos desconocidos los encontramos en *Visperas setembrinas*. En forma muy hábil, Valle-Inclán evitó la contradicción.

Poco más habría que analizar. Los episodios que siguen agregan fuerza o color, pero la acción no avanza mucho. De lo que queda, hay sin embargo un momento que nos interesa: el enfrentarse de dos tipos, mejor aún, de dos posiciones. Una la encarna Salvochea, el "santo de malas ideas", cuyo "tema es la salvación de España". La otra, la del licenciado Rosillo, su pariente, que va a la casa de vecindad en calidad de médico forense. Este personaje concentra, para Valle-Inclán, la opinión general de la burguesía de su época, ampulosa y sin alcances: "El licenciado Rosillo tenía un ampuloso repertorio de frases pulpítables y declamatorias, de trenos patrióticos y sentimentales, de invocaciones a las sombras invictas que discurren por la floresta de laureles patrios. Era muy versado en cierta apologética histórica, de novelón por entregas y drama romántico". Su retrato queda terminado poco después: "Al licenciado Rosillo le consternaba que no hubiese una censura eclesiástica para el estilo hiperbólico del Nazareno. Hombre sesudo, razonador y metódico, deploraba que las paradojas evan-

géticas aprovecharse a los fines polémicos de la demagogia proletaria". No es raro que don Fermín, al oírlo, tuviera "una expresión de asombro seráfico".

Y el cuadro que cierra la novela, o lo que de ella nos queda, es un esperpento fúnebre, rápido, punzante: el último esperpento de don Ramón:

El licenciado Rosillo se levantó. Llegaba del corredor confuso rumorero de llantos, voces y pisadas. El gato en el ventanillo arqueaba el lomo. Verdes lumbres los ojos, en acecho tras los cristales. Desfile de mantillas corujas por el corredor. Latines de un responso. En la puerta, los bigotes del alguacil. Una voluta de humo en la tagarnina del forense:

—¿A dónde se llevan el fiambre?

—Al Depósito, señor licenciado.

Como un relámpago llenaba la casa el grito estridente de la Sofi:

—¡Mi padre! ¡Mi padre! ¿Quién mató a mi padre?

RESUMIENDO lo que hemos visto nos damos cuenta de que la energía estilística de Valle no había decrecido, sino que se había intensificado, llevando la esperpentización a extremos que muchas veces resultan crueles. Nos damos cuenta, también, de que su técnica novelística evolucionaba hacia una nueva forma. Sin duda esto es más notable en *Visperas setembrinas* que en *El trueno dorado*, pero debemos recordar que si en la primera se siente la falta del retoque perfeccionador, en la segunda no nos equivocáramos si supusiéramos que ni siquiera ha habido relectura. Por otra parte, podemos preguntarnos cuál iba a ser la estructura definitiva de las dos novelas. Acerca de ello, apenas si podemos conjeturar. Lo que sí podemos hacer sin dudas ni retaceos es considerar a *Visperas setembrinas* y a *El trueno dorado* como un último esfuerzo, intenso, sin desmayos. Valle sigue entero en los dos fragmentos de las novelas inconclusas. La enfermedad no pudo detener su energía creadora. Hizo falta la muerte para interrumpirla.

ARTE Y CRÍTICA EN NORTEAMÉRICA

Por Felipe COSSIO DEL POMAR

NINGÚN país como los Estados Unidos de Norteamérica presenta al través de su evolución artística tan patente desequilibrio entre la actividad espiritual, el sentido estético nacional y la manera de juzgarlo. Mucho de esto se debe, primeramente, a la despreocupación por el arte en el momento en que problemas elementales de subsistencia absorbían las actividades de la colonia. Pasa una generación antes de la aparición de los pintores ambulantes, en su mayoría ingleses, dedicados a pintar insignias, blasones y, ocasionalmente, retratos de familia. Pintura anónima, primitiva, que trasmite algunas características al arte que se desarrollará en el siglo dieciocho, cuando llegan los retratistas holandeses, alemanes, ingleses y franceses, como John Smibert Hesselius, Kuhn, Vanderlyn y otros varios que dejan una historia gráfica de la aristocracia terrateniente y comercial de Nueva Inglaterra, Pensilvania y demás Estados donde se transparenta la continencia y la rigidez provinciana. Estos retratos nos explican la severidad del ambiente protestante que rige al país desde aquellos tiempos. La influencia de Calvino en el comportamiento de la clase media conservadora, opuesta a la conducta religiosa del catolicismo. Considerando el arte como lujo superfluo, y la actividad artística como inútil y propicia a la ociosidad. "Ningún trabajo que sirva a las fuentes piadosas puede realizarse si es condenable ante el estricto juicio de Dios". La religión, en este caso, explica el desentendimiento de la población por las bellas artes, la despreocupación idealista y el limitado número de artistas en el territorio de Norteamérica del siglo XIX.

Entre todos los factores sociales que contribuyen a la formación del norteamericano, es la religión la que prepara psicológicamente al país para la etapa industrial moderna que comprenderá todos los aspectos de la vida de la sociedad capitalista, liberada espiritualmente por el protestantismo y moldeada

da socialmente por el capitalismo que le da su actitud mental, social y política.

BENJAMÍN West (1738-1820) es una de las primeras figuras en la historia del arte norteamericano. Su autobiografía misteriosa y atractiva está llena de aventuras y pasajes novelescos. Refugiado en Londres, llega a conquistar el alto honor de suceder a Reynolds como presidente de la Real Academia. Comparte sus aficiones literarias con los escritores y poetas en boga. Lord Byron es uno de los que admira su fértil imaginación y Sir Reynolds es su íntimo amigo. Tres generaciones de jóvenes pintores de Norteamérica hacen el viaje a Londres para escuchar sus consejos y compenetrarse del dogmático neo-clasicismo que predica en la escuela por él fundada. Entre ellos figura John Singleton Copley, quien marca la línea divisoria entre el estilo colonial tradicional y el verdadero estilo nacional.

Orillando este nacionalismo, oponiendo un arte ultra romántico al vertiginoso desarrollo material de la nación, los artistas y escritores siguen bebiendo en las fuentes europeas sin preocuparse mucho del medio geográfico que los rodea y la interesante formación social. En cuarenta años (1820-1860) la población crece de dos millones y medio a veintitrés millones. El vasto hormiguero se transforma. El protestantismo y el catolicismo se dan la mano ante el altar de la nueva divinidad: la riqueza. El arte norteamericano buscando un apoyo a su nacionalidad por fin lo encuentra en el realismo del paisaje: en bosques, ríos y montañas sin olvidar Europa. Norteamérica dará el material, Roma, París y Londres continuarán dando la esencia. Pero ya es un primer paso. Todavía no se puede escandalizar a los habitantes de Nueva Inglaterra, ni a los cuáqueros de Pensilvania, con desnudos. Sin embargo, Washington Allstun se atreve y da el escándalo a pesar de que su desnudo *Ariene* tiene una fría ejecución clásica, es rechazado con indignación por los norteamericanos.

Allstun es un interesante ejemplo de artista intelectual entre los *pioneers* del arte en Norteamérica. Estudiante de Harvard, sus años juveniles los dedica a la poesía. Sus temas preferidos son las *pompas escarlatas* del Medievo, como diría Rubén Darío. En busca de horizontes históricos se traslada a Roma donde se lía en estrecha amistad con Washington Irving

y el poeta inglés Coleridge, autor de *Kubla Khan*. Este tendrá gran influencia en el estilo heroico de su pintura. *El diluvio*, actualmente en el Museo Metropolitano de Nueva York, es una muestra de esta pintura precursora del romanticismo en Norteamérica; dramático escenario apocalíptico de sombras envolviendo la desolación y la muerte.

El tema truculento atraerá al público norteamericano acostumbrado a luchar con la naturaleza. La representación de violencia y aventura antes que el lirismo paisajista. Así nos explicamos la fría acogida de las *Cataratas del Niágara* reproducidas con tanta frecuencia por John Trumbull y William Dunlap. El público prefiere la fantasía inspirada de los ríos y las apacibles riberas del Hudson.

Por aquel tiempo Jorge Catlin exhibe en el Salón de París un cuadro que llama la atención de Baudelaire (1846). "Mr. Catlin sabe pintar y dibuja muy bien. En sus cuadros expresa admirablemente el carácter fiero y libre de esos valerosos jefes Sioux. En sus bellas actitudes y en la natural arrogancia de sus movimientos, esos salvajes nos hacen comprender la escultura antigua".

Catlin representa en el arte Norteamericano esos *pioneers ancestors* de la pintura nacional. Es, además, un escritor notable. Su libro *Manners, Customs and Conditions of the North American Indians* (1841), es una contribución literaria y etnológica para la historia del país.

La Escuela del Río Hudson (Hudson River School) forma los primeros paisajistas, en el justo sentido del tema nacional.

Podemos considerar a Thomas Dought, fundador de la Escuela, el primer paisajista dentro de la cronología del arte norteamericano. Cultiva un paisaje lírico, imbuido del carácter literario de la escuela inglesa. Copia la naturaleza en sus aspectos bucólicos con veneración religiosa, como lo hace Asher Durand, uno de los maestros de la escuela, o con la apacible suntuosidad de Frederick Church, su discípulo.

Tomas Cole el más brillante pintor de la Escuela, llevado por su inspiración poética la saca de este romanticismo dulzón para conducirla por un mundo fantástico y alegórico que hoy llamaríamos "surrealismo" su cuadro *Sueño del arquitecto* lo señala como indiscutible precursor de la Escuela Americana.

Al desaparecer estas tendencias de importación dejando cimientos para el arte nacional, surge el realismo científico de Thomas Eakins, el folklore y los pintores marinistas, sin aban-

donar aún la modalidad europea que se extrema con George Inners, James Mac Neill, John S. Sargent y Mary Cassat.

EL arte norteamericano contemporáneo durante la primera década del siglo XX no es sino la continuación del realismo científico de Eakins y el recrudescimiento del espíritu europeo en el cubismo, impresionismo, expresionismo y sus derivados. John Marin con sensibilidad cezanniana descubre la objetividad norteamericana: Las costas de Maine y los rascacielos de Nueva York. Max Weber con la paleta de Vlaminck y la tendencia expresionista de Soutine, capta en los *sloms* de Nueva York la vida incolora de los judíos. Karl Knaths traduce en ritmo cubista el trajín de los muelles.

EN 1913 se inaugura el *Armory Show*, evento de escándalo literario y controversia entre artistas, más que demostración ante el público, que nada tiene que ver con el "atraso" del arte norteamericano. Dos pintores poco originales, Walt Kuhn y Stuart Davis organizan una exposición de las obras de los principales maestros europeos: Cézanne, Van Gogh, Matisse, y algunos mediocres pintores norteamericanos; más de mil cien cuadros. Con esta exposición tratan de demostrar en Nueva York, luego en Boston y Chicago, que la "nueva sensibilidad" es una cosa personal, individual, sin relación con el país de origen. Quiere decir, proclaman la universalidad del arte.

En la galería el Rincón Americano, otro grupo refuta esta tesis proclamando la nacionalidad del arte y la universalidad de la belleza. Alfred Stieglitz pide sea reconocida la categoría de arte a las fotografías expuestas en esta galería. Georgia O'Keefe, antigua institutriz, Hartley y Marin se unen al movimiento abriendo el camino a los nuevos pintores de "sensibilidad americana". Aparecen *fauves*, surrealistas, y post-expresionistas con sello nacional. Y en medio de ellos otra corriente realista de carácter netamente norteamericano: Grant Wood, George Bellows, Thomas Benton, Charles Burchfield, Stewart Curry, Reginald Marsh, Edward Hope. Pintores unos de la vida rural, otros de la vida urbana y fabril. Son los continuadores de la *Aschan School* iniciada por Robert Henri y John Sloan. La mayor parte, como Thomas Benton y Thomas Craven,

escriben buenos libros en tono dogmático pero estos esfuerzos no bastarán para "crear" un gusto uniforme por lo bello, ni estructurar una opinión sobre la producción artística del país, y, menos aún, para fijar los caracteres de un arte nacional. Norteamérica vuelve a caer insensiblemente bajo la férula del arte europeo. A Europa la une el petróleo, la industria, la política y su corolario: la guerra.

AMÉRICA vuelve a Europa pero nada tiene que ver ahí. Al menos en arte. Quien haya recorrido las salas de la Exposición Internacional del Instituto Carnegie en Pittsburgo, podrá apreciar la calidad profunda de la pintura norteamericana contemporánea, que no desmerece al lado de la europea, igualando, y a veces superando en calidad, lo presentado por otros países como manifestación del arte que se ha dado en clasificar como "moderno".

Esta producción seleccionada por un jurado compuesto de artistas y críticos, nos da un índice preciso sobre la labor de los artistas norteamericanos moviéndose en un vasto océano de aficionados y comerciantes, juzgados por señoritas con diplomas, metecos, improvisados y petulantes intérpretes de las escuelas europeas; claro que no faltan escritores y críticos de primera categoría, como J. Welker, Forbes Watson, Peyton Boswell, Frost Crane, Gordon Bailey Washburn, Bernard Karpel, Belle Lorasne, Alfred Barr Jr.—de quien más adelante nos ocupamos extensamente—y otros varios que son, sobre todo, periodistas notables. Pero éstos, por su reducido número, no logran el análisis minucioso que requiere la calificación de tan enorme producción exhibida en cientos de galerías y museos (sólo en Nueva York hay más de ciento cincuenta galerías de arte que cambian sus exposiciones cada quince días). Sus juicios llegan a un pequeño público, sin influir en la masa gregaria ni ayudar plenamente al artista estableciendo contactos razonados o con un examen desapasionado de donde surja la justa objeción o el tributo que las obras merecen.

La mayor parte de este juicio crítico queda en manos de los grandes diarios cuyos redactores, si el caso lo requiere, pasan sin pena ni remordimiento de las cargadas páginas de deportes a "rellenar" las escuálidas columnas de la "Sección de arte".

Unas cuantas revistas de gran prestancia, como *Arts News*

y *Art Digest*, tampoco son suficientes ni bastan los suplementos artísticos de los grandes dominicales al lado de las bien nutridas *funny pages*. A pesar de su importancia, también son pocos los trabajos realizados en algunas universidades sobre problemas estéticos, investigaciones psicológicas, métodos pedagógicos relacionados con las expresiones artísticas y la vida afectiva del individuo obras sin duda meritorias, pero que corresponden, sobre todo, al campo sociológico, como las de John Dewey¹ y otras que pertenecen al campo de experimentación científica del gusto estético, la intuición, la emoción y otros procesos psicológicos que poco tienen que ver con el análisis de la propia obra de arte.

Esto puede tener una justificación. Quizá sea síntoma de la tendencia a eliminar la expresión individual en una nación de tan probada raigambre colectiva. El impulso hacia las grandes formas de expresión del alma popular, hacia el arte que, según Unamuno, es "historia e intrahistoria": la arquitectura. Arte pobre de medios para expresar al individuo, pero rico en resonancias sociales, y que en Norteamérica, en un siglo de vida, después de emprender el *Gothic Revival* en una tierra donde jamás existió el gótico, de probar el románico en la Trinity Church de Boston, y el clásico en el Capitolio de Washington, de manipular todos los *pastiches* del Renacimiento, encuentran el *Mission Style* y otros estilos que conquistan puesto canónico en la arquitectura contemporánea. No sería exagerado decir que ningún país del mundo posee revistas de arquitectura y profesionales de tanta importancia como los Estados Unidos. ¡Y qué grandes críticos son los arquitectos que escriben sobre arquitectura de ese país!...

EL epítome del arte contemporáneo de los Estados Unidos lo encontramos en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y en su fundador, Alfred H. Barr, Jr.

Mientras en Europa Apollinaire, André Breton, Marinetti, Franz Mare y otros poetas asesorados por pintores realizan la "revolución estético del arte" y la "*neu sachlichkeit*" (nueva objetividad), este literato de excepcionales cualidades se encarga de trasplantar el *arspigritia virus* europeo a la entraña

¹ Véase *El arte como experiencia*. Prólogo y versión española de Samuel Ramos. Fondo de Cultura Económica, México.



THOMAS COLE (1801-1848) *La copa del Titán*. La imaginación fantástica de este pintor americano nacido en Inglaterra, ha influido el estilo surrealista de la pintura contemporánea.



PINTOR ANONIMO. Este pintor ambulante, de los iniciadores de la pintura norteamericana, refleja un instinto innato y profundo del dibujo, unido a la pasión por el detalle que caracteriza a los primitivos.



REGINALD ROWE. *Arrreglando flores*. Uno de los nuevos valores del arte norteamericano; para Rowe la expresión no está en la pasión que estalla en una cara o que se afirma en un movimiento violento, sino en la disposición del cuadro: el lugar que ocupan los cuerpos; el vacío alrededor de ellos, las proporciones, todo llena un cometido a fin de lograr una armonía de conjunto.



JOHN SLOAN. *Viejo clown pintándose*. Sloan fue uno de los animadores de la *Ascan School*. Se especializa, como Benton, en pintar la realidad en sus más sórdidos aspectos.



EDWARD HOPPER. *Domingo en la Calle Ancha.* En la obra de este pintor se traduce una obsesionante melancolía. En esta gran calle vacía ¡qué soledad tan sola!, como diría el poeta.



GILBERT STUART (1755-1828). *Mrs. Richard Yates*. En el retrato de esta dama prominente encontramos representado el ambiente de simplicidad y severidad protestante de la sociedad norteamericana del siglo XVIII.



RICO LEBRUN. *Clown sentado.* Lebrun, nacido en Italia, de padres italianos, es hoy uno de los más destacados pintores en los Estados Unidos.



BENTON SPRUANCE. *Litografía.* Vemos aquí una muestra del arte inspirado en uno de los más grandes valores de la pintura mexicana, Julio Castellanos, prematuramente desaparecido e injustamente poco recordado.

misma de los Estados Unidos de Norteamérica para abonarlo y condicionarlo a la energía cibernética de laboratorios, factorías, estadísticas y cifras locas.

Alfred H. Barr, Jr., nace en Detroit, en 1903, el mismo año en que muere Gauguin abandonado en Tahití, cuando en Francia, Bourguereau y Horacio Vernet, pintor "representativo", son santos en el altar de los consagrados, y el norteamericano John S. Sargent toma lecciones de Carolus Durand e imita las decadentes elegancias, fin de siglo, de La Gándara. El mal gusto y la mala pintura imperan, y a ningún yanqui le importa Whistler.

Hijo de un ministro protestante, con un tío misionero en Persia donde predica en turco, en armenio, en inglés y en persa, y otro tío profesor de lenguas semitas en la Universidad de Princeton, el joven Barr está predestinado para una misión apostólica. Como en Apollinaire, mucho ha de influir la educación humanista en la activa curiosidad de su inteligencia, pero, al contrario del francés, mantendrá una vida ascética y una disciplina dedicada a un fin principal: arte y literatura.

El severo ambiente clerical del hogar animado por el relato de sus tíos orientalistas, influirá también en su constante voluntad de descubrimiento. Criado en Baltimore, pasa su juventud en New England, estudia en New Jersey y se gradúa en la Universidad de Princeton con una tesis sobre el Templo Griego (1922). En este ensayo ridiculiza las minucias arqueológicas de profesores entretenidos en discutir el número de columnas de un templo.

Poco a poco su madurez intelectual lo lleva a estudiar arte, literatura, paleontología. Buen latinista, además de conocer el arte y la ornitología, se dedica a investigar metódicamente problemas de política, historia, ciencia militar, teatro, cine y matemáticas. Hombre de formación universitaria, nacido en un mundo de máquinas, siente como un deber realizar nuevas adaptaciones del sentimiento estético a la realidad objetiva de su patria. Poseedor de un agudo instinto para auscultar su tiempo, su atención incansable va desde los problemas sociales más serios hasta las más triviales manifestaciones del alma popular. poeta raciocinador, fantástico y disciplinado, espíritu de aventura frenado por temperamento eclesiástico, Barr es, sobre todo, un ejemplo formidable de vendedor en un país de vendedores. Vendedor en el amplio y noble sentido que dan los norteamer-

ricanos a esta palabra. Vendedor de ideas, de iniciativas, de inventos, de sistemas y, si el caso lo requiere, de automóviles o zapatos.

SU vocación definitiva la decide un curso sobre "Arte de la Edad Media", en la Universidad de Princeton, las ilustraciones en las revistas *Vanity Fair* y *Dail*, y su indignada reacción contra los estúpidos juicios de sus compatriotas sobre las obras de arte moderno. Ante la injusticia de estos juicios y ante los despiadados comentarios sobre los grandes pintores impresionistas y postimpresionistas, Barr se propone hacer comprender los méritos del Nuevo Arte y crear para la moderna pintura europea un ambiente propicio en su país. Reanuda así, bajo otros prolegómenos, los esfuerzos infructuosos de Robert Henri, fundador de una Academia Nocturna y del Salón de Independientes en Nueva York (1903).

La indiferencia y la resistencia del ambiente es dura de vencer. De 1925 a 1930, en diferentes diarios y revistas de los Estados Unidos, sólo aparecen cinco artículos sobre arte moderno. El señor William Chase, un discípulo de Leon Bonat, es considerado como "lo más serio" en arte, y entre la pintura máspreciada se encuentra el realismo —por otra parte admirable— de Homer. Se desconoce a tal punto a los maestros europeos, que para el crítico del *Boston Herald*, Cézanne "es un pintor que no ve bien", Van Gogh "un loco que pinta en un manicomio", y Gauguin "hace horrendas caricaturas en nombre del arte".

HAY que reconocer que es dura la cruzada que emprende Barr entre sus conciudadanos. Comienza por señalar los fines, las razones y el lugar que debe ocupar el arte en la vida contemporánea. Combate los cromos importados de Europa y las cursilerías sentimentales de fabricación casera, apropiadas para satisfacer el mal gusto de los magnates de la industria.

El crítico Barr, imitando la actitud apriorística de los poetas europeos, declara la guerra a la mala pintura y toma decidido partido por la nueva sensibilidad. "Confieso —dice— que para mí, el arte de hoy es más interesante y consciente que el arte de la época de Sung o del mismo quattrocento".

Para fundamentar esta declaración, que va contra el sentido histórico y temporal del arte, y asumir con honradez una responsabilidad crítica, se propone ver y estudiar sobre el terreno, en cada campo social propio, las nuevas manifestaciones artísticas.

Fracasadas sus gestiones para conseguir una beca que le permita juzgar la cultura europea contemporánea *in situ*, y preparar su proyectada tesis sobre "La máquina en el arte moderno", realiza el viaje por su cuenta. Recorre Europa en modesto plan de estudiante; observa, escucha, estudia y toma notas en todas las panaceas internacionales. En Alemania advierte el impulso y preponderancia del maquinismo. "Escenario ideal en donde pueden realizarse plena y libremente las fuerzas de nuestra vitalidad organizada, proyectada por nuestra *Ein-fühlung*² a la obra de arte". Raza esencialmente racionalista, no es de admirar que abrace con fervor las nuevas tendencias anticlásicas que significan "el ejercicio de una función anímica absolutamente opuesta, que, lejos de toda afirmación del mundo de los fenómenos, procura formarse una imagen de las cosas que las encumbra muy por encima de la fugacidad y relatividad de lo viviente a una zona de necesidad y abstracción".³ Pero todavía estas teorías las encuentra Barr impregnadas del teatral dramatismo tan del gusto del pueblo alemán.

El famoso grupo norteamericano *Die Bruck*, con los *Neus Künstlervereinigung Munch* (Nueva Unión de Pintores de Munich), desde 1908, ejerce influencia mundial en el arte. Munch, Kirchner, Lovis Corinth, Winter, Nolde y otros, sientan las bases para un arte de "descubrimientos". "Lo que el artista aprende—escribe Nolde—no importa. Sólo aquello que descubre deberá tomarlo en cuenta y constituirá un incentivo para su trabajo. El arte es una cadena de pequeñas invenciones en relación con el material y los colores empleados".

Barr se detiene en Dessau, centro artístico donde se enseña y practica lo más adelantado en pintura, escultura, arquitectura, muebles, tipografía y dibujo industrial. Recorre ciudades, visita museos, templos y palacios. Viaja a Rusia. Al principio en-

² *Proyección sentimental*. Lipps la formula como la "actividad perceptiva general, "pues todo objeto sensible, en cuanto exista para mí, siempre es solamente la resultante de estos componentes: lo perceptible por los sentidos y mi actividad perceptiva. LIPPS, *Estética*.

³ WORRINGER, *Abstracción y naturaleza*. Trad. Fondo de Cultura Económica, México, p. 135.

cuentra interesante la Revolución de Octubre; luego tiene motivos para dudar del estrecho criterio artístico que demuestra. Hombre reflexivo, actúa más por convicción moral e intelectual que por entusiasmos, disgusto o pasión. Anota en su diario (enero de 1928): "Diego Rivera nos llevó a visitar la exposición, pero nos quedamos sin verla porque se clausuró inesperadamente. El mexicano nos explicó las razones: se exhibían retratos de miembros de la oposición, y en una composición del entierro de Lenin figuraban mujeres desnudas".

Sin duda aumenta su desilusión la actitud del gobierno comunista respecto al arte, reflejada en las declaraciones de algunos jefes revolucionarios. "El futurismo—decía Lunacharsky—es la continuación del arte burgués disfrazado con actitudes revolucionarias". Kamenev ataca en tono más altanero y brutal al arte moderno. Ante los Soviets de Moscú declara: "¡Basta de payasadas! El gobierno de soldados, obreros y campesinos debe de suprimir toda ayuda a la escuela cubista y futurista. Esos farsantes no tienen nada de artistas o proletarios. Su arte no es nuestro arte; es el producto de la depravación y de la decadencia burguesa. Nosotros necesitamos un arte verdaderamente proletario, que sea comprendido tanto por los obreros como por los campesinos. Debemos crearlo y lo crearemos".⁴

Barr después de su recorrido tiene que admitir: "El arte contemporáneo es confuso y caótico, pero importante en sí mismo como manifestación de nuestra asombrosa y no muy atractiva civilización".

Y si el arte es una intrincada maraña de nexos entre el artista y la creación plástica representando la vida, y si la vida es "un trabajar, aspirar y realizar interior", si es actividad, quiere decir esfuerzo volitivo "aspirar o querer en movimiento", ¿dónde mejor que en los Estados Unidos podrá producirse un arte de movimiento, vida interior, sentimiento y autoactividad interna?

Por eso vuelve sus esperanzas hacia lo "americano". Con el mismo tono arrogante de Kamenev afirma: "Hay que hacer comprender al pueblo americano que los museos no deben permanecer indiferentes al arte moderno". Con este decidido propósito regresa a los Estados Unidos para organizar exposiciones, dar conferencias, escribir artículos y, por primera vez en la

⁴ Discurso ante los Soviets de Rusia, en abril de 1920.

historia pedagógica del país, dictar en la Universidad de Princeton un curso sobre arte moderno (1925). Además publica libros sobre Picasso,⁵ Matisse y otros artistas. En otro ensayo plantea una definición: "¿Qué es la pintura moderna?"⁶ En la introducción, modestamente escribe: "Este folleto está escrito para gentes con poca experiencia para juzgar cuadros, especialmente los cuadros modernos, que a veces se consideran enigmáticos, difíciles, incompetentes o locos. Está destinado a destruir los prejuicios, la indiferencia y despertar un interés que haga surgir un mejor entendimiento y cariño hacia las pinturas más atrevidas de nuestros días". Detiene al lector ante la misteriosa interrogante del título: *¿Qué es la pintura moderna?* "No es fácil explicarlo con palabras, ya que los cuadros están hechos de formas y colores. Lo mejor que puedo hacer con palabras es darles alguna información, señalar ciertos puntos que pueden haber pasado desapercibidos..." "Y si no les gusta la pintura moderna, pocas razones bastarán para hacerles mudar de parecer".

Decidido a lograr su propósito, está dispuesto a jugarse su reputación de vendedor y comprometer sus dotes de poeta. Y, hay que reconocerlo, la mayor parte de las veces sale triunfante porque se encuentra en el camino de la verdad cuando prueba que el arte del pasado nunca ha sido más original que el "moderno", y que todas las manifestaciones artísticas dependen de alteraciones del gusto a base de copias de lo antiguo. Barr demostrará a sus compatriotas que del eclecticismo de las teorías puede surgir un arte nuevo, sin ataduras demasiado visibles con el arte antiguo.

Para sacar triunfantes sus convicciones deja de lado las timideces demostrativas y lanza a la apreciación de sus compatriotas elucubraciones de una erudición comparativista desconcertante.

Últimamente se exhibió en el Museo de Arte Moderno una "creación" compuesta con trozos de leños, típico ejemplo de arte ultravanguardista. Formaba parte de una exposición llamada Quince Americanos. El armatoste ocupaba una sala entera y, desde su título, transcendía lo esotérico y remoto.

⁵ BARR ALFRED H. Jr., *Picasso, Forty Years of his Art*. New York, 1939.

⁶ BARR ALFRED H. Jr., *What is Modern Painting?*, New York, 1934.

"*Galaxi* '¿Galaxi?' Sí. *Galaxi*—afirma Barr— es arquitectura para los que acostumbran mirar al cielo embobados. Su trazo es una cruz que levanta los brazos atónitos. Su eje se inclina precipitándose al punto infinito como la falsa perspectiva de Borromine en el Palazzo Spada; sus cuatro cariátides son la espina de un delfín, un hipocampo, una muela de langosta y un ictiosauro acariciado por un *boomerang*. Sus dinteles son madera flotante y aletas de sollo.

"*Galaxi* es una cama de cuatro postes donde tienen sitio eterno Simbad, Jonás, Crusoe y A'Hab. De espaldas uno a otro, relatan en voz baja, muy despacio, historias para crédulos oídos.

"*Galaxi* es una pérgola hecha de Jetsan, donde los refugiados del compás y de la regla pueden tranquilamente poner a secar sus redes.

"*Galaxi* es una balsa flotante donde el sentido común morirá de sed vigilado por el esqueleto de los cuatro vientos.

"*Galaxi* es una conspiración para desacreditar a los Cadillacs.

"*Galaxi* es la tumba de la supersabiduría, el gazebo supremo de la antitecnológicaidad".

A primera vista esta arrogancia enciclopédica envuelta en imágenes orientales parece la única capaz de dar sentido a la audacia artística; sin embargo, la exageración convierte el retoricismo efervescente en atractivo poema, parodia genial, adaptable a la sensibilidad del erudito moderno... y a la perplejidad del ignorante moderno. El literato se propone, y lo consigue, imponer la obra a la atención, y hasta la admiración del público, en este caso Mr. Nelson Rockefeller quien termina por comprar el enigmático poema plástico por miles de dólares.

Pero no se trata sólo de vender en términos comerciales. Se trata de demostrar que esta forma de arte corresponde al sentido de la vida contemporánea. "El arte moderno—dice Barr— es un término relativo y progresivo, aplicable a la pintura, la escultura y otras artes menos visuales. Se produce especialmente en las últimas décadas, pero incluye también a los iniciadores del siglo XIX" (*pioneer ancestors*). Aquellos iniciadores que nada tenían de autóctonos, como el honorable Ben-

jamin West, como los retratistas Rembrandt Peale y Samuel Morse y otros que vivieron respirando el romanticismo de Delacroix, de Chasserieu y de la Escuela de Barbizon.

Ante estos iniciadores y guías que señalan los derroteros del arte americano se detiene Alfred Barr para escoger los factores que considera genuinos y plantear su propia ecuación del "arte americano" con sus dos incógnitas: "original" y "progresivo".

El poeta admite sus dudas, y nosotros compartimos su peplejidad, ante el alcance de estos términos en las creaciones europeas. ¿Son originales, en cuanto al contenido, las creaciones de los *fauves*, el esquema decorativo de Matisse, los efectos de *vitrail* de Rouault, el *Guernica* de Picasso? ¿No se trata más bien de "adaptaciones", de modalidades de visión; de actualización de antiguas fórmulas, de cierta audacia técnica en el empleo de nuevos materiales plásticos como la caseína y el duco? ¿Originalidad en las crucifixiones? ¿En el lodo y la sangre de los calvarios? Sin embargo, en la historia de la Crucifixión podemos encontrar, palpar, la repetida historia de la representación del sufrimiento humano: en los retorcidos Cristos del Medioevo y los hieráticos de Bizancio, en los trágicos y musculosos de Durero, en los tenebrosos de Grünewald, en los caminos del Calvario de Morales, en los hercúleos de las festivas crucifixiones flamencas. Hasta los modernos; hasta la admirable Crucifixión del norteamericano Rico Lebrun, estructura técnica donde las bestias y los hombres sufren con el peso dramático de la transformación científica en movimiento que es desgarrar; en seres brotados de elementos naturales transformados en operaciones aritméticas y coolcados en los espacios matemáticos abiertos por la civilización mecanizada.

¿Es original el patetismo y destroz de *Guernica*? Ahí están las miniaturas de la Abadía de Saint Severe del siglo XI, con su asombro parecido en inspiración, composición y dibujo con el cuadro de Picasso. ¿O son los mismos Cuatro Jinetes copiados de los imagineros de Mont Tabor que cabalgan por el mundo con otras vestimentas y otras armas? Los más exaltados exégetas no pueden negarlo. Ni desmentirlo los poetas más espirituales como Juan Larrea que ante *Guernica* asegura: "Con esta pintura estamos lejos del sentido de la belleza concebido por el mundo de Platón y San Agustín... El rey

filósofo ignoraba la inmanencia de la Imaginación Creativa y sus órganos naturales de expresión".⁷

Pero los artistas de aquellos tiempos también trabajaban como los de hoy y, como los de hoy, dependían de tres factores innegables: espacio, tiempo y casualidad. De problemas de movimiento, luz y sombra, con el mismo afán por conquistar cada vez mayor movimiento, mayor luz y mayor sombra para llegar (ambición contemporánea), a producir la chispa que corresponda a la actual locura colectiva de la velocidad; como la máquina, y en combate desigual contra la máquina. En eso estamos con el Sr. Barr, y no podemos negarlo. El aeroplano, el automóvil, los útiles mecánicos, la arquitectura funcional ya tienen prestancia artística. "En verdad no se puede definir el arte moderno señalándole un grado de finalidad ni en el tiempo ni en el carácter". Mejor dicho, el arte moderno no tiene finalidad puramente estética, a no ser la de renovar la visión de acuerdo con las alteraciones y cambios que sufre la psicología del hombre moderno. Para esta completa renovación hay un obstáculo: la tradición. Hay que romper con ella. ¡Guerra a lo tradicional! Es el grito de lucha lanzado antes de la Primera Guerra Mundial por Apollinaire, Breton, Marinetti y otros poetas desde el "Lapin Agil" y "Deux Magots"; el eco repercute en todos los rincones del orbe y Barr lo recoge en el acústico concreto de los rascacielos de Manhattan para volverlo a lanzar en los ámbitos de su país con más rico sonido metálico y, quizás, con contenido más auténtico, con verdades sustanciales, de acuerdo con la época, el material, la ciencia, lo funcional, lo innegable y desesperadamente útil. Belleza antitradicional, fugaz, cambiante, perecedera, transitoria; como la fotografía, el "collage", las máquinas de sumar, las "registradoras", las tostadoras eléctricas, los automóviles y los edificios hechos de vidrio, aluminio, hierro y otros materiales delzables; arquitectura descrita en un libro publicado por el museo que describe una casa dibujada por Mier Van der Rohe, como "una cantidad de aire atrapada entre un suelo y un techo". Arte que busca y clama por una denominación que, estoy seguro, el señor Barr se empeña por encontrar; algo que corresponda al estilo del edificio del Museo de Arte Moderno de Nueva York, que por ahora se llama "Estilo Internacional".

⁷ LARREA JUAN, *Guernica*. Introduction by Alfred Barr, Curt Valentin, Pub., New York, 1947.

LA gran oportunidad para realizar su ambición se la ofrece a Barr este Museo nacido de su iniciativa y llevado a cabo gracias a la generosa ayuda de un grupo de damas acaudaladas. Ninguno mejor que Barr, por sus vastos conocimientos de arte moderno, para organizar y poner en pie este nuevo tipo de museo cuya misión es preparar, seleccionar, supervisar la "calidad" de la materia estética antes de ser enviada a este laboratorio del gusto universal, encargado de "distinguir entre lo superior y lo mediocre". Este Museo "nuevo", con sistemas y métodos hasta ayer desconocidos; Museo de carácter "funcional".

Para realizar tan orgulloso proyecto Mr. Barr pone en movimiento su gran capacidad de crítico, sus increíbles dotes de organizador y su imaginación de poeta. Durante veinticinco años libra descomunal batalla contra lo establecido, lo tradicional y lo sentimental, en nombre de la voluntad artística presente.

Respaldo por hombres acaudalados, por un directorio con personalidades de tan sólidas cifras en Wall Street como John Hay Whitney, Armistead M. Burden, nieto de un Vanderbilt, Goodyear "The Collector", Ford, los Rockefeller (Nelson, David, Mrs. John D. III, y Mr. John D. Jr.) Guggenheim y otros que, hay que confesarlo, representa también un nuevo tipo de millonarios, muy diferente del mezquino y egoísta acumulador europeo, Barr se convierte en un nuevo Anteo que toca el oro para vigorizar su transformación. Gracias a donaciones el Museo mantiene escuelas de arte, casa editora, escuela de arquitectura, fotografía, dibujo industrial; al lado de esto, bibliotecas, comedores, gimnasio, etc. Estos departamentos como sus directores, realizan una extensa labor cultural. Con un presupuesto de un millón de dólares al año, manejado por 185 empleados, críticos y profesionales de la categoría de René d'Harnoncourt, director, y Wallace K. Harrison, proyectista del edificio de las Naciones Unidas, el personal viaja, recorre ciudades, da clases y conferencias mientras las obras de arte suben a las galerías y bajan a los sótanos, como lanzaderas, cumpliendo en cada viaje una misión estética.

Las excepcionales cualidades de inteligencia —en este caso me atrevo a decir, las geniales cualidades— de Mr. Barr le permiten bien pronto ver levantado el imponente edificio de

concreto y hierro en el centro mismo de la ciudad. Rectilínea geometría de verticales estriadas de aluminio emarcando ventanas marcadas con rutilantes guillotinas ortogonales al gusto de monsieur Le Corbousier. En el interior maderas barnizadas y material "plástico". Decoración sintética de vidrio sobre vidrio reflejándose sobre pisos de granito immaculado. Ascensores de metal bruñido. Silencio opaco como en antecámaras de hospital. Galerías reducidas que se desdoblán en perspectiva de polípticos, "Clara y airada atmósfera, con obras de arte que son cura maravillosa para la mente cansada y como primavera para aquellas personas forzadas a vivir la incolora rutina de la vida".⁸

En cada uno de sus ocho pisos están a sus anchas, cómodamente prendidos en las paredes, cuadros y dibujos. Cada mes, cada semana se realizan las más inesperadas exposiciones: juguetes rusos, viejos automóviles, útil: de cocina. Desde un mondador de papas a un vaso incaico. En los rincones esculturas de toda laya. Lo bueno y lo malo, lo real y lo abstracto, lo pueril y lo neocadémico. Todo bajo la teológica dictadura de la Escuela de París.

Desde las escaleras columbramos las eminencias imprescindibles del arte contemporáneo, los conocidos y consagrados: el "Aduanero" Rousseau, Chagall, Soutine, Klee, Cézanne, Van Gogh, Gauguin, Matisse, Dufy, Rouault, Picasso Mondrian. . . El más joven de los museos de Estados Unidos—el número ciento treinta y uno—cuenta en sus galerías y sótanos cerca de mil cuadros de los pintores de vanguardia de Estados Unidos y del mundo entero. Cada uno con obras señeras: *La noche estrellada* de Van Gogh; *El tío Dominique* de Cézanne; la *Bañista* de Matisse; *La Rue de Crimée* de Utrillo, *Las señoritas de Aviñón*, el *Retrato* de Gertrude Stein y *Guernica* de Picasso. También hay una sala—o dos—dedicadas a pintores centro y sudamericanos. El brasileño Portinari; el muy mexicano Orozco, el muy ecléctico Diego Rivera y el revolucionario talento de Alfaro Siqueiros. Los cubanos son los más numerosos. Entre ellos el exquisito y supersensible Wilfredo Lam al lado del raciocinador Felipe Orlando y otros buenos pintores que pasan desapercibidos en su propia tierra: Carlos Fernández, Jorge Arche, Emilio Sánchez, Mario Carreño. Entre los sudamericanos el venezolano Poleo y el caso de interesante abstraccio-

⁸ En una revista de arte de Tokio. Reproducido del Catálogo.

nismo del uruguayo Torres García que opaca la proyección sentimental de los formidables pintores ecuatorianos.

El Museo cumple así su programa de "Poner al alcance de todos la obra significativa de un genio, de un estilo, de una civilización". "El primer objetivo de esta institución—dicen sus estatutos—es ayudar a cada uno a comprender, amar y utilizar las artes plásticas de nuestro tiempo". Por eso, todo lo que pueda ayudar al estudio del arte contemporáneo y sus aplicaciones en cada una de las ramas de la actividad humana encuentra lugar en sus múltiples departamentos.

Aunque las obras principales del Museo de Arte Moderno han nacido, se han creado e importado de París, como los bebés de antaño, encuentran meritoria compañía en las nacidas en los menos tradicionales hogares artísticos de Norteamérica que ya pueden mostrar con orgullo el deseado "sello original".

EL arte norteamericano, como ningún otro—aún más que el alemán—ha alcanzado la identificación con lo "moderno" de acuerdo con el mundo industrial, y materialista en que viven sus artistas. Fuera de los pintores de principios del siglo XX, representantes de "sectores" románticos o realistas en el arte figural, o la voluntad de algunos artistas de representar particularidades específicas del país como los que hemos mencionado, la mayor parte se empeña en la nueva expresión del mundo abstracto. Pintores doctrinarios que ven en la geometría, en las matemáticas, en el problema del movimiento, los elementos esenciales de la pintura moderna; sin miramiento alguno por los "pasadistas" fundadores y cultivadores de la *American School*, de los artistas "ainglesados" como John S. Sargent y James Whistler, del mismo Whistler que llegó a sentar a su venerable madre en el Museo del Louvre.

Por más detestables que resulten las estadísticas, en lo que se refiere al arte, no podemos dejar de anotar datos sobre la impresionante calidad de los cuadros adquiridos por el Museo. Estas compras también nos ilustran sobre la triste historia del arte en la era comercial y el constante sacrificio de los artistas en una sociedad egoísta e indiferente. Vemos la obra maestra como un sudario, sucesivamente, por manos cada vez más gordas. El cuadro *La Grande Jatte* de Seurat, vendido el año de su muerte (1891), en doscientos dólares, es comprado en 1926

por el "Art Institute" de Chicago por veinticinco mil, que rechaza cinco años más tarde una oferta de cuatrocientos mil. ¡Los Van Gogh vendidos en 1920 por quinientos dólares, y los dibujos de Picasso, en doce, sin encontrar comprador! . . .

Estas cifras convincentes son capaces de despertar interés por el arte a los más recalcitrantes y metálicos oídos. "La cuestión del aumento de valor en la pintura moderna es muy importante. Especialmente si usted—como vendedor— se acerca al escritor de un hombre de negocios, a quien nada le importa el arte; en cambio, ante la posibilidad de un aumento de valor de doscientos mil por ciento, modifica su opinión" (Barr). En el Museo estas obras, además de crear este interés con interés por ciento, se encarga de dar cierta alcurnia estética a la mecánica industrial de nuestros días. Automóviles, "hueca escultura rodante"; cortadores de queso "de ruda pero noble belleza" (Catálogo), bombas de gasolina, batidoras eléctricas, "de línea aerodinámica. . ." alternan en el mismo edificio con los Cézanne, los Gris, los Chagall, los Miró, los Utrillo, los Dufy, y otros soportes inmovibles del arte contemporáneo.

"Una de las características de este arte moderno es su 'intransigencia' y su 'plausibilidad' . . . "Tiene una razón para todo", hasta su sinrazón es prueba de su razón. Todo pintor que se llame moderno, en virtud de este título se convierte en hombre libre. Su libertad es consecuencia de un acentuado subjetivismo. Pero ese amor a la libertad fundado en el viejo racionalismo del arqueólogo—más que crítico— Salomón Reinach, esa libertad que proclamaron los impresionistas rebelándose contra la Academia para caer de rodillas ante la naturaleza, la proclaman ahora los "modernos" liberándose del objeto para quedar aprisionados por el movimiento y la máquina. Realizan lo mismo que han realizado todos los artistas en los diferentes períodos de la historia: romper con la costumbre; y ya es bastante. Vencer la tiranía que "vemos violentar siempre las leyes de nuestra naturaleza" (Montaigne). Destruir esa fuerza del hábito que detiene muchas veces el proceso natural en las manifestaciones de la vida del hombre.

La costumbre se encuentra definitivamente vencida en este museo que describe el poeta Wallace Stevens como un "laboratorio estético" donde en sucesión vertiginosa se van marcando "ismos" cada vez más inesperados y sorprendentes. Parten del cubismo, del fauvismo, del constructivismo y otros "ismos" caducados. Como cuchillos escarban la mente del hom-

bre, loca de tanta angustia, de tanta velocidad y de tantos ruidos: Realismo, realismo mágico —más alto aún— suprarrealismo, misticismo nuclear (Dalí), merzismo (elementos extraídos del cesto de papeles), subjetivismo, intra-subjetivismo, orfismo, purismo, vorticismismo, rayonismo, sincronismo, biomorfismo, neoplasticismo, objetivismo, contra-objetivismo. Ismos como para sentarse a llorar ante la *Pieta*. ¡Señor! ¡Señor! Aleja de mí este estético revolisco de acción, las exposiciones, los comités, los *cocktail parties*, el *mass production*, los niños prodigios y los poetas que se entusiasman tan fácilmente. Señor dame un reclinatorio, por duro e incómodo que sea, para contemplar una imagen del Giotto o un cuadro como la *Cena de Emaús* para que Jesús con sus alargados dedos me ofrezca el pan y la quietud en algún cálido rincón de una taberna.

Pero nadie responderá a nuestros ruegos. Es así. Nos sobrepasa el tiempo. "Desde que el arte moderno es tan complejo —declara Mr. Barr— actuará más rápido que la ciencia moderna".

Una que otra pregunta sensata nos da pocas esperanzas. Miss Morgan aventura tímidamente: "¿No sería prudente ofrecer la sustancia artística a más largos intervalos?". Esto lo resolverá nuestra propia época; nuestro tiempo atómico. Lo podemos columbrar en los aspectos de nuestra vida, más aún que en el Museo y que en el libro del Sr. Barr. Como él dice: "El arte moderno no necesita ser explicado, como no necesita explicación la belleza". La responsabilidad de "lo que es y lo que no es" le incumbe al crítico. No a un crítico erudito del tipo de Mr. Ruskin. "Este mundo visible en que nos hallamos, es obra de Maya, un hechizo provocado, una apariencia sin realidad, comparable a la ilusión óptica y al sueño, un velo que envuelve a la conciencia humana; falso a la par que verdadero".⁹ El juicio veraz sobre esta apariencia sin "realidad" incumbe a los pintores y poetas del calibre de Baudelaire o de Barr.

¿Cuál es el arte que representará al fin el pensamiento de las grandes naciones industriales como los Estados Unidos de Norteamérica? Es difícil encontrar una respuesta. La palabra la tiene el sabio, el filósofo, el ingeniero, el literato, el químico. . . y, después de ellos, el crítico de arte, un crítico que sin entusiasmos, sin literatura ni apasionamiento, nos diga fría-

⁹ SCHOPENHAUER, *Crítica de la filosofía kantiana*, Cit. por Woringer en *Abstracción y naturaleza*, p. 33.

mente lo que hay de sincero en el muestrario estético de nuestra época, cerrando los ojos ante la grandiosidad del océano, o la majestad solemne de la montaña; cerrando los oídos a zalameros arroyuelos corriendo entre arboledas de ensueño, sin añoranza o melancolía, sin *parti pris* por el arte formal o geométrico, por Apolo o Dionisos, por lo clásico o lo romántico, por la regla o la naturaleza. Un crítico con experiencia estética y sensibilidad atenta para saber qué es lo verdaderamente "representativo", grande y bello en el arte contemporáneo norteamericano. Un crítico comprensivo y conocedor, en lo posible, de este mundo moderno hecho para la "actividad agonística" del super *Yang* (Toynbee). Caos metafísico donde el hombre libra batalla movido por su inconformidad. Ansiando renovar cada día expresiones de formas, de movimiento y de color dentro de una nueva "realidad", de un ritmo que abarque por igual a naciones y hemisferios en un "nuevo orden" impersonal cuyo nombre está aún por descubrirse en algún laboratorio con centinelas de vista.

EL SHUSHUPE TAMBIÉN BLANQUEA EL CABELLO...

Por F. LEÓN DE VIVERO

CÉSAR Enrique Ruiz luce gallardo sus veinte años mozos. Fuerte, alto, moreno, de pelo ondoso y negral, ojos oscuros y crespas pestañas, ama la selva con púbera pasión. En ella se curtió, aprendió sus misterios y conoció sus hechizos. La selva lo hizo hombre, moldeó su carácter, le confirió personalidad.

Nació en Iquitos, capital del departamento de Loreto, un día de 1906. Dos de sus abuelos ayudaron a levantar la ciudad sobre la orilla derecha del río Amazonas que descubriera en hambre de caminos y gana de oro el teniente de Gonzalo Pizarro, Francisco de Orellana.

Ruiz—al lado del padre—recorrió el río-mar, navegó sus afluentes, escudriñó el denso corazón de la jungla. En canoas, balsas, lanchas, surcó el Putumayo, el Caquetá, el Yurúa, Madre de Dios, Marañón, Napo, Huallaga. . . Pasó de un río a otro y de la Selva Baja a la Alta. Sendereó. Abrió trochas rectas y vías lemniscatas. Se acercó a la muerte. Sorteó, desafió y venció peligros. Salió invicto siempre de los riesgos que ofrece la vesánica lujuria de una fauna y flora aún vírgenes. Vio de cerca a los salvajes. Comerció con ellos. Presenció exóticas ceremonias religiosas y ritos extravagantes y esotéricos. Vivió entre los jíbaros. Pasmóse de su arte maravilloso en la reducción de cabezas humanas. Sintió el silbido ululante de las flechas caladas de curare. Bebió ayahuasca y, en alas de la fantasía, peregrinó por tierras ignotas de Paititi, donde el oro corre como agua y las mujeres abrazan como lianas. Anémico, insensible, depauperado, probó el látex del Hoju. Recuperó fuerzas y energías.

Cazó caimanes, tumbó tortugas, mató otorongos, atrapó raros y bellos tunquis por cañones y pongos, persiguió somnolientas serpientes en las corolas de las jatunsisas. En lagos y remansos arponeó paiches con destreza impar. Audaz y teme-

rario anduvo en cochas traicioneras con el primo Pedro. Y en tanto éste enfocaba al caimán su linterna eléctrica, aquél, listo y certero partíale la cabeza de un tajo. La menor falla—bien lo advirtió muchas veces— significaba volcadura de la canoa y la muerte inevitable en las fauces del saurio.

En pos de aventuras y derrochando espíritu deportivo apuesta coger en plena cocha de Zapote una anguila eléctrica. Ésta de color pardo negruzco mide dos metros y medio. No le importa. . . Es un ejemplar que seduce. Quiere jugar un albur. . . La anguila eléctrica fisga los huayos de palma. Luego, rodea ladina a la planta, se arrima y pega firme descargándole poderosa corriente eléctrica. . . Son quinientos voltios. Puede paralizar al hombre o sacrificar un caballo. Los frutos caen y ruedan. Voraz échase a ellos. Mientras tanto, Ruiz, pian, piano, se aproxima al pez fisóstomo y lo mata a machetazos.

EL sorpresivo deceso de su padre deja a la madre y hermanos menores en desamparo económico. César Enrique—el primogénito—, fiel a la vieja tradición peruana, debe subvenir a las necesidades de la familia indigente. Hombre sin fisuras no titubea un segundo. Su pasta no es de ciudad poltrona. Huele a selva. En aquélla no le sería grato el trabajo. Su mundo está más allá. . ., en el verde de la jungla que se torna azul y forja un horizonte—opuesto al del mar— cóncavo y ascendente.

Ruiz acude de aquí para allá. No descansa. Demanda trabajo. Busca ocupación. Arrostra desaires, decepciones, negativas. Sufre cuando le cierran las puertas, pero no se desalienta. Las empresas poseen sus propias organizaciones. No hay vacantes. No es posible improvisar actividades y negocios, menos responder al llamado angustiante y opresor. Réstale tocar las aldabas de una flamante razón social. Visita al gerente. Éste se interesa en el hombre. Ruiz lo impresiona y le despierta buen presentimiento. El gerente es de "palpitos". . . Precisamente, desea establecer una nueva línea: exportación de caoba. Departen. Pesan el pro y el contra. Discuten y convienen en las cláusulas del contrato. Adelántanle dinero y facilitan crédito. El directorio de la sociedad pacta entregar mes a mes trescientos soles a doña Rosa Mercedes, la madre de César Enrique. El hijo asegura así el pan de los suyos. Ahora

sí, duplica ánimos y energías. Está libre de preocupaciones y pesadillas crematísticas.

Minucioso, arma y prepara la expedición. Responsable, vigila el bastimento y atiende demás pormenores. Él y los subalternos permanecerán varios meses en plena selva. La empresa, cada noventa días, los abastecerá. Por ahí no tendrá dificultades ni desasosiegos.

En canoas y balsas parten al río Tapiche, a los altos de la Selva Baja, terraza intermedia entre los Filos y las Restingas. Marchan tras las caobas.

En las márgenes de los grandes ríos la disminución del águano sorpréndelos y aterra. La tala brutal apenas dejó uno que otro, delgados, de nulo valor comercial en el presente. Dentro de 18 años alcanzarán desarrollo y cotización. La utilidad y precio de la caoba depende de su diámetro. Y el diámetro es problema de tiempo. Los celosos madereros respetan la fórmula sagrada del árbol: años, diámetro, precio.

A 15 kilómetros de la ribera occidental del río Tapiche acampan. La tarea consecutiva impone franquear un claro en el bosque. Devastar, desbrozar y mondar. A fuego destruyen árboles, plantas saprófitas, heterotropas, matapalos y hierbas. Las fieras, animales y bichos huyen miedosos y veloces. El suelo queda limpio. En apuro hunden estacas y levantan moradas provisionales que techan de yarinás. Encomiendan a diligentes baquianos marcar las caobas. Exploran el paraje y eligen árboles de dos metros de ancho por treinta de altura. Son los más valiosos, pues, de ellos obtienen hasta cuatro brozas de dieciocho a veintitrés pies. En seguida cortan los troncos, separan las copas y hacinan las ramas. Posteriormente, proceden a despejar y ampliar la trocha del campamento al caño. A lo largo de ella rolan las trozas. Ruiz ordena habilitar el cauce hasta su desembocadura en el río. La creciente arrastrará las trozas, único medio de que no se atasquen entre los árboles, raíces y malezas.

EN la noche la gente duerme profundamente. Se sumerge en onírico estado. Emula a los lirones. La fatiga muscular sujeta y vence. El trabajo duro agota y agobia bajo el sol implacable y la humedad que estruja, impaciente y laxa. Piérdese el sentido del contorno, del espacio, del límite. El selvático

no siente la noche del bosque que se puebla de ruidos y sonidos. ¡Qué sinfonía! Es indescriptible. Sinfonía de creación, de parto, de palingenesia, de gestación heroica. La jungla evoca los primeros días del génesis: el caos, el desorden, la vorágine en busca de forma, de línea, de orden. El Creador se cansó en su obra del Amazonas. La estructuró, sin duda, en momentos de lasitud y a reserva de componerla, rectificarla, remodelarla.

El sueño de los compañeros de Ruiz parece magnético. El estrépito nocturno —vía láctea de gritos, sonos y ruidos que pueblan la mente, integran el ser y adentran en la conciencia— no interrumpe la hipnosis. Semejan árboles en reposo, troncos letárgicos. Es el foráneo el que no concilia el sueño, el que se desvela y enferma de rumores nemorosos. Al cabo escapa o se habitúa. En este caso "lo ganó la selva". Más tarde, en centros civilizados en la siembra de la avena loca por el mundo, los remembrará. Jamás se borran del espíritu. Anclan y agarfian.

César Enrique Ruiz duerme también a pierna suelta. Negligente, impróvido o extenuado, tendióse en el suelo, cerca del fogón. A pocos metros de él cuelga la hamaca que mece la brisa. Tampoco él siente. Cualquiera diría al contemplarlo que evadió la existencia. Si no fuera por la leve respiración y el calor del cuerpo anunciarían su muerte. A las cuatro de la mañana despierta. Abre los ojos exploradores y mira. El espanto lo acuchilla y préndese de la carne y el alma. Más de ésta que de aquélla. No pestañea. No debe pestañear. . . Le va la vida en ello. . . Descubre, agónico de tormentos, enrollado en su cuerpo robusto, a la víbora más venenosa del Amazonas: el shushupe, cuya ponzoña es activísima y mortal. El shushupe mensura tres metros. De color bronceo con dibujos romboidales y tinte marrón, recuesta la tosca cabeza de gato adulto en el medroso e inmóvil pecho de Ruiz. Abundante en las purmas, escasea en el monte virgen. Gusta los campamentos por el abrigo de los braseros. Con la cola suele arrojar los rescoldos para guarecerse en las cenizas tibias.

Ruiz no tiembla por fuera. El terror, el frío del miedo apuñalan adentro, muy adentro en las vísceras. Su vida pende de un hilo. El menor estremecimiento, un leve cambio en la postura, llamaría a la muerte. La serpiente despertaría y moriría vengativa. Ruiz sigue quieto, suspenso, cadavérico. Como en el tronco del árbol la vida bulle en su interior. La serpiente continúa adormilada. Transcurre una hora. . . Es un siglo. . .

Y otra hora. . . Desmadéjase el shushupe y clava los ojillos arteros en el rostro monolítico de Ruiz. Este reconócese de piedra. Es el hombre que hace de mineral. Tenso domina el remolino de células y nervios. . . La víbora acecha el bosque, desenrolla su largo cuerpo y lenta, despabilada, delezna a la espesura.

Ruiz, libre e impelido por resorte oculto da un salto. Todavía el nudo del pánico aprieta dura la garganta. Cree en su destino y cree en Dios. Avanza tranquilo, silencioso hacia los trabajadores. Éstos acaban de levantarse. Absortos, atónitos, contemplan la repentina mutación de las crenchas. Las gudejas negras de matiz chivillo han tornádose blancas como la cabellera de María Antonieta en las prisiones de la Conserjería de París. El hombre de la selva —bravo entre los bravos— con la fuerte serenidad del tancredo o la santa paciencia del presidiario salvó su vida.

CARTA DE PARÍS

AÚN no sabemos si se trata de una gran novela o de una gran novelista, pero algo es cierto: por primera vez desde hace diez años más o menos todo el mundo está de acuerdo para proclamar que una obra novelesca "Bonjour Tristesse" de Françoise Sagan, es admirable.

Pero antes de hablar de este acontecimiento veamos por qué precisamente se trata de un acontecimiento. La literatura novelesca francesa entre las dos guerras había sido muy brillante. Al terminar la Primera Guerra Mundial alcanzaron fama universal dos autores de importancia descomunal que, bien es verdad, eran conocidos ya dentro de círculos más o menos reducidos: Marcel Proust y André Gide.

Durante los veinticinco años que siguieron, la producción francesa se mantuvo en un nivel muy elevado merced a diversos autores de varias tendencias y de importancia desigual pero siempre de mucho interés, como por ejemplo Mauriac, Giraudoux, Duhamel, Maurois, Montherlant, Jules Romains, etc. Merecen una mención particular Roger Martin du Gard, premio Nobel, y dos autores que marcaron profundamente la sensibilidad de la anteguerra: Malraux y Céline en direcciones a veces opuestas pero muy significantes. Al lado de estos grandes nombres hay que apuntar el de Jouhandau que sigue escribiendo ahora, el de Cocteau que es más poeta que novelista, etc.

Estalla la guerra. Durante algunos años Sartre y Camus van a dominar completamente la situación. Es inútil insistir sobre la influencia casi increíble de estos dos hombres sobre la conciencia de la juventud en los años 45. Después, se produce una desnivelación súbita. Pero como esta esquematización es, como todo panorama rápidamente esbozado, inexacto en los detalles aunque refleje sin embargo una gran parte de verdad, vamos a tratar de precisar algunos perfiles.

Los últimos diez años se caracterizan, en cuanto a lo novelesco por mucha brillantez y una falta total de genialidad. Es decir que, en un mundillo literario demasiado culto, demasiado inteligente, repleto de maestros, salen cada año decenas de muy buenas novelas. Probablemente más que en ninguna otra parte del mundo. Ninguna de estas novelas tiene la importancia, pongamos por ejemplo, de un Faulkner o de un Hemingway, y esto a pesar de que, sin duda alguna, la novela francesa, en su conjunto, está mil veces por encima de la novela norteamericana, tomada también en su conjunto.

Cada año se presentan para los premios literarios una serie de obras de buena calidad y vamos a pasar revista a las que los jurados hubieron de leer a finales de 1953.

Primero, ¿qué son estos premios? Existen cuatro recompensas principales que se distribuyen en el mes de diciembre de cada año: los premios Femina, Goncourt, Renaudot e Interallié. También habría que mencionar los premios de la Academia, el premio Feneon, el de los Lectores, el de los Críticos y muchos más, pero nos limitaremos a los cuatro grandes, sin dejar de notar de paso que, por regla general esta multitud de premios siempre recae sobre buenas novelas, lo que demuestra una vez más la alta calidad del conjunto.

El premio más famoso es el *Goncourt*. Representa una cantidad metálica insignificante, 5,000 francos, pero es un hecho comprobado que el laureado vende en los pocos meses del invierno siguiente más de 100,000 ejemplares, lo que representa para él 5 millones de francos más o menos. El premio ha sido creado por los famosos novelistas realistas de fines del XIX, los hermanos Goncourt, que instituyeron una academia de diez escritores para atribuir la cantidad mencionada—entonces representaba todo un caudal—a un joven escritor para permitirle dedicarse holgadamente a su obra sin preocupaciones materiales. Entre los miembros del jurado se encuentran siempre algunos de los escritores más afamados como ahora Colette, Queneau, etc. . .

Si el Goncourt es el premio más célebre y más antiguo, el *Renaudot* es el galardón que quizá más envidien los novelistas. La historia del *Renaudot*, creado en 1926 es muy original. En efecto, el *Renaudot* no existe... oficialmente. Empezó siendo una farsa. El año de su creación, el jurado del *Goncourt* no acababa de ponerse de acuerdo. Los periodistas, en otra sala se cansaban de esperar, cuando uno de ellos tuvo la idea de ocupar el tiempo atribuyendo, ellos también un premio. Lo llamaron *Théophraste Renaudot*, por lo divertido del nombre y porque así se llamaba el primer periodista del mundo, el inventor de la gaceta, en el siglo XVII. Como eran periodistas y tenían a mano, por definición, todos los medios de publicidad, cuando se anunció por fin el resultado de la deliberación del jurado Goncourt, ellos también anunciaron, en broma el nombre del autor que habían elegido mientras tanto. De ahí nació una costumbre que ha dado excelentes resultados, ya que si el *Renaudot* sigue siendo un premio "fantasma" sin recompensa efectiva, los lectores han notado que muchas veces este premio oficioso recompensaba obras mejores que las premiadas por el *Goncourt*. La venta del libro *Renaudot* proporciona también a su autor ingresos casi tan importantes como la venta del libro *Goncourt*.

El premio *Femina* tiene esto de particular: que el jurado está com-

puesto exclusivamente por mujeres. En cuanto al *Interallié* recae sistemáticamente sobre un periodista.

Hoy, estos cuatro jurados se han especializado un poco, a la fuerza ya que los gustos de los componentes no varían rápidamente. El *Femina* se atribuye siempre a novelas susceptibles de gustar al público femenino. Debe ser algo sentimental, quizá ligeramente cursi; lo compra la masa de las mujeres ociosas, las modistillas y las secretarias. El *Goncourt* debe obedecer a las reglas académicas de la novela; en cuanto al *Renaudot* los galardonados suelen haber demostrado, por lo general, alguna originalidad y ser bastante brillantes.

Todo esto naturalmente no deja de ser aproximativo pero el público sabe reconocer por ejemplo, al leer una novela, si el autor la ha escrito pensando en el *Goncourt*, en el *Renaudot* o en el *Femina*... o sin buscar premio alguno.

Hace tres años ocurrió sin embargo que la elección del jurado Goncourt recayera sobre uno de estos últimos: Julien Gracq, que se negó a recibir el premio y prohibió a su editor mencionarlo en los ejemplares. Esta actitud por sincera que fuera, no cambió naturalmente en nada el éxito del libro, sino que interesó más aún la curiosidad de los lectores. Era la primera vez que recaía la elección sobre un autor post-surrealista¹ y sobre una obra con intención abiertamente poética.

El año pasado ocurrió un hecho sintomático: se dio el *Goncourt* a un volumen de novelas cortas, excelentes por cierto, de Gascar por considerarse que este volumen era superior a cualquier novela larga. Además Gascar había recibido ya el premio llamado de los Críticos, bastante importante también. Esto demuestra que por mucho que el jurado buscara no encontró lo que pudiera llamarse una gran novela, del tipo clásico.

Por fin este año ha salido "Bonjour Tristesse" de Françoise Sagan que ha suscitado un verdadero entusiasmo y acaba de recibir el premio de los Críticos 1954. "Bonjour Tristesse" es obra de una muchacha de 17 años. La protagonista cuenta cómo vive con su padre viudo, simpático y mujeriego, una vida desordenada, culta y divertida. Pero el padre se enamora de una mujer bella, fina e inteligente. Se van a casar. La nueva madrastra quiere mucho a la niña y ésta la admira mucho, quizá, incluso con algún sentimiento turbio. Pero desde entonces el orden debe reinar en la casa, la niña debe abandonar sus peligrosos flirteos, estudiar, y llegar a ser una señorita "bien".

El acierto del libro está en la explicación psicológica de lo que

¹ Una novela marcadamente surrealista aunque muy novelesca, es la extraña y excitante obra de Marianne Andrau: *Les mains du manchot* (*Las manos del manco*). Es muy digna de leerse.

entonces ocurre. La pequeña no puede soportar la presencia de una mujer tan superior. Empieza por entregarse —es la primera vez— a un muchacho que la quiere. Luego utiliza muy hábilmente a su amante y a una antigua querida de su padre para resucitar en este último un leve deseo por dicha querida. Lo organiza todo para que el padre consiga con ésta una entrevista... sentimental. Se entera la novia, sorprende a la pareja y, como mujer admirable que es procura morir, el mismo día, en un accidente de automóvil; última delicadeza para que ni el padre ni la hija se reprochen su suicidio.

Después de este éxito, la niña escoge un nuevo amante.

La delicadeza y el tacto con los que una autora tan joven cuenta en un estilo impecable esta historia mórbida, entusiasmaron al público y a la crítica durante todo el invierno.

Pero tampoco hay que exagerar. El semanario *L'Express*, ha preguntado la otra semana, a seis personalidades conocidas del mundo de las letras, cuáles eran los diez mejores libros del año y "Bonjour Tristesse" no figuraba en ninguna de las seis listas. Por otra parte, y esto también es un síntoma, las novelas formaban una minoría en dichas listas, dominando en ellas los libros de historia, los ensayos, etc. . . y sin embargo las seis personas consultadas eran Jean Paulhan, Jacques Laurent (que nuestros lectores conocen ya), el *Goncourt* del año pasado Pierre Gascar, el crítico y joven autor Felicien Marceau, Madame Simone, conocida autora y profesora de arte dramático, y el comediógrafo Salacrou.

La novela anda pues, si puede decirse, un poco de capa caída.

Otra particularidad es de notar. Una gran parte de las novelas de la postguerra, empezando por las de Sartre, conceden una importancia considerable a la discusión de posiciones filosóficas. Algunas están escritas por profesores de segunda enseñanza (Gracq, Merle y el mismo Sartre, etc.) y por lo general acusan una tendencia marcadamente intelectual. Casi nadie se toma la molestia hoy, de describir situaciones de gente de poca cultura. Los protagonistas son gente que piensa y el autor pretende hacer pensar a sus lectores.

Hemos intentado clarificar la situación en compañía de una novelista especializada, por así decirlo: Celia Bertin.

Celia Bertin ha obtenido el *Renaudot* 1953 con su novela "La dernière Innocence". A pesar de ser una autora joven, este libro era la cuarta novela que publicaba (la quinta, "Contrechant", acaba de salir). Por lo tanto es novelista profesional. Por otra parte es directora de la gran revista *Roman* que, para decir la verdad, no tiene mucha periodicidad y sólo ha publicado unos diez números desde 1951 (esta revista de lujo, con marcado carácter internacional, se reclama de cierta doc-

trina "esteticista", y se publica en la Meca del Arte Moderno, Saint Paul de Vence; el mismo Matisse se dignó dibujar la maqueta); Celia Bertin es además directora de la colección "Romans" en una de las más importantes editoriales (después de Gallimard): la casa Plon.

Por fin, como lo veremos, la literatura femenina viene ocupando una situación cada vez más importante en la novela francesa contemporánea. Por todas estas razones, nos dirigimos a Celia Bertin para trazar las líneas de fuerza de la situación.

Después de una larga discusión con ella, hemos llegado a las siguientes conclusiones:

M. S.: Hay que partir de alguna definición de la novela: es un relato mediante el cual se crea un universo caracterizado por el brote espontáneo de un sistema de leyes internas, ineludibles incluso para el propio autor. Entendiendo la palabra "ley" como lo hacía Montequiu: "una relación necesaria que se deriva de la naturaleza de las cosas".

C. B.: En este sentido, la novela ha llegado a ser para los jóvenes una especie de ejercicio. En realidad lo que les interesa es su autobiografía. Pocos hacen el esfuerzo de crear un universo coordinado. Es cierto que la literatura novelesca actual presenta un fenómeno vecino de una epidemia de paranoia. Cada autor procura dar un tono autobiográfico a su novela. Después de la guerra mucha gente ha escrito "testimonios" de sus aventuras, llamándolos a veces "novelas" para la comodidad de la publicación; ahora pasa lo contrario, es decir que muchos autores procuran escribir novelas puramente ficticias pero adoptando un tono tal que los lectores puedan creer que es un "testimonio". Así pasa con "Bonjour Tristesse".

M. S.: También ocurre lo mismo con Hervé Bazin, uno de los jóvenes mejor dotados de la nueva generación. A pesar de muchas fallas posteriores su primer libro "Vipere au pong" (Víbora en mano) que tiene una violencia extraordinaria, tiende a presentarse como un relato autobiográfico. Prefiero, claro está, este primer libro donde el protagonista cuenta sus luchas contra una madre dominadora y pérfida que sus propios hijos llaman "Folcoche", contracción de dos insultos "Folle cochonne" (puerca chiflada) y que demuestra cualidades de estilo y un vigor en la expresión pocas veces alcanzados, mejor que, por ejemplo el segundo tomo "La mort du petit cheval" en que el *happy end* desfigura por completo la indignación del protagonista. En conjunto se puede pensar que Hervé Bazin es uno de los mejores representantes de estos novelistas que, según la mejor tradición, cuentan una historia sin mezclar en ella consideraciones filosóficas. Su universo recreado tiene sus leyes propias y la obra pertenece al grupo de las novelas

clásicas por mucho que el autor parezca haber mezclado su vida en su novela.²

C. B.: En efecto no se puede hacer tal separación y menos aún recordando lo que me decía Somerset Maugham: "una novela debe ser un relato en que el autor ha creído". Esta mezcla de lo real con lo ficticio—sin querer decir que Bazin lo haga pero si él no lo hace lo hacen otros—convence mejor aún al autor de la realidad de lo que cuenta. Sin embargo existen novelas en las que el autor aun inspirándose en la realidad, ha hecho, con mucho éxito un esfuerzo para pasar a un plano artístico superior. Tomemos por ejemplo tres novelas excelentes y recientes, a las que naturalmente pongo algunos reparos pero que no por eso dejan de ser muy interesantes y de las mejores publicadas recientemente:

Françoise Mallet en "Le rempart des Béguines" (el título viene sencillamente del nombre de una calle), cuenta la historia homosexual de una niña de 16 años locamente enamorada de la amante de su padre viudo. Esta mujer es también lesbiana; atormenta a la niña con su extraña pasión hasta que, por fin, se casa con el padre, quedando la hija defraudada, desengañada en el mismo momento en que la mujer se siente ya enamorada de la criatura. Han cambiado los papeles. La que ha sufrido tanto es la que ahora puede tomar su revancha y hacer sufrir al antiguo objeto de su amor. La novela es densa, bien escrita y representa un gran esfuerzo para salir del campo de la experiencia vivida por la joven autora (ésta apenas si tiene veinte años).

Otra novela del mismo tipo, también con un lastre de homosexualidad es "Philippine", de Danielle Hubenelle. Es la historia de otra niña de la misma edad, también enamorada de una señora mayor y dominadora que goza en hacer sufrir a la pequeña. Pero la joven se rebela y consigue el amor del marido de su ex-pasión. Enamorada también de él terminará sin embargo por tener compasión y marcharse, dejando a los esposos reconciliados.

Las dos obras tienen el mismo fondo. Su interés psicológico es evidente ya que los sentimientos de cada personaje forman el objeto de un minucioso estudio por parte del autor. Todo consiste, como en la gran tradición francesa, en una progresión psicológica ya que la intriga en sí, como se ha visto sólo estriba en la desaparición de un afecto, sin que los acontecimientos exteriores tengan una verdadera importancia: la procesión va por dentro.

² Hervé Bazin ha escrito, además, otras novelas donde siempre la violencia domina, aunque sea de pura imaginación: *La tête contre les murs*, *L'huile sur le feu*, *Lève toi et marche*; casi siempre con el propósito de levantar la indignación del lector a favor o en contra de una idea.

Pero existe también una tercera novela en la que el tono autobiográfico ya desaparece y sólo queda la descripción de un ambiente que el autor conoce y que su parte utiliza como tela de fondo: "La chasse royale" de Pierre Moinot; impresiones de un cazador que no se pueden comparar, claro está, con el libro de Turguenev, pero que al fin y al cabo caen dentro de este tipo de novelas, de las que dijimos que el elemento novelesco consiste en la recreación de un universo a partir de impresiones autobiográficas que el arte del novelista transfigura.

Para mí lo importante es la progresión. La intriga no me interesa y estas tres novelas, sobre todo las dos primeras me satisfacen casi plenamente. En cuanto a la tercera la he citado por razones distintas como un esfuerzo artístico interesante.

M.S.: Claro que de esta forma usted no pudo incluir, entre las mejores novelas del mismo grupo, "Week-end au Zuyd-Coat" de Robert Merle, premio *Goncourt* de hace algunos años porque en esta novela, por autobiográfica que parezca en gran parte, la intriga lo es todo y no hay progresión psicológica. Los caracteres de unos cuantos soldados franceses replegándose después de la derrota del 40 no varía durante las 48 horas que dura la acción. Esta acción consiste simplemente en los esfuerzos de cinco soldados para recuperar su dignidad, su lucidez o siquiera su sentido de la vida. El protagonista conoce, al pasar por un pueblo abandonado, a una linda muchacha. Luego trata de embarcarse para Inglaterra y no lo consigue. Vuelve al pueblo en el momento en que dos soldados borrachos van a violar a la niña. La salva, mata a los hombres pero termina por violarla él mismo. Vuelve al campamento. Asistimos a varias reacciones, psicológicamente exactas y admirablemente contadas de los soldados y el protagonista, abandonándolo todo, otra vez vuelve al lado de la muchacha. Mientras están dormidos juntos, los bombarderos alemanes destronan la casa y los matan.

Todo, en esta novela, es acción pero no acción interna, sino totalmente externa, lo que no impide que sea un excelente libro.

Ahora bien, tampoco me extraña que usted no haya nombrado, por razones muy diferentes, otro libro bastante interesante —y no es una casualidad que sea también un libro de lesbianas, ya que casi toda la literatura femenina³ del momento gira alrededor del problema homosexual— quiero hablar del poético, aunque inhábil ensayo novelesco de la poetisa-cantante Nicole Louvier: "Qui qu'en grogne". El título ya envía al diablo literalmente a los gruñones que protesten contra esta clase de literatura. Pero si "Qui qu'en grogne" no representa para

³ En cuanto a Jean Genêt, Sartre ha publicado centenares de páginas célebres acerca de él, a las que nada se puede añadir. Aquí lo pasaremos por alto.



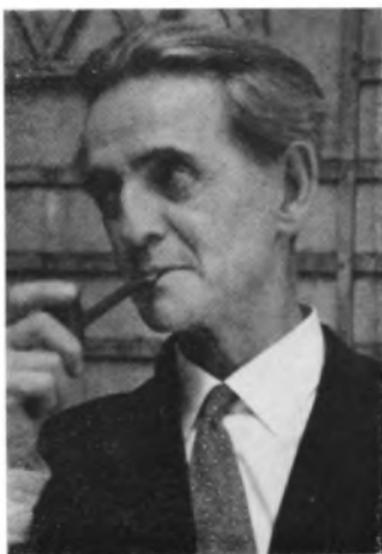
Simone de Beauvoir.



Jean Paul Sartre.



Albert Camus.



Louis Giloux.



Françoise Mallet.



Herve Bazin.



Françoise Sagan.



Nicole Louvriez.



Danielle Hunebelle.



Celia Bertin.

usted un esfuerzo suficiente de transfiguración me gusta a mí por la sinceridad de estos amores entre dos colegialas, y lo poético, lo infantil que resultan a pesar de su perversión.

C.B.: Claro, pero toda la literatura femenina sáfica tiene un aspecto de puerilidad.

Hemos dado la vuelta a las novelas novelescas, es decir a las que creaban un universo propio con leyes propias, y hemos dado algunos ejemplos, entre muchos, de lo que era la novela contemporánea, bien cuando los autores se refugiaban en la media confidencia arrogante (Hervé Bazin), o cínica (Danielle Hunebelle), o audaz (Françoise Mallet), o poética (Nicole Louvier), bien cuando el autor, siguiendo las pendientes de la intriga reconstituía una acción violenta (Robert Merle) o un ambiente (Pierre Moinot). Añadamos, para terminar con esta clase de novelas, que afortunadamente existen obras de pura imaginación como la deliciosa intriga juvenil "Bergère Légère" de Felicien Marceau (clásico cuadro de los amores de una adolescente que mezcla una delicadeza dieciochesca con la emancipación femenina de hoy). Pero, claro está, tiene poca transcendencia. En esta categoría de obras ligeras picantes y poéticas, el mejor acierto fue, hace ya cuatro años, "Les fruits du Congo", de Alexandre Vialatte, que trata de resucitar el hechizo de una juventud que aún cree en todo, y sobre todo en ella misma y en el amor poético. André Chamson tiene también algunos libros de la misma clase.

Hay que volver ahora a hacer nuevas clasificaciones ya que, en realidad una lista de nombres y de obras no significa nada y me temo que resulta algo confuso este panorama. Ahora que, por otra parte, hay que reconocer que la situación en sí es muy confusa también.

Si no se puede hacer casi nunca una distinción muy exacta entre los dos mundos antagónicos de la novela-confesión y de la novela novelesca, menos aún lo conseguiremos si examinamos el ámbito de las novelas "intelectuales" que están de moda ahora y que se alejan considerablemente de la novela de "tesis" del 900 (las de Paul Bourget, por ejemplo). Las dos realizaciones más logradas en este aspecto aunque muy distintas son "A la mémoire d'un Ange" de Veraldi y "Les rats" de Bernard Frank. Ya sé que usted prefiere la segunda por lo brillante del pensamiento, la vivacidad del estilo y el carácter algo escandaloso de las opiniones del autor, pero Bernard Frank que es un joven muy inteligente, muy bien dotado—Etiemble decía que era "pourri de talento" (pletórico de talento) pero que estaba demasiado consciente de su propio valor—podría haber sido cualquier cosa además de novelista. Es brillante en sí, como hombre, no sólo como autor. Es del mismo tipo que Malraux que ha buscado su propia realiza-

ción en toda clase de actividades, la política, la arqueología y también la novela, pero que, desde que se ha adherido, pongamos por ejemplo, al partido de De Gaulle ya no escribe novelas. No creo que para Frank sea indispensable expresarse por medios novelescos. "Les rats", esta novela brillantísima, contiene una cantidad de discusiones filosóficas, juicios literarios, etc., que no tienen nada que ver ni con la intriga, ni siquiera con los caracteres de los personajes.

Gabriel Veraldi, en "A la mémoire d'un ange" hace lo mismo, es decir que la novela es para él un resumen de todas sus experiencias físicas e intelectuales, con más filosofía que psicología, pero encuentro en su obra más preocupación por el arte literario que en los libros de Bernard Frank.

En realidad, los dos tienen mucha relevancia y es indispensable hacer un lugar aparte para esas novelas en las que la preocupación casi pedagógica es lo más importante. A cada paso se interrumpe el relato para que el protagonista nos pueda exponer su opinión acerca de Balzac o de la filosofía india.

Ahora bien, en cuanto a las obras del tipo de las de Veraldi, las encuentro legítimas dentro de la categoría de las novelas. Si son del otro tipo me interesan menos a pesar de que su origen remoto pueda quizás encontrarse paradójicamente en Malraux y su origen más próximo en Sartre (porque no se puede olvidar que, en cierto sentido, son obras "comprometidas").

M. S.: Sin embargo existe una infinita variedad entre los autores del grupo de Sartre. Aun sin colocarlos, naturalmente, en el mismo plano, los dos extremos de este grupo están representados por gente como Simone de Beauvoir y Jean Cau. La primera está muy cerca de la posición filosófica de Sartre, aunque la parte de "juego gratuito" voluntario en "L'Invitée" su obra más famosa y más lograda sea importantísima, esta gratuidad tiene un sustrato hondamente metafísico y serio. Mientras que, por ejemplo, en el "Coup de barre" de Jean Cau la historia de este escritor que escribe un libro entero de barras, como los niños en la escuela, y luego corrige el manuscrito, tacha algunas barras, añade otras, etc. . . muy en serio; es un símbolo implícito de la inutilidad, de la gratuidad de todo lo escrito y tiende a la farsa. Claro que la situación especial de Jean Cau, secretario particular y amigo íntimo de Sartre debía de reflejarse en el libro y esta farsa tiene también un fundamento en la filosofía existencialista.

Vemos así que el grupo más comprometido que sea posible encontrar, tiene también, a pesar de su unidad interna un "polifacetismo"

que —afortunadamente para las letras— desafía cualquier clasificación doctrinal.

Y antes de pasar a los individuos aislados más destacados señalemos también que la literatura más sistemáticamente comprometida es naturalmente obra de los autores comunistas y católicos.

"Les communistes" de Aragon, son una serie de novelas realistas-socialistas en las que el panegírico del partido forma lo más importante del tema. Esto no sería impedimento para que la obra fuera genial. Todos los grandes autores clásicos de todos los tiempos han incluido en sus obras zalemas dirigidos a los poderosos o a sus propios ídolos políticos y para sólo recordar a un hombre que no pertenece a nuestra era, el mismo Virgilio no se ha privado de hacerlo. De hecho, las novelas realistas-socialistas en Francia no son buenas. "Les communistes" despiertan a veces el interés del lector pero todas son demasiado estereotipadas.

Las novelas de los católicos tienen muchos adeptos. Sean las de Luc Estang o de Gilbert Cesbron, los más importantes del momento. El "Leon Morin pretre" de Béatrice Beck consiguió un premio *Goncourt*, hace dos años, y trata de temas sacerdotales pero tampoco me parecen todos ellos verdaderamente importantes. No hablemos hoy de Mauriac que, como él mismo lo dice, pertenece a otra época a pesar de haber publicado este año una nueva novela. Pero si es verdad que, como novelista, representa a otra generación, ha ocurrido en Mauriac, desde que recibió el premio Nobel un fenómeno extraordinario. Este hombre que había sabido adoptar en otros tiempos posiciones valientes y generosas se había hundido después de la guerra en una especie de conformismo soñoliento. De repente héle aquí, de nuevo desde hace un año, en la brecha, encendiéndose como un joven, o más que un joven, por toda clase de cruzadas con mucha valentía y su crédito de polemista entre los jóvenes ha subido a ojos vista. Se puede decir que en pocos meses está en trance de transformarse en un líder de la joven burguesía de izquierdas, ya que ha renegado de sus antiguos amigos por ser ellos demasiado conservadores. Pero sólo mencionamos el hecho, de paso, por tratarse de un novelista; volvamos a la nueva generación.

El cuadro que hemos trazado hasta ahora es muy incompleto. Aunque tratemos de evitar dar listas de nombres, apuntemos que hemos pasado por alto, a Nimier, Druon, Malaquais, Hougron, Morand, Violar y muchos más, todos muy importantes, pero el nivel general está tan alto que todos son buenos, sin ser ninguno genial, y que es imprescindible limitarse muy a pesar mío.

C. B.: Existen individuos que no pertenecen a estas clasificaciones y son, por eso mismo quizás más importantes.

Entre ellos también hay que escoger alguna muestra. Para mí el mejor es Louis Guilloux.

Este, que fue compañero de André Gide en su viaje a Moscú, era muy poco conocido por el público hasta cerca de la guerra, cuando publicó una novela extraordinaria, rayana en muchos aspectos con las preocupaciones de Sartre —que en el mismo momento escribía "La nausée"— y que se llamaba "Le sang noir". Era la descripción de un profesor viejo, inteligente, extravagante y de aspecto algo repugnante, viviendo en una pequeña ciudad de Bretaña en concubinato con una prostituta estúpida e inculta, no muy guapa tampoco. Esta novela servía de pretexto para pintar el universo hostil de la provincia francesa del oeste y la desesperación metafísica que condujo al protagonista al suicidio.

En "Le jeu de Patience", Guilloux ensanchaba considerablemente su primer libro. Pintaba otra vez, pero en forma más completa, la misma ciudad, los mismos personajes, mezclando como en un *puzzle* (en francés: *jeu de patience*) momentos de la vida de todos los habitantes de la ciudad. Este libro de un interés palpitante y de una concepción artística audaz mereció el *Renaudot*.

Otro autor que promete mucho y ha cumplido ya parte de sus promesas es André Dhotel. Éste lo mismo que Rebatet sólo podrá ser juzgado más tarde. Pero había que mencionar a ambos como posibles figuras de primera fila en un futuro muy próximo.

M. S.: Y para terminar esta revisión no se puede olvidar, a pesar de nuestros muchos olvidos, la tentativa de Samuel Beckett, el autor de la comedia (o tragedia) "En attendant Godot" ha escrito varias obras a las que él mismo llama novelas. Constituyen un experimento de laboratorio. En estos libros, como en su teatro, nada ocurre. Por ejemplo, en la más famosa "Molloy" asistimos a lo largo de cien páginas al "viaje", si puede llamarse así, de un inválido que por razones oscuras, recorre unos diez kilómetros, nada más, en varios meses de esfuerzo continuo. El tiempo de Beckett, discípulo de Joyce, no tiene nada que ver con la noción corriente del tiempo que tienen los demás mortales. Apenas si se puede encontrar un punto de comparación con el de Bergson o el de Proust. La progresión en el camino o en el tiempo se alarga indefinidamente. El espacio-tiempo ya no es un conocimiento a priori de la conciencia sino que está infinitamente diluido en una multitud de detalles que permiten superar este conocimiento. Uno de ellos es el dolor. Lo peor es que este sufrimiento es gratuito e inútil. No se nos explica la razón por la cual el protagonista hace este recorrido fantástico. Por qué nadie le ayuda, por qué se arrastra así, tan penosamente. Es la imagen de la vida cuya gratuidad e inutilidad metafísica obsesiona

al autor. Además Beckett ataca hasta el mismo principio de identidad. En "l'Innomable", el protagonista no sabe quién es. Hay en la novela varios personajes, y nunca sabe cuál de ellos es él. Este juego metafísico es la única aportación reciente trascendentalmente original a la técnica novelesca, aunque no pasc de ser un experimento de laboratorio.

C. B.: Aunque en un estilo completamente opuesto, lo mismo pasa con Raymond Queneau, novelista y poeta de lo absurdo. Es más asquible que Beckett porque disfraza su pensamiento bajo un manto de humorismo pero debajo de su jocosidad existe un fondo de amargura mórbida, como la de un famoso personaje suyo en "Loin de Rueil", enfermo de "ontalgia".

Se puede sacar de todo esto una conclusión. La fermentación de nuestra época en lo novelesco es intensa. No hay aún ninguna obra definitiva, pero cantidades de libros muy buenos, entre los que se destacan experimentos ya logrados (Guilloux, Beckett), y promesas muy bien fundadas (Bernard Frank, Veraldi), y hasta una gran pequeña novela: "Bonjour Tristesse".

En cuanto al problema fundamental de la recreación de un universo de ficción, la revista "Roman" trata de conciliar las dos tendencias principales y lograr una síntesis difícil entre el arte novelesco y la propensión actual a la confesión pública. Sobre todo queremos fomentar confrontaciones internacionales y traducir obras extranjeras, particularmente, ahora, latinoamericanas.

Ahora bien, para volver al plano puramente francés, quizás sean las mujeres las que consigan algún día esta síntesis. Es asombrosa la cantidad y la cualidad de las novelas escritas por mujeres, estos últimos tiempos. Hemos mencionado a Simone de Beauvoir, Françoise Sagan, Nicole Louvriez, Danielle Hunebelle, Françoise Mallet, no olvidemos a Monique Saint Hélier, Elsa Triolet, ni a Clara Malraux, ex mujer de Malraux, que ha escrito hace poco una novela cruel en la que interviene el mismo Malraux "Par de plus longs chemins", ni tampoco a Hélène Bessette que escribe novelas largas en las que cada frase ocupa menos de una línea.

El mundo es duro para los hombres que escriben. Tienen que ganar su vida y, aun los mejores, no tienen tiempo suficiente para sus obras, como me decía, hace pocos días, uno de los autores más conocidos. En cambio las mujeres alcanzan un momento estelar de su historia literaria: muchas de ellas siguen disfrutando de muchas ventajas económicas que una sociedad en evolución les proporciona aún (muchas tienen a su lado a un hombre que trabaja para ellas y gana la vida de los dos) pero han conseguido ya el grado de madurez y de cultura

que les permite escribir con la sola preocupación del trabajo literario y con la preparación necesaria que fue denegada a la masa femenina en muchos momentos de nuestra era —salvo naturalmente en ciertos círculos escogidos— cuando sólo eran, según la expresión de Bossuet, citada por Simone de Beauvoir, "*un os surnuméraire*".

Marcelo SAPORTA.

GOETHE, DON ALFONSO Y LOS JÓVENES

EL último libro de Alfonso Reyes es un pequeño breviario sobre Goethe.¹ Este breviario, crecido al margen de una obra más vasta, de un "ensayo original" que se nos promete, y nacido de la "necesidad de trazar un derrotero para no perderme en el bosque", no es un verdadero libro. Es, como nos dice el autor, un "instrumento para trabajos venideros o de futura aparición". Esta consideración, producto sin duda de una actitud excesivamente modesta en este caso, refleja un hábito, nacido de una peculiar idolatría artística, muy de nuestro tiempo, y que sin duda hubiera escandalizado a Goethe, no me parece que pueda servir para explicar precisamente un libro sobre Goethe, y sobre todo escrito por el goethista Reyes. Creo que debe de haber otra explicación, y para mí la explicación de esta especie de prisa está en que Alfonso Reyes se dirige al público más apresurado, menos permanente, más apremiante: a los jóvenes.

El discurso de Alfonso Reyes al recibir el premio del Instituto Mexicano del Libro estuvo dirigido en parte—la parte más entusiasta—a los jóvenes. En el mismo acto se celebraban los veinte años del Fondo de Cultura Económica y el número 100 de sus "Breviarios": *Trayectoria de Goethe*, de A. Reyes. Se me permitirá, pues, que vea alguna relación entre el discurso y el libro.

Alfonso Reyes se dirige a los jóvenes. Cuando alguien se dirige a los jóvenes es que quiere actuar, es que quiere cambiar algo. Alfonso Reyes quiere cambiar algo, quiere cambiar nuestra idea de Goethe, tal vez nuestra idea de la poesía. Quien piense en español sobre la imagen de Goethe tiene que pensar en Ortega y Gasset. Alfonso Reyes no lo dice (aunque lo insinúa), pero piensa en Ortega; o mejor dicho, contra Ortega. Y no lo dice porque tiene una gran confianza en los jóvenes: en lugar de rebatir a Ortega, nos entrega la biografía de Goethe, como diciendo: "juzguen ustedes mismos". Tal vez aquí su confianza en los jóvenes sea excesiva, y sería recomendable no estar tranquilo hasta que aparezca el "ensayo original", por si acaso. Ortega también quería cambiar la idea de Goethe, y por lo tanto se dirigía también a los jóvenes. Baste como prueba la última frase, llena de

¹ ALFONSO REYES, *Trayectoria de Goethe*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, vol. 100, México, 1954.

malicia, de *Pidiendo un Goethe desde dentro*: "No hace mucho tiempo, y, sin embargo, hace ya tanto. . ." Ortega es más desconfiado, les pica a los jóvenes el amor propio.

"Trayectoria" de Goethe. . . Como quien dice, destino de Goethe. Todo el que habla de Goethe tiene en la boca esta palabra: destino. Los unos para mostrar en Goethe el más acabado ejemplo de fidelidad al destino; los otros, para presentar un Goethe ejemplarmente infiel a su destino. Puede decirse que esta controversia nace en Ortega y Gasset. Antes de él —y hay que insistir en este punto— nadie había hablado de Goethe, sino de una serie de cosas exteriores a las que se llamaba Goethe. El imperioso "*¿quién es Goethe?*" de Ortega echa las bases de todo un enfoque de la literatura y del arte, que, por desgracia, no parece tomarse debidamente en cuenta todavía. Una vez puesta en claro, como de pasada, esta fecunda y ya irrecusable idea del sentido de una obra, Ortega propone una visión de Goethe. Y desde entonces hay dos ideas de Goethe: el fiel y el infiel.

Dos ideas de Goethe, es decir, dos ideas del destino. Si Goethe es tan irremediable encuentro para todo hombre que piense, es precisamente porque representa el destino. Los que atacan a Goethe y los que lo reivindicán nos proponen dos diferentes ideas del destino del escritor, y, en general, del destino del hombre.

Por lo pronto, la imagen de Goethe infiel parece ser la que priva. Sólo así se explica el escaso interés que le demuestra una juventud empapada de existencialismo, es decir, de destino problemático. Se suele decir también que Goethe es un escritor sólo para gente madura. Pero ¿por qué? El destino no es problema sólo para gente madura; al contrario. Comprendo que a la juventud no le apasione la obra de Goethe, pero no comprendo que no le apasione su destino. La cuestión es precisamente ésa: si ambas cosas pueden separarse. Los del Goethe infiel parecen creerlo así: su obra habría traicionado su destino.

Cuando Goethe y Napoleón se enfrentan, parecen fascinados el uno por el otro. Eran dos mundos frente a frente, pero no uno que acaba y otro que empieza, sino dos mundos que coexisten. "El destino es la política", le dijo Napoleón. Supongo que Goethe sonreiría, pero no sin inquietud. Aquí está precisamente el meollo de la cuestión: naturaleza e historia, hombre y sociedad, arte y política. Este siglo, por muchos conceptos, parece que habrá que anotarlos en favor de Napoleón.

El hombre se mueve en la historia, es decir, en lo que Napoleón llamaba la política, y en ella tiene un destino al cual ser fiel. Pero desde el momento en que esta fidelidad tiene lugar en la historia,

es fácil hacernos creer, mediante una hábil transposición de términos, que hay que ser fiel *a* la historia, y no *en* la historia. No se trata de oponer una naturaleza humana a una historia humana, puesto que ni Goethe ni nadie ha negado nunca que la historia exista y que en ella actúe el hombre. Se trata de un problema de exclusión: de excluir o no todo lo que no sea histórico, social, político. Se trata de saber si lo que el hombre debe cumplir en la historia es la historia misma, tomada ya como categoría abstracta, u otra cosa. Los del Goethe infiel son los que creen en la historia creadora de sí misma, contenido de sí misma. Para ellos Goethe es infiel, puesto que, en el plano más inmediato, empieza por ser infiel al romanticismo, que era el hecho histórico de ese momento. Para los otros, el romanticismo era el escenario de Goethe y en él tenía que ser fiel a otra cosa. Esta otra fidelidad no podía exigirse, naturalmente, que actuara fuera del romanticismo; pero sí que, actuando *en* el romanticismo, actuara *contra* él.

El libro de Alfonso Reyes no pretende ser otra cosa que un dato más para esta gran controversia, central en nuestro tiempo. Puesto que es una biografía de Goethe, propone una idea del destino. Por eso creo, como dije antes, que va dirigido a los jóvenes: porque sólo a aquellos que no lo han vivido todavía puede *proponérseles* una idea del destino.

Tomás SEGOVIA.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Julio Álvarez del Vayo

Luis Suárez

Max Aub

Valoración de las Naciones Unidas.

Un cementerio sin cadáveres.

Confesión de Prometeo N. (traducción del griego).

Raúl Rey Álvarez

Estampas de Buenos Aires. Palermo Grande y Chico.

Nota, por Francisco Zendejas.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Carlos Sabat Ercasty

Dardo Cúneo

María Zambrano

Luis Abad Carretero

La lección de Gallegos.

Fernando de los Ríos y el Socialismo Humanista.

Dios ha muerto.

La significación de lo histórico.

Nota, por Claudio Esteva Fabregat.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Samuel Martí

José Guadalupe Zuno.

Música precortesiana.

El Insurgente Pedro Moreno y la lucha por la Independencia de México.

Nota, por Gamaliel Churata.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

Leda Valladares

Luis Alberto Sánchez

Emma Susana Speratti Piñero

Felipe Cossío del Pomar

F. León de Vivero

Yacencia. Poemas con una cantata final.

Amanecer, ocaso y mediodía de José Santos Chocano.

Las últimas novelas de Valle-Inclán.

Arte y crítica en Norteamérica.

El shushupe también blanquea el cabello.

Notas, por Marcelo Saporta y Tomás Segovia.